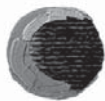




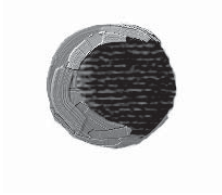


# *El discurso nocturno*





# *El discurso nocturno*



LUISA JOSEFINA HERNÁNDEZ

Textos de Difusión Cultural  
Serie Rayuela



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Coordinación de Difusión Cultural/Dirección de Literatura  
México, 2014

Primera edición: septiembre de 2014

DR © 2014, Luisa Josefina Hernández

DR © 2014, Universidad Nacional Autónoma de México  
Coordinación de Difusión Cultural / Dirección de Literatura  
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán  
04510 México, D.F.

Diseño de portada: Roxana Deneb y Diego Álvarez

ISBN: 978-607-02-5758-2

ISBN de la serie: 968-36-3762-0

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Todos los derechos reservados.

*Impreso y hecho en México*

*Mis acciones tus ojos las veían,  
todas ellas estaban en tu libro;  
escritos mis días, señalados,  
sin que ninguno de ellos existiera.*

SALMO 139

*Elle n'est qu'une lépreuse, mais  
Elle est honorable devant Dieu.*

PAUL CLAUDEL  
*L'Annonce fait à Marie.*  
Acto IV, escena 5





## I

Ella los vio con sus propios ojos porque no se ocultaron. Estaban parados junto a la puerta del patio, casi en el jardín, con un pie en el jardín y otro en el comedor, como si nada pudieran resolver, estrechamente abrazados y besándose. Él era su hermano y ella su prima, los había conocido desde siempre y no sabía que fueran capaces de besar así.

Los vio porque fue al baño, descalza, a las dos de la mañana. No era el caso, decididamente; lo peor era la conciencia de que todos estaban en sus hamacas dormidos o no y si no lo sabían por lo menos lo soñaban. Luego, ya de regreso, cuando no se atrevió a mirarlos porque quizá habrían terminado de besarse y recobrados de la locura caerían en la cuenta de... se metió en la hamaca. Más tarde oyó cómo ella se arrancaba la ropa detrás del ropero esquinado en el cuarto inmenso y cómo él hizo lo mismo detrás de su propio ropero y cada uno fue a su propia hamaca y no se metieron en la misma, ni se desvistieron el uno al otro, ni se poseyeron, como era consecuente, aunque con aquel beso o besos, ya se habían poseído.

No sólo eso. No. Su madre, su padre, su hermana, dormían profundamente. ¿Estaban de acuerdo? Desde años atrás estaban de acuerdo en soportar todos los secretos nocturnos porque en realidad así se vive en este clima y todas las casas son hileras de cuartos divididos por puertas siempre abiertas para no ahogarse y una duerme colgada en una

hamaca porque una cama terminaría por despellejarla, es imposible preservar la intimidad y aun así se puede ser severo, pudoroso o estricto, como lo era su padre, eludiendo con la mera expresión del rostro el hecho de haber sido visto, escuchado o sentido. El cuarto de los padres, el de la prima, su hermana y ella; el de Miguel antes también de Enrique, el hermano ausente, eran un solo espacio, un solo ámbito de respiración.

No les importaba a los otros si éstos dormían juntos... ¿Por qué no lo hacían si ya se habían probado el sabor de la boca y conjugaron sus olores nocturnos a través de la ropa delgada, empapada de sudores de amor y a la hora propicia?

Se fueron retirando uno a uno, ella también, con los párpados pesados de sueño: ellos dos destilaban un ambiente soporífero y a ellos mismos no les afectaba... ella no fue la última en caer dormida. ¿Quién habrá sido el último? Ése supo más sin duda pues los vio quedarse sentados con una silla de por medio, hablando quedo, en realidad ya solos.

Ella, la prima Ernestina, vino por un motivo desastroso, acompañando el cadáver mutilado de su padre, ya descompuesto porque estuvo al aire y al sol después de un accidente aéreo y que debió ser rescatado, envuelto en telas de hule, llevado a un depósito en el pueblo más cercano, luego a México para ser reconocido, inyectado, envuelto en metros de raso blanco, metido en un féretro de metal bien soldado para tener un velorio más o menos decente. Ella, la prima Ernestina, con sus veinte años, marido y una hija casi recién nacida, tomó otro avión para poder traerlo y enterrarlo finalmente aquí, a la orilla del golfo, en ese cementerio blanco desde donde se puede ver el mar.

Cuánto calor ese día. Extraña Ernestina con su vestido negro, sin adornos, la falda amplia, el cuerpo flaco de soltera, no de madre reciente, resumiendo dolor y sin llorar, haciéndolos sufrir a todos por ser la encarnación de la desgra-

cia y estar viva. Desde niña pudo observarlo, cuando Ernestina llegaba todos entraban en un trance de vida; ella se dejaba llevar, sin quererla ni nada, envidiándole su existencia de muchacha citadina, su ropa, su novio. Se lo había dicho.

—No te quiero Ernestina. Tienes todo y yo nada. Te odio.

La otra la miró sin cambiar de expresión, luego puso los ojos en un objeto cualquiera, no respondió; ella pudo sentir cómo se guardaba el recuerdo en el pecho, como si fuera un pañuelo.

Vino a enterrar a su padre, tenía mucho dinero y nadie se quedó cabeceando en la mesa hasta que Miguel o ella decidieran cambiarse de ropa detrás del ropero. ¿No era necesario cuidar a Ernestina porque estaba casada? ¿No la molestaban porque sufría la muerte con ese estoicismo desesperado y grácil? Pero deseaban, allá dentro de sus mentes morales o exigentes, que sucediera precisamente esto.

Hacia las seis, su madre fue al baño, la oyó por haber despertado con frío; era el momento más fresco del día, cuando todos agarraban la sábana blanca enrollada en sus piernas de cualquier manera y se envolvían en ella. Dos horas después no hubieran podido soportarla, pero entonces ya estarían de pie, hablando, Teresa se habría ido a la escuela donde enseñaba y él, Miguel, estaría desayunando para abrir la botica a las nueve. Y el ruido de los pájaros exacerbados por la luz.

Cuando abrió los ojos de nuevo, Magdalena y su hija Bárbara guardaban las hamacas recogiénolas en los brazos en forma de ocho para no enredarlas y las colgaban en su mismo gancho con una precisión única y quizá el placer de no haber tendido jamás una cama. Sólo quedaban los cuerpos de Ernestina y el de ella, todavía inmóviles. Se puso en

pie y se asomó a la hamaca de Ernestina; dormía profundamente, con una palidez y una quietud horribles.

“Ya la vi muerta”, pensó y así, en camisón, volvió los ojos hacia el comedor. Estos cuartos tenían dos o tres puertas inmensas para forjar corrientes de aire. Vio a Miguel, sentado a la cabecera de la mesa, frente a la taza de chocolate caliente y a punto de llevarse el pan a la boca. Era su hermana y en este momento no la amaba. Magdalena fue amante de adolescencia de Miguel, tenían una hija, Bárbara, y en este momento la reconocía poco; ni siquiera tenía la expresión de disgusto infaliblemente provocada por su presencia. Miguel tenía treinta y un años y la hija de ambos iba a cumplir dieciocho; espantoso. ¿Así habría sido cuando él apenas tenía doce años y Magdalena trece? ¿Los dejaron solos una noche? No exactamente, pero Ernestina borraba todo, a ella y a Magdalena por igual. Fue al baño después de pasar por el ropero: una bata para adecentarse.

¿Y Ernestina? Dormida. Se detuvo de nuevo a mirarla para saber si cuando se animara su rostro diría alguna palabra ya fuera de su olvido profundo, más mortaja que la misma sábana. Se acercó su padre, siempre con esos camisones delgados, de tela muy usada. Miró él también adentro de la hamaca.

—Pobre criatura —dijo. Miguel se levantó de la mesa para ir a la botica, apenas en la esquina. Miguel que también vigilaba y quería ver a la durmiente con los ojos abiertos. Pero los tenía abiertos, brevemente, apenas había movido las pestañas.

—¿Despertaste? —dijo Elisa enseguida, para que no los cerrara de nuevo.

—Sí —la voz clara, sin carraspeos.

—Vamos a desayunar con mi papá. —La madre desayunaba con Teresa en la cocina para no hacer ruido; luego comía una rosquita con ellos, o una hojaldra.

Ernestina se sentó de golpe, buscó sus pantuflas, se puso en pie. Se le veían las clavículas y la espalda, las piernas derechas, el pelo castaño y pesado. Al tomar su rostro la expresión cotidiana podía notarse una vaga inflamación en los labios; los besos de unas horas antes. El mismo ritual del ropero y la bata.

—Buenos días, tío Miguel —la cortesía suya; nadie se saludaba en esta casa.

—Siéntate, ya te trae Magdalena el chocolate.

Ernestina fue a lavarse las manos. En estos cuartos, en estos comedores se hallaba, así de pronto, un lavabo con agua corriente y un trapo colgando, siempre desdobladillado y siempre húmedo. El lavabo estaba junto a la puerta del jardín, cerca de donde anoche... Un charco en el suelo, casi seco.

—¿Qué es eso? —dijo Elisa, como si fuera la clave de un suceso especial.

—Anoche me oriné —contestó Ernestina con la voz no especialmente baja, sin tono de secreto.

Elisa se quedó sin palabras. Le pareció una crudeza mayor. No ofensa, nada más barbarie y salvajismo.

Elisa regresó de dar clases de música a la una de la tarde y fue a poner sus papeles sobre el piano. En la sala estaban Teresa y su madre, sentadas muy juntas. Era explicable, no había otro lugar aparte de la cocina y el cuarto de servicio en donde se pudiera hablar a solas. Bueno, había, recordó de pronto cuántos regaños y amonestaciones le daba Teresa, las dos encerradas en el baño.

Teresa como hermana mayor era irreprochable. Ninguno de los hermanos menores podría decir jamás que esa mujer inteligente, suave, de buenos modales, se hubiera sobrepasado en autoridad: daba todo. Dinero, consejos, advertencias en el tono correspondiente, Teresa tenía el don

del tono. Esto era un conciliábulo con el fin de tranquilizar a su madre, doña Flora. Su madre. Le echó una ojeada rápida, no se trataba de tranquilizarla, era la otra modalidad: doña Flora tenía los labios fruncidos como una niña y una mirada de obstinación en los ojitos negros, como si Teresa estuviera convenciéndola de algo y no pudiera lograrlo satisfactoriamente.

—¿Me voy?

—Quédate. —Dispuso Teresa.

Elisa se sentó. Hasta la fecha pocas veces se le concedían estos favores de adulta. Agarró un abanico de cartón para soplarse, exquisito placer en su cráneo húmedo. Doña Flora tenía la voz gutural.

—Es la oportunidad de Miguel.

—No se ve claro, mamá. Eso me pareció cuando estuvo aquí Ernestina, hace dos años. Era más fácil porque estaba soltera y ya ves, ni siquiera se escribieron.

—Ahora sí se van a escribir.

—Eso pensé yo entonces. Miguel y yo la llevamos al aeropuerto, ¿se acuerdan? Bueno, pues se despidieron de una forma...

—¿Cómo? —Doña Flora no preguntaba por curiosidad, era una manera de discutir.

—Pues... se dieron unos... besos —Teresa tomó aliento y quiso decirlo de alguna manera fácil, no escandalizada—. Como de cine, vaya.

—¿En el aeropuerto delante de toda la gente? —Elisa subió la voz sin darse cuenta.

—Sí. —Teresa se puso el dedo en los labios, por allí andaban Magdalena y Bárbara, arreglando la mesa.

—¿Y Ernestina?

—Fue a ver al notario. Sí, delante de toda la gente.

—No nos dijiste nada.

—Por Miguel. Al regreso venía llorando en el taxi.

Elisa recordó aquella estancia de Ernestina. Aprovecharon la última noche para ir a un baile, no podían perderse los bailes en un lugar donde había exactamente cinco al año, incluidos los del carnaval. Miguel asistía raramente y en general se quedaba en la entrada sin bailar, tomando y fumando, pero ahora había aparecido muy arreglado, no se separó de ellas y... ¿qué pasó? Tenía un recuerdo confuso de esa noche: hizo una rabieta con el vestido, otra con el peinado y además esa noche se resolvió su asunto con Fabián Montero. Ah, ya. Decidieron proteger a Ernestina de las insistencias de un pretendiente desairado, por eso Miguel... ella los vio al final del baile, con los rostros brillantes de sudor, muy cerca, pegadas las cabezas... pero así eran esos bailes o mejor dicho, para eso eran.

—Mi hijo no ha vivido a causa de la metida de pata.

—Se llama Bárbara, mamá. Vas a terminar olvidando su nombre.

—No es posible olvidar nada. Allí están las dos como estatuas de sal.

—Eso es absurdo, mamá. Miguel no vive... porque no quiere. Todos los hombres de este pueblo han tenido hijos con las criadas, mejor dicho, todos los muchachitos.

—Sí, pero las criadas no se quedan en las casas para siempre; dejan los niños y se van.

Elisa puso cara de fastidio y se sopló más, iban a hablar de lo mismo, Magdalena y Bárbara debían de pensar que la sala estaba especialmente construida para hablar de ellas, como si se pudiera añadir algo nuevo. Teresa tuvo la misma reacción.

—Bueno. Sí. Pero Ernestina está casada y tiene una criaturita.

—Pero a Miguel no le importa. Él no está casado aunque tenga una criaturita. Y nadie se va a morir por eso, ¿verdad? Seguirán adelante.

—No quieres entender. Ernestina no ha hablado de divorciarse. Lleva aquí una semana y no ha mencionado a su marido.

—No lo quiere. Yo nunca he pasado ni cuatro horas sin hablar de mi marido —se dirigió a Elisa—. ¿A ti no te ha dicho ella nada?

Elisa meneó la cabeza. Desde su infancia, Ernestina y ella tuvieron unas confianzas obligadas por sus edades parejas y por... pues nada más; era una confianza física. Pero hasta la noche anterior ella no le había tenido... miedo. Debía habérselo tenido mucho antes, se daba cuenta ahora.

—Mamá, por el momento no puede hacerse nada —Teresa miró su reloj—. Lo de anoche podría no tener un significado especial.

—No los viste.

Estaba demasiado cansada; debía volver a la escuela y no habían comido.

— De aquí no me levanto hasta tomar una decisión. —Estos anuncios de doña Flora le parecían admirables a Elisa; era la forma de salirse con la suya. Teresa aflojó el cuerpo, ya estaba acostumbrada, pero empezó a temblarle un párpado.

—¿Quieres tomar una decisión? —La pregunta era bondadosa pero impaciente; nadie podía hacer eso. Doña Flora empezó a lagrimear. Segundo recurso de gran efecto, notó Elisa, ella lo usaba con frecuencia.

—Es necesario casarlos. Aunque ella esté casada por la iglesia con el otro, ya se morirá un día y entonces...

Teresa soltó la risa, bienhumorada, gentil, ajena al sarcasmo.

—No podemos escribirle su sentencia de muerte. Los demás no se mueren porque salgan sobrando.

—Deben casarse aunque sea por lo civil. Yo quiero... ver a mi hijo disfrutando de una mujer que le guste. Pobre mu-



chacho. —Ahora le corrían las lágrimas, esto era más serio de lo previsto por las hermanas—. Se mete con esta niña a los doce años, por accidente, por decirlo así. Y tu padre lo pone como un trapo, ninguna de las dos puede imaginarse cuánta cosa le dijo, como si nunca hubiera pasado eso y él fuera el primero. Esas cosas se pagan, según tu papá. ¡Se pagan! Pues ya lo pagó. Hasta hemos soportado lo de Gomersindo.

—¡Por Dios mamá! Te van a oír.

—No importa, ellas lo saben muy bien. Ya se habrán cansado de oírlo, no es novedad ni se lo voy a perdonar a Magdalena.

—No pidió perdón —interrumpió Teresa, otra mirada al reloj—. Muy bien, según tú, deben casarse.

Elisa se quedó prendada de una frase: *disfrutar de una mujer que le guste*. Magdalena no debía de haberle gustado nunca.

—Si no lo defiende su madre, ¿quién va a estar de su parte?

—Nosotros tres; sus hermanos. Enrique siempre estuvo de su parte. El matrimonio de Enrique es una gran lección. Se casó de acuerdo con sus gustos y no sacó nada de eso.

—Pues... sacó satisfacción. —Doña Flora lo dijo en un tono rotundo, inapelable. Teresa se entristeció y juntó las piernas, claras como perones, de piel suave.

—Nadie le pone objeciones a Ernestina, mamá. Nadie va a oponerse por la educación católica, estás exagerando. Ella siempre fue la excepción y además no es católica ni lo ha sido nunca. ¿Es eso? —Doña Flora no sabía contestar. No era eso. Elisa, como siempre, la intuía perfectamente; Teresa también, por supuesto. La madre tomó aliento.

—Alguna de las dos debe hablar con ella para ver si es posible arreglar algo firme antes de su regreso a México.

Elisa miró a Teresa y no recibió respuesta.

—Yo no voy a hablar con Ernestina —lo dijo en forma definitiva, poco usual en Teresa—. Ese asunto es muy delicado y puede prestarse a las peores interpretaciones.

—¿De ella? Pero si a ella le encanta Miguel. —Se volvió a su hija menor—. ¿Tú los viste?

—No. —¿Mentía para hacerse la boba, como a menudo le había dicho Ernestina misma? Su madre la miró rápidamente: ella tampoco quería hablar con su prima, se entendía muy bien.

—Todo el mundo va a pensar que estamos poniéndole una trampa porque ya heredó. Miguel no tiene nada ni nosotros tampoco. Nos van a culpar de desbaratarle el matrimonio por interés económico.

—Pues se lo desbaratamos.

—Vamos a llegar a un acuerdo, ya es tarde —Teresa hablaba reposadamente—. No podemos hacer nada. Pero yo te prometo mandar a Miguel a México si viene al caso y si ella se divorcia... y si él está de acuerdo, por supuesto. Una visita de un mes o dos. —Para Teresa eso significaba el gasto de sus pocos ahorros, el desperdicio de sus pequeñas privaciones: no tomar un taxi, no ir a una fiesta, no comprar una tela o un dulce. Elisa no se sorprendió, siempre era lo mismo; doña Flora se secó los ojos, algo es algo. No se les iría Ernestina igual que la otra vez, como una liebre.

—Ya no tarda en llegar tu padre.

En efecto, eran las dos. Luego vendría Miguel a comer solo, se quedaba cuidando la botica hasta el regreso de su padre.

La mesa estaba puesta, los platos, los cubiertos, los vasos, todo en su lugar. Cuando se sentaron destacaban los sitios vacíos de Miguel y Ernestina. Magdalena y Bárbara daban vueltas alrededor con un airecillo sonámbulo como si acabaran de despertar; así estaban siempre por otra parte. Bárbara heredó de Miguel los ojos negros, sombreados y

espléndidos, la piel blanca; de Magdalena la expresión cansina e indiferente o se la habría copiado a base de seguirla al mercado por las mañanas, dormir con ella, guardar su ropa en el cuarto de servicio. Sorprendentemente para quien no los conociera, Bárbara tomó su lugar en la mesa, entre su abuela y Elisa, era dos años apenas menor que ésta y la costumbre nació de un hecho normal para todos: el más pequeño se sentaba siempre a la izquierda de doña Flora para ayudarlo a comer... y nadie había llegado después de Bárbara, salvo Gumersindo, quince años después y éste pertenecía a la cocina: para alivio y vergüenza a un tiempo. Vergüenza, como había dicho Enrique con su manera de ver las cosas, clara y frívola, ajena al secreteo de las mujeres y a la sobriedad de su padre.

—Ya se fregó Miguel. No vamos a imprimir una tarjeta para participarle a este pueblo chismoso la paternidad del mozo de la botica y nuestro valor como testigos no funciona, pues se hizo en privado y como es natural, no lo vimos. Ni el acta del Registro Civil sirve, Gervasio tiene quince años y Magdalena veintiocho; la iban a acusar de corrupción de menores, ni podemos andarlo contando por aquello de que río que suena... nos van a culpar de proteger a mi hermano para no vernos tan indecentes. Y la pobre Bárbara cuidando al hermanito.

— Tiene que hacer algo, ya no va a la escuela.

—No seas bruta, Magdalena. ¿Cómo iba a querer? Le empezaron a hacer bromas groseras cuando se te notó la panza. Hasta le echaste a perder la fiesta de quince años.

—Estaba de parto, es la naturaleza. Ella no quería, podíamos haber esperado un año para hacer la fiesta. Yo no pensé en...

—Bueno, Magdalena, ¿cómo fue?

— Allí en la cocina. Una tarde trajo el veneno para los ratones; yo estaba planchando y ni me imaginaba.

—Una sola vez.

—Varias. Ya había aprendido el camino. Ni manera deirme con él.

—Pues no. No ibas a estar esperándolo en la puerta de la secundaria. ¿No se te ocurrió meterte con un hombre mayor?

—No se me ocurrió a mí sino a él. No puedo vivir con un hombre grande por Bárbara, no quiero dejarla y no me la iba a llevar; don Miguel no me hubiera dado permiso.

Magdalena estaba trapeando con la jerga enredada en un palo. Siempre tuvo la espalda encorvada y el vientre hacia fuera, las piernas curvas y separadas. Enrique le decía a sus hermanas:

—Pobrecita, la ves en la calle y no sabes si viene o va.

Ellas meneaban la cabeza y doña Flora añadía:

—Hijo, no le digas tantas cosas a Magdalena, va a perder la inocencia. —Enrique reía. Su madre, como otras veces, tenía razón. A pesar de la opinión pública, Magdalena tenía una inocencia o una confusión, no era importante pero existía.

Cuando les enseñaron en la escuela la diferencia entre indios, criollos y mestizos, los cuatro hijos pensaron en su casa. Enrique lo comentó en voz alta y don Miguel tuvo un ataque bilioso de cuatro días: no le cesaron las náuseas ni las diarreas con los polvos recomendados como infalibles por él mismo.

—Eso no existe —repetía—. Eso desapareció hace más de un siglo. Esa escuela es retrógrada, les enseñan pura necedad. Yo siempre fui a la del maestro Regil, hombre decente y liberal. Allí nunca se dijo la palabra indio.

— ¿Cuántos indios iban a la escuela?

—Ninguno, no se usaba.

—O sea, los borró del diccionario.

— Cállate, Enrique. Estás haciendo esfuerzos por no entender. Nunca he tratado a un indio en forma despectiva

ni me he preguntado al hablar con una persona cuál es su contexto racial.

—Pues no. Loco estarías, se nota inmediatamente.

—Estás faltándome al respeto. No hay necesidad de explicárselos con tanto cuidado.

—Para enseñarnos historia de México.

—Para enseñarles porquerías. La historia de México no puede reducirse a una mezcolanza de razas.

Enrique calló. Para él, ya decidido a estudiar derecho, la historia era un interés secundario, pero exactamente eso: una mezcolanza de actitudes nacidas por supuestos de realidades raciales.

—Mira a Magdalena —siguió su padre—. ¿Qué tiene de raro o de distinto? Tenemos otra cultura, es todo; hubiera podido ser maestra, hay muchas iguales a ella. Todos somos iguales. Con tu permiso.

Don Miguel salió hacia el cuarto de baño agarrándose el vientre y a Enrique le dio lástima. Su padre iba a morir defendiendo la situación de su casa con las ideas liberales... y nadie se interesaba en ellas como tales. Doña Flora, en cambio, no sabía de liberalismo ni quería enterarse; le bastaba con la vida diaria. Cuando estaba a solas con sus hijos nunca dejaba de recalcarles la pureza de su sangre. ¿Cuál pureza? Ahora Enrique tenía muchas frases acuñadas para definir la actitud de su madre pero no se las diría, también para proteger su ingenuidad, ¿qué caso tiene mortificar a las señoras como ella, educadas en una superioridad vagamente realista y nunca demostrada? ¿Quién era más inteligente, su madre o Magdalena? Este pensamiento le parecía digno de un mal hijo y por ello no hallaba respuesta. Bárbara era de ellos pero cumplió quince años y nació Gumersindo, entonces se vio claro: Bárbara era en parte de ellos. Nada más. Era también de Magdalena y además tenía un elemento distinto, todo suyo: era mestiza,

pues. Cuando viniera Ernestina hablaría de esto, con Elisa resultaba imposible aunque fuera su más asidua compañera de fiestas y paseos; con Teresa también, ella cuando empezó a enseñar en su primaria oficial, tomó una actitud democrática al respecto. Sus alumnos eran de raza indígena y ella se convenció profundamente de los poderes de la educación.

—Ernestina, ¿Te casarías con un indio?

—¿Ya pidió mi mano? ¿En quién piensas? ¿En Benito Juárez?

—Sí, es en serio. —Él no era serio—. Te creo capaz.

—¿De qué?

—De querer ser presidenta.

—¿Yo? Estás loco. —Ernestina estudiaba en México y era apenas cuatro años menor... no la veía como entidad independiente, la tenía asociada con sus hermanas y la trataba de la misma manera. Ni siquiera le venía un mal pensamiento cuando ella desfilaba debajo de su hamaca, en camisón, camino al baño, con cara de sueño y la boca torcida. Entonces doña Flora tenía otras ideas.

—¿No te gusta tu prima?

—Sí. Parece una lamparita; pura pantalla esponjada y abajo las piernitas de alambre.

No le gustaba, ni modo. A Enrique le hubiera venido bien, al terminar la carrera, vivir en México. No en ese pueblo donde por fin fue a dar casado con María Ramona, la mujer de sus sueños... la cual no parecía lámpara sino ánfora griega, como él se ocupó de hacer notar pues a ninguno de su familia se le hubiera ocurrido. María Ramona era demasiado gustable, en apariencia. Por lo menos, los niños fueron guapos.

La comida se desarrolló como de costumbre; se oían las voces de Elisa y de doña Flora, había el acuerdo general de no hacer hablar a Teresa para que le descansara la garganta

antes de su segundo turno, don Miguel y Bárbara hablaban poco, Magdalena iba y venía; en estas casas la distancia entre la cocina y el comedor podía ser de catorce metros y hasta más de veinte, se acortaba atravesando los patios con arriates altos, desbordados de tulipanes. Las sirvientas usaban chanclas de puntas viradas hacia arriba, unas chanclas ancestrales donde no siempre coincidían los talones y hacían un ruido especial. Servir la mesa era toda una caminata: la sopa, el guisado sencillo, tortillas calientes, un aguacate rebanado, algo de dulce o fruta.

Como todos los días, pensó Elisa, hasta que Magdalena se dirigió a la puerta de la calle y doña Flora habló, con la voz tranquila.

—Magdalena, ¿a dónde vas?

—A la botica, a traer una aspirina.

—Hay en mi ropero, arriba a la derecha —el tono era definitivo sin ser autoritario. Luego—: no debes dejar solo al niño en la cocina. Está comiendo. —Pero Magdalena ya estaba lejos del cubo del zaguán y aparentemente no se acordaba de la aspirina.

Elisa estuvo a punto de recordárselo pero hubiera sonado a ironía. ¿Pensaba su madre que Miguel y Ernestina estaban juntos y ella habría aprovechado la ausencia de don Miguel para llegar precisamente a esa hora? Magdalena lo había pensado, claro. ¿Tendría celos? No, por supuesto, en ese cuerpo, en ese cerebro, quedaba sólo la curiosidad como pasión dominante; Magdalena, a quien nada se le anunciaba, creció y vivió descubriendo todo por su propio esfuerzo. No los vio, aunque hubiera podido, a través del patio y desde su misma hamaca, porque dormía como un tronco. No la despertaba ni el llanto de su hijo. ¿Y Bárbara? La miró, estaba masticando con método, lenta e irremisiblemente; comía mucho, era su placer y su satisfacción válida y legal. Bárbara podría haberlos visto.

Entró Ernestina y su llegada fue el derrumbe de un castillo de naipes. Venía empapada en sudor, como todo el mundo a estas horas y ella no estaba acostumbrada.

—Perdón, se me hizo tardísimo. Magdalena, no te molestes, voy por mi sopa. —Se lavó las manos con rapidez pero Magdalena ya se llevaba su plato.

—Siéntate sobrina —era don Miguel con la gentileza acentuada, él amaba a su hermano y ponía su pena en segundo lugar pues Ernestina también para sufrir ocupaba el primero.

—El calor te agota, Tina. —Era Teresa, suave como su padre, sedante.

—Me cansa —sonrió de pronto, una sonrisa terriblemente bella, notó Elisa: le brillantaba el rostro, se lo hacía vibrar—. Extraño a mi niña —el comentario era para todos—. Me gusta mucho mi niña.

—¿A quién se parece? —era Teresa de nuevo.

—Unos días a unos y otros a los demás. —Entró Magdalena con el paso más rápido y el plato humeante. Ernestina, después de agradecer, empezó a comer con lentitud, evidentemente se esforzaba.

Los dos comentarios de Teresa pusieron a doña Flora con el alma en un hilo, el primero porque para sus sueños era mejor si Ernestina se aclimatava; el segundo, porque temió la respuesta. La niña hubiera podido parecerse al marido de la muchacha, cosa perfectamente natural. Ernestina se dirigía ahora a don Miguel.

—No está listo el poder, tío.

—¿No? Aquí las cosas funcionan despacio. Si estás casada bajo la ley de propiedad común quizá necesites la firma de tu esposo, no estoy seguro —doña Flora puso una sutilísima cara de resentimiento.

—No. De ningún modo.

Hubo una especie de estremecimiento. En esta familia nadie habría pensado en casarse bajo la ley de separación



de bienes, a menos de ofender gravemente al cónyuge más pobre. El marido de Ernestina ya estaba ofendido gravemente, como por definición. Ernestina luchaba con el plato de sopa en la forma más disimulada: gotas, medias cucharadas, miradas distraídas, gesto amable. Callaron. Magdalena, con una sencillez muy suya, se quedó parada con los brazos cruzados junto a la puerta, hipnotizada por Ernestina.

—Ustedes, de niñas, se parecían mucho —comentó don Miguel abarcando con la mirada a su hija menor y a la prima—. Ahora no.

—Se parecían hasta hace cuatro años. —Dijo Teresa, ocupada en pelar una naranja, mientras la cáscara caía del cuchillo como una franja dorada, con toda precisión.

Elisa lo sabía de sobra, en ella perduraron los rasgos infantiles; los rizos, los ojos de largas pestañas que les prestaban una mirada tierna aunque la ternura no estuviera en sus intenciones, la boca entreabierta sobre los dientes dispuestos como dispuesta a la sonrisa. Y una gordura discreta de bebé, toda suavidad, hoyuelos y blancura. Ernestina perdió su rostro de niña y ésa fue la sorpresa de su estancia anterior, apenas dos años antes, se presentó flaca, más alta que su prima, con la mandíbula marcada, como los pómulos, y su delgadez era ágil, sólida. Y las manos, Elisa recordaba las manos, sobre todo. De niñas tenían la costumbre de medírselas, palma con palma, las de Ernestina eran más grandes; esta última vez, los dedos de su prima le sacaban a los suyos casi una falange, si no hubieran sido tan delgadas fueran motivo de desproporción. Pero no, ella aprendió a usarlas... o mejor, a no usarlas, mientras Elisa seguía haciendo los ademanes cortos, vulgares y heredados, porque en la calle, en las visitas, en los familiares, se veían repetidos; las manos de Ernestina se quedaron quietas, compuestas en el regazo, esperando una señal que no se daba para entrar en movimiento.

Elisa las vio clavadas en el cuerpo de Miguel, una rodeando su cintura, otra enredada en su cuello mientras se estrechaban. Si ella no le había confesado su amor, él debería haberlo sentido por medio de esas manos tan fuertes, tan potentes en los cinco tentáculos de los dedos larguísimos. Elisa, sola, en sus pensamientos, formuló una pregunta.

—¿Nunca te pintas las uñas?

—Nunca. Mi... en mi casa no...

—Me acuerdo, pero ahora...

—Ahora menos... —Ernestina se ruborizó profundamente y abandonó la cuchara dentro del plato. La mirada del tío Miguel era sorprendida y bondadosa—. No. No es por el luto. Es que... trato de pintar.

—Pintar ¿qué? —Elisa estaba legítimamente asombrada, entre tanto, la prima se recuperó.

—Bueno, hemos tomado clases de pintura durante años, pero ahora voy a estudiar artes plásticas. Seriamente.

La comunicación cayó en el silencio y ella volvió a comer. Ni una bomba hubiera hecho el mismo efecto. Ernestina, al terminar la preparatoria, estudió dos años de literatura y luego, sin dolor de ninguna clase, abandonó la carrera para casarse.

—¿Cuándo? —Elisa estaba indignada y se le notaba. Ella estudió piano y más piano; la secundaria fue un obstáculo insuperable.

—Ahora, a mi regreso.

—¿Cuándo lo decidiste? —Teresa le envió a su hermana una mirada de advertencia, como ella no acusó recibo le empujó el pie debajo de la mesa.

—En estos días.

Doña Flora se quedó suspensa. Esto era infinitamente peor que no divorciarse. Para ella, estudiaban las solteras con necesidades económicas, las casadas se ocupaban de sus hijos. En las escuelas superiores de su ciudad todavía

era extraño hallarse una mujer; casada, menos, nunca había ocurrido. Estaba escandalizada, percibía su contradicción aunque sin claridad. Apenas una hora antes había formulado su intención de “desbaratarle” el matrimonio, lo cual no era exactamente cotidiano y ahora se espantaba de algo mucho más natural y quizá inocente. La objetividad vino de Teresa.

—Haces bien. Siempre me has parecido muy capaz, el hecho de que las mujeres estudien es positivo para ellas y para sus hijos. Yo tengo oportunidad de ver que la diferencia entre los niños de mujeres con alguna cultura y los otros es muy evidente. —Largo para Teresa y enérgico, pero nadie tomó nunca su aquiescencia como falta de energía. Doña Flora la miró con frialdad aunque se lo hubiera oído decir antes. No, Teresa y ella no querían la misma cosa. Don Miguel se quedó pensativo, la opinión de su hija mayor fue siempre respetable, aunque... Suspiró. Los tiempos cambian y él no estaba en condiciones de tomar partido a pesar de haber sentido la desaprobación de su mujer. Pensó en Bárbara. Allí, hecha un monolito, perdiendo el tiempo, en este momento con los ojos bajos, haciendo figuritas con las uñas sobre el mantel. De niña él se la llevaba a la botica por las tardes y vigilaba sus tareas escolares; era más inteligente que Elisa. Don Miguel se levantó de golpe, antes de sentir la somnolencia de la siesta, en esta tierra la dificultad no era levantarse por las mañanas sino mantenerse despierto a las tres de la tarde.

—Bueno, pues ya es hora —Ernestina hizo un movimiento, como si fuera a levantarse—. No te muevas, sobrina, luego nos veremos. —Fue al perchero, a un lado del zaguán, tomó su sombrero de paja y salió al sol deslumbrante de la calle. Tendió los ojos: allá lejos, pasando la botica, un pedazo de mar.

Magdalena le trajo una taza de café a Teresa.

—¿No está muy caliente? —No era costumbre de la casa, pero Teresa descubrió que le aclaraba la mente y le daba fuerzas para el turno de la tarde—. No puedo tomármelo aprisa. No tienes apetito, Tina.

—Como despacio.

—¿Estás esperando a Miguel? —Elisa no pudo remediarlo, le salió del alma y era indudablemente una agresión.

—Siempre he sido lenta para comer —sonrió sin despegar los labios—. Pero no en todas las casas tengo la ventaja de disponer de dos turnos, como en ésta. —Terminó la frase sin emotividad, pero divertida, dispuesta a escuchar algún otro comentario; no vino, Teresa y Bárbara se pusieron en pie al mismo tiempo y doña Flora, después de una vacilación, también. Era el castigo de Elisa, la dejaron sola.

El bastidor para tejer hamacas estaba frente a un muro del comedor, tenía cuatro metros de ancho y casi dos de alto. Doña Flora se impuso la disciplina de hacer diariamente entre diez y veinte vueltas, para no dormirse, las siestas engordan y las hamacas son necesarias: cada uno la suya, las de repuesto, las de los huéspedes.

—Yo también ya me voy —Ernestina asintió—. ¡Me da una flojera! —En realidad estaba dando marcha atrás para ponerse en buenas relaciones con la prima antes de irse. Apareció Teresa polveada, peinada y con los libros en la mano.

—Nos vemos.

—Nos vemos. —Contestó Ernestina con un gestecillo especial. Elisa cayó en la cuenta, la prima quería a Teresa de una forma distinta, como a don Miguel, como a...

Aquí estaba Miguel, sin saludar, nunca lo hacía; fue derecho al lavabo y les dio la espalda. Escuchó el ruido del agua, luego lo adivinó secándose las manos. Manos curiosas de farmacéutico; sabias en doblar papelitos, llenar cápsulas, medir cantidades mínimas de esto y lo otro. Manos, como las de su padre, siempre cuidadas y limpias.

Ya venía Magdalena por el patio con el plato en la mano. Miguel se sentó en el lugar de su padre, con la silla vacía a su izquierda, entre Ernestina y él. Doña Flora, tal como se lo dijo su instinto, supo que habían hablado antes, en la botica, su cercanía silenciosa indicaba continuidad y no reencuentro.

Elisa se paró de la mesa, estas cosas se hicieron siempre con naturalidad, siempre sujetas a los cambios de horario. Pero no fue a su cuarto ni a la calle, sino a la sala, en donde se escuchó el estruendo de un vals de Waldteufel, ejecutado sin claridad pero con ira. Doña Flora tejía ahora de espaldas a ellos, no importaba no verlos, podía sentir en los nervios de su cuello, en su cerebro, la electricidad de sus presencias juntas, quizá si hablaran... no decían nada. Terminó la vuelta y el vals terminó también, como si estuvieran coordinados. Se escucharon los pasos de las sandalias blancas y el ruido de la aldaba, Elisa se había ido.

Ya no corrían las notas por la casa, estremeciéndola, por eso ahora las sentía vibrar mucho más fuertemente. Ernestina abandonó la idea de comer y Miguel tomaba la sopa a grandes cucharadas, para terminar rápido... era muy feliz y su madre lo sabía, de esta forma no lo había visto nunca. Sus hijos varones eran más guapos que las hembras y ella lo lamentó siempre, salvo en este momento. Valía la pena el atractivo de Miguel para poder verse hermosísimo en esta circunstancia, valía la pena. Sintió un nudo en la garganta. Se oían sus propios pasos lentos, el roce de la hilera atravesando los hilos ya tejidos y el chancleo de Magdalena, unas veces cerca, otras lejos.

—¿Te acuerdas de cuando tenías siete años? —Era la voz de Miguel: no reparaba en ella, se lo agradeció. Se sentía a solas con Ernestina porque ella, Flora, era su carne, no un ser distinto, pero, ¿por qué siete años?

—Sí. Te pedí tu retrato, lo tenía en un cuaderno de la escuela y lo llevaba conmigo.

¡Y Ernestina hablaba también así, ignorándola! Doña Flora tuvo miedo de escuchar demasiado por primera vez en su vida. Claro, Miguel pasó dos años en casa de su tío cuando se pensó en su carrera de medicina... él tenía dieciocho años, iba a la universidad.

—Te leía ese libro, ¿te acuerdas? Los cuatro Enriques de León Beauvallet.

—Me acuerdo, pasábamos juntos tardes enteras. Nos queríamos mucho, Miguel.

—Sí, mucho.

—¡Si vieras cuánto sufría por no ser grande! Hubiera querido ser una muchacha de tu edad, ser niña es a veces humillante. Me pasaba los días mirándome al espejo, para ver si algo podía hacerse; terminaba alisándome las cejas con saliva.

Ninguno de los dos sonreía. Doña Flora estaba bañada en sudor, necesitada de aire. Su hijo era padre entonces de una niña de cinco años y Ernestina tenía siete. Y no se lo tomaban a broma, era serio, Dios Santo. ¿Qué estarían pensando sus cuñados? Pues nada, nadie le hubiera dado importancia a esas lecturas.

—Un día no quisiste hablarme porque se te cayó un diente.

—¿Te diste cuenta?

—Claro. Pero me regalaste una violeta.

—Es verdad.

—Todavía la tengo.

—¿La disecaste?

—Sí, en mi libro de biología. Luego la puse en un papel celofán y ahora está en el Quijote que leo en la botica.

Doña Flora se sintió mal, como cuando se le subía la presión. Su hijo y ella eran de la misma carne, pero él estaba lejos de este horrible malestar, dio la vuelta de nuevo. ¿Qué sentía? Estaba horrorizada, no triste, ni propiamente

asqueada y sin embargo... no podía escuchar una palabra más, estaba a punto de volver el estómago. Pasó junto a la mesa con naturalidad y luego, cuando ya no la veían, corrió al baño. Acudió Magdalena.

—Mamá Flora, ¿se siente mal?

—Cállate por favor... me siento... ¡si supieras cómo me siento! —Esta mujer no era su hija ni su criada, era algo insuficiente, sin definición, pero íntimo, con más de veinte años de cercanía profunda.

—¿Le traigo un vaso de agua helada?

—Sí, pero sin decirlo. ¿Dónde está Bárbara?

—Durmiendo con el niño.

Tomó el agua poco a poco, el estómago se le contraía como si estuviera envenenada. No sabía analizarse, no hubiera podido llorar. Magdalena la contemplaba, le sostenía el vaso.

—Yo la abrazaría, mamá Flora, pero hace mucho calor y huelo a tocino.

—No te preocupes.

—¿Quiere lavarse la cara?

—Sí. —Se llegó al lavabo y empezó a echarse agua en la cara y en la cabeza, no estaba fría, la alivió mucho, Magdalena le tendía la toalla; luego empezó a peinarla sin hacer preguntas, sin molestar. Doña Flora reflexionó sobre la comodidad del carácter de esta mujer, si no fuera por eso, ya no estaría en su casa. Como Enrique—. Me da una tristeza pensar en Enrique, su mujer es muy rara. —Nunca lo había comentado pero era necesario cambiarle una información por otra, era... justo.

—Así dicen —ya lo sabía y lo de ahora... también—. ¿Quiere que le cuelgue su hamaca?

—Sí, en tu cuarto, para no estorbar.

Bárbara y el niño dormían cruzados, muy quietos. En las hamacas no pueden juntarse las cabezas. Dos en una

hamaca es siempre un muro de separación, cabeza con pies y cabeza con pies. Se tendió en la suya, Magdalena acababa de colgarla con una destreza de ilusionista.

—No he acabado de servir.

—Déjalos, se las arreglan solos.

Cuando Teresa llegó de la primaria se encontró a Ernestina recién bañada, envuelta en trapos negros, sentada meciéndose junto a la ventana de la calle y con el abanico de cartón en la mano.

—Vaya, estás sola, quería hablarte —Ernestina la miró de frente, estaba inmensamente triste—. Era para pedirte una cosa.

—La que quieras. —Siempre esta cortesía un poco fatua pero efectiva, cierta.

—Es una historia un poco larga —Teresa se sentó en la mecedora de enfrente, tomó otro abanico—. No tanto, de ocho meses. Tengo novio —Ernestina no dio señales de asombro por fortuna, se limitó a poner más atención—. Quiero casarme con él... pronto; lo conocí en Guadalajara, pero es de México... hice un viajecito con otras maestras —ahora Teresa perdía su fuerza de persona mayor, su entereza de adulta, estaba angustiada—. Voy a cumplir treinta y tres años y desde hace quince cuentan conmigo en esta casa... empecé a trabajar pronto. No han disminuido las necesidades, la botica apenas da lo mínimo.

—Elisa trabaja.

—Gana poco, pero no es eso. Jamás me lo echarán en cara, ni me dirán algo... he ayudado.

—¿Entonces?

—Es necesario convencer a mi papá.

—¿Te ha dicho algo?

A Teresa se le humedecieron los ojos.

—No va a querer. Apenas está reponiéndose del noviazgo de Elisa.



—¿No le gusta Fabián Montero?

—No le gusta a nadie, ya habrá ocasión de contártelo con detalle. Lo mío tampoco le puede gustar.

—¿Por qué?

Teresa miró al suelo y recobró su objetividad, hasta cierto punto.

—No es de nuestra clase social, ni guapo, ni joven, ni tiene profesión —Ernestina bajó los ojos—. Si pienso todo eso, no debería casarme, ¿no?

—¿Tú lo quieres?

—Necesito mi casa y mis hijos. Él... quizá también. Le ofrecieron un empleo en Puebla y yo puedo pedir mi traslado.

—¿Lo sabe tu mamá?

—Por supuesto, Elisa también y Magdalena. Me escribe casi a diario —no nombró a Miguel—. Pero a mí me preocupa papá... porque sufre y se enferma. A ti te escucharía con más calma, si pudieras explicarle...

—¿Qué, exactamente?

—La verdad. Nada más la verdad aunque no me favorezca. —Ernestina le tomó las manos entre las suyas y las dos mecedoras se inclinaron.

—Hiciste bien en decírmelo. No te pongas así. Es normal. Tu papá no espera que le dediques la vida entera. Y el asunto no tiene nada de malo, es un matrimonio como cualquiera.

—Me da vergüenza. Él no es un yerno presentable —Teresa se humillaba con una resignación profunda, de persona decidida—. Aquí no hay hombres de mi edad, si llegas a los treinta soltera así te quedas.

—Cierto.

—Soltera, pobre y... no bella

—No tienes nada de fea, eres más bonita que Elisa, cualquier día.

—No me digas mentiras para consolarme.

—Estás loca, Teresa. Te educaron para trabajar y a Elisa para reina de la casa, aunque también trabaja. Es la actitud, no es la belleza. Tienes buen cuerpo, bonitos dientes, hermosa voz y el mejor carácter que he visto en mi vida —Teresa soltó la carcajada, Ernestina hablaba con entusiasmo—. Ya quisiera Elisa, aunque sea tu niña mimada.

—¿Hablarás con papá antes de irte?

—A la primera oportunidad. Quiero saber una cosa.

—¿Cuál?

—¿Crees que vas a ser feliz o estás absolutamente segura de no serlo?

Teresa calló un segundo.

—Nada más voy a vivir como necesito vivir.

—Con eso basta entonces, ¿o no? —La pregunta de Ernestina es de las que vuelven las cosas al revés en dos sonidos; estaba pensando en ella misma y no en Teresa.

—Tina... —el nombre infantil se escapó en un suspiro—. ¿En quién piensas?

—En mí, ya lo sabes. No he vivido como quería.

—¿Cómo... cómo quieres?

—No puedo decirlo. No... no lo entiendo —se le quebraba la voz y tomó aliento—. Mi padre ha muerto. Quiero que valga la pena su muerte; si yo siguiera viviendo como lo he hecho este año por pura consideración a él y él ya estuviera muerto, su muerte no tendría sentido —Teresa la escuchaba con fascinación, como si hablara en otro idioma comprensible para ella por obra de un milagro—. Las cosas están obligadas a tener un sentido, ¿qué sentido tendría la muerte tan horrible de un anciano, si no hubiera consecuencias? Ponte a pensar en lo que acabas de decirme. Te sientes obligada por... el amor a tu padre, si no lo quisieras no te importaría —ahora tenía algo suplicante en los ojos y en la boca, Teresa asintió—. Y hay otra cosa; el orgullo de ellos.

Una no quisiera lastimar su orgullo. Son hombres, Teresa, hombres orgullosos y buenos. —Teresa asintió de nuevo; ésta era la conversación buscada, parecida a otras sostenidas desde la adolescencia de Ernestina, a pesar de la diferencia de edades; largas conversaciones nocturnas, cuando Elisa acababa por dormirse y ellas seguían adelante, sin límite de hora, para aprovechar el tiempo concedido por las vacaciones, los viajes urgentes, las muertes.

—Tina, ¿cuándo vas a creer en Dios? —Teresa sintió las manos flacas apretarse en sus dedos.

—Cuando Dios quiera.

Tenían las caras muy juntas, las manos entrelazadas, se tocaban sus rodillas. Escucharon la voz de Elisa, alta, un poco afectada, estaba en la puerta de la sala.

—¿Están contándose secretos?

Se apartaron, Ernestina se dejó caer en el respaldo y volvió el rostro hacia la calle.

—Voy a bañarme —anunció Teresa.

—Yo también —dijo Elisa, no estaba dispuesta a quedarse sola otra vez con la prima. Tenía celos de su hermana, de su hermano, de su padre.

Encontraron a doña Flora sentada junto a la ventana del patio, remendando ropa, con el rostro muy diferente al de la mañana, como si la entrevista de entonces se hubiera sumergido en un pozo, las dos lo notaron.

—Báñense. Luego cenamos y a ver si salimos a caminar un poco cuando esté oscuro y baje bien el calor. Ya está refrescando.

Irían al malecón. Cuando se estaba de luto no era bien visto dar vueltas en la plaza.

El malecón serpenteaba a lo largo de la pequeña ciudad, tirada a la orilla del mar como una víbora de casas coloniales extrovertidas y salitrosas, pintadas de colores fuertes transformados en polvo por la fuerza del viento marítimo y

despintados por el furor de un sol terrible; en unas cuantas semanas quedaban pálidas, suaves y acogedoras. Siempre había una fachada que desgarraba el ojo: azul rey, verde esmeralda, rojo vino, pero todos sabían la poca duración y nada comentaban. Las rejas negras, eso sí, con un aceite espeso para no verlas convertidas en herrumbre. Ninguna casa estaba lejos del mar, el calor tierra adentro era de selva y la vegetación se apiñaba alta y furiosa, dibujando un copepe verde sobre los techos planos de las casas de un piso, grandes, amosaicadas, de cuartos inmensos para abrirle caminos al viento. Al construirlas se gastó más en suelo que en muebles; esa era la coquetería deslumbrante de esas casas y su esplendor presente, estos suelos como tableros, blanco y negro, blanco y púrpura, barridos y trapeados diariamente para hacer carreteras de ensueños por donde desfilaban personajes descalzos.

Y el mar, siempre dejándose caer, nunca monstruoso, avanzando y retrocediendo en un mismo chasquido hasta dar la impresión al mediodía de ser una turquesa sólida y viva. Hasta la época de los huracanes, cuando las ventanas se cerraban con sus tres hojas: la de tirillas de madera, persiana de nombre, la de vidrio y la de madera gruesa, porque el mar se derramaba en el viento y corría por calles y jardines, se asentaba en los muebles, en las hamacas húmedas, en los rostros con sabor a sal.

—En este clima basta un día para envejecer y morir —dijo un viajero cuando se encontró las pequeñas procesiones de resucitados de una misma familia desfilando levemente por el malecón bajo la luz temblona de los faroles débiles después de haber pasado horas en la ocupación de huir del sol, encerrados en sus casas jadeantes o en sus trabajos sudorosos, soplándose, cubriéndose con sombrillas viejas y nuevas, respirando a fondo para sentir si el mar al fin se decidía por la brisa y el aire entraba, entraba.

Iban Elisa y Fabián, Ernestina y Miguel, Bárbara y doña Flora. Salieron de la casa en ese orden y doña Flora no sabía si conservarlo o no; Fabián era un extraño y no se podía confiar en el comportamiento de los primos. Por fin, dos calles más adelante, cuando alcanzaron el malecón, se decidió. La mejor política era dejar atrás a Ernestina y a Miguel y pasar a segundo lugar del brazo de su nieta. Fabián hablaba mucho, Elisa también, los dos tenían el hablar rápido, las voces altas de quien ha crecido en cuartos grandes, no se perdía una sílaba de su conversación pero a nadie le interesaba escucharla.

Ernestina y Miguel venían en silencio, caminando muy cerca y sin tocarse; el vestido negro de Ernestina crujía con el viento y se levantaba dulcemente, el taconeo de él era apenas perceptible.

“¿Qué clase de noche pasaremos hoy?”, pensaba doña Flora y se afianzaba al brazo de Bárbara; empezó a rezar entre dientes, Bárbara la miraba de reojo.

—Hubieras traído el rosario, mamá Flora.

—Cállate hijita, cada quien reza cuando le da la gana, será que me estoy volviendo vieja —iba a decir loca, pero sonaba sentimental y ella en realidad no lo era— o tonta —agregó a sabiendas: nadie en su vida la había llamado inteligente. De pronto ya no escuchó los pasos ni el roce de la tela, se sentaron. Mejor, porque Fabián... nunca entendió el chisme de Fabián pero no podía preocuparse y esto era reflejo de la actitud de Elisa quien no lo tomó en serio ni cambió en nada sus relaciones con el novio. Había unas cosas...

Ernestina y Miguel se quedaron en un recodo, en cuanto los perdieron de vista doña Flora quiso sentarse.

—Se me están inflamando los pies.

—¿Por qué fuiste a dormir la siesta con nosotros, mamá Flora?

—Me sentí mal, no quise molestar a nadie.

—¿Ya te sientes bien?

—Sí; no me atreví a cenar mucho, apenas una fruta. No lo digas, no fue nada.

—¿Tuviste un disgusto?

—No sé —así era ella con su nieta, así había sido. Cuando estaban solas hablaban con entera sinceridad, como con Magdalena, pero más a fondo, como jamás lo hacía con sus hijos; con los hijos siempre se miente un poco porque... ¿por qué?

—¿Fue por Miguel, verdad? —Nunca le enseñaron a llamarlo de otra manera, hubiera sido absurdo. Papá era don Miguel.

—De veras no lo sé. ¿Te gusta Ernestina?

Bárbara cayó en un silencio intenso mientras su abuela miraba las lucecitas de los barcos pesqueros reflejadas en el agua varias veces.

—No me siento su amiga —dijo al fin—. Siempre me ha dado regalos y a mi mamá también, cosas bonitas de México... claro, menos esta vez. Pero ya viste, al día siguiente del entierro, cuando fue a ver al notario, se metió en las tiendas y regresó cargada de ropa... hasta un trajecito para Gumerindo. Todo lo hace de tan buen modo. A mi mamá le compró un vestido de seda y a mí otro. ¿Ya los viste?

—Ya. Son carísimos, me los enseñó tu madre. Y a tu papá dos cortes para filipina, se los mandó al sastre con Teresa, le queda en camino.

—Pues sí... pero no la siento cerca.

—Yo tampoco.

—¿De veras, mamá Flora?

—Nunca, ni cuando cuidaba a las dos juntas, a Elisa y a ella, tan traviesas. Se me figuraba una niña extranjera, no mi sobrina, tú me entiendes.

—No es tu sobrina. El tío es mi papá.

—Pero tú sí eres de su familia.

—¿Yo? Pues sí, de veras. ¿Tú crees que ella tenga... algo de malo?

Doña Flora no tenía experiencia del mal. Cuando iba a confesarse para comulgar los viernes primeros el padre Bonifacio le decía por costumbre, antes de empezar:

—Si tiene usted pecados doña Flora, confíéselos. Pero no me diga disparates porque hay gente esperando. —A ese padre Boni le iba a dar un buen susto uno de estos días... Para eso faltaban tres semanas y Ernestina ya se habría ido.

—Tú sufres porque Miguel no tiene esposa ni hijos, mamá Flora.

—No hables como esas pitonisas que vinieron el año pasado. Tú eres su hija.

—Soy menos que su hermana, nada más.

—No seas orgullosa.

—No es eso. No hablamos nunca. Pero tú sufres.

—Sí...

—¿Estará enamorado de ella?

—¿Enamorado nada más, así como el resto del prójimo? No. Peor.

—¿Peor?

Ya venían de regreso Elisa y Fabián, hablando mucho todavía.

—Esos parecen una pareja de loros amaestrados —y los otros no hacían intentos de alcanzarlos. ¿Qué estarían haciendo, sentados junto al agua?

—Vamos a ver si Ernestina y Miguel no se han ahogado —dijo Fabián.

Se levantaron. Las tres mujeres con algo de temor en las caras, con algo de incomodidad, por lo menos. Fabián habló de temas generales, como si se hubiera propuesto distraer a doña Flora muy especialmente. No, no podían ir a la refresquería, por el luto. Entonces los vieron. Ernestina con

los pies sobre el parapeto de cemento, abrazándose las rodillas con las manos y la cara muy blanca, el resto del cuerpo perdido en la negrura de la noche y de la ropa. Él sentado a su lado, con las manos enterradas en los cabellos sueltos y largos, revolviéndolos, tocando el cráneo a fondo, como para conocer con los dedos lo que nadie veía. Los cabellos de Ernestina, ondulados y eléctricos, parecían moverse, subirse por la camisa blanca.

—¿Qué están haciendo? —dijo Elisa y nadie contestó.

Ni ellos, quienes no se interrumpieron al verlos venir sino hasta tenerlos muy cerca y Ernestina bajó las piernas, con una terrible cabeza de medusa y el rostro serio, Miguel sin palabras, resplandeciente, sin interés alguno fuera de ella.

—Por lo menos no piensan en ocultarse —se dijo doña Flora—. Sería peor si se escondieran. ¿Sería peor?

Elisa, por lo mismo, los maldecía interiormente; para ella, tenían la sagrada obligación de ocultarse, estas cosas eran... falta de consideración. ¿Creían que todos se habían vuelto ciegos? Los examinó de cerca. No. Ellos estaban ciegos, cuatro ojos oscuros como cuatro piedras, sin expresión, sin júbilo ligero. Por los ojos podía saberse, estaban lejos, fuera del alcance de los otros.

Esa noche todos fueron a sus hamacas. Entraron sin hacer ruido, Teresa dormía, la hamaca de don Miguel se mecía silenciosamente, junto a la cocina Magdalena y el niño descansaban también. Elisa entró primero detrás del ropero y desde afuera vio a Ernestina y a Miguel casi simultáneamente, ya con los camisones, el de ella sin mangas, apenas sostenido de los hombros, sin mirarse siquiera pero coordinados, juntos, entregándose al mundo finísimo de hilera y quedar con los cuerpos derechos, colgados de los ganchos como cadáveres y protegidos por la falsa intimidad de la urdimbre tejida, clara en la oscuridad.



Por primera vez sintió Elisa la promiscuidad del arreglo nocturno. Miguel y su prima respiraban el mismo aire, los atravesaba el mismo viento y la puerta no era sino un símbolo si era alta, ancha y estaba abierta. Si estuviera cerrada siempre tendría el arco calado, formando grecas amplias de madera; ni así estarían separados.

Fabián por supuesto había caído en la cuenta. Podía hablar de cualquier cosa, en él eso era una simple muestra de animación, y observar, tomar notas, tenía el ojo rápido.

—Miguel está enamorado de Ernestina —le dijo al oído antes de llegar al malecón, ella no contestó nada—. Lo siento por tu madre.

Fabián pensaba siempre en doña Flora, se tenían simpatía mutua: el primer saludo era para ella, las pláticas nunca la excluían, las invitaciones mucho menos. Quizá Fabián juzgaba a Ernestina con mayor severidad a causa de su predilección por doña Flora y Elisa no lo deseaba así porque este asunto era de ellos y nadie, nadie podía entenderlo a fondo.

Sintió la inminencia de un desastre que aún pudiera evitarse y tuvo ganas de llorar, algo, algo debería existir para detener el curso de las cosas. Pensó en Enrique, nadie pudo intervenir. Pasó sus años de estudiante deambulando de una novia a otra, como un quehacer automático, todas respetables y bien recibidas en su casa, guapas y ricas. Esto último fue definitivo para construirles el hábito mental de imaginarlo bien colocado, viviendo quizá en una casa más cerca del centro, atestada de muebles europeos, exquisitos, luciendo todavía su gracia venerable, un poco perdidos en estos espacios ardientes para los cuales no habían sido creados. El lujo para ella, los suyos y sus amistades, estaba relacionado con los juegos de sala austríacos, ¡Austria, qué barbaridad!, con cuatro mecedoras de pajilla, doce sillas, dos o tres mesas con cubierta de mármol, uno o dos espejos des-

lumbrantes con el marco dorado y un derroche de luces brotando del candelabro glacial, gélido de prismas y tintineos argentinos. El despacho tendría un escritorio norteamericano, hecho en Chicago a mediados del siglo anterior. Nada como esos escritorios gringos, gigantescos, con una cubierta acanalada que se enrollara haciendo un ruido tenue pero grato.

Nada, con una exactitud de cronómetro, terminó la carrera y se descubrió enamorado de una muchacha venida de la capital en donde había pasado toda su vida, como Ernestina por otra parte, pero diferente, pues si en la prima se sentía el secreto a María Ramona podía leérsela como un libro. Doña Flora le puso los ojos encima y salió corriendo para la botica, en chanclas y bajo el sol del mediodía para avisarle a su marido que Enrique acababa de presentarse en su casa con la puta de Babilonia. Don Miguel creyó en un caso de locura pasajera, pero vio a María Ramona y recapacitó: su mujer siempre había sido cuerda. Aquella muchacha, mayor que Enrique, maestra en los secretos del maquillaje, arte imposible a los cuarenta grados sobre cero, solista del vestuario; capaz de cocinar, tocar el piano y la guitarra, cantar y bailar... con una habilidad tan poco emotiva como profesional, podía ser la maestra de las babilónicas y como ellas, no tenía un quinto y dependía de sus propios encantos.

—¿Y en qué trabaja usted en México? —se arriesgó a preguntarle, creyéndose sagaz.

—Soy secretaria privada. Vine de vacaciones con un grupo de amigos. —Sí, pues. Secretaria de veintiocho años, sentada en el taburete del piano después de haber interpretado el “Amor indio”. Don Miguel se recogió sobre sí mismo, al estilo de los gatos cuando se ciñen el cuerpo con la cola, como temiendo salir disparados contra su voluntad. No hubo forma de disuadir a Enrique. La misma María Ramona, a través de sus amistades, le consiguió un empleo relativa-

mente bien pagado en la administración de justicia de otro pueblo a la orilla del mar, más alegre y mundano, con comercio pesquero, barcos norteamericanos a toda hora y marinos portadores de novedades. Enrique se casó en menos de un mes y se fueron.

—A Enrique lo pescaron como a un imbécil —dijo don Miguel a su hijo mayor, de pie a su lado, los dos ocupados en llenar capsulitas de quinina.

—Están acabando con el paludismo, ya se venden menos —contestó el otro.

—Cuando se acaben las epidemias nos vamos a quedar vendiendo sinapismos.

Era cierto, estaba ocurriendo. Las enfermedades no se acababan, pero las medicinas no eran las mismas y don Miguel sentía por las de patente un desprecio absoluto.

—¿Cómo va uno a saber el contenido y si la dosis es correcta? ¿Por pura fe en la etiqueta?

Tenía razón de nuevo y el tiempo se la concedió cuando se hizo público y notorio que las medicinas de patente curaban menos y en más tiempo. Ni las aspirinas quitaban los dolores, pero la gente seguía comprándolas y ellos hundiéndose.

—Nunca venderé esas porquerías. Nada más aspirinas porque peor es nada —dijo y nunca las vendió.

A los tres años de casado, Enrique tenía dos hijos y la mujer más desprestigiada de Puerto Ángel. Todavía estaba enamorado de ella.

Así, así como ahora, se sentía Elisa cuando caminó detrás de él en la iglesia, vestida de organdí color pistache, pensando todavía en un milagro para suspender esa boda. Con la iglesia llena de invitados y de curiosos, a esas horas ya estaban riéndose de Enrique las novias respetables y sus familias. ¿Por qué la vida de su casa era al fin y al cabo un espectáculo para divertir a los demás? Eran como los otros

y nada ocurría como en las otras casas. Empezaron con el mal paso de Miguel, era cierto, antes no llamaban la atención. Ella entonces tenía dos años, por lo tanto había pasado su vida entera en este miedo y con esta rabia. Sus futuros matrimonios, el de Teresa y el de ella, darían qué hablar por meses y quizá de por vida, y esta historia de Miguel con Ernestina sería como la corona de la imbecilidad. Con la desventaja de que Ernestina nunca pudo entender el valor de la buena opinión ajena; claro, se iba a México y no soportaba los comentarios. Doña Flora roncaba con voz de contralto, ya estaban acostumbrados. ¿Cuánto les importaba a sus padres la opinión ajena? No lo sabía; don Miguel estaba lleno de máximas morales y las aplicaba con una seguridad envidiable; ¿y doña Flora? A ella le importaba un bledo, ahora lo comprendía, ¿cómo si no, entender su conversación del mediodía, con Teresa y con ella?, nadie hubiera dicho, al verla sentada junto al cesto de ropa vieja, remendando con el mayor de los cuidados, que albergaba toda esa temeridad, ¿o era simpleza? Le dolió de pronto calificar a su madre de simple, quizá no lo era, sintió remordimientos; ella amaba a su marido y a sus hijos, nada podía pedirle, pero ¿cómo harían las otras madres para amarlos sin exponerlos al ridículo? Estaba desvelándose, por supuesto Teresa y ella podrían no casarse, o más bien ella, porque Teresa estaba decidida, pero ¿para qué? En cuanto llegó a la conclusión de que si querían vivir era necesario actuar, se durmió profundamente, sin felicidad, sin el sueño profundo que conforta el cuerpo y lo acaricia.

Al día siguiente Ernestina comió a la misma hora que su tío y lo acompañó luego a la botica, colgada de su brazo, para cumplir el encargo de Teresa; en cuanto los vio llegar Miguel salió del mostrador y se fue sin decir nada.

—Tío, tengo algo que decirle —pasó detrás del mostrador.

—Vamos a sentarnos en la trasbotica, a estas horas no viene nadie.

Se acomodaron en unos sillones de pajilla, muy viejos.

—¿Se te ofrece algo, sobrina?

—No es asunto mío, es de Teresa.

—¿Ella te pidió que me hablaras?

— Sí —el tono era parejo—. Se lo prometí —don Miguel se agarró de los brazos del sillón, con el cuerpo muy derecho—. Quiere casarse, tío.

—¿Con quién?

—Con uno, quien según parece, no sería del gusto de usted. Es ignorante, tiene poco dinero, clase media baja de la ciudad de México y ninguna educación, según pude entender.

—¿Y sus cualidades?

—Quiere casarse con ella, no veo ninguna otra.

Don Miguel dejó caer la cabeza sobre el respaldo, tenía la frente sudorosa.

—Ah, las cartas. Recibe cartas y no las contesta delante de mí. Es interesante saber lo que los hijos piensan de uno, siempre es por medio de acciones, nunca lo dicen... esperaba más de Teresa.

—¿Un hombre mejor?

—No. Más franqueza —don Miguel estaba enojado y dispuesto a no hacer una escena.

—¿Menos finura, tío?

—¿Así lo llamas tú? Quizá tienes razón. Pero sí, prefiero menos finura, como Elisa y Enrique, por lo menos sabe uno a qué atenerse.

—Elisa y Enrique lo hacen por egoísmo, Teresa es generosa, le cuesta trabajo enfrentar el simple hecho de querer, por una vez, hacer algo para ella misma, salga como salga. Teresa se ha pasado la vida pendiente de los otros, resolviendo sus problemas.

—Es así —don Miguel pasaba por un estado cercano a las lágrimas o a las recriminaciones; consciente de ello, respiró hondo varias veces—. Mira sobrina, voy a decirte algo que ya has de haber oído varias veces, pero yo nunca se lo digo a mis hijos. Mi padre era hijo adoptivo de don Eulogio Barret, ¿lo sabes?

—Sí.

—Un viejo solterón, muy diferente a sus hermanos, todos dedicados a hacer dinero y a tener hijos —Ernestina sonrió, su madre, una Barret auténtica, daba versiones muy distintas a las de sus tíos maternos—. Mi padre era un muchachito portugués, hijo de un marino viudo y de conducta violenta; don Eulogio simple y sencillamente se lo llevó a su casa y le dio su apellido. Más tarde, el oficio de sastre. Nadie con ese nombre tuvo nunca un oficio, se hubieran avergonzado. Mi padre lo sabía, por eso se casó con una portuguesa pariente suya, para demostrar que conocía su sitio. Se mató trabajando para darnos estudios a tu padre y a mí; solía decirnos: “Los Barret nunca han tenido oficios, pero todavía menos profesiones”, y se reía. Luego no vivió para ver a tu padre casado con la sobrina de don Eulogio, una Santander Barret: tu madre. Rica, guapa, elegante, realmente aristocrática. Yo me casé con Flora, quien como sabes, viene de buena familia; mis hijos se mueren de risa cuando ella dice que descende de virreyes, pero es cierto. Estoy haciendo historia para que me entiendas. Mi padre dedicó su vida a sacarnos de la clase baja por nuestro propio mérito, así lo entendimos; parte de ese mérito fue poder casarnos con quienes nos casamos. ¿Por qué a mis hijos les resulta tan difícil entender que buscar una pareja para honor suyo es parte de sus obligaciones consigo mismos? ¿No piensan en sus hijos? No soy racista ni clasista, pero vamos a establecer una diferencia: tu padre y yo no hicimos jamás distinciones en el trato, respetamos los derechos de todo el mundo, fui-

mos humanos con quienes han vivido cerca de nosotros y eso lo sabes bien. Y sin embargo, porque nuestros padres eran unos pobres portugueses, humillados y sujetos a mil desaires, aunque dispuestos a hacerse de un lugar en el mundo, nos sentimos obligados, ¿ves?, *obligados*, a no bajar del lugar que nos hicieron, ¿entiendes? —Don Miguel hablaba como habla un hombre con una mujer, sin escudarse en parentescos, ni en la superioridad de la edad frente a la juventud; por supuesto, así no podía hablar con nadie... ahora menos, su hermano había muerto—. Y ya ves, Enrique se precipitó a casarse con una cualquiera, por pura distracción como si casarse fuera dar una vuelta a la plaza. Miguel ya lo estás viendo; culpa no tiene, era demasiado niño, pero allí está Bárbara. Mis nietos son los hijos de una sirvienta y de una puta. De Elisa mejor no hablamos y ahora Teresa. ¿Por qué?

Ernestina tenía la cabeza baja. Su padre nunca le habló así porque... era su hija; ya estaba diciéndolo don Miguel. Hay cosas... su tío respiró hondo una vez más.

—Por supuesto, hay otro tipo de honores: los profesionales, pero mis hijos no los tienen aunque cada uno pueda mostrar un título, un certificado o un pedazo de papel para mostrar que alguien se ocupó de mandarlos a la escuela. Y me hago responsable *por eso*: no saber ganar dinero. Miguel no siguió estudiando en México por falta de dinero; tu padre me ayudó toda la vida, no iba a pagar también la carrera de mis hijos, ¿cómo hubiera yo quedado frente a tu madre? Bueno, ya tengo una nieta que si aprendió a leer es porque no se le ocurrió a su madre matarla de vergüenza unos años antes, ese es otro asunto, de cualquier modo.

—Fabián Montero pertenece a una familia más del gusto de usted y acaba de graduarse de contador público. Es una profesión con futuro, dicen.

—Niña mía. Fabián Montero es una mierda y no soy lo suficientemente moderno para discutir contigo sus proble-

mas —cayó en la cuenta de su tono de voz, ya había dicho puta y mierda además. Ninguna mujer de su casa, ni doña Flora, había escuchado esas palabras de sus labios—. Soy anticuado, no hay remedio.

—No me parece, tío. —Ernestina sonreía.

—Claro, no tanto. Comprendo a Teresa... quiere su vida y es tan... antigua como para suponer que la vida biológica es básica para los seres humanos. Yo no quiero víctimas en mi casa; serán víctimas, pero en las propias.

—No se lo tome así. No voy a llevarle a Teresa esa respuesta.

—Pues no. Cuando la veas dile que me convenciste con tus mejores argumentos y por cierto, te agradezco la claridad. ¡Cómo me hubiera chocado que vinieras a dorarme la píldora con verdades a medias! O a tenerme consideraciones de viejo estúpido y medio moribundo. —Don Miguel seguía hablando con furia y dolor, sentimientos ambos embotellados por años en un exterior pacífico, falsamente débil, ahora se veía—. Además, Ernestina, voy a decirte algo, vaya franqueza por franqueza: no te he preguntado con quién te casaste. Tu padre me mandó una carta lacónica que me trajo malos pensamientos, pero yo quiero saberlo, ¿te imaginas por qué?

—No.

—Eres una Barret auténtica, no serás nieta de don Eulogio, pero sí de su hermana y con eso te basta para imponerle una tónica a tu vida. La sangre de esa familia es muy espesa, más que la del virrey, por cierto.

—Más vale que se lo diga de una vez, ninguno de los dos va a llorar por eso. Mi matrimonio no existe porque no pude convivir con mi marido, no podía soportar que me tocara. Y no tuve valor para decírselo a mi padre. Él es un hombre de negocios de Sonora, rico, quince años mayor que yo y de familia conocida. Después de dos meses de matrimonio re-



gresé a mi casa enfermísima y pensaron que era por el embarazo; estaba a punto de volver con él cuando sucedió esto. Ya no volveré nunca. Es más, no me lo pedirá ni me esperaba ya. Yo iba con la esperanza de que me rechazara... mi única esperanza.

Don Miguel evidentemente esperaba otra cosa si es que ella hablaba. No esto. Ernestina miraba los grandes frascos de vidrio, llenos de sustancias blancas, grisáceas y cobrizas como si quisiera aprenderse las etiquetas de memoria.

—Quizá él fue torpe... o brutal —dijo al fin don Miguel.

—Libreme Dios de quien quiera ejercitar sus habilidades en mi persona.

Así de claro. De pronto la vio muy joven. Tenía ante los ojos una niña y le pareció haber tomado ventaja de su precocidad. Pero no, era inteligente; vio en ella el rostro obstinado de su misma madre, con los inolvidables ojos portugueses enmarcados en el perfil criollo de los Barret, en su boca de líneas puras, apasionadas, firmes.

—Lo que dije antes es igualmente válido. No se te olvide, quizá no tengamos ocasión de hablar otra vez. Es tan raro encontrarse así... Ve a esperar a Teresa y le das la buena nueva, con tus palabras, claro. De aquí a la noche ya estaré más tranquilo y si no, mañana o el año entrante —seguía enojado y no podía remediarlo.

Oyeron regresar a Miguel y Ernestina se levantó, besó a su tío en la frente, ceremoniosa y grave. Luego, detrás del mostrador, se encontró con su primo y al pasar le puso la mano en el pecho, como si quisiera tocarle el corazón.

Teresa vio salir a la prima con su padre; iba a cumplir el encargo. Salió ella también y no quiso pasar frente a la botica, dio un rodeo de tres cuadras, llegó a la escuela y se puso a dar clase tratando de no pensar, durante el recreo se quedó en el salón bajo el pretexto de corregir tareas, no hubiera podido soportar la conversación de las otras maestras

aunque esto le ocurriera desde tiempo atrás: llevaba años dedicando sus energías a tolerar las conversaciones del prójimo, aun las de sus seres más queridos. Esa ventaja tenía Miguel, la de quedarse callado.

Llevaba meses de estar profundamente indignada con Elisa y hacía por no demostrarlo. Cuando don Miguel expresó deseos de hablar con ella y le tocó su turno de trasbotica, así como ahora a Ernestina, intuyó la seriedad del asunto, jamás hubiera podido adivinarlo.

—Vino a visitarme el abuelo de Bardo.

—¿Quién es ése?

—Bardo es el amante de Fabián Montero y su abuelo un antiguo compañero de primaria —¡de primaria, cincuenta años atrás!—. Vino a advertírmelo, él los vio, las entrevistas son en su casa a la hora de la siesta, bajo la idea de que mi amigo trabaja en el registro civil y regresa tarde. Los vio una vez y luego se enteró por su sirvienta: es una relación antigua y frecuente —a Teresa le pareció estar ensordeciendo y por fin cerró la boca, la tenía entreabierta—. Es necesario decírselo a tu hermana.

—No... no lo hubiera pensado. Digo, no se nota.

—Con perdón tuyo, tu hermano Enrique lo decía a cada rato, con palabras muy poco decentes y sin más seguridad que sus observaciones personales, las cuales como sabemos no son de fiar. En este caso dio en el clavo, por lo tanto ha de ser cosa bastante obvia.

—Pues... —Teresa ató cabos, hizo un esfuerzo de sinceridad—. Puede ser —detalles, maneras de hablar, una desenvoltura especial—. Ni Elisa ni mamá ni yo hemos conocido de cerca a ninguno de esos... seres.

—Se han cansado de verlos y hablar con ellos, siempre ha habido muchos. Es la primera recomendación que se les hace a los hijos cuando van a la escuela.

—Pero no a las hijas.

—No. El asunto no les concierne, piensa uno. Idea equivocada, según estamos viendo.

Teresa reflexionó.

—Mis niños tienen ocho o nueve años y ya hay algunos... pobrecitos.

—Eso estoy diciéndote. Bardo y Fabián, como pastores del Quijote. La culpa también es mía; desde el primer momento sospeché algo y decidí no darle conversación.

Teresa lo notó, pero era la forma usual de comportarse con los novios de las hijas, como si los temieran y los despreciaran a un tiempo. Después del matrimonio, si se llevaba al cabo, los admitían como familiares, los noviazgos los dirigían las madres.

—¿Es vicio o enfermedad? —Esa pregunta ya se le había ocurrido y no supo a quién hacérsela. No le convencían las opiniones de sus amigas y compañeras... hablaban de ello con frecuencia, sin citar nombres.

—No lo sé y no me importa —don Miguel se pareció a sí mismo muy grosero—. Por allí tenemos un folleto médico, a ver si lo encuentro.

—Para explicarle a Elisa.

Don Miguel hubiera soltado la risa si Elisa no fuera su hija, ni se tratara de esto.

—Para que tome decisiones con su mente científica. Tu hermana es una tonta, Teresa.

—No seas así, papá. Quizá la hemos mimado un poco por bonita y graciosa, pero...

—Si crees que va a ser fácil convencerla, vete preparando para lo contrario, también es terca y caprichosa.

—En este caso, no caben mayores dudas.

—¿No? Inténtalo, pero sin ilusiones. Yo no las tengo y no me vas a dar una sorpresa. Si fuera más cínico ni siquiera te lo habría dicho. De eso me di cuenta cuando hablábamos mi amigo y yo. "Claro", me dijo, "a estas alturas puede

verse: eso mismo han hecho cuando menos la tercera parte de los hombres casados de esta ciudad, pero quise hacértelo saber porque para mí es una aberración. Y mi nieto es un verdadero marica, a los catorce años se enamoraba de los cargadores del mercado y de los choferes de taxi, y ¿te digo una cosa? Le correspondían”.

A Teresa le parecía estar debajo de una granizada o haber vivido en una ciudad diferente, sin cargadores, sin choferes y sin Bardo. Recordó a doña Flora y sus familiaridades con Fabián, llenas de risas y secreteos.

—¿Y mi mamá sabe esas cosas?

—Tu madre no ha podido entenderlas. Llevamos treinta y cuatro años de casados y nunca he logrado hablar con ella de nada parecido. Para ella esas cosas son imaginaciones morbosas de gente poco católica, como yo, por supuesto. No le digo nada ya para no perder el tiempo; tu madre es una esposa excelente, no me cabe duda, pero debería estar casada con un sordomudo completo, no como yo, mudo nada más.

—Papá.

—Lo siento mucho, hijita. Tendrás que soplártelas. A las dos. Ojalá fueran capaces de... bueno, estas cosas se dicen a tiempo o no se dicen nunca y si vamos a tener pariente maricón, más vale saberlo.

A Teresa le pareció correcta la actitud de su padre y aceptó la embajada. Ella después de todo fue siempre el medio de comunicación entre don Miguel y el resto de la familia cuando se trataba de algo delicado y entendía, o sentía más bien, la repugnancia de su padre a intervenir directamente en el mundo femenino.

¿Y ahora, hoy? Había actuado siguiendo el ejemplo de él y como se trataba de ella, le echó el paquete a Ernestina, quien compartía los honores de poder hablar con hombres; su padre podría estar agraviado, pero el procedimiento era familiar. Absurdo. ¿O no lo sería? La entrevista con Elisa fue

más tempestuosa de lo previsto por su padre. Se tiró al suelo a patear y a gritar de rabia, acusándolos a todos de mentirosos, calumniadores, cobardes y a ella, Teresa, le dijo solterona envidiosa. Doña Flora corrió a cerrar el zaguán y le puso la tranca para no dejar pasar a nadie. Como don Miguel pensó, le echó la culpa a los herejes y regañó a Elisa por ser tan ingrata y grosera con su hermana mayor. Elisa dejó de rodar y de agitarse y se soltó a llorar, tendida boca abajo y tapándose la cara con los brazos.

Teresa no estaba conmovida ni asombrada, tenía una furia helada y estaba haciendo esfuerzos por no acumular calificativos contra ninguna de las dos, ni ser irónica. Además, se reconocía culpable; llevaba veinte años de complacerse con la hermanita, pasando por alto sus defectos, dándole dinero a escondidas y disimulando pequeñas o grandes transgresiones de relativa poca importancia. Si ésta era la consecuencia, eran de mucha importancia. Recogió su bolsa y unos libros por mera costumbre y salió a la calle; fue a sentarse dos horas a la alameda vieja, sin leer. A su regreso encontró que su madre no le daba la cara y tenía aspecto de perro apaleado mientras Elisa tomaba actitudes de princesa ofendida y no se le pasaba por la mente que la ofensora era ella. No quería su “gratitud”, no tenía motivos de agradecimiento, viéndolo bien, pero única y exclusivamente porque ella, Teresa, fue un elemento activo de su pésima educación. Ni doña Flora ni Elisa modificaron su actitud aunque al paso de los días el ambiente se hizo menos pesado. Deseaba irse también por ellas; las había perdido y no lo lamentaba, quizá era necesario este cambio o hubiera sido capaz de quedarse toda la vida junto a ellas, protegiéndolas y dándoles por su lado.

Había podido confiarse a Ernestina y lo haría si se presentaba la ocasión, pero la sabía agobiada por la muerte de su padre, metida ahora en esta relación con Miguel, en la

cual ella se negó a intervenir... salvo la promesa del viaje. Eso no quería decir mucho, habían de darse primero algunas condiciones y ella no las creía probables por...

Sonó la campana de salida y volvió a su casa caminando despacio, distraída, consciente del mal rato que debiera haber pasado su padre, temerosa de encontrarse con su rostro a la hora de la cena, de haberse igualado a Elisa en cierto modo muy vulgar, lo sabía de sobra. Vulgar era Fabián Montero aun cuando se preciara de tener bellos modales. Se dio cuenta de pronto: a los ojos del mundo, a los propios ojos de la conciencia, seguir los instintos sexuales podía ser inmoral o no, pero era siempre una vulgaridad.

Fue a la sala directamente; allí estaba Ernestina esperándola, vestida de blanco con un traje de tira bordada y un aire de antigüedad y aristocracia, parecida de pronto a Adelaida, su madre, tan pasmosamente joven que realmente y no por cortesía las tomaban por hermanas. Ernestina tenía el aire pulcro y pensativo de una vieja dama de provincia y Teresa estuvo a punto de ir a bañarse y a cambiarse de ropa antes de hablar con ella... esas eran locuras, quizá pretensiones. Fue a la otra mecedora como la tarde anterior y Ernestina la recibió con una sonrisa.

—Ya está hecho, pues. ¿Qué dijo?

—Te entiende y está dispuesto.

—Furioso, claro.

—No tanto. Además, se le va a pasar.

Teresa rió sin ganas.

—¿Tú has visto que a tu padre o al mío se les pasara un enojo? Yo no. Cuando menos piensas, están como el primer día. Tienen una memoria emotiva, muy... minuciosa. Papá puede repetir cualquier enojo con la misma intensidad aunque hayan pasado veinte años.

—Hablas como si mi padre estuviera vivo, no está. Ya no está —lo dijo como si la cubriera un manto de desolación

y la hiciera difusa, casi invisible—. Si vieras cuánto me duele, cuánto y cuánto. Estábamos cerca y no lo suficiente. Por eso me duele más. Sé cómo te sientes.

—Me siento humillada. Por primera vez, ante sus ojos.

—Pero te has pasado la vida tratando de estar a la altura de sus requisitos.

—¿Cómo lo sabes? —Ernestina tenía el don de poner en una frase exacta sentimientos difíciles, sin nombre, ciertos.

—Hice lo mismo hasta hace dos semanas. No sé si hubiera podido soportar tanto tiempo como tú. Alégrate, ya se acabó. Vas a poder casarte, irte, tener tus hijos. Ya eres libre, igual que yo, ya somos libres.

—Pero eso no da alegría. No me siento feliz sino de otro modo.

—¿Cómo?

—No sé. Si como los nuestros fueran todos los padres, disminuiría la población.

—En unos casos. En el mío, hubiera aumentado.

—Hablas como si todo perteneciera a un pasado muy remoto.

—El pasado puede ser ayer —Ernestina estaba apesadumbrada—. Debe de ser la sensación de libertad, nadie se siente bien frente a la libertad.

—Bien o mal, voy a casarme. Los padres podrían facilitar las cosas, no hacerlas más difíciles.

—Como tu madre y la mía; vamos hablando de las madres. —Teresa ni siquiera pensaba en la suya, como si se le hubiera olvidado y su presencia fuera un incidente menor. Ernestina sonrió—. Tu madre y la mía, cada cual a su manera, han sido unas ineptas —Teresa recordó la conducta de doña Flora en el caso de Elisa, era difícil buscar mayores pruebas de ineptitud—. Se han vuelto indolentes por tener maridos capaces, las hijas no podemos hacer lo mismo o no debemos. No hay salida, Teresa, lo único que me parece

claro es la realidad; muy raro, pues lo más común es lo contrario. Ese tipo de conducta familiar trae una consecuencia: las hijas eligen maridos incapaces, ¿te das cuenta? —Teresa la miraba ahora con la inteligencia despierta y una atención distinta—. Ninguna de nosotras quiere un hombre como ellos, necesitamos hombres con alguna clase de inferioridad, para no ser aplastadas por ellos. Tu padre y tú creen que te casas con este hombre tal como lo has descrito porque tienes edad para necesitarlo como hombre. No estoy de acuerdo: te casas con él porque no hay otro más insignificante, para no repetir el mismo juego de tu casa. Además, tengo la impresión de que Elisa está haciendo lo mismo, ¿no te parece?

Teresa contemplaba a su prima como si estuviera repasando una fórmula algebraica. El otro paso del mismo razonamiento era referirse a su... relación con Miguel como ejemplo de la misma cosa. Este conocimiento de sí misma, compartido por la voz pareja y sin aspavientos de otra persona, una mujer además trece años menor que ella, la aterraba, sin aspavientos también porque lo sabía profundamente cierto. Debía contestar.

—Sí, sí. ¡Qué triste! ¿No? —Ernestina encogió los hombros—. ¿Cómo puedes soportar la conciencia de todas esas cosas?

—No puedo. A pesar de los años de aprendizaje. Por lo menos tu padre cede, el mío era de los que se quiebran pero no se doblan.

—El mío cede, pero se quiebra. ¿No te diste cuenta? Yo lo lamento, quisiera verlo entero, de una sola pieza.

—Pero no a costa tuya.

—No, no a costa mía; de cualquier manera ya fracasó con Enrique y Elisa.

—Con Miguel no va a fracasar nunca.

Era la primera opinión formulada por Ernestina acerca de su primo. ¿Tan segura estaba? Lo estaba, ése era y había



sido el epitafio de Miguel. Tan absurdo como pareciera tomando en cuenta las circunstancias, entre Miguel y su padre había una liga de respeto mutuo pagado muy caro por ambos.

—El inconveniente es que por haber hecho la elección inadecuada no se encuentre la felicidad.

—¿Quién ha mencionado la felicidad? —Ernestina sonrió—. Eres muy inteligente, las dos somos muy inteligentes; será la sangre portuguesa como dice tu padre y decía el mío —el tono se había hecho más ligero—. Según ellos de España sólo pueden salir una especie de bueyes, capaces de trabajar doble con tal de reunir dinero... y sin sentido moral: mentirosos y sensuales, avaros y dominantes. De inteligencia ni rastros.

—¡Qué bonito retrato de los virreyes y los arzobispos! Que no oigan mi madre ni la tuya.

—La mía está harta de oírlo, mi padre lo decía diario. Ella nunca se dio por aludida. ¿También hubo arzobispos?

—También, pero claro, no dejaron descendencia.

Ernestina tenía la mirada divertida y Teresa captó su pensamiento; no iba a decirlo ella tampoco. Probablemente los arzobispos dejaron su buena descendencia de niños mestizos con apellido español traducido de alguna lengua indígena, pero ella era católica completa, de aceptación total.

—Bueno, ya está hecho, Teresa. Quizá no debiéramos hablar de estas cosas.

—No está de más y yo... Tina querida, ¡te lo agradezco tanto! La entrevista con papá y lo otro que me has dicho. A veces estoy tanto tiempo sin pensar, leo mucho, pero los libros no tienen boca para responder a las preguntas. ¿Le dijiste que no vamos a vivir aquí?

—No. Ya se lo supone. Te ha visto recibir cartas aunque no contestarlas, eso le molestó. No, no mencioné Puebla ni

el traslado. Lo harán ustedes cuando llegue el momento. ¿Cuándo?

—En cuanto me llegue el traslado. — Estaba decidida.

Igual a Elisa, pensó Teresa, pero ahora la comparación era más lamentable; las palabras de Ernestina habían tenido la virtud de colocar el asunto a otro nivel. Hubiera deseado hacer algo por ella, ¿qué podría hacerse, sin embargo? No necesitaba viajes, ni trapos, ni promesas vagas, no necesitaba nada... o quizá sí: lo relacionado con Miguel, pero lo tomaba sin pedir permiso, lo cual...

—Tina, eres una persona muy fuerte —la respuesta vino como un latigazo.

— De acuerdo con lo dicho, se llama fuertes a los capaces de hundir al prójimo y tomárselo como un deber —su rostro era duro, nada bello en este momento—. Pero es preferible, es más...

—No lo digas —ahora Teresa no se hubiera atrevido a acariciarla, como la tarde anterior; sintió reserva física, como si Ernestina estuviera cubierta de espinas y las manejara a su antojo—. Gracias de nuevo, Tina — sonrió ahora con ironía; tanta como Teresa podía permitirse—. Esas cuatro han de estar atrincheradas por toda la casa para verme la cara y sacar conclusiones. Me encantan cuando quieren ser discretas, aparecen y desaparecen en la forma más rara —ya estaba a dos metros de distancia—. Oye y tu madre ¿qué opina de los portugueses?

—Según ella son unos monos dignos de exhibirse en las ferias, menos su marido, ya redimido por el nombre catalán.

Teresa no encontró a nadie; estaban en la cocina y Elisa quizá no había llegado. De pronto sintió que la certeza de lo hablado con Ernestina podía desaparecer en cualquier momento, lo referente a los motivos de elección, como si un pantano interior amenazara con absorberlo y tragárselo definitivamente; eso no podía permitirlo, era la clave de su

cordura, de la salvación de su alma en un sentido diferente nunca antes experimentado. Por supuesto, siempre podía pedirle a su prima que se lo repitiera, pero eso era idiota. Necesitaba asimilarlo, masticarlo de algún modo especial, sin más vacilaciones se sentó junto a la ventana del dormitorio, abrió un cuaderno y empezó a escribirlo mientras le caían de la frente gotas de sudor gruesas como lágrimas; le costaba un esfuerzo inmenso, por lo general escribía con facilidad, ahora deletreaba. Para su asombro, cuando lo releyó después de terminado, descubrió faltas de ortografía impensables en ella, las corrigió. Luego, por mera disciplina, volvió a leer lo escrito una vez más. Estaba mareada, pero había terminado. Luego fue a bañarse y se dejó caer en la cabeza el chorro de agua fría.

Un momento después Elisa entró a la sala y se echó en la mecedora con las piernas abiertas, en una actitud descuidada y bobalicona, como para establecer diferencias con Ernestina, tan correcta aunque estuviera sola.

—¿Qué hay? —no esperó respuesta—. Vengo de la botica, estaba estorbando. Llegó la vendedora de billetes de lotería a hacerle una escena a Miguel, ¿sabes? —Ernestina se volvió a mirarla con la mayor lentitud—. La conoces, ¿verdad?

—No.

—Magnolia, la de siempre. Resuelve crucigramas y saca premios en los concursos radiofónicos.

—Ah, sí. Me había olvidado de ella.

—Anoche los vio en el malecón y se presentó furiosa, como si Miguel fuera de ella —Ernestina se puso una mano en la mejilla y contemplaba a su prima con placidez—. Es una atrevida, se mete a la trasbotica y hasta duerme la siesta. ¿Por qué me ves así? ¿No me crees?

—Sí.

—Esas confianzas se las toma porque mi papá le tiene lástima. Dice que es una pobre huérfana, ¡con treinta años

encima y bien revolcada! Según dicen vivía con el mozo de la tienda de ropa; es cierto, no paraba de presumir, le regalaba telas y fondos. Se levantaba las enaguas para enseñarnos los fondos... delante de Miguel, como si estuviera tan apetitosa —Ernestina no cambiaba de expresión—. ¡Venir a reclamar! Si Miguel te agarra el pelo no es asunto de ella. Y dijo algo de ti, aprovechando que mi papá salió a caminar un poco y a ver si ya llegó el periódico. Los dejé solos, no voy a quedarme allí oyéndola, como una pazguata. Se lo voy a decir a mi mamá.

—Pues sí, ve a decírselo a tu mamá. Ha de andar por allá adentro —la invitación venía tranquila, sin dejo de agresión, si acaso con un poco de fastidio.

—Bueno, Ernestina, ¿y a ti qué te pasa conmigo? Antes yo era más íntima tuya que Teresa —Ernestina esperó como si no le urgiera encontrar respuesta—. Ya no me cuentas tus cosas. Los primeros días me lo explico porque estabas tan cansada y tan triste, pero ahora te he visto más animada. Si te secreteas con Teresa ya has de sentirte mejor.

—No sé qué decirte, Elisa.

—No quieres hablar de tu marido, eso es.

—Tú lo has dicho. No quiero y no lo he hecho.

—¿Ni con Teresa?

—Teresa no me ha preguntado nada.

—Pues yo sí, yo te pregunto —era un truco aprendido de doña Flora y nunca fallaba.

—Me doy cuenta —hubo una pausa larga, Ernestina parecía saborearla. Elisa estalló sin premeditarlo, por pura tensión.

—Me parece bastante descarado venir a mi casa, manosearte con mi hermano y negarte a hablar de tu marido. Fácil y cómodo.

Ernestina se ruborizó y se puso en pie de golpe; Elisa tuvo miedo y por reflejo movió la mecedora hacia atrás,

pero su prima ya había echado a caminar y Elisa pudo ver que consultaba su reloj de pulsera; luego oyó sus pasos rápidos por el vestíbulo y el zaguán. Inmediatamente salió en busca de su madre y se la encontró saliendo de la cocina con dos blusas recién planchadas, Elisa rompió a llorar ruidosamente.

—¡Mamá! ¡Ernestina fue a la botica a acusarme con mi papá! —los sollozos le impedían hablar, Bárbara y Magdalena se acercaron, Teresa salió del baño con el pelo escurriendo y una toalla en la mano.

—¿Acusarte de qué?

—Le dije que era... una descarada.

Doña Flora le tendió las blusas a Bárbara.

—Toma, se van a arrugar. ¿Y por qué?

—Miguel la manosea y eso no es decente.

—Hija, eres una tonta, pareces chiquita. ¿Y te fue a acusar, dices?

—Sí, casi salió corriendo.

—¿Ella te dijo adónde iba?

—No, pero se comprende —tenía las mejillas empapadas y necesitaba un pañuelo—. Mi papá se va a enojar conmigo... no me pude contener, de veras. ¡Hasta a Fabián le parece mal! —La explicación iba dirigida a todas.

—Cállate —era la voz de Teresa, baja e intensa—. Cállate, Elisa, te estoy hablando.

Elisa miró a su madre y no le vio intenciones de consolarla, doña Flora estaba allí, con el ceño fruncido y un aire general de desconcierto.

—Bueno, si la ofendiste, tendrás que presentarle disculpas —dijo al fin.

—¡Pues no! Porque yo tengo razón.

Teresa estaba maravillada de la torpeza de su hermana, ¿cómo se le ocurría poner a su madre en situación de dar una opinión delante de aquellas dos?

—Ven conmigo, mamá; se le va a pasar y si no se le pasa —se volvió a Bárbara—, dale diez gotas de valeriana en medio vaso de agua.

—¡No quiero quedarme aquí parada!

—Nadie te obliga a volverte estatua —a Bárbara—: ya no le des nada. Vamos.

Las tres enfilaron a la sala, bajo la mirada de las otras. En cuanto estuvieron solas, dijo doña Flora, retorciéndose las manos.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? Elisa, ¿no puedes pensar en tu hermano?

—Si vas a regañarme, me voy a mi cuarto.

—Me parece muy bien, vete a tu cuarto. No hay mucho que decirte y además no te interesa. Eso es lo peor, tu falta de sinceridad. —Intervino Teresa.

Ya iba Teresa a extenderse sobre el tema cuando escucharon el zaguán, era don Miguel. Teresa salió a su encuentro.

—¿Estabas en la botica, papá?

—Pasé por allí y le dejé el periódico a Miguel. ¿Por qué?

—¿No viste a Ernestina?

—No. ¿No está aquí? —don Miguel la miraba de frente, recordando la conversación de la tarde con Ernestina, pero su hija no estaba pensando en eso, era muy claro.

—Salió y no dijo adónde iba.

—Todavía no es hora de cenar, podría haber ido al notario, ese poder debe de estar listo en cualquier momento.

Pasó de largo y las tres se miraron un instante, luego Teresa fue al ropero esquinado y empezó a peinarse. Doña Flora se sentó junto a ella y agarró el cesto de costura con las manos temblorosas. Elisa vaciló todavía, no hallaba qué hacer, finalmente se puso a tocar el piano: una fuga de Bach plagada de errores y sin quitar el pie del pedal.

Ernestina regresó exactamente a las ocho de la noche cuando la mesa ya estaba puesta, con una gran charola de

roscas y hojaldras en el centro y los platos en sus respectivos lugares. Teresa sentada cerca del zaguán corrigiendo tareas y los otros aquí y allá, estratégicamente; a través del patio se veía a Magdalena con Gumersindo montado en la cadera y los ojos en la puerta de la calle. Teresa se levantó.

—¡Qué bueno, ya llegaste!

—¿Es tarde para la cena?

—No. ¿Estás...? ¿Estás bien?

—Creo estarlo, por lo menos. Vente.

Los otros también se acercaron a la mesa, como si alguien hubiera tocado una campana.

—¿Saliste, sobrina? —preguntó don Miguel, con amabilidad. Miguel guardaba silencio.

—Ya está listo el poder y firmado —se sentaron en silencio, esperaban y Ernestina cayó en la cuenta—. Ahora debo regresar lo más pronto posible.

—¿Por qué tanta prisa? —era la voz de doña Flora, gutural, insegura, además.

—Tengo una hija de tres meses, nos hacemos falta —el tono de Ernestina era la cortesía misma, pero con una gota de profesionalismo como si alguien la hubiera nombrado maestra de ceremonias en alguna festividad; se dirigía a sus tíos sin excluir a los demás—. Me voy mañana a las doce del día, acabo de hacer mi reservación —vino un silencio tenso, menos en don Miguel, quien miraba a su sobrina con agrado. Magdalena se presentó con la jarra de leche en una mano y un platón de huevos con chorizo en la otra, ahora Ernestina la incluía a ella—. Quería decirles cuánto les agradezco todo, han sido conmigo como nadie, en ninguna casa hubiera podido sentirme mejor ni más bien tratada. La discreción de ustedes, su amabilidad, son incomparables. Gracias de nuevo.

Teresa sospechó que ese discursito era ensayado y lo encontró correcto, no se atrevió a mirar a Miguel. Don Miguel, en cambio, se puso a la altura de las circunstancias.

—Ésta es tu casa y siempre lo ha sido, lo sabes muy bien. Te queremos mucho, no insisto en prolongar tu estancia porque tienes razón, tu niña te necesita sin duda alguna; vuelve pronto, con ella para estar tranquila. No vayas a olvidarte de nosotros —la última frase le salió un poco desgarrada, se llevó la servilleta a la boca con un ademán parecido al de doña Flora cuando se enjugaba las lágrimas.

—No, tío Miguel, nos veremos pronto —alargó la mano, tomó una rosquita. Empezó a untarle mantequilla muy cuidadosamente. En forma sorpresiva, Magdalena le dio unas palmaditas en el hombro y ella sonrió.

La cena fue difícil, como si una serie de inminencias volaran encima de la mesa y fueran vistas pero no comentadas; la próxima boda de Teresa en su mente y en la de su padre, presidiendo todo; la palidez cerúlea de Miguel proyectada sobre Ernestina como una losa en el corazón de doña Flora; Elisa y Bárbara atracándose de comida por puros nervios. Y Ernestina lejos, ya en camino a su casa, sin dejar de mordisquear la rosca. Magdalena era la naturalidad misma, como siempre, porque estas cosas eran las suyas y al mismo tiempo no le pertenecían.

—Vamos a dar una vuelta cuando venga Fabián, ¿no les parece? —indicó doña Flora.

—Voy a hacer mi equipaje con calma, tía Flora.

—Yo... —empezó a decir Teresa, pero la interceptó una mirada de su madre—. Yo voy con ustedes —no se podía sacar a la calle a Ernestina y a Miguel y entonces era mejor dejarlos solos. Se compadeció de su madre; se había propuesto una empresa absurda, pero para ella no lo era y no lo entendería sino después de intentarla, como tantas otras veces. Su padre, en cambio, comía tranquilamente, con un dejo de tristeza, el viaje de Ernestina le borraba el enojo. En ese momento lo amó con intensidad, ¡qué lejos estaba de estas intriguillas domésticas, de esta cretinada congénita que



ella sobrellevaba con rebeldía y Elisa gozaba, igual a un puerco gruñendo en su chiquero! Pobre don Miguel, vivir en medio de esto y sospechándolo, sin haber abandonado sus principios esenciales, su masculinidad pura y de buena ley. Se avergonzó de pronto, ojalá, ojalá ella pudiera en algún momento pensar así de su futuro marido. Recordó lo escrito en el cuaderno esa misma tarde; quizá admitir los méritos de su padre no era caer en la contradicción. Ah, eso era y absolutamente. Era decir: “Admiro tu carácter y me pareces mejor que los demás, pero para mi vida personal me acomoda lo peor”. ¿Era contradicción? Intentó formularlo de nuevo: “Los hijos no podemos vivir de acuerdo con los méritos de nuestros padres, debemos adquirir los propios”. Era mejor, nadie podía vivir de acuerdo con los requisitos de otra persona, sea quien fuere. Luego le vino una frase muy clara pero incómoda: “Mejor muerta que enterrada viva, pero mejor viva que muerta”. Estaba desvariando, se tocó la frente. Un día atroz.

—Miguel, ¿trajiste el periódico?

—Está en la sala.

Don Miguel terminaba las cenas así, en forma abrupta. Miguel fue a sentarse al jardín, en el pretil de un arriate, casi escondido. Doña Flora hubiera querido enmendar la situación pero le bastó una mirada al rostro de Ernestina para entender que ninguna palabra suya sería bien recibida; se puso en pie, suspirando. No bien lo hizo, Ernestina la imitó.

Teresa se sintió sola, perdida, no tenía valor para ir a sentarse junto a su padre, como otras noches, ni para enfrentar a Ernestina, ni de quedarse con éstas dos, ocupadas ahora en devorar el último vestigio de frijoles refritos. Regresó Miguel cuando vio pasar a su madre hacia el baño.

—¿Cómo se resolvió el viaje de Ernestina?

Teresa dio unos pasos lejos de la mesa, que respondiera Elisa, pero ella se llenaba la boca para hacer obvio que no podía hablar. Bárbara, en cambio, se puso en pie.

—Se va porque nos cansamos de que la manosees.

Esto era inesperado, los ojos de Miguel relampaguearon y vino el bofetón, claro y rotundo, sobre la mejilla blanca y acolchonada de Bárbara. Teresa corrió a ella y la encaminó hacia el patio, lejos de Miguel.

—Ese es el bofetón que hace quince años se está mereciendo Elisa, el primero de la serie, claro. Y yo debía de habérselo dado; ahora que le aproveche a Bárbara —dijo Teresa. Miguel regresó al arriate, sin tratar de entender—. Ahora, cómete el mantel y las servilletas. —Elisa tembló. La violencia de sus hermanos mayores le era desconocida y, para desatarla, había sido necesaria la intervención de Ernestina... pero se iba, mañana se iba; no importaba otra cosa. Teresa suspiró y dijo, adivinándole el pensamiento.

—No te preocupes, también yo me voy; lo más pronto posible. Cuando se es como tú, mejor no tener testigos.

Elisa no se atrevió a responderle, seguía obstinada, repasando sus propias razones. Quería reconquistarlos, menos a su padre.

Vino Fabián Montero y ya estaban dispuestas a salir. Elisa, doña Flora, Bárbara y Teresa. Bárbara pálida, sin señales de haber llorado. Don Miguel se metió en su hamaca con el camisón puesto, temprano para no saludar a Fabián y se mecía suavemente, empujándose con el pie de vez en cuando y en la oscuridad, una forma de estar a solas en esos dormitorios. Ernestina y Miguel se refugiaron en el jardín, debajo de los tulipanes; el patio era un cuadrilátero con una pared lisa a la izquierda del comedor, frente a ella los dormitorios, a la derecha la cocina y el cuarto de servicio; ventanas y puertas enfiladas, ahora silenciosas, con algo de abandonado, disimulando el deterioro bajo las estrellas tan cercanas, tan presentes.

Se acomodaron muy juntos, con las cabezas sobre la pared, su abrazo era tan fuerte, su compenetración tan abso-

luta que Magdalena hubiera creído ver un solo cuerpo; ella estaba sentada en un sillón casi deshecho junto a la ventana y no les quitaba los ojos de encima, el niño dormía.

No, no hubiera querido estar en el lugar de Ernestina ni entre los brazos de Miguel, sencillamente los miraba como si estuviera en el cine y cuando hablaban, percibía sus palabras. Esas relaciones eran desconocidas para ella, no tuvo novios, no conoció el cortejo, las vacilaciones, el temblor de tocar por primera vez una mano, de buscar unos labios. Ella se entregó a dos chiquillos a lo largo del tiempo, no convencida, por un instinto ciego de apareamiento que la defraudó inmediatamente. Miguel en su momento y Gervasio quince años después. Tenían prisa, estaban nerviosos y la habían poseído a tontas y a locas porque antes de ella no conocían mujer. Por la mente de ellos no pasó la idea de amarla ni de complacerla, sólo de aligerar el peso inevitable de su pubertad masculina y por eso ella tenía dos hijos paridos sin cloroformo, entre orgasmos inesperados, entreverados con dolores horribles. Así, en medio de sus partos experimentó la mecánica del universo en carne propia: el máximo del dolor y del placer... sus hijos la hicieron sentir la verdad de la vida. Y allí estaban. Bárbara, a sus ojos, notable en su blancura, en el dibujo de sus cejas, en sus pestañas largas; Gumersindo idéntico a Gervasio, un monito prieto flexible y simpático, con el pelo parado. Ella no tenía ni con quien comentarlo, pero era la hija de doña Flora y don Miguel, una hija en otra escala si eso es posible, con techo y ropa, con labores diarias. Escuchaba con cierta superioridad las dificultades de las muchachas para encontrar trabajo: ella siempre lo tenía, médico si se enfermaba, consejo si era necesario. Además ellas se casarían, más tarde o más temprano, con unos hombres extraños y quizá no recomendables, ¿por qué tantos secretos alrededor del noviazgo de Teresa y don Miguel se mostraba tan disgustado respecto de

Fabián Montero? Ella vivía con sus hijos en este reino menor y su existencia era la más estable de la casa. Los hombres quién sabe cómo serían; ella no los conocía, aparte de don Miguel no había visto de cerca a ninguno, para ella Miguel y Enrique nunca pasaban de ser niños. Y ese cúmulo de pudores, delicadezas y seriedades que era don Miguel bastante especial sería sin duda; hasta sus oídos llegaban de vez en cuando historias de maridos borrachos y gritones, exigentes y bárbaros; ni siquiera recordaba cuándo cayó en la cuenta de que don Miguel era traicionado a cada instante con la mayor naturalidad por todos y cada uno de los habitantes de su casa: se le ocultaban incidentes o se daban versiones incompletas, en caso extremo se decían mentiras y cada uno hacía lo que le venía en gana. Ella en cambio lo había hecho sufrir, de eso estaba segura, en dos ocasiones, cuando se embarazó de sus hijos, pero nada más lejos de su conciencia que traicionarlo, engañarlo o burlarse de él. Era su padre porque cuando quedó huérfana, en la más remota infancia, su familia la trajo desde un pueblito perdido a la orilla de un río y la llevaron a la botica para ver “si la querían de crianza” en una buena casa, con personas decentes y de prestigio reconocido. Don Miguel la aceptó y doña Flora se puso a desemiojarla con energía; todavía recordaba los turbantes empapados con alcohol alcanforado, para que Teresa y Miguel no fueran a agarrar los animales. Juntos tuvieron sarampión, varicela, paperas, escarlatina y unas tosferinas espantosas; doña Flora los reunió en un cuarto e iba de hamaca en hamaca, llevándolos en brazos por turno, pues así tosían menos, lavándolos con toallas enjabonadas en agua tibia. ¿Quién se pasaba el día entero pisándole los talones a doña Flora, a veces prendida de sus faldas, como para darse valor? No sus hijos, ellos tenían escuela, tareas, otras actividades; ella y sólo ella. A doña Flora le dijo, cuando lo de Miguel.

—Miguelito quiso, mamá Flora —y doña Flora no fue severa, como empezó a temer, la miró son sus ojitos negros, taladrándola para saber la verdad y luego chasqueó la lengua.

—No te dejes otra vez, Magdalena, aunque Miguelito quiera, ya te echaste a perder la primera comunión —así fue, aunque asistió a las clases de catecismo; estaba tan embarazada que no pudo ir a la iglesia con Teresa y Miguel, tan bonitos, vestidos de blanco como ángeles, con las velas, los rosarios y los libros. La maestra de catecismo, en cambio, la regañó muy fuerte.

—¿No aprendiste los mandamientos de la ley de Dios?

—Sí —los sabía mejor que los otros y los decía en orden.

—¿Pues entonces? ¿Por qué no los sigues?

—¿Son para seguirse? —se arrepintió de haberlo preguntado cuando vio la cara de la mujer.

—Pues claro. “No fornicarás” significa lo que hiciste.

—Usted no nos lo dijo. Miguelito tampoco se dio cuenta, ni Teresa lo sabe.

—Vives en una casa donde nadie lo sabe, nada más lo hacen —así de lejos llegó en su furia—. Ahora harás la comunión después, sin traje blanco.

No se salió con la suya; don Miguel y Teresa la llevaron a comulgar vestida de blanco un domingo a misa de once, la más concurrida, cuando Bárbara cumplió tres meses y a ella volvió a quedarle bien el vestido, aunque un poco apretado. Nunca, ni antes ni después, se vio a don Miguel en la iglesia y ella lo recordaba como si estuviera viéndolo, vestido de lino, con el cuello de la filipina bien almidonado y un solo botón de oro bajo la barba, con el sombrero de panamá en la mano junto con el bastón y la otra mano en la de ella, bien apretada. Estaba tan hermoso como jamás lo estaría ningún hombre y Teresa del otro lado, muy bien peinada, llevando la vela, el libro y el rosario, era su madri-

na. Salió caro, por supuesto; don Miguel pagó la alfombra roja, el reclinatorio de raso y se aprovechó de la humildad de don Boni: no pagó el fervorín y el pobre no pudo decir nada aunque se mostró agradecidísimo cuando don Miguel echó en el plato veinte pesos, ya para salir. El fervorín costaba diez.

—Don Miguel, da usted buen ejemplo; pocas veces en este pueblo se ha mostrado un espíritu cristiano como el suyo.

—Me lo imagino —contestó don Miguel—. ¿Y sabe usted por qué, padre Bonifacio? —El otro negó con la cabeza—. Porque no soy católico.

Luego la tomó de la mano otra vez y desfilaron para la casa, donde doña Flora les dio un desayuno especial, con un pastel comprado, no improvisado, mientras Teresa tenía a Bárbara en brazos y empezaba a soplar un huracán que golpeaba todas las ventanas.

—Tina, te adoro.

¿Qué podía querer decir esto comparado con lo anterior? ¿Quién quería oír esa voz diferente en la garganta de Miguel, su hermano, su antiguo compañero de juegos con mal final? Estaba prendido de la boca de Ernestina como no sabía ella que pudiera besarse y nadie, nadie la besó así desde el principio de sus recuerdos y no entendía el sentido de esos besos porque eran muchos y vistos de otra manera no eran absolutamente nada.

—Tina, por favor no llores.

—Es salitre, no lágrimas, por eso sabe a sal.

—Ya lo esperábamos, ¿no es cierto?

—Sí. No se puede escandalizar a los otros para imponer nuestros motivos ocultos como si fueran un sobreentendido.

—Todo el mundo lo hace.

Miguel la besaba en el cuello, en las orejas, le mordía los cabellos.

—No es cierto.

—Hay motivos más fáciles de entender. ¿Cuándo volveré a tenerte así?

—¿Te gusta tenerme así?

—Para mí es todo. Sábelo, jamás haré nada que te haga sufrir, jamás me impondré como un castigo, luego no podría vivir de vergüenza.

—¿Qué otro diría eso?

—Ninguno mi niña, mi amor, mi cielo. Pero te gustan mis besos, ¿verdad?

—Tus besos no tienen principio ni fin, como estar hundida en la eternidad y no querer salir.

—Con eso es bastante.

¿Qué estaban diciéndose?, Magdalena escuchaba sin comprender, ¡cosas más extrañas! Así era Ernestina, distinta de Teresa y Elisa. Bien vestida, con el aire remilgoso y cuidado, el paso ligero, la cabeza altanera... todo desmentido cuando abrazaba a la gente como ella y sus hijos, hacía regalos elegidos con interés, hablaba amablemente. ¿Por qué entonces decir estas originalidades cuando se trataba de besarse? Así era Ernestina, pues.

De Miguel lo creería todo. Nunca fue como Enrique sino cosa aparte, no hablaba y cuando esas gentes calladas abren la boca, pues... dicen estos galimatías. No se sentía fuera de lugar allí escuchando, estaba en su cuarto, no detrás de una puerta, si no se quitaban pronto del arriate los iba a picar un alacrán, ni manera de recordárselos. Vio la figura de don Miguel atravesar los dormitorios y detenerse un momento junto a la ventana, ¿podría oírlos? Desde luego. Estuvo allí un rato ni corto ni largo, luego siguió adelante, sin hacer ruido.

“A don Miguel no ha de importarle, no se trata de hacer niños al fin y al cabo, sino de perder el tiempo. Le han de dar lástima o algo parecido, igual que a mí”, reflexionó.

Teresa, durante el paseo, había impuesto con su presencia una gran discreción sobre lo ocurrido, si se hubiera quedado en casa, doña Flora admitiría discutirlo con Fabián a pesar de la presencia de Bárbara. Doña Flora estaba incómoda, nerviosa y de humor cambiante, Bárbara callada; acabaron por ir a tomar un helado, aunque estuvieran de luto, dijo Elisa, hacía mucho calor. Teresa pensó en oponerse pero no quería discusiones delante de este novio quien hasta ahora apoyaba las actitudes de Elisa y de su madre, dando pruebas del mejor instinto pues la desaprobación de los demás no era explícita. Al regreso hallaron a cada uno en su hamaca y la casa en silencio; no hablaron. Mientras se desvestía y se acostaba Teresa tomó la decisión de no enfrentar el motivo del viaje apresurado de Ernestina, nunca hasta ese momento habían hablado de Miguel; no era posible que de pronto y en quince minutos fuera a darse por aludida de un tema tan cuidadosamente evitado. Sin embargo se sentía desleal, ignoraba si con Ernestina, con su familia o consigo misma... le pesaba el pecho. Tampoco podía escribirle una carta, no entendía las acciones de su prima, ¿para qué ponerse en una situación tan molesta si esto no era serio?, y si lo era ¿por qué no plantearlo con claridad? Le desagradaba pensar que Ernestina, tan estimada por ella, fuera culpable de mala fe para con Miguel... o con su marido; lo temía y actuaba como si no existiera. Si Ernestina no era sincera Elisa tendría razón y su intervención se vería justificada, tanto como ya lo estaba, sin duda, a los ojos de Fabián. Le dolía además el rompimiento planteado entre ellas, lo sabía definitivo y lo peor, se da el caso de que la gente como Elisa tenga razón, pero no por inteligencia y menos por honestidad. En cuanto a Miguel... miró a su hamaca, había tanto silencio y abandono en ese... cuarto grande, tanta soledad... aunque estuvieran ellas cerca, aunque bastaran unos pasos para alcanzarse y tocarse. Debía de estar despierto y si así era ya



habría notado que ella también lo estaba, ¡es tan diferente la forma de una hamaca cuando la gente duerme!, se vuelve desapareja, pesada y se mece en forma imperceptible.

Ella se iría, como Enrique, ¿y Miguel? Nadie se hacía problema porque él aceptó su vida sin comentarios cuando volvió de México y entró a la escuela de Farmacia donde se graduó sin pena ni gloria para seguir la rutina ya iniciada de ayudar a su padre. ¿Era ésta la señal de su inconformidad? ¿Qué pretendería al hacer evidente su amor en esa forma? ¿Era un desafío? ¿Estaba demostrándoles a todos y a cada uno su falta de interés por los sentimientos de ellos?

Se durmió al fin y despertó tarde, nadie hizo el menor ruido, como si hubiera un acuerdo tácito de acortar las despedidas. Ernestina dormía; se apresuró a vestirse y tomó un vaso de leche en la cocina. Nadie. Volvió a su cuarto y al acercarse a la hamaca de Ernestina ella abrió los ojos.

—Teresa, ¿qué horas son? —hablaba quedo.

—Tardísimo, ya me voy, Tina. Nos veremos muy pronto, pasaré por México antes de ir a Puebla.

—Te esperamos —su madre, su hija y ella, sintió Teresa. Quiso besarla en la mejilla pero Ernestina se le prendió del cuello y la abrazó tan estrechamente como pudo desde su posición incómoda. Teresa no quería conmovirse, cuando aflojó el abrazo corrió al zaguán y Ernestina se cubrió con la sábana.

Cinco minutos después hizo lo mismo Elisa, pero sin despedirse. Así se lo pedían sus sentimientos, un odio claro pero no nuevo. Miró antes de salir el traje de lino blanco y la blusa negra, hubiera podido escupirlo; los zapatitos blancos, la bolsa negra y blanca.

Iba en la calle rebozando furia, los ojos fijos y muy abiertos.

Luego los pasos de Magdalena, la voz del niño, el despertar ya inevitablemente, el principio del día. Miguel se

fue en silencio a abrir la botica. Don Miguel y doña Flora, con Bárbara, sentados a la mesa, un poco más tarde Ernestina también, envuelta en su bata de piqué blanco, con los ojos en la taza de chocolate y una rosquilla en la mano.

—¿Dormiste bien, sobrina? —Don Miguel cumplía con dar el tono matinal, ella negó con la cabeza, estaba muy triste.

—Vuelve pronto con tu hija, para conocerla. No nos has dicho a quién se parece —era doña Flora, Bárbara iba por la tercera hojaldra.

—A mi madre o a mi abuela Barret, por lo pronto; quien sabe después. Es rubia y las manos... unas manitas blancas y afiladas, muy Barret, eso no cambia.

Don Miguel pensó en su madre, nunca tuvo dinero para sacarse una fotografía, ni manera de establecer competencias en parecidos con la madre de Adelaida Santander Barret, ahora viuda de Barret.

—Saludas mucho a tu madre —añadió don Miguel—. Le escribí una carta de pésame, ya la habrá recibido.

—A nombre de todos nosotros —aclaró doña Flora. Luego, con una inspiración repentina, lo dijo—. Quizá más tarde, dentro de unos meses, nos demos Miguelito y yo una vuelta por México.

Don Miguel se ruborizó: su mujer sabía y aprobaba. Pero no sabía lo suficiente y su aprobación no venía a cuento. Ernestina no se alteró.

—Ya saben, nuestra casa está a sus órdenes, como siempre.

—Miguelito puede llegar a tu casa, yo quiero estar con mi hermana, no nos hemos visto en cinco años. Siempre está invitándome a pasar una temporada.

La verdad era otra, doña Flora nunca había tenido la menor confianza con Adelaida y no se hubiera atrevido a llegar a su casa. Don Miguel dio por terminado el desayuno.

—Hijita, me despido de ti. No pases por la botica para despedirte, tengo...

Ernestina se paró frente él y se besaron en la mejilla, luego se miraron. Bárbara los vio sufrir y comunicarse algo no dicho, algo que tal vez ella no sabría nunca. Tuvo entonces una certidumbre: su pleito con Miguel no había nacido de Ernestina aunque ella fuera el pretexto, Ernestina vivía en otro ámbito en el cual no iba a penetrar jamás ningún miembro de esta familia, aunque su mamá Flora planeara viajes o matrimonios o... El pleito con Miguel era como el odio de Elisa, cosa muy anterior, de cuando ella supo quién era y quién no era y no tenía remedio.

La mañana se arrastró con una lentitud desesperante.

Doña Flora se refugió en la cocina después de su atrevimiento y allí estuvo hasta que se presentó el taxi, sacaron la maleta y se despidió con un beso sonoro, ya sin palabras. Ernestina dijo:

—Gracias por la hospitalidad, tía Flora. Y perdón por tantísimas molestias —sonó falso, pero no irónico. Recibió un beso también de Magdalena.

Bárbara y Miguel la llevaron al aeropuerto, mudos, como si no se conocieran. Se despidieron formalmente.



## II

La primera visita de Teresa fue, para decir poco, un prodigio de incomodidad. La presencia de su marido le producía una especie de parálisis que podía tomarse, como ocurrió con Adelaida, por embotamiento de los sentidos, normal en las recién casadas; Teresa no lo sentía así. Las novedades del matrimonio la tenían en suspenso, era cierto, pero cuando llegó a la casa de la colonia Condesa con sótano y dos pisos, pintada de blanco, llena de rejas negras por donde se veían los coches, después de una hora de camiones atestados y una caminata pues ambos calcularon mal el número de la casa y Teresa no se orientaba en la ciudad, sintió un malestar distinto, no experimentado en visitas anteriores.

La casa de Leopoldo estaba en el centro, en una zona particularmente ruínosa y sus cuñadas se la mostraron con orgullo, era antigua, por lo menos de principios del XIX, lo cual tampoco le pareció tan particular; su propia casa no era de este siglo. En la parte baja había dos accesorias que ellas rentaban, luego una escalera interminable, muy oscura y al final, donde se veía la luz, un corredor en forma de ele, lleno de macetas resacas y plantas moribundas, donde desembocaba una hilera de puertas correspondientes a la sala, el comedor y dos habitaciones grandes, de techos altos y cruzados de telarañas. Nadie había pensado en pintar las paredes, ni por dentro ni por fuera; se asomó al patio y lo vio sucio, lleno de llantas usadas, cajones y desperdicio. Dos

muchachos harapientos, negros de tizne, entraban y salían, gritando y riéndose.

—También alquilamos el patio, son los mecánicos —explicó Leopoldo.

—La casa es de nosotras, aunque Leopoldo aquí ha vivido siempre —dijo una de las cuñadas—. Hace mucho la rentamos y luego fuimos comprándola en abonos, durante quince años, ya está pagada.

—Éste es el cuarto de él. Ya saben, no hay comida; ni siquiera desayunamos en la casa, por eso no tenemos estufa; nada más calentador de leña, nunca hemos instalado el gas.

—Éste es el baño, no lo usen entre seis y ocho de la mañana, a esas horas nos arreglamos; de las diez en adelante no hay agua.

Tenían entre cuarenta y cincuenta años, Teresa no hubiera podido precisar; pelo pintado, gruesa capa de maquillaje, vestidos estrechos de donde salían las piernas delgadas y encogidas por el uso de los tacones altos. Las dos lucían dientes postizos.

—Estamos muy contentas con el matrimonio, para un hombre no es bueno vivir solo, pero como ha tenido tantos problemas con los empleos...

—No era posible, se lo decíamos: ¿quieres traer niños al mundo para que sufran? No, ¿verdad? No se trata de eso.

Leopoldo las oía sin interés, con paciencia natural, eran parte del ambiente.

—No hemos arreglado la casa, de nada sirve. Con el humo del patio nada dura limpio.

Eso podía verse, todo estaba cubierto de polvo negro, hasta la tina del baño. Luego supo Teresa que se trapeaban con una cubeta y se lavaban el pelo en el salón de belleza.

—Si necesitan sábanas y toallas las llevan a la lavandería y se las devuelven en dos horas, pero sin planchar.

—Ahí los dejamos, ¿eh? No hemos comido nada por esperarlos, Leopoldo tiene la llave.

Salieron taconeando y ella tomó la decisión de irse a Puebla lo más pronto posible; se habían visto, si de eso se trataba.

Esa misma tarde, después de comer tortas y refrescos en un puesto callejero, la visita a Ernestina. Era demasiado para un solo día. La casa limpia, en una zona elegante, rodeada de comercios caros, los coches, el matrimonio que había trabajado con estos Barret desde antes de nacer Ernestina, los muebles, las persianas francesas pintadas de verde, eran un contraste doloroso, insoportable. En viajes anteriores Teresa consideró esto como consecuencia de la posición y el carácter de su tío Esteban: estaban en México, pero ahora México era también la casa de Leopoldo y ella se alojaba allí, con sus cuñadas. Leopoldo en cambio estaba encantado, como si se fuera a quedar a dormir o siquiera a comer.

Luego, por supuesto, los ojos verdes de Adelaida, tan ligeros y rápidos. Les sirvieron café, pastel y galletas; Teresa se descubrió con hambre y a instancias de Ernestina se sirvió dos veces. ¿De qué hablar? Desde antes venía meditando la mejor manera de mencionar la próxima llegada de Miguel, imposible suponer que Ernestina no lo supiera con tanta correspondencia, pero su obligación era manifestárselo a Adelaida, lo supiera o no.

Adelaida vestía negro riguroso, de un buen gusto especial no relacionado con la idea del luto; con un collar largo de perlas grises y una perla en cada oreja. Ernestina, vestida también de negro, muy sencilla, con Juana María sobre las piernas. Parecían un retrato animado. Si las hermanas de Leopoldo eran un choque contra la realidad, éstas también, pero contra la fantasía. Su tío Esteban había sido una fuerza vital que animaba su casa, se sentía su ausencia. Quizá es-

taba comiendo demasiado y no podía evitarlo, el hambre era nerviosa.

—Por supuesto, se quedan a cenar —era Adelaida, ahora con un circulito de hilera entre las manos, tejiendo a gancho con rapidez.

—No podemos, tía Adelaida, Leopoldo tiene que arreglar todavía unas cosas sobre su empleo. Y vamos a hacer unas compras de emergencia, para no llegar a Puebla sin nada.

Adelaida asintió, ¿por qué Ernestina no decía algo en vez de estar allí jugando con su niña como si estuvieran solas? No era justo.

—Tía Adelaida, a fin de mes vienen mamá y Miguel.

—Ah —Adelaida no lo sabía—. Por mí, encantada, no los he visto en... —le dio pereza hacer cuentas— muchos años.

—Mi mamá va a estar con su hermana, tampoco ellas se han visto, pero Miguel...

—Yo lo invité —interrumpió Ernestina, por bendición—. Vamos a prepararle un cuarto.

Teresa suspiró de alivio, menos mal. Estaba empezando a relajarse cuando vio la expresión de Adelaida, era una media sonrisa traviesa como la de una chiquilla.

—¿Cuándo vienen?

—A fin de mes. El 29, creo —le sudaron las manos.

—Sabes, Tina, esta visita es verdaderamente providencial —luego a Teresa—: unas amigas me invitaron a ir con ellas de viaje, es una excursión de señoras —vio una especie de asombro en el rostro de Teresa y añadió con aplomo—. Van al Santo Sepulcro. Me había negado por no dejar a Tina sola con la niña, pero si viene Miguel...

—Aunque no viniera; para cualquier cosa están María y Ezequiel.

—No es igual. ¿No te parece, Teresa?

—No, claro, no es igual —Ernestina la miró, Teresa hacía esfuerzos por mostrarse amable pero no podía ocultar su



desaprobación—. El Santo Sepulcro queda lejísimos, tía Adelaida.

—Van en barcos, aviones, trenes y hasta autobuses, todo arreglado. Voy a traerte una bolsita de Tierra Santa, ¿las has visto?

—No.

—Pues son...

—Unas bolsitas de plástico con tierra... santa, de Jerusalén —Ernestina era cortante y Adelaida se rió.

—¡Pero qué feo lo dices! Como si fuera una locura, todo el mundo trae. Ha de haber muchas.

Leopoldo no le quitaba los ojos de encima a Adelaida, Teresa miraba la alfombra. ¿Era posible que Adelaida actuara con inocencia? Si así era significaba que la idea de una relación entre Ernestina y su hermano le parecía inconcebible. Eso era y ella no iba a escribir contándoles el proyectado viaje de Adelaida al Santo Sepulcro a menos de cuatro meses de viuda. ¡Si ni siquiera era católica! Miró a su marido.

—Ya es hora de irnos.

Leopoldo, aparte de saludar y comer no había hablado. Mejor, pensó Teresa; Leopoldo estaba impresionado por sus parientas y sus posesiones quizá porque nunca había entrado a una casa así ni conocido personas de esta clase. Bueno, ya estaba conociéndolas y más le valía callarse.

—Voy a venir a verte un rato mañana como a las once, Tina; Leopoldo va a estar ocupado y salimos a Puebla en la tarde.

—Te espero.

Teresa las besó y tuvo a la niña un momento entre sus brazos: una suya no sería como ésta, pero sería suya.

Salieron, Ezequiel les abrió la puerta de entrada, estaba empezando a lloviznar.

En cuanto se cerró la puerta soltaron la risa.

—¡Qué bárbara eres! ¿De dónde sacaste lo del Santo Sepulcro?

—De mis amigas, la excursión la organizaron ellas y ahora puedo ir. ¿Sabes Tina? No creo en el luto. ¿Gana algo tu padre si me quedo encerrada en la casa en vez de irme al... bueno, allí?

—Nada.

—En cambio tu padre creía en los trapos negros. Así son los de allá —allá era su estado natal—. Estuve de luto tres años por mis padres y como no se murieron juntos, suman seis.

—Harán etapas. París, por ejemplo, o Roma.

—Roma. Están el Papa y el Vaticano. Dicen ellas que este viaje tiene el valor de una peregrinación, como en los tiempos pasados para ganar el cielo. Además es primavera y no hace tanto calor; si fuera verano no voy ni a rastras.

—Es primavera, sí —la voz sonó melancólica y vibrante.

—No estés así Tina; si te pones mal me acuerdo de que yo tampoco estoy bien.

Ernestina fue a dejar en su cuna a Juana María y cuando volvió encontró a Adelaida llorando, la abrazó hasta que la sintió tranquila.

—¿Tú no lloras?

—No he podido. Así como tú, con ganas, no he podido. Pero tú, en fin, eras su esposa.

—No estoy segura.

—¿Cómo?

—Estos los últimos años nos traía los mismos regalos. Y cuando salíamos los tres, él en medio y una de cada brazo, se sentía orgulloso, pero como los padres. Nada más me llevaba veinte años, no es para tanto.

—Ésos le llevo a Juana María.

—Él se conservó joven. Era un poco mayor que don Miguel y parecía varios años menor. ¡Qué par de hombres más guapos! ¿No te parece?

—Sí. ¿Te volverías a casar, mamá?

—Nunca. Quién sabe qué horror de cosa sea un verdadero marido.

—Eso, un horror de cosa, tú lo has dicho.

Adelaida suspiró. Para ella el tema candente y verdaderamente desagradable era el divorcio de su hija ya en trámite y próximo a dictarse, Juan José no había puesto dificultades.

—Un caso de alergia mutua —comentó con sus amigas, señoras ricas con quienes se reunía una vez a la semana a jugar póker—. Esteban no lo hubiera entendido, creo yo. —estaba segura, don Esteban no hablaba de sexo y ellas... tampoco.

—No quiero que ese hombre vuelva a ponerme un dedo encima. ¿Entiendes? —dijo Tina cuando regresó de enterrar a su padre, la misma noche, mientras caminaba con Juana María entre los brazos, en voz baja y pareja para no alarmarla.

—Mi reina. No lo digas como si yo estuviera forzándote a vivir con él. Si no puedes, te basta con decirlo. Y mira, francamente hablando, si la ley de divorcio se dio hace más de treinta años ya hemos tenido tiempo de acostumbrarnos.

—Nos van a criticar, sobre todo tu familia. Por eso no quise verlos.

—Mi familia no tiene importancia. Bastantes malos ratos me dieron cuando me casé con tu padre; ya ves. Para fortuna mía no les hice caso. Para nada necesitas su aprobación. ¡Cómo no regresaste desde el primer momento!

—No hubiera nacido Juana María.

Allí disentían profundamente. Adelaida hubiera preferido que su hija quedara libre, sin hijos. Para empezar de nuevo como si el matrimonio no se hubiera realizado. No entendía esta sensación de triunfo proyectada por la conducta de Ernestina para con su hija: era su trofeo, como si hubiera ido a rescatarla a tierra de infieles. Pero nunca pudo

discutir con su hija; estaban demasiado cerca en el tiempo, demasiado cerca en el trato de don Esteban, quien no vaciló en educar a Ernestina como primero hizo con Adelaida recién casada. Desde siempre entraron a su casa maestros particulares de todo lo habido y por haber... don Esteban sufría de dos fobias: la ignorancia y la flojera. Se las transmitió a ambas. Adelaida sabía inglés y francés, historia universal, literatura y pintura más que razonablemente. Sin embargo, quiso hacer de la cocina su especialidad para mimar al marido, rodearlo de buenos sabores como una forma física del amor; su mesa parecía una ilustración de revista y usaba las especias como un chef europeo. Ernestina aprendió las mismas cosas, aparte de sus interrumpidos estudios universitarios. Pero mostraba una facilidad para los trabajos manuales y un buen gusto extraordinario.

—Nieta de sastre —decía riéndose don Esteban cuando ella producía con la mayor facilidad desde un forro para muebles hasta un vestido complicado o un tapiz de su propia invención.

Juan José recibió las dos cartas en sobre distinto con la proposición de divorcio y ni siquiera respondió personalmente; mandó un abogado con capacidad de actuar en su representación.

—Este hombre está ofendido contigo a un grado muy respetable —comentó Adelaida—. Y conmigo también, ¿qué esperaba? No iba a mandarte a Sonora en una cajita, atada de pies y manos. Si nuestras cartas no merecen respuesta ya puede metérselas en cualquier parte.

Ernestina hizo un gesto, Adelaida la entendió. Cuando se salía de tono, su marido hablaba del “robusto sentido del humor de la familia Barret”; sin don Esteban esa característica se afianzaría, ya no había con quién tener miramientos, a Ernestina no le afectaba y Juana María era muy joven para tomarla en cuenta.

—Vas a acabar con lo que tú misma llamas boca de carretonero.

—Claro —Adelaida estaba revisándose en el espejo de cuerpo entero, de perfil para ver si no tenía panza; uno de sus requisitos personales era la esbeltez y el otro la buena presentación cotidiana y sistemática. Ni cincuenta maridos muertos accidentalmente la hubieran llevado a andar descuidada o mal vestida.

—Algo debo salir ganando, como tú con Juana María.

El otro asunto pendiente entre ellas eran los estudios de artes plásticas, anunciados por primera vez en casa de don Miguel. Adelaida, por no haber asistido a ninguna institución académica desconfiaba de ellas, en cuanto a la calidad y peor, en lo referente al ambiente y a las compañías. Después de un intercambio de ideas llegaron a un acuerdo: por el momento Ernestina se inscribiría en un taller caro y selecto, si más tarde lo deseaba estudiaría pintura en una escuela oficial para tener un título.

—Es absurdo —decía Adelaida—, sobre asuntos de talento no hay títulos que valgan.

—Sirven para trabajar justamente en la eventualidad de no tener talento.

—No te hagas la modesta. Puedes pintar y sabes técnica, compara tus trabajos con los míos. Ya veremos; por supuesto debes trabajar... —los ideales de don Esteban—. Cuando crezca un poco esta niña —le daba unos besos irreales en la pelusa rubia—. Es una muñeca latosa, ella. No me dejó dormir en dos semanas y mírala ahora, se porta como una santa.

Ernestina no le habló de Miguel directamente, Adelaida vio llegar las cartas, dos o tres a la semana, sin darles mayor importancia. Para ella Miguel era el sobrino de su marido, su huésped de hacía años y no podía sacarlo de este contexto, porque aparte de saberlo discreto y pasablemente bien

educado lo hallaba insignificante. Que su hija se escribiera con él no le preocupaba gran cosa, siempre se entendieron bien, desde que Ernestina era niña y él pasaba tanto tiempo con ella. Leyendo, ahora lo recordaba, con la novedad de su visita, pero su mismo recuerdo le daba fastidio. Además, si Ernestina se llevaba con él, no podía ella empezar a criticarla de buenas a primeras. Y no se llevaba con nadie, en estos meses estaba más huraña que nunca. Esa correspondencia era una compañía. Se desquitó hablando del marido de Teresa.

—Ese hombre, además de feo y mal vestido es francamente vulgar. ¡Qué manera de mirar las cosas y... las personas! —en realidad se había ofendido por la sorpresa reflejada en los ojos de Leopoldo, quien esperaba hallarse otra edición de doña Flora y encontraba una mujer joven, contemporánea suya, muy hermosa y recién enviudada. Ernestina en cambio no le llamó la atención mayormente. Aunque se deshizo en sonrisas y en cortesías manidas.

—Imagínate, Tina, este hombre tan desagradable y que se ríe tan mal. Y ella admirándolo, con ojos de calentura.

—Es feísimo, la verdad —concedió por fin Ernestina—. Teresa es muy ingenua.

—Pero tiene ojos —Adelaida detestaba el color de piel moreno y grasiento, los cabellos puestos en su sitio a fuerza de vaselina, el diente de oro como una coquetería y esa manera de saludar—. Bueno, yo tengo otros gustos, qué le vamos a hacer —ella no había tenido otro gusto diferente a don Esteban y no lo tendría en toda su vida—. Pobre de don Miguel, tan refinado; en cambio la bruta de Flora hasta contenta podría estar.

—No. Nadie está contento.

—¿Te lo escribió Miguel?

—Sí. La boda parecía velorio de tanto llanto, durante la ceremonia, antes y después.

—Es horrible ese marido y se le va a contagiar, esas cosas se pegan.

—O lo va a educar ella.

—¿A ese cuarentón? No. Por lo menos no fuimos a la boda. Las festividades en casa de tu tío Miguel siempre son lamentables, quién sabe por qué.

No como la boda de Ernestina, tan espectacular. Conocieron a Juan José en una reunión de amigos mutuos. Era el partido del momento y muchas madres hubieran deseado que se les acercara a sus hijas: dinero, trabajo, gusto en el vestir, prestigio y además treinta y cinco años. Él eligió a Ernestina, por mala suerte, cualquiera de las otras muchachas estaría ahora encantada y hasta muy feliz. Adelaida era escéptica, se sentía inoculada contra los atractivos después de haber vivido más de veinte años con quien parecía manejarlos todos, el descuido estuvo en no pensar que Ernestina también había vivido con don Esteban.

—Oye, Tina. ¡Tenemos suerte de que Flora tenga una hermana en México! Imagínate que me voy y te la dejo. Te enfermas.

—Nunca me he llevado mal con ella.

—Nunca nos hemos llevado con ella, punto. ¡Qué plata de mujer! Habla esperanto, no entiendo nada de lo que dice.

—Hay algo así. Pero es cariñosa.

—Puede ser, ¡pero con tanta carne! ¿No te fijaste en las cantidades de comida que devoran en esa casa? Los platonos de pan. Menos don Miguel, pero él tiene sentido común... y Magdalena, que se ha pasado la vida trotando del comedor a la cocina y de regreso, así adelgaza la infeliz. Ah, y Bárbara, ya no me acordaba de ella, ¿cómo está?

—Pesa como quince kilos más que tú y come concienzudamente. No es fea. Ya no las critiques, por favor. Nosotras no somos ningún paradigma.

—¿Te sientes mal por lo del divorcio, Tina? Socialmente hablando.

—Sí, no puedo hablar del asunto. Me gustaría parecer arrogante y segura de mí misma, pero me acobardo cuando siento que me juzgan y me piensan cínica, abusiva o sinvergüenza, como si me hubiera ido a Sonora con un amante y regresado embarazada sin darle mayor importancia al asunto. Y pasé el año más horrible de mi vida y sí le doy importancia, si no fuera por Juana María...

—¿Qué? Dímelo Tina.

—No sabría cómo hacer para vivir.

—¿Y yo? Eres lo único que tengo, ¿qué haría si tú no vivieras? No vayas a contestarme que iría a la tumba de Mahoma.

Ernestina rió.

—¿La tumba de Mahoma! ¿Dónde queda eso?

—Podemos verlo en la enciclopedia. Estaba pensando que sin tu padre me queda mucho tiempo libre. Me gustaría...

—¿Ya no quieres cocinar? Podrías hacer una selección de recetas y publicarlas.

—Algún día. Por lo pronto María nos alimentará como le mande su buen sentido; sabe bastante. No, yo estaba pensando en un negocio.

—¿Vamos a vender pasteles?

—¿Como aquellas marquesas viejas que ahora son millonarias? No. Pero ropa, Tina, estamos desperdiciando nuestro buen gusto ¿No te dan ganas?

Ernestina reflexionó un instante.

—Pues... sí. Si me dan con la condición de no volvernos maniáticas del dinero, eso me chocaría. Esos negocios no dejan tiempo para nada y son un gran compromiso.

—Cuando yo regrese hablaremos con calma. Yo deseo estar sin tiempo para nada.

—¿Cuánto dura tu viaje?



—Dos meses o mes y medio, no me acuerdo. Voy a comunicarme con esas mujeres mañana mismo.

Eran amigas, pues. Adelaida había logrado interesar a Tina sin esfuerzo pero estaba intranquila después de sus confidencias. ¿Tendría tan pocas ganas de vivir? Seguramente, no había razón para engañarla.

Sin Leopoldo, Teresa era de nuevo ella misma. María la llevó al cuarto de Ernestina y de Juana María. Con el ropero inmenso y antiguo (don Esteban sostenía que un clóset sería aberrante en esa casa), la alfombra persa, la cama angosta, pero con una cuna de latón envuelta en tules y un mueble desarmable para cambiar a la niña en donde se veían cerros de pañales, cosméticos de bebé, ropa, juguetes, todo en orden.

—Tina, en primer lugar necesito un baño con agua bien caliente —Ernestina abrió la puerta de su baño privado: más alfombras, amplitud, espejos, azulejos pintados formando frisos.

—Voy a dejar la puerta abierta, para hablar —abrió la llave del agua, un chorro grueso sobre la pileta ovalada—. ¡Qué gloria!

—Pon los polvos del frasco blanco, hacen espuma. —Teresa obedeció y empezó a quitarse la ropa. Ernestina no podía verla, estaba sentada en su cama, dándole el biberón a Juana María.

—¿Sabes qué me pasó? —cerró la llave y empezó a chapotear—. Voy a lavarme la cabeza. Pues nada, iba a bañarme en esa pocilga de mis cuñadas cuando vi correr dos ratas debajo de la tina. ¿Te imaginas eso? Según Leopoldo toda la casa está infestada. Si lo hubiera sabido ayer no me quedo a dormir. No tienes idea, hasta los vasos y los platos están sucios con mugre de años.

—¿Y ellas? ¿Cómo son?

—Dos pobres viejas, nada tontas ni pesadas pero impresentables por ejemplo a los ojos de mi papá. ¡Y con un ves-

tuario! Pobrecitas, no tienen idea. Bueno, en Puebla todo será diferente.

—Pero estás contenta.

—¿Con él, dices? No me parece peor ni distinto, tiene que entender varias cosas. ¡Qué atrocidad de casa! Da la impresión de estarse desbaratando y ellas me la enseñaban como si fuera una maravilla —más chapoteo—. Una cosa si sé. Este matrimonio va a salir adelante a como dé lugar. Yo puedo.

—Lo decidiste desde antes, es una ratificación.

—Ratificación es lo que tienen en su casa esa pareja de sucias —Teresa soltó la carcajada—. Tina, ¿me estás oyendo?

—Me alegro de verte contenta, ¿cómo estuvo la boda?

—Ridiculísima. Imagínate, Leopoldo ni siquiera había pensado en la necesidad de llevar un traje oscuro. Enrique nos mandó uno suyo por avión, Miguel tampoco tiene. Por cierto, Tina, me apena mucho decírtelo, pero Miguel no tiene ropa, hay una colección de pantalones blancos, camisas remendadas y camisetas con agujeros; eso y el esmoquin para los bailes. Prometí mandarles dinero pero no me alcanza, les dejé cuanto tenía para los pasajes.

—Por favor no me digas más. Tampoco me digas que se trata de un préstamo, para mí es una oportunidad —dejó a la niña en la cuna—. Voy a hacer dos cheques a tu nombre por la misma cantidad, uno es para ti. El otro lo cambias y lo mandas como cosa tuya. No vaya a saberlo Miguel.

—No pensaba decírselo. Le mandaré el dinero a mi mamá. Me... me da muchísima vergüenza.

—No. No. Yo lo había pensado pero no me hubiera atrevido. Las toallas están limpias.

—Gracias. Qué alivio, estaba muriéndome de preocupación.

Ernestina hizo dos cheques por cinco mil pesos cada uno.

—Ya están.

Teresa salió del baño con la toalla grande alrededor del cuerpo y la mediana en la cabeza.

—Tina, ¿sería mucho pedirte que no lo supiera tu madre?

—Mi madre jamás revisa mi estado de cuenta, ni siquiera el suyo —Teresa vio los cheques sobre la cama.

—¿Estás loca? Eso es mucho dinero.

—No creo.

—¿Quién va a creer que es mío?

—Puedes decirle a tía Flora que es mi regalo de bodas. Y pedirle discreción.

—No la conoces. Va a empezar a comprar ociosidades. Voy a guardar la mitad del cheque de ellos para más tarde. Eres una exagerada.

—¿Por qué? Los quiero mucho.

Teresa estaba seria.

—Sí, nos quieres. Pero no te convenimos como parientes. Voy a vestirme, traje ropa limpia —fue al baño de nuevo—. Quiero ser franca, Tina, y no tiene nada de agradable.

—Al grano.

—Esto va a repetirse muchas veces si no te apartas de nosotros. Y si... si te casaras con Miguel, esto sería la canción de todos los días. Ibas a acabar pagando hasta los zapatos de Gumersindo, a espaldas de mi padre y con la complicidad de mi madre.

—El matrimonio te ha sentado maravillosamente, esto no me lo hubieras dicho hace tres meses.

—Miguel me dijo que vas a divorciarte y según parece, él y tú... Pero óyeme una cosa, Tina, aunque sea mi hermano no te conviene. Contéstame, ¿no quieres?

—¿Qué puedo decirte? Miguel no piensa en esas cosas y yo tampoco.

—Pero mi madre, mi hermana, Enrique y hasta Bárbara y Magdalena ya están haciendo planes para pedirte algo. Relamiéndose. Y mira, la que pide tengo que ser yo. Es muy irónico.

—¿Qué dijo tu padre?

—Nada, como de costumbre. Cuando vio a Leopoldo se enfermó y el día de la boda estaba tan débil que fue al Registro Civil pero no tuvo fuerzas para ir a la iglesia, más le valió. Allí estaban todos los Barret, tus Barret, Tina, muy arreglados y comiéndonos con los ojos, para luego divertirse con los comentarios.

—¿Hubo fiesta?

—No, papá dijo que él no daba fiestas a los tres meses de muerto su hermano ni aun cuando hubiera motivo. De tu divorcio no dijo gran cosa y en cuanto al viaje de Miguel se limitó a menear la cabeza como si fuera la mayor estupidez de este siglo pero no se opuso —apareció vestida y peinada, con algo juvenil y enérgico, con aspecto de señora casada y no de hermana mayor como hasta entonces—. Ah, una cosa más, para no quedarme corta o algo por el estilo. Mi hermana Elisa está pensando en venir a visitarte cuando Miguel se vaya. Fabián va a tomar un curso especial de administración de empresas aquí en México y Elisa no quiere quedarse allá; sería para julio, en sus vacaciones, ¿qué te parece?

—Si a ella le parece bien yo no puedo tener opinión al respecto.

—No seas así conmigo, Tina. Regresaste con apresuramiento por algo que ella te dijo, eso lo sé.

—¿Sabes lo que me dijo?

—Sí, pero por ella misma.

—Me dijo en otras palabras que Miguel era amante de Magnolia, la billetera.

—No me digas.

—Y que yo no tenía vergüenza.

—¿Y así piensas recibirla en tu casa?

—El riesgo es de ella, Teresa, no mío, como cuando estábamos en la situación opuesta: yo corrí mis riesgos y coseché ese resultado.

—No puedo pensar que lo de la billetera sea cierto. Magnolia está loca, loca de la cabeza, eso es.

—Y si fuera cierto, ¿quién soy yo para ofenderme?

—Estás divorciándote y Miguel viene a tu casa. Tienes derecho a decir algo.

—Allí está la clave. Yo iba a divorciarme de cualquier manera y la visita de Miguel parece no importarle a nadie; a mi madre no, por ejemplo.

—¿De verdad sale de viaje?

—Fue a comprar sus pasajes. No ha parado de hablar de eso desde ayer.

Teresa se acomodó en la cama de Ernestina.

—Tina, ¿tú quieres a Miguel?

—Sí —la voz sonaba grave—. Sí pero sin esperanza, todo está en contra, hasta tú y yo misma. Y no puedo tomar decisiones porque Miguel...

—Miguel está loco de amor.

—Eso es, porque Miguel está loco de amor. Y ante eso ¿qué pueden las palabras de Elisa?

—Herir a los que están heridos.

—Exacto, el mal no es grave.

Durante el diálogo Ernestina había ido desmoronándose como si la vida se le escapara por las manos largas, por los cabellos sueltos y abundantes.

—Trata de que no venga, de cualquier modo. Tengo que irme.

—Puebla no está lejos, es cuestión de tomar el autobús. Ven cuando tengas tiempo.

—¿Estás estudiando pintura, Tina?

—Sí. Y grabado.

—Dios te ayude, te bendiga, te cuide. Yo... no sé qué decirte.

Teresa guardó los cheques, recogió su saco y salió de prisa, sin agregar nada. Le parecía haber cumplido varios

deberes, no los de hermana, ahora ya no era hermana sino una mujer libre. Hija sería siempre, en cambio.

Adelaida salió para Nueva York dos días antes de la llegada de Miguel. Por supuesto no tenía ningún interés en verlo pero además quería adelantarse a su excursión para ver, según sus propias palabras, el estado de la moda. La idea de poner una tienda no se le caía de la boca y sin decírselo a Ernestina había empezado a hacer gestiones. El local, cerca de su casa, le pareció magnífico, mucho más grande de lo planeado pero eso no la arredró; justamente necesitaba algo sólido para echar a andar sus ideas, las abstracciones no iban con su carácter pero fue cauta, hizo los arreglos a través de un antiguo amigo de su esposo, el licenciado Manuel de la Peña, hombre honrado y de toda su confianza, logró entusiasmarlo tanto como ella lo estaba y sobre todo hacerle entender que no se trataba de una distracción de mujer rica, recién viuda y ociosa sino de un negocio en toda forma. El licenciado de la Peña cayó en la cuenta de algo sorprendente, jamás se le hubiera ocurrido: Adelaida Santander descendía de comerciantes y había heredado la capacidad especial del manejo económico aunque durante su matrimonio no hubiera tenido ocasión de ponerlo en práctica. Don Esteban debía de saberlo pues a lo largo de su vida había ido poniendo a nombre de Adelaida gran cantidad de propiedades, acciones, etcétera, que igualaban el valor de los bienes de su hija, nombrada heredera universal.

Adelaida se fue de viaje al Santo Sepulcro con un dibujo a escala del local dentro de su maleta y un airecillo frívolo que en realidad ocultaba una intensa concentración. Antes de irse trajo a Victoria, una sobrina de María, para que cuidara a Juana María y le amuebló un cuarto junto al de su hija, donde más tarde también dormiría su nieta, para darle a Ernestina oportunidad de descansar. María y Ezequiel

vivían en el sótano y su casa, medio subterránea como era, resultaba inesperadamente moderna y bonita, amueblada por Adelaida con la aprobación de sus sirvientes.

Cuando Ernestina vio a Victoria se encantó con ella. Tenía dieciséis años, era baja de estatura, de cuerpo sólido pero flexible y de carnes apretadas; derecha, bien peinada, con la mirada alerta. Como una muñeca parlante pero con una discreción y un sentido común de primera línea. Adelaida comentó que para buscar servicio debe ponerse más cuidado que para encontrar marido.

—¿Fuiste a la escuela, Victoria?

—Nada más la primaria, señora.

—Pues ahora vas a ir a la secundaria —el rostro se le iluminó—. Yo salgo en las tardes pero puedo pasarme aquí la mañana y para una emergencia está María.

Victoria obedeció y para ventura de ambas, ella y Juana María también se gustaron inmediatamente. Para Tina lo más agradable de Victoria era su falta de inhibiciones y de respetos impuestos. Venía de un rancho en el Estado de México y traía la altivez de una estirpe esforzada de pequeños propietarios. Ernestina y Adelaida eran las señoras de esta casa, pero su padre y su madre eran los señores de la suya, la cual en nada desmerecía a sus ojos, eso se notaba inmediatamente; Victoria no tenía ni adquiriría nunca las tortuosidades de la clase media. Ya quisiera Elisa Barret, por ejemplo, poseer esta integridad.

Se reía a carcajadas, jugaba en el suelo con Juana María mostrándole objetos, haciéndole imitaciones de animales, la niña reía en cuanto escuchaba su voz. Ernestina iba tranquila al taller.

Ernestina fue a la estación del ferrocarril en su Volkswagen, la novedad de aquellos días y uno de los primeros que se vieron en México, todo el mundo lo miraba con curiosidad. Hubiera sido absurdo ir a buscar a doña Flora y a

Miguel con el De Soto y Ezequiel de chofer. Eso era... ofensivo. Llegó exactamente a tiempo. El aeropuerto no sería una maravilla de pulcritud pero la estación, según Adelaida, era hindú, nada más faltaban las vacas sagradas pues había un tendido de cuerpos humanos envueltos en sarapes, rebozos y chales, como de veinte metros, dispuestos a estar allí tirados cinco o seis horas, hasta la salida del tren correspondiente.

Bajaron al andén cuando ella se acercaba, sudorosos, con la ropa arrugada y dos maletas viejas que Ernestina conocía desde tiempo atrás, siempre con el mismo aspecto. Los abrazó efusivamente y los llevó a la entrada caminando de prisa porque Miguel llevaba una maleta en cada mano y no había hecho aprecio de los cargadores; doña Flora apenas podía seguirla y se sentía incongruente con el saco de lana negra, un paquete en las manos y su bolsa apretada contra el pecho, Ernestina le quitó el paquete con suavidad.

—Deme tía Flora.

—Tengo los pies inflamados. Fueron casi dos días, dormimos una noche en casa de Enrique en Puerto Ángel —Venía corta de aliento y cansadísima. Ernestina los encaminó hacia el coche—. ¡Pero qué chiquito es! Creí que tenían uno grande. Prefiero ir con Elenita de una vez, luego veré de saludar a tu madre.

—Mi mamá está de viaje, se fue el lunes —doña Flora iba a decir algo y se arrepintió—. Va de excursión al Santo Sepulcro, con unas amigas tuyas.

—¡Al Santo Sepulcro! ¡Qué suerte! Eso está muy lejos.

—En Asia —doña Flora quedó en suspenso, para ella Asia era China o Japón, si alguien le hubiera dicho que su religión era asiática se habría enojado. Lo era si tan segura estaba Ernestina.

—Pero sabía que veníamos.

—Se lo dijimos Teresa y yo.



—Ojalá le vaya muy bien en su viaje. Muy propio para viudas. No es igual viajar por divertirse. Dios mío, Ernestina, ¡qué grandes se ven los camiones! ¿No te mueres de miedo dentro de este coche?

—Pues... sí, tía Flora, sobre todo los primeros días; es más fácil de manejar que uno grande. ¿Dónde vive Elenita?

—En la colonia Roma —Miguel dio la dirección, no había hablado antes.

—Nos queda cerca más o menos. —Manejaba con cuidado, lejos de los camiones para no alarmar a doña Flora.

—Esta ciudad es grandísima, ya empiezo a sentirme perdida. ¿Por qué hay tanta gente en el suelo de la estación?

—Llegan a comprar su boleto sin saber a qué hora sale su tren y luego se quedan allí esperando.

—Durmiendo en el suelo. La estación apesta, ¡cómo estarán los baños! Asquerosos.

Doña Flora calló. Nunca entendería a Adelaida Santander porque no se decidía a pensar mal de ella en forma directa; lo había intentado varias veces y siempre quedaba con la sensación de estar equivocada. ¡Pero irse de viaje cuando llegaba a su casa un hombre y dejar a su hija de veinte años sola con él! Y divorciada, más o menos. La opinión de su hermana no quería ni imaginársela. Llegaron a la casa de Elenita; una casa sola con jardín, con ribetes de estilo californiano y adornos ultrabarrocicos en las puertas y en las ventanas, todo en cantera rosa.

—Esta casa es lindísima —dijo doña Flora—. Mi hermana se casó muy bien —¿le parecía a ella estar mal casada?— Pero el doctor es muy feo; no puede tenerse todo. Nada más tu madre, Ernestina, ella sí tiene todo.

—Menos marido.

Doña Flora se avergonzó, debía tener cuidado, Ernestina contestaba muy rápido.

—Es verdad, soy una tonta —se bajó del coche como había subido, girando sobre el asiento. Miguel sacó una maleta mientras su prima se adelantaba a tocar el timbre; se presentó Elena con su hija mayor, venían caminando de prisa y hablando fuerte, abrieron entre exclamaciones y preguntas, Ernestina se hizo a un lado discretamente. Ele-nita era otra versión de doña Flora en lo físico nada más.

—Tú eres Ernestina, hace años que no te veía, nunca habías venido. ¿Cómo está tu mamá?

—Bien en lo que cabe.

—Se fue de viaje al Santo Sepulcro —doña Flora no pudo resistir las ganas de decirlo, no sabía por qué.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo se le ocurre dejarte sola con Migue-lito? ¿Hay otra persona en tu casa?

—Los sirvientes.

—Entonces Miguel se aloja aquí. Vas a darte una des-prestigiada espantosa, entre santa y santo, pared de cal y canto.

—Voy a llegar con Ernestina —anunció Miguel en tono terminante.

—No es muy caballeroso de tu parte, ¿no te das cuenta?

—Ernestina prendió un cigarro y empezó a fumar apoyada en la reja y como si el asunto no fuera de su incumbencia—. Y tú, Flora, ¿dónde tienes la cabeza? Siempre estás queján-dote de las cosas que pasan en tu casa, pues por eso pasan, ni tú ni tu marido son capaces de pensar derecho, luego vienen las lamentaciones y las vergüenzas. Acuérdate lo que me escribiste de ese marido que se buscó Teresa por no tener quien le diera buenos consejos...

—Hasta luego, doña Elena, adiós niña. Adiós tía Flora.

—Ernestina se dirigió a su coche con paso firme, doña Flora tenía cara de susto y ya empezaba a hacer pucheros.

Miguel siguió a su prima sin despedirse y se sentó junto a ella, el coche arrancó.

—Esto es lo que yo llamo una grosería; pasa Flora, vamos a acabar de discutirlo adentro. No estás de acuerdo, no es posible. Niña, carga la maleta de tu tía, ¿no estás viendo que no puede con ella? —Doña Flora las siguió, muy despacio. Estaba cuajando en su mente y en su rostro una terquedad profunda, única defensa contra su hermana, entraron a la sala.

—Siéntate; hija, lleva la maleta al cuarto de tu tía —en cuanto se fue la chiquilla siguió hablando, pero en voz baja—. Esos dos van a acabar durmiendo juntos y si no lo hacen da lo mismo, toda la gente lo va a pensar.

—No se lo decimos a nadie.

—¿A ti no te importa? —doña Flora no contestó—. Ah, de eso se trata entonces, ¿no está casada esta muchacha?

—Está divorciándose.

—¿Entonces por qué no se hace en forma más decente? ¿Qué pasa? ¿Estás empeñada en casar a tu hijo y tienes miedo de no lograrlo? ¿Pretendes que la embarace o alguna cosa de esas? ¿Sabes, Flora? Eso no resulta. Si la muchacha quiere se casan y si no, no se casan aunque se lo metas en la cama. ¿No la estás viendo? ¿Tan rica, con coche propio, fumando en la calle y divorciada? ¿Nunca se te ha ocurrido casar a tu hijo con una muchacha de allá, decente y seria aunque no tenga dinero?

—Nunca se le ha ocurrido a él —por fin tuvo doña Flora oportunidad de decir algo.

—Y ésta sí se le ocurre, pues tu hijo es digno de sus padres: mira qué mentecatez.

—Elena, déjame en paz, estoy muy cansada.

—Deberías hablarle a tu hijo por teléfono y ordenarle que venga inmediatamente.

—No me gustan los teléfonos. Además no me da la gana de decir esas cosas.

—Muy bien. Atente a las consecuencias. Vamos a tu cuarto, apenas puedes caminar.

Doña Flora subió las escaleras cojeando con exageración y cayó en la cama de golpe, se durmió inmediatamente: ¡lo que se le esperaba!

María y Ezequiel saludaron al primo con afecto. Nunca en dos años les dio motivo de disgusto y a su manera de ver era un digno sobrino del señor Esteban; siempre de humor parejo, dispuesto a hacer un favor si se necesitaba, dando las gracias por el menor servicio y con el hábito inestimable de tener su cuarto en orden... cosa que no podía decirse de sus hermanas. Les daban el dormitorio más grande con los armarios vacíos y a los cinco minutos lo llenaban todo de trapos de colores revueltos con toallas mojadas hasta dentro de las camas.

—Llegaron las húngaras —decía Adelaida con tranquilidad—. María, lo siento por ti, voy a pagarte unos centavos extra, estas cosas no entran en las obligaciones de nadie.

Ezequiel las detestaba porque en cuanto lo veían entrar en el coche con don Esteban, inventaban adónde ir sin tomar en cuenta el horario de sus comidas o las horas de descanso; él también recibía un suplemento y las condolencias de Adelaida, pero eso no mejoraba la mala opinión que tenía de ellas o más bien en especial de Elisa.

—La señorita Teresa es muy desordenada pero tú no has oído lo que habla su hermana.

—¿Qué habla? —María la había oído y de sobra.

—Puras pendejadas y no es de buena voluntad. Y tonta, cree que puede uno pararse en cualquier aparador de cualquier calle así nada más porque a ella se le ocurre. Cuando no se puede se pone furiosa como si fuera culpa mía. La señorita Teresa es más considerada.

—Uy, las dos son como de regalo. Pero es cierto, la señorita Teresa sabe dar las gracias y decir por favor.

Ernestina y Miguel se sentaron a comer en cuanto llegaron y ella le presentó a Juana María.

—Mírala, Miguel.

—Es preciosa —él, que nunca cargaba niños, la tomó en brazos y ella no protestó, empezó a tocarle la cara como si quisiera conocerlo a fondo.

—Le gustas mucho —dijo Ernestina riendo—. No es así con toda la gente.

A lo largo de la comida conversaron con intimidad y sin tensiones, al fin alcanzaban la cúspide de sus esperanzas: estar juntos y solos.

—Oye, muy impresionante tu tía Elenita. Y tú ni adiós le dijiste.

—Así es ella. Y su marido mucho peor, espera a que lo conozcas.

—No voy a tener el gusto. Después de lo de hoy no me van a invitar a esa casa ni a varias otras, supongo.

—No te pierdes de nada.

—Pobre de tu madre.

—Es su hermana, las dos se conocen.

Más tarde, cuando Victoria se hizo cargo de Juana María, fueron a la sala y allí se abrazaron largamente. De nuevo el sentimiento extraño de hallar por fin la paz en la felicidad absoluta, una felicidad tomada a través de los sentidos pero que los trascendía y los llevaba a un plano desconocido. Ningún acto sexual completo hubiera podido tener ese efecto y Miguel por lo menos lo sabía tan bien que ni siquiera se excitaba sexualmente. La cercanía, la soledad, los besos, eso era todo y había que vivirlo a fondo. Ernestina lo vivía de otro modo, como la felicidad ciertamente, pero con algo de bastardo, robado a la vida y sin embargo válido por ser en forma fatal lo que buscaba en esencia, ésa era la forma y aquél el contenido. Así como Miguel resplandecía, en ella había siempre, no del todo oculto, un rasgo de desesperación suprema, una protesta contra la naturaleza de su ser distinto al de otros. Se sorprendía de la fuerza, de la claridad con que Teresa había entrado a la vida del sexo; eso, eso era lo

imposible para ella, con ninguna persona, ni con este Miguel a quien aceptaba físicamente pero no sólo en su carne y su sangre sino mucho más allá de su carne y su sangre.

Con un instintivo amor al orden Ernestina reglamentó sus vidas. Se levantaban tarde, tomaban el desayuno y salían en el coche con Juana María, siempre a Chapultepec. Llevaban un carrito plegadizo y la niña se adormecía o se quedaba mirando los árboles contra el cielo, callada. Ellos se sentaban en las bancas, caminaban abrazados o se tendían en el suelo sobre una manta con Juana María, jugueteaban con ella. Ernestina llevaba una botella para la niña y para ellos limonada y alguna otra cosa, galletas, chocolates, un sándwich. No gastaban un quinto. A veces veían los animales, otras caminaban por las avenidas estrechas y sombreadas. Regresaban a comer y ella, aunque con frecuencia faltaba al taller, asistía a veces mientras Miguel se quedaba durmiendo unas siestas largas, saboreando la cama y el buen clima. Cuando Tina no iba al taller era por agotamiento y también dormía. Por la noche, después de la cena, se quedaban en la sala hasta muy tarde, hablando de todo y de todos y leyéndose mutuamente aquel viejo libro: *Los cuatro Enríques* de León Beauvallet.

—No debemos escandalizar a María y a Ezequiel. Tampoco a Victoria... No lo merecen.

—Tienes razón.

En esa admisión de Ernestina quedaba implícito que todos los otros lo merecían ampliamente. Fueron cuidadosos como nunca, mucho más castos que antes.

Doña Flora cayó a verlos una noche con su hermana Elena sin aviso previo y para decepción de ambas los sorprendieron en la sala, Miguel con el libro en la mano y Ernestina tejiendo un saquito para Juana María; las miraron sin asombro y sin resentimiento, como si estuvieran esperándolas. Ernestina les ofreció café y unas pastas finísimas, de

panadería de lujo, fue por Juana María para que la conocieran, les enseñó la casa porque doña Elena mostró curiosidad de verla, fue testigo de aspavientos ante el derroche de instalar un cuarto de baño para cada dormitorio y de la envidia evidente que suscitó en ambas el cuarto de Adelaida, con su tocador de tres metros de largo, rematado por un espejo inmenso y corredizo, un cuarto adjunto dedicado exclusivamente a ropa y zapatos, cada vestido en su gancho y con su propio forro de limpiísima tela de algodón; la cama amplia, baja, cubierta con una colcha blanca de un solo arabesco negro.

Quisieron ver el cuarto de don Esteban junto al de Adelaida, donde ahora se alojaba Miguel y por fin el de Ernestina, del lado opuesto, en donde hallaron a Victoria haciendo su tarea sobre la cama, arrodillada en el suelo.

—¿Esta niña duerme aquí arriba?

—En el cuarto de junto, doña Elena.

Volvieron a la sala con el aire deprimido por no haber encontrado huellas de pecado y desorden, a las dos les hubiera agradado por razones diferentes.

Doña Elena tenía una facilidad pasmosa para reanudar relaciones deterioradas por sus propios exabruptos: se comportaba con una gran familiaridad como si los incidentes anteriores hubieran servido para acercarla a las personas y no lo contrario.

Doña Flora, por su parte, parecía lucir con cierta timidez un nuevo peinado y un atuendo que su hijo, por ejemplo, no había visto nunca; falda y saco de lana muy delgada, blusa de seda, zapatos y bolsa nuevos. Estaba vestida igual a su hermana y parecían gemelas. Doña Elena la había llevado a ver al médico para una revisión y la puso a dieta... en lo posible, mientras menos peso, mejor salud. Por supuesto comió muchas galletas y cuando su hermana se lo hizo notar comentó que después de haber bajado cinco kilos bien podía darse ese gusto.

Doña Elena miraba a Ernestina con una atención curiosa, entre sonriente y descortés, como si tomara notas para una ficha policial. Le preguntó detalles sobre la crianza de Juana María y Ernestina contestó satisfactoriamente. Doña Elena no le dirigió la palabra a su sobrino, sin enojo, parecía no considerarlo necesario.

—¿Adónde han ido? No es bueno encerrarse.

—Vamos a Chapultepec todos los días con la niña.

—¡Santo cielo!, eso es cansadísimo.

—No nos alejamos mucho del coche.

—¿Y adónde más?

—Nada más, doña Elena.

—¿Por tu luto? No me digas que no se han metido a un cine o a un teatro.

—Pues no, no lo hemos hecho.

—¿Y estaban leyendo?

—Miguel leía en voz alta, otras veces leo yo.

—Vámonos Elena, ya es muy tarde, se me están cerrando los ojos. Está muy linda tu niña, Ernestina —bostezó doña Flora.

Elenita no se hizo del rogar e iniciaron la retirada, los jóvenes las acompañaron hasta la puerta, allí vieron que las esperaba el doctor Morales, esposo de doña Elena, dentro de su coche, con cara de fastidio. Decidieron no darse por enterados. El doctor les abrió las puertas desde adentro, sin bajar a acomodarlas.

—Bueno, señoras, ¿están tristes o alegres?

—Tristes y alegres, ¿no Flora? —contestó su mujer.

—No te entiendo.

—Yo me entiendo sola. ¿Para qué quieren ir al cine o al teatro si se divierten uno con el otro? Esa muchacha es tremenda, con nada se desconcierta.

—Querrás decir que no es estúpida —intervino el doctor.



—Nadie esperaba que lo fuera, hasta falta le hace, aunque sea un poquito. Mi querida hermana, te voy a echar el fallo: allí pasa todo o nada. En ninguno de los dos casos vas a quedar contenta. Ni tu hijo ni esa chica son de diario, ya te fregaste.

—Humanos sí han de ser —dijo el doctor—. Y todos los seres humanos son iguales, no hay diferencias básicas.

—Hay diferencias, pero no voy a discutir contigo porque siempre tengo razón y nos peleamos.

—¿Ya oíste, Flora? ¿A que tú nunca le dices eso a don Miguel?

—Miguel no discute nunca.

—¿Y tú qué piensas de la muchacha?

—Yo la conozco desde niña, no es ningún chiste decir algo de ella.

—Bueno, pero según tú, ¿pasa o no pasa?

—No soy adivina, cuñado, no lo sé.

—En resumen quedamos en la misma, ¿no ven? Les dije que fuéramos a ver la película esa de los asesinatos.

Luego, días después, algo parecido a un incidente: más o menos a la misma hora vino María a decirles que un joven buscaba a Ernestina.

—Pásalo. ¿Quién puede ser? —ella llevaba meses sin recibir una visita.

Era Isidro Ramos del taller de pintura.

—Ah, ¿es usted? Miguel Barret, Isidro...

—Ramos, para servirle.

—Siéntese, ¿gusta un café? —María estaba en el pasillo esperando precisamente esta pregunta.

—No sé si molesto, pero la verdad sí, quiero un café.

Ernestina le hizo a María una señal de asentimiento.

—Pues... verá. Hace casi una semana que no se presenta usted por el taller y pensé: ha de estar enferma. Pregunté su dirección y decidí venir. ¿No molesto?

—De ninguna manera. No he estado enferma, sólo demasiado cansada y con algunas ocupaciones.

—¿El señor es su esposo? —lo dijo así, con un dominio de sí mismo muy diferente a la cortesía.

—Somos primos.

—Ah, con razón no me parecía que fuera usted casada.

—¿No? Pues soy divorciada y con una hija —lo dijo riéndose—. Tenía usted razón.

Isidro Ramos se había ruborizado, luego palideció, Miguel bajó los ojos como si considerara indiscreto contemplar esos fenómenos. Isidro se las arreglaba para no separar los ojos de los de Ernestina.

—Vive usted en una casa muy hermosa y muy en estilo, ya van quedando pocas de éstas y desaparecerán; esta zona está poniéndose muy de moda para cierto tipo de gente. Artistas y eso —se volvió a Miguel—. Yo soy pintor, ¿y usted?

—Él es farmacéutico —dijo ella cuando le pareció que los labios de Miguel no iban a despegarse nunca. Miguel asintió con la cabeza.

—Vi un dibujo suyo. ¿Cómo le dicen? ¿Ernestina?

—Me dicen Tina.

—Tina Barret. Firme así sus cuadros, Tina Barret. Con el acento en la e, ¿verdad?

—Es catalán.

—Aunque falte una t, la tomarían por descendiente de ingleses, estamos muy americanizados.

—Todavía no están pintados, hay tiempo.

Se presentó María con el café y Ernestina sirvió solemnemente. Esta vez trajo rebanadas de pastel de chocolate. Isidro atacó la suya con fruición.

—Magnífico, estoy muerto de hambre.

—¿Querría usted un sándwich?

—Me bastará con otra rebanada, el chocolate es muy alimenticio —Miguel se ruborizó a su vez sin motivo eviden-

te—. Soy becado y me pagan por mes; claro, los últimos días no tengo un quinto, pero por otra parte si me pagaran por quincena estaría en apuros dos veces al mes y por lo tanto... ¿por qué le dio por pintar, Tina Barret? Ve qué bien suena. ¿Está segura de no tener sangre inglesa?

—Segurísima, una buena mitad portuguesa y nada más. Siempre he pensado que puedo pintar y decidí hacer lo más accesible, por economía humana. Horror al desperdicio.

—Tiene usted... ¿cómo cuántos años?

—Veinte todavía. Un mes o dos y ya no los tendré.

—Yo veinticinco —miró a Miguel—. Usted es mayor.

—Claro, no es mi gemelo, es mi primo —por fin rieron los tres.

—Pues pinte. En realidad eso venía a decirle. Es usted la única a quien se lo diría aparte de a mí mismo, por supuesto. A los demás les digo lo contrario: no pinten señores, dedíquense a hacer anuncios o libros... o portadas de libros, al fin son muy feas. También por economía y horror al desperdicio.

—Qué malo. Pero sí voy a pintar, cómo no.

—¿Y a causa de qué tomó la decisión?

—No puedo explicárselo, es muy largo.

—Será otro día, hay tiempo de sobra —se volvió a Miguel—. ¿Así que de vacaciones? —nadie le había dicho que Miguel era provinciano.

—Así es.

—¿Viene a México por primera vez?

—Viví aquí dos años hace... un tiempo.

—Y ahora tiene su farmacia y es feliz, ¿no?

—Es de mi padre y lo de la felicidad... —Miguel se detuvo, esta persona estaba interrogándolo como a un niño.

—¿La felicidad?

—La felicidad es relativa —Miguel tenía las mejillas ardiendo y estaba enojado—. Pero en este momento, el día de hoy, soy infinitamente feliz. ¿Está satisfecho?

—Soy muy indiscreto, perdóneme. Pero mire, cuando uno quiere saber algo el sistema correcto es preguntarlo —Ernestina se echó a reír—. ¿De qué se ríe, Tina Barret?

—De usted. Debe de tener la cabeza rebosando informaciones sin importancia, nadie toma en serio a quien pregunta así nada más.

—Usted se negó hace un momento a decirme una. Por lo demás siempre tengo éxito —miró a Miguel—. Es tarde. Me comí su pastel, me bebí su café y... demás. Oiga, Tina Barret, ¿no tiene un óleo blanco que me preste?

—Por supuesto, un momento —salió apresuradamente.

—¿Usted también es rico?

—No.

—No. No lo parece. Es pariente pobre —Miguel le sostuvo la mirada—. No estoy buscándole pleito, es una forma de decir.

Regresó ella y Miguel se paró inmediatamente para que el otro lo imitara y lo hizo, con una lentitud desesperante y después de beber el último trago de café.

—Tome. Está nuevo.

—Agradecidísimo —Tina tocó un timbre—. ¿Llama usted al lacayo para que me ponga en la calle?

—Llamo a Ezequiel para ver si nos hace favor de abrirle la puerta. Que le vaya bien —estaba muy seria.

—No se enoje conmigo, mi intención era enteramente la contraria: hacer amistad.

Se presentó Ezequiel e Isidro les hizo una señal de despedida, un poco irónica.

—¡Qué tipo más odioso!

—Se excedió. Quizá por nervios... o algo.

—Se parece a Fabián Montero. O será en lo marica. Solamente.

—¿Cómo dices?

—¿Pero tú no sabes nada de esa historia?

—No me dijeron nada.

—Todo el mundo lo sabe, lo he oído como tres veces en diferentes lugares, cuando se les olvida que Elisa es mi hermana... y la última vez porque se acordaron. Una despedida de soltero, estábamos tomando, salió la historia completita con nombres y apellidos. El final era el noviazgo con Elisa y el hecho de que el tal Bardo, el amante, no se opone, lo considera conveniente para asegurar la estabilidad de su relación pues según dicen a Montero le gustan las mujeres de vez en cuando y mejor Elisa porque ésa nunca le ha gustado, según Bardo.

—¡Que cosa más puerca! ¿No es posible intervenir, Miguel?

—Mi padre no ha dado una orden explícita y así ha sido siempre. Mira mi Tina, voy a confiarte una cosa: esa noche fuimos a esperarlo porque después de ver a Elisa va a terminar la fiesta con Bardo, no le bastan las siestas. Le pegamos, no malamente, pero le pegamos. Al día siguiente se le presentó a mi padre en la botica: “Mire don Miguel cómo tengo la cara”; ojo hinchado y labio roto. Mi padre lo vio con atención, no le faltó más que el vidrio de aumento. “No se preocupe, joven, no es nada serio... si quiere un poco de árnica, se la regalo.” “No don Miguel, no es necesario, sólo quería que supiera las consecuencias del alcohol.” Dio media vuelta y se fue a la casa, donde contó cómo le habían pegado unos borrachos, sin mencionarme. Mi madre y Elisa pusieron cara de circunstancias y lo compadecieron, pero cuando se fue Elisa me hizo una escena de histeria, yo había llegado a las cinco de la mañana con la camisa rota: no paró de gritar hasta que me salí. Luego, en la botica, encontré a mi padre enojadísimo: me dijo entre otras cosas que el indicado para romperle la cara a Fabián Montero es él y no yo, en su calidad de jefe de la casa. Le pregunté por qué no lo hacía y me dijo textualmente: “El hombre que se pelea por

asuntos de mujeres cuando ellas no tienen ni sentido común ni idea de la decencia pierde su tiempo. ¿Crees que yo voy a ir a la estación de policía por darle de bastonazos a ese puto mientras mi hija se fuga con él y los tres, el Bardo también, se burlan de mí? Si mis hijas quieren irse al carajo, que se vayan.” ¿Qué te parece?

—Muy notable. Ojalá que no piense que tú, en este momento, estás en ese lugar.

Miguel la abrazó y le besó la mano.

—Sabe muy bien que por primera y única vez estoy en el cielo

—¿Te lo dijo?

—No, pero abrió su caja de la botica y me dio hasta su último centavo.

—¿Aceptaste?

—Guardé el dinero. Ese gesto suyo... No quise ofenderlo, pero luego se lo dejé a Magdalena, si no, por mi culpa, iban a pasar dos meses comiendo arroz con frijoles.

—Miguel, ¡si yo pudiera hacer algo!

—No mi reina. Ya hiciste todo, ya lo haces, con quererme.

—¿Aunque sea a mi modo?

—¿Por qué me lo preguntas tan a menudo? ¿Crees que soy violador profesional?

—No te enojas, Miguel. Pienso bien de ti pero mal de mí, eso es todo.

—Además, ahora, que hablamos de dinero, quiero decirte algo. Tu padre, un año antes de morir, le dio al mío la casa donde vivimos y la botica.

—¡Yo creí que eran de ustedes!

—Eran de tu padre; como ves, esos hermanos fueron muy discretos. A estas alturas no hay nada que no les debamos a ustedes.

—Eso no cambia nada, objetivamente ustedes creían que eran suyas y ahora son suyas, ¿cuál es la diferencia?

—Que no son tuyas, mi Tina, ni de tu madre, como deberían ser.

—Nadie lo sabe. No entiendo por qué desde antes no estaban a nombre de tu padre.

—Para que no pudiera venderlas. Por desconfianza a la influencia de mi madre o de algún hijo.

—Es muy ofensivo, entonces.

—No. Es realista. Mi madre sería capaz de vender una casa para hacer una fiesta de quince años. Lo intentó varias veces pero mi padre se negaba porque no eran tuyas, claro, pero sin dar explicaciones y ella dice ahora: “A Miguel se le puede pedir todo, menos sus casas”. Muy inteligente de tu padre, ¿verdad?

—Pues... sí.

—No te pongas triste. ¿Por qué te pones triste?

—Por... todo. No sé cómo seríamos nosotras sin dinero. ¿Te das cuenta? No tenemos cualidades. Es que ni mi madre ni yo conocemos la sensación de no tener, de no poder, por falta de dinero. Tú sí, Miguel.

—Yo sí. Pude haber sido un buen médico o quizá no. Pero farmacéutico, ni en sueños. Y ya me ves.

—Si mi madre y yo hubiéramos sabido...

—Tú eras una niña. Tus padres no me tuvieron confianza, les pareció que yo... no daba la medida, aunque me pagaran la carrera, por eso no lo hicieron. En cuanto a Enrique... todavía me acuerdo de las palabras de tu padre: “Miguel, esa carrera es la más barata y él quiso estudiarla pero ese muchacho no nació para abogado. Esa tesis... léela con cuidado”. Mi madre soñaba primero con que estudiara aquí, luego con mandarlo ya recibido, quizá a trabajar en el despacho de tu padre. Luego soñó con casarlo por dinero. ¿Ves? Puras estupideces.

—No te pongas así. Nunca te había oído hablar tanto ni con tanta pasión. Y te has callado tanto tiempo.

—No quería sacar a la luz tantas... cosas por miedo a enturbiar lo que tenemos. Esto lo quiero limpio, Tina, lo necesito limpio. Ahora todavía podría decir algo para estar tranquilo de veras y a fondo. ¿No fuiste tú quien le dio dinero a Teresa para comprar mi ropa?

—Sí, Miguel.

—¿Te pidió que no me lo dijeras?

—Eso hubiera sido ofenderme. Se lo pedí yo a ella, como es natural.

—Menos mal. Espero que no te haya dicho que es un préstamo.

—Yo no lo hubiera aceptado.

—Hubiera sido mentira.

—Por eso mismo, o una obligación intolerable.

—Lo primero. En mi casa no se pagan los préstamos, no hay con qué.

—Miguel, estás humillándome, ¿no te das cuenta?

—Creía estar humillándome yo solo.

—No es así —se miraron largamente antes de besarse, Miguel se retiró primero.

—No, encanto. No. No. Perdón mil veces. Soy tuyo, ¿ves? Sin nada bueno y con todo malo soy tuyo, pero no para que me odies, para que me ames hasta la muerte.

Se sentaron en el sofá con los dedos entrelazados y lograron ser como habían sido pero más íntegramente, sin nada oculto hasta ese día al menos.

Al mes de haber llegado Miguel recibió una llamada del doctor Morales para comunicarle que su madre, allí de pie junto a él, pero siempre enemiga del teléfono, salía para la terminal de autobuses y se iba a Puebla a pasar unos días con Teresa. Luego seguiría adelante hasta Puerto Ángel y después hasta su casa. La voz del doctor era seca, como de quien se propone no dejar ver ninguna emotividad. Miguel contestó del mismo modo.



—Quiere saber tu madre si estás bien de salud.

—Muy bien. Dígale por favor que se cuide, se fije dónde pisa y coma con prudencia en el camino. Yo escribiré anunciando mi llegada.

—Hasta luego entonces.

Colgaron simultáneamente.

—Ya se fastidió mamá de su hermana Elenita, se va con Teresa.

De Teresa había llegado una tarjeta postal con una fotografía de la catedral de Puebla.

“Queridos Tina y Miguel: Puebla me gusta, el clima es fresco ahora pero en invierno debe de hacer frío. Encontramos un departamentito a buen precio y frente al mercado; estamos muy contentos. La escuela es grande y bonita, pero no nueva. Muchos besos.”

—¿Estará realmente muy contenta?

—Sí. Eso saldrá bien. Yo, en lugar de tu mamá, no hubiera ido a visitarlos tan pronto.

—No la conoces, le fascinan los yernos. Dentro de una semana Leopoldo la va a querer más que a Teresa. Las nuevas en cambio... Enrique va a tener que divorciarse pero todavía no; ya se le ha ocurrido a todos menos a él. Cuando pasamos por su casa nos enteramos del arreglo que inventó María Ramona: acondicionó un garaje donde le puso sus discos, sus libros y le colgó su hamaca; luego se encerró en su casa con sus hijos. Si Enrique quiere salir a deshoras no puede, la pared del patio es muy alta. Todo sin comentarios. A nosotros nos colgó dos hamacas en la sala y luego cerró la puerta de su cuarto con llave, trae el llavero colgado a la cintura.

—Está loca.

—Pues mira... sí. Eso es y te lo digo muy en serio. María Ramona no es normal y no me lo pareció nunca aunque lo más fácil es pensar otras cosas de ella por su aspecto. Ade-

más... se baña mucho; estuvimos allí menos de catorce horas y se bañó tres veces, una a medianoche.

—¿No es promiscua, entonces?

—Se dice y yo no lo creo. Esos pueblos de pocos habitantes... Puerto Ángel tiene una población fija de menos de cinco mil, son terribles en cuanto se trata de habladurías, hay una especie de acuerdo mutuo para fomentar calumnias, hasta las más tontas. La verdad, como no divierte, les parece despreciable. Quién sabe cuánto tiempo va a pasar antes de que se den cuenta de sus extravagancias.

—¿No será algo como lo... mío?

—No. Decididamente. Odia a Enrique porque le interrumpe la imaginación. Se siente como si estuviera muy atenta a algo que sólo ella puede ver o escuchar, cuando le hablan hace gestos como si fuera con un altavoz y estuvieran destrozándole los oídos. Todo ese maquillaje y esos vestidos son... rituales.

—Miguel, estás inspiradísimo.

—Tú me sueltas la lengua. Ni Teresa pudo entenderla, menos los demás. A mi madre siempre le ha dado miedo y ella cree que es por indecente, pero es por loca.

—Me estás impresionando mucho, como si hablaras de algo que me tocara de cerca. Vamos a dejar en paz a María Ramona.

—De acuerdo. Sólo un detalle, por estar tan hablador. Está sumergida en los niños, no los suelta ni de día ni de noche y quiere que nadie los toque; los va a perjudicar para toda la vida o ya lo hizo. Ahora sí, vámonos.

Ese día fueron al Desierto de los Leones, con una canasta de comida para ellos y la bolsa de Juana María. Cuando estuvieron instalados sobre la manta, se abrazaron.

—¿Te gusta este cielo?

—Mucho, es tu cielo, Tina. Allá el mar le da sabor a todo. Esos atardeceres nuestros son como de ópera... y no te pertenecen, éste es tu ambiente natural.

—Tengo miedo, Miguel, muchísimo miedo. Como si estos días fueran un gran regalo y luego tuviéramos que pagarlo... durante mucho tiempo.

—Todo se paga... hasta lo que no nos gusta. Imagínate esto.

—¿Crees en Dios?

—No, nunca pude.

—Entonces no entiendes la vida.

—Tú, Tina, ¿crees?

—No siento la importancia de mi opinión. Dios es, creamos o no en él.

—Crees entonces.

—No sé. Estoy esperando que... se fije en mí —Tina se estremeció—. Poca gente me ha creído sincera. Él tiene que saber si lo soy.

Miguel le cubrió de besos la cara, el pelo.

—Yo. Yo creo en ti.

—No puedo llorar Miguel.

—Habrá tiempo de sobra para eso. Mientras voy y vengo de la botica, hago cápsulas y envuelvo polvos desinfectantes, tú hallarás la forma de llorar.

—¿No tenemos futuro? ¿Es verdad eso?

—¿Las quieres?

—No he podido. Ni a Dios ni a ellas. ¿Te parece monstruoso, Tina?

—Me parece lógico.

—Allí te marchitarías y Juana María también, lo veo tan claro. Y no soy tan indigno como para convertirte en la fuente de ingresos de toda la familia. Ya es tarde para empezar de nuevo, no tengo tiempo de volver a nacer... en otra casa y con otra familia, de no engendrar a Bárbara, de no abandonar la carrera por opiniones ajenas. Todo se paga, decíamos. No puedo convertirme en un hombre peor de lo que soy. Hemos llegado a eso: a enorgullecerme de casi no

existir porque hay cosas peores. Peor es llevármelas y mutilarles la vida o quedarme aquí, en ambos casos en calidad de... ¿qué? Parásito tuyo, supongo.

—Y si yo fuera pobre.

—No serías tú. Hasta las mujeres más pobres se negarían a venir a mi casa con toda razón aunque Teresa y mi madre parezcan considerarlo muy factible. Toda la vida han estado animándome a casarme con alguna; las pobres hasta invitan amigas, por pura simpleza. Tienen la ingenuidad de pensar que vivir en mi casa es un honor o algo por el estilo.

—No tanto. Teresa ya se fue y se fue en serio. En dos días se convirtió en otra persona.

—Más a mi favor. Yo respeto demasiado a cualquier mujer como para llevarla a mi casa a que Magdalena le sirva el chocolate todas las mañanas... y a pasar pobreza. Y no quiero unos hijos necesitados, husmeando los lujos ajenos, privados de ventajas. Ya viví eso y no voy a vivirlo de nuevo, me basta con Bárbara. Mirarla vivir, con Gumersindo en los brazos, odiándome porque ni siquiera es como mis hermanas, lo cual es bien poco, si te pones a ver. ¿Pudiste sentir cuánto me odia Bárbara?

—No.

—Pues es toda una experiencia. ¿Te la imaginas mirando otros hijos míos? ¿No, verdad? Sería... sería el colmo de la falta de respeto. No puedo darle nada, pero puedo evitarle algunas cosas.

—Cuánto has pensado, Miguel.

—Durante años, amor, durante años. Y luego, ese baile, nuestro baile de hace dos años. Te vi llegar a mi casa con tu traje blanco, sentarte en la sala como una reina... perdí la cabeza. Logré no hablar, no prometer, no perturbarte, pero cuando te tuve entre los brazos... Tina, ¡cuánto sufrí y cuánto gocé en ese baile! Se oye ridículo pero sé que no lo era. De pronto me olvidé de todos, entonces, no te lo niego, tuve

deseos de tu cuerpo, un deseo de quitarte el vestido y de tenerte... te diste cuenta.

—Sí. Pero yo sentía tu alma, como ahora.

—Ya lo sé. Lo supe en el aeropuerto, cuando nos despedimos. Luego me hice violencia para no escribirte y cuando llegó la noticia de tu matrimonio, entendí que te casabas porque me amabas mucho y sabías que nada era posible. Pero tus manos, la presión de tu cuerpo, tus besos en esa despedida, eran de amor.

La voz de Miguel tomaba una calidad discursiva, como la voz de los arroyos que corren interminablemente, noche y día. Tina escuchaba con los ojos cerrados, ajena al tiempo y al espacio, sólo esa voz.

—Luego, hace unos meses te vi llegar y me bastó mirarte para saber que por lo menos, por lo menos, debía haberte evitado ese sufrimiento diferente a la muerte de tu padre: eso era horrible, pero traías el sello de otra cosa peor. Mi Tina estaba asqueada, temerosa y deshecha. Me abrazaste y de nuevo tu cuerpo me habló. Y yo, me sentí culpable; resolví pasar por encima de todo para hacerte saber, disfrutar de mi amor pues al fin y al cabo tiene la particularidad de ser único en su especie. Ya no quiero quitarte la ropa ni clavar mi cuerpo en el tuyo, ni perderte en tus propios terrores. Odio a Juan José no por pensar que es anormal, sino porque su normalidad es destructiva, cretina y segura de sí misma. ¿Qué tienes que ver tú con eso? Yo... lo había sospechado desde tu infancia, lo había sentido. Tenías las emociones vivas y la inteligencia despierta, pero eras como un concepto, sin cuerpo, sin sustancia, por decirlo así. Nunca te toqué. Por miedo, claro, a parecer perverso, porque te amaba ya. Y por otro miedo: el de romper esta integridad que a duras penas llevas en el cuerpo.

—No voy a poder educar a Juana María. Ni Adelaida tampoco. No hemos podido ser mujeres. Es la fuerza de mi

padre, detestaba quizá a las mujeres hechas y completas. Yo también he pensado.

—Durante el velorio casi me vuelvo loco. Mi Tina allí, con ese vestido negro de tela fosforescente y sin adornos, parecías una Parca. Tenías miles de años y alguien te había destrozado y deshecho con su cabrona normalidad. Yo no niego mi cuerpo, Tina, pero mi cuerpo se niega a ser instrumento de tortura. No sé qué tienes. Hasta he leído libros sobre el asunto. De esos que nadie lee y pueden sacarse de la biblioteca pública. A estas alturas sólo sé quién eres. Y este conocimiento me parece como una forma más del egoísmo porque debiera intentar curarte o aconsejarte para que te curaras. Y al negarme, te derroto, admito que se trata de algo insuperable. En suma, no te doy esperanzas y he llegado a pensar que tengo celos de un hombre del futuro, capaz de encontrar la llave de tu cuerpo sin hacerte pedazos. Es verdad, tengo celos de todos los años futuros, de todos esos hombres desconocidos y más sabios que yo. Tu repugnancia no es sana, tampoco sé si tiene remedio, sé solamente que mi amor no puede remediarla. Si yo fuera libre, capaz económicamente, ¿qué cambiaría? ¿Podrías tú vivir a mi lado con la sensación de defraudarme? No, por orgullo. Por orgullo te me entregarías y yo te tomaría por pasión, nadie es dueño de sí mismo cuando la provocación es lo bastante fuerte. ¿Y qué?, otro matrimonio fracasado. ¿No es eso? No se trata pues de condiciones familiares y materiales; se trata de que soy tuyo y por eso mismo incapaz de exponerme a dañarte. Quiero ser para ti quien te haya hecho el menor daño posible. Y quizá, quizá venga otro que te ame como yo y en ese caso... pero no igual. Que quede eso sólo, mi Tina. De un egoísmo a otro hay diferencias. Hazte a la idea, mi corazón, debemos vivir separados.

—Miguel, ¿y el futuro lejano?

—Esa es mi esperanza. Algún día. Cuando todo se derrumbe, así me lo imagino, y ya no tengas estos terribles y espantosos veinte años, quizá estemos en pie. Como la resurrección me lo imagino. Tú y yo solos con el amor. Como ahora, como ahora.

Miguel la besaba como si fuera una imagen, con frenesí y distancia. Tina no abría los ojos.

Llegó una carta de Adelaida.

Mi Tina querida:

Ya llegamos a Jerusalén. ¡La cantidad de cosas que voy a contarte cuando nos veamos! Pero no por carta, serían *volúmenes*. Vi al Papa de lejos y no me dieron ganas de acercarme, como otras señoras. Compré una indulgencia carísima para Juana María, en caso de que peque la pobre. ¿Le salió el diente o era falsa alarma? Roma. Tienes que conocerla la próxima vez que viajes a Europa y no aposentarte en el Louvre como la vez que fuimos con papá. Nada más te faltó llevarte tu *sleeping bag*. Me pregunto por qué nunca nos llevó a Italia, será porque no sabemos italiano y le chocaban las *gaffes*. Pero vamos a ver cómo se arregla un viaje cómodo para ti sola, viajar en bola es una estupidez... a menos de hacer como yo: me entero bien del horario y luego me voy por mi lado. Ellas siempre están cansadísimas y no tienen tiempo de ver nada a gusto, como hacíamos nosotros. La falda está como a quince centímetros del suelo y el calzado bajo: elegantísimo, las mujeres se deslizan en vez de taconear. En Italia compré *kilómetros* de telas y cada una de mis compañeras me va a llevar un pedazo para no tener dificultades con la aduana. Para nuestra boutique. Cuando veas las telas te van a dar ganas de hacer los diseños, estoy segura. Por correo mandé un paquete de revistas para que te hagas una idea (*get the hang of it*). También podrías aprender un poco de italiano, su parecido con el español es engañoso.

Te extraño mucho. De pronto me siento muy sola pero en seguida salgo a la calle para que se me olvide.

Ya compré la tierrita para tus Barret. ¿Ya ves? Tenía yo razón. ¿Cómo te ha ido con tus parientes? ¿O serán míos también? ¿No, verdad? Ojalá no te caiga de visita Elena con los virreyes, los arzobispos y su furcio de marido; pero es inevitable, ha de estar muerta de ganas de registrar la casa en mi ausencia; se me olvidó decirte que no la dejaras ver los dormitorios y esas cosas para frustrarla, como hice yo un día que se me presentó no me acuerdo para qué. Ellos viven en un adfesio de casa muy decente, igualita a un burdel. Inocencias del inconsciente. Llena de espejos por donde no se debe. Tienen uno en el baño frente al excusado, ¿te imaginas qué cuadro? Ese doctor es morboso, por lo menos. Y unas mesas redondas con la carpeta dura, de terciopelo sólido, como *papier mâshé*. Y el irrigador colgado en el toallero, nada más le falta un ramo de margaritas para verse loco en vez de obsceno. Y además... ¿pero qué estoy escribiéndote? Sólo un consejo, si tienes oportunidad no te pierdas de ver su casa con cuidado, por dentro y por fuera. A ellos les encanta; el doctor usa pantuflas ortopédicas para que no le adelgacen las piernas. ¿Por qué estaré tan maledicente? Ha de ser porque ella y Flora, con verdadera glotonería, ya se habrán paseado por mi recámara.

Cuídame a Juana María pero no la tengas tanto en brazos, vas a ponerte más flaca y ella más mañosa.

Salúdame a María y a Ezequiel. (Más bolsitas de Tierra Santa.) ¿Estás contenta con Victoria? (A ella no, es más moderna.) Y tú recibe un besote de tu mamá que te adora. Adelaida.

Ah. Saludos a Miguel. ¿Ya aprendió a hablar o todavía murmura?

Ernestina leyó cuidadosamente la carta y luego la rompió; así se hacía con todas las de Adelaida, para no dejar testimonios escritos y firmados.



Lenta y rápidamente, en sucesión de congojas y delicias, llegó el día fijado para el regreso de Miguel.

—No vamos a cambiar de fecha, Tina. Si empezamos con eso, nos torturaremos más de la cuenta. ¿De acuerdo? —ella asintió.

Amaneció ese día, caluroso, lleno de polvo. Miguel guardó sus cosas en silencio y bajó la escalera, eran las siete de la mañana y el tren salía a las ocho. Tina estaba esperándolo en el comedor; a él nunca le había parecido su luto tan negro y tan opaco. María vino a servirlos sin la jovialidad acostumbrada, también estaba triste.

—Nos va a llevar Ezequiel en el De Soto, no quiero manejar.

—Muy bien —luego vio otra maleta, nueva, junto a la suya—. ¿Y eso?

—Regalitos para los de allá.

—No voy a querer dárselos. Ni que los toquen.

—Todos dicen para quién son. Dales la maleta.

En el camino no se atrevieron a hablar, cada uno miraba por su respectiva ventanilla, como si ya se hubieran separado. Ezequiel, con la mayor prudencia, ayudó a bajar el equipaje y se quedó en el coche.

—Adiós joven Miguel. Que Dios lo acompañe.

—Adiós Ezequiel. Gracias por todo.

Luego supo Tina que Miguel les había regalado dinero, también a Victoria, unas extravagantes propinas de rico. El único dinero gastado en México.

—Es temprano. —Se sentaron en una banca, en el andén y se dieron un beso largo frente a los viajeros que se les quedaban mirando.

—Miguel, ya vete por favor. No puedo más —se puso en pie y salió caminando rápido.

Miguel subió al tren con las dos maletas.

Tina entró en el coche y empezó a gritar. Ezequiel cerró su ventana como primera providencia.

—Tinita, ¿qué quieres que haga? —no obtuvo respuesta, Tina seguía gritando, echada en el asiento. Él puso en marcha el coche. Luego los gritos se alternaron con vómitos y cuando llegaron a la casa, Ezequiel tuvo que llevarla en brazos hasta su cama.

Fue una enfermedad real y verdadera. María llamó al médico quien le recetó calmantes; Ernestina los tomó con fruición. Quería dormir mucho, no hablar, no hacer nada.

Adelaida se presentó una semana después con un equipaje gigantesco y una mascada blanca y negra casi hasta los pies, bellísima.

—¿Pero qué le pasó a Tina? ¿De qué está enferma, Ezequiel?

—Será bueno informarse con el doctor, señora Adelaida. Le empezó el día que se fue el joven Miguel.

—Y tú, ¿qué piensas? —Adelaida, sin vacilaciones, creía más en Ezequiel que en el médico.

—Lo extraña.

—¿A quién? ¿A Miguel?

—Sí, señora Adelaida.

—Eso es imposible —lo dijo en tono terminante y Ezequiel no insistió—. Nadie se pone así por una persona a quien puede ver tan sólo con subirse a un avión y pasar sentada tres horas —pero antes de ver a Tina, quiso saber la opinión de María.

—Yo no sé, señora Adelaida, Tina es muy reservada, me cuenta sus cosas cuando quiere y no me ha dicho nada. No quiere hablar, ni oír preguntas, ni jugar con Juana María, nunca la había visto así. No come tampoco y dice que la luz le molesta. —María estaba lagrimeando y Adelaida se abra-

zó de ella; tenía miedo de enfrentarse con Tina y de saber... ¿qué? ¿O de no saber?

—Oye María, dame la mano y entras conmigo. No me sueltes. No te vayas.

—Sí, señora Adelaida.

Adelaida le soltó la mano en la puerta del cuarto y se quitó la mascada. Luego entró como si llegara de la calle.

—Tina, ¿de qué estás enferma? —se sentó en la cama y la abrazó—. ¿Por qué respiras así? Te cruje el pecho.

Ernestina empezó a toser y se le declaró un ataque de asma fortísimo, peor que los de su infancia. La llevaron al hospital de emergencia y allí pasó quince días con máscara de oxígeno y alimentándose con suero inyectado en las venas. Tenía la boca llena de espuma jabonosa, dormía apenas y no podía comer.

Adelaida estaba desesperada y se sentía perdida, entraba y salía, traía médicos, hacía conjeturas. Hasta que un día la tos disminuyó, Ernestina respiró mejor y tuvo algo de apetito.

—Tina, afuera está un muchacho que se llama Isidro Ramos, todos los días viene a preguntar por ti. ¿Quieres verlo? —Tina no dio señales de haberla escuchado, pero luego movió la cabeza afirmativamente.

—Nada más no hables, no se te vaya a soltar otra vez.

Isidro entró al cuarto. Venía con corbata y algún tinte formal en su apariencia, se sentó y esperó a que ella lo mirara. Adelaida se fue, con la ilusión de fumar un cigarrillo en alguna sala de espera.

—Bueno, Tina Barret, pues ya estuvo usted agonizando. Después de haber pasado horas conversando con su madre y de haberme enterado de los pormenores de las vidas de ambas, debo confesar que no entiendo por qué quiere usted estirar la pata —Tina sonrió levemente—. Ay qué risa, ¿verdad? ¿No quiere confiar en mí? Ya soy su íntimo, *sé todo*. Su

cumpleaños, su horóscopo, su pasado remoto, todo. Tiene usted un lunar en la costilla izquierda.

—No es cierto.

—Ah. Habla usted muy bien. Creí que me la iban a dejar muda, después de haberse chupado veinte tanques de oxígeno. ¿Se siente bonito?

—¿Qué?

—El oxígeno.

—Frío.

—Mire usted. Yo creía que como es aire puro o algo por el estilo no podía tener temperatura. ¿Puedo traerle unas humildes florecitas? —Ernestina negó con la cabeza—. ¿O dos chocolatitos muy bien envueltos. ¿No? Ni modo, se conformará usted con mi presencia sin paliativos de ninguna clase. Pienso seguir viniendo y luego visitarla en su casa y después llevarla al taller. ¿Sabe una cosa? Mis preferencias duran toda la vida, así es que váyase usted resignando, le ofrezco un futuro sin límites.

Luego se fue.

En casa de las Barret, junto a la cama de Tina, iban juntándose las cartas de Miguel. Cuando ella regresó del sanatorio había más de quince; Miguel, en algunos casos, escribía dos diarias. Adelaida nunca se hubiera atrevido a leerlas, era uno de sus principios más rígidos, pero las miraba con desconfianza y empezaban a parecerle odiosas, hubiera querido quemarlas sin leerlas, eso le hubiera permitido su moral y sin embargo... ni siquiera estaba segura de que la enfermedad de su hija tuviera alguna relación con eso. Tina volvió, las cartas desaparecieron y no hubo comentarios al respecto, sólo las guardó laboriosamente: envueltas primero en un papel plateado, luego en una caja con llave y ésta en el fondo de su armario.

Adelaida consultó al psicoanalista porque Ernestina se negó apenas oyó la primera insinuación. El doctor la hizo reflexionar sobre la tensión que la muerte del padre en esas circunstancias y la subsecuente decisión de divorciarse le habrían hecho vivir. Era lógico suponer que Tina padeciera un fuerte sentimiento de culpa, necesidad de castigarse por haber aprovechado la muerte de su padre para librarse del marido. El problema más grande, según entendió Adelaida, era la reacción de su hija al matrimonio; de ello, el médico necesitaba hablar personalmente con Ernestina, pero no hubo forma de convencerla, a pesar de todos los argumentos. Pensar en el futuro, en la posibilidad de una repetición o de empeorar lentamente hacia una conducta mucho más enfermiza, hasta la influencia en la educación de Juana María, todo fue en vano.

—No es nada. Yo ya era asmática.

—De niña.

—No puedo. En este momento no puedo.

Adelaida se lo contó a Isidro Ramos, quien a lo largo de la enfermedad se había convertido en su amigo. Ella, nada engañada por los manierismos y las bromas de Isidro, le reconoció inmediatamente una capacidad intelectual superior a la propia. Así, Isidro llegó a conocer la historia de Tina a través de Adelaida, lo cual no era igual que si ella misma se la hubiera contado.

—¿Y qué opina, Isidro? ¿No valdría la pena intentar un tratamiento?

—Es usted muy moderna, doña Adelaida Santander, yo no sé nada de eso. Podría preguntar, desde luego.

—¿Usted se daría un tratamiento si supiera que lo necesitaba?

—Yo, mi querida señora, lo necesito. No me lo doy por pobre primero y por cobarde en segundo lugar.

—No bromeé.

—Es serio. Pero no puedo hablar en serio con usted, quién sabe por qué.

—Por mi inmadurez, ya me ha pasado. ¿No podría conversar con Tina al respecto?

—No sé. Puedo hacer la lucha —estaban en la sala de las Barret—. Si me da de comer primero, desde luego.

—Por supuesto. ¿Siempre tiene usted hambre?

—Es una manía infantil. Fui niño anoréxico y luego pasé a joven enclenque. Siempre pienso en nutrirme.

—Le voy a decir a María. Luego voy a ver al carpintero; sus ideas sobre el color me parecen bien.

—Muchas gracias, buena señora.

—¡Ay, qué ridículo es usted!

María servía a Isidro con una especie de resignación... hasta que la conquistó pidiéndole recetas y alabándole el sazón; María no estaba segura de su cocina porque Adelaida era tan superior a ella. Terminó por tratar a Isidro familiarmente, ella también. Ezequiel en cambio tenía reservas y no estaba dispuesto a decirlas.

—Oiga doña María, ¿qué le pasó a Tina?

—Yo no soy nadie para saberlo.

—¿Qué se imagina? Todos tenemos imaginación

—No voy a andarlo contando.

—Así en confianza.

Tanto insistió que María bajó sus defensas y dijo de pronto, con una brusquedad muy suya.

—Tina se enamoró de su primo y él no le hizo caso. Más bien, no se casa con ella por rica.

—¿Cómo? Acaba usted de decirme tres cosas imposibles antes del desayuno.

—Será después de comer.

—No la creo capaz de enamorarse de ese gusarapo. Ni de querer casarse con él. Ni a él de rechazarla.

—Bueno, pues no pregunte.

Isidro hizo un apunte mental, pero no le creyó. Además tenía preocupaciones propias y una básica.

“¿A qué juego yo en esta casa y por qué me he venido a meter en ella sin que nadie me invitara y como expresión de mi libre voluntad?”

Fue al cuarto de Tina y tocó ligeramente.

—¿Se puede?

Tina estaba sentada en un sillón con la comida a un lado. Parecía haberse empequeñecido y no tener fuerza para levantar la cabeza.

—Hola. Pase usted. Allí hay una silla.

—Dura, quiero un sillón.

—No hay.

—Entonces en el suelo y así la veo desde abajo —otra perspectiva. Isidro estaba serio, cuando así era su rostro cambiaba. Tina lo veía de frente, desde arriba—. Oiga Tina, ¿qué hago yo en esta casa?

—Lo sabrá usted.

—¿Quién le enseñó a contestar así? ¿María?

—Pues sí. Fue mi nana.

—Cuando vine la primera vez pensé que tenía especial interés en ser amigo suyo. Me ha pasado con frecuencia si encuentro personas interesantes y talentosas aunque sean antipáticas.

—Gracias.

—No hay por qué darlas. Sí, eso pensaba.

—Siento haberlo desilusionado: no vuelva y asunto terminado.

—No sea grosera conmigo: soy muy fácil de lastimar. ¿Por qué me agrede?

—¿Quién habla de agresiones? ¿No sabe que su forma de relacionarse es como meter una cuña y empezar a dar martillazos a tontas y a locas?

—¿Quiere que pase por su lado como una brisa poética para que no se dé cuenta de mi existencia?

—Ya cálese, Isidro. Habla usted mucho. Mucho.

—¿La aburro?

—No. Me enoja, yo no tengo ganas de oír.

—Ni de nada, ¿verdad? Ni de vivir, si vamos al caso. Pues yo estoy dispuesto a vivir contra viento y marea, aún en contra de Tina Barret.

—¿Qué tengo yo que ver con su vida?

En cuanto lo dijo se sintieron incómodos. Era algo así como una fatuidad de niña bien o una arrogancia inmerecida. O merecida. Isidro se puso en pie.

—Nada. Es verdad. Nada, nada.

—Le presento disculpas. No quise ofenderlo. Perdóname.

—¿Siempre es así de humilde?

—No sé. No me pregunte tantas cosas

—¿Cuánto tiempo lleva enferma?

—Un mes

—¿Cuándo piensa sanar?

—No sé.

—¿Por qué se enfermó? —Isidro le agarró una mano y ella la retiró como si le hubiera picado una serpiente

—No haga usted eso. Nunca.

—No estoy de suerte. ¿Qué le puede importar? Nada va a pasarle con darme la mano, ¿está usted loca?

—¿Loca? ¿Yo? Váyase y no vuelva —él se quedó quieto, agarrado al respaldo de la silla dura—. No me oye, ¿verdad?

—Sí la oigo. Usted no conoce el amor.

Tina empezó a reírse a carcajadas, hasta que tuvo un ataque de tos, el primero en varios días. —Deme... deme ese atomizador, maldito Isidro.

Se lo dio, casi inmediatamente después de habérselo aplicado, empezó a respirar acompasadamente.



—Estoy avergonzado, no se lo cuente a su madre, ¿sabe qué es el asma?

—Ahogarse.

—Exactamente. Usted está ahogándose y se va a ahogar si no escupe lo que tiene en la garganta, por medio de la voz y la palabra. Usted estaba enferma, pero no tenía asma; fue para no contarle a su madre sus problemas.

—Yo a usted lo odio.

—Evidente. Yo en cambio, si no la amara, no me haría odiar.

Cayó un silencio grande. Isidro estaba palidísimo, como si su propia verba lo hubiera traicionado y aun así tuviera un filo de confianza en que su causa tan involuntariamente confesada no estuviera perdida. Tina estaba mirándolo con una atención grave, quizá violenta, no lo sabía él.

—¿Usted? Usted, a mi modo de ver, es homosexual.

Isidro enrojeció. Si hubiera sido cobarde hubiera llorado o escondido la cara, pero era uno de esos extraños y escasos valientes de la especie.

—¿Y qué? ¿No puedo amarla?

—Creí que odiaban a las mujeres.

—Es cierto, pero no a usted, Tina Barret. No a usted, se lo juro. Y le juro que es usted la primera mujer a quien no odio.

—¿A quién odia usted?

—A mi madre en primer lugar, a la suya en segundo y luego a todas las demás.

—Qué horrible es su sinceridad.

—Pero vale. Vale porque nada de lo dicho es mentira.

—Yo odio a muchos hombres, eso es cierto. Quizá a la mayor parte.

—A mí.

—No, a usted no. Pero me da tanto miedo.

—¿De qué? Usted tiene miedo del sexo y yo también. Nunca me he atrevido a acercarme a una mujer.

—¿De veras? ¿Por miedo?

—Sí. Por miedo de hacer el ridículo; muchas me dan asco.

Otro silencio largo y los ojos de Tina, escrutadores, ahora con un destello que Isidro temió pudiera convertirse en maldad. Pero la boca en cambio le temblaba y tenía las manos sueltas, largas, como continuación de sus cabellos. Isidro se sabía sudoroso, examinado, puesto en tela de juicio, como si Ernestina pudiera ver su dibujo y el revés de su trama.

—¿Y por eso me ama? ¿Por no temerme y creer que puede acostarse conmigo?

Una pausa larga.

—En parte. Nada más en parte. También la amo gratuitamente, por usted misma; podría haber callado años y haberme conformado con ser su amigo, confidente, padre, abuelo y esas cosas.

Tina se levantó de golpe. Estaba hecha una furia. En su cuello se veían los tendones.

—¡Jamás! ¡Eso jamás! ¿Quién se imagina que soy yo para querer de los hombres esa sumisión horrorosa y sentirme una mierda? ¿No soy mujer o cree que no lo soy? Si no me tiene miedo, empiece por besarme y hágame suya, pero sin cuentos, por favor.

Isidro la besó y la sintió restirarse como una tela curva sobre un bastidor y sintió cada uno de sus huesos y sus músculos. Era la entrega. Así, tomado de pronto por aquella fuerza, se olvidó de sí mismo, de quién era y de quién había sido, de su ser, de su ropa, de esa armadura tonta de cierres, botones y agujetas. Tina y él. Tina y él. Estaban fuera de sí mismos, desencajados, perdidos en un mundo de violencia: sus cuerpos y sus almas antagónicos pero con un deseo común, un deseo rabioso y desafiante de toda la vida pasada, las personas y las definiciones.

Se poseyeron, sí. No quedaba la menor duda. Allí en la cama de Tina, sin recordar quién había cerrado la puerta.

—Ernestina —suspiró hondo—. Soy el más perfecto animal. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Tuviste placer?

—No, pero no tengo ganas de matarte sino más bien de reírme y estar contenta.

—¿Te habré embarazado?

—No me parece, no es la fecha —Isidro suspiró de nuevo—. ¿Estás bien tú?

—Estoy tan bien que no sé si soy yo. Tenemos que vestirnos.

—Es verdad.

Isidro agarró su ropa, se metió al baño y regresó peinado y con un rostro diferente, delicado y sensible. Tina había hecho la cama y se había puesto su bata de enferma, fue a la ventana.

—Pues ya viste, por andar con generosidades.

—Me doy cuenta, te gusta dar y no tomar, ¿verdad? Ése es el caso. Pero das cuando sabes que has de ser apreciada y hasta bendecida. Eso es, ¿no?

—Eres tan inteligente que deslumbras... pero yo no te permitiría ninguna estupidez, no a ti. ¿Por qué? Porque siendo tan inteligente no tienes derecho.

—Me voy. No puedo hablar contigo en este momento —luego, con una pequeña caravana, nada ridícula y sí muy emocionada—. Estoy a tus pies, Ernestina.

Salió de prisa. Ella lo vio por la ventana: caminaba distraídamente, los ojos en el suelo, notó que se limpiaba una mejilla y luego la otra, con la misma mano. Lo había hecho llorar.

Esa misma noche bajó Tina a cenar con Adelaida, vestida y arreglada, comió con apetito y se interesó en la *boutique*.

Adelaida estaba encantada pero no mencionó a Isidro, por prudencia. Ernestina hablaba de ropa, de diseños, como si hubiera seguido activamente los preparativos de su madre.

Su actitud con Juana María fue alegre, apasionada. Vino el doctor a verla y la encontró sin asma; era, a todas luces, el primer día de la salud. Inclusive estuvo de acuerdo en ir a Roma después de pasado el verano. Adelaida, más tarde, ya en su cama, hacía reflexiones.

“No sé por qué se curó y si vamos al caso, tampoco por qué se enfermó. Tiene secretos, mi Tina. Pero si una ama a las personas tolera tanto sus misterios como sus revelaciones. Quién sabe cuáles serán peores. Y ese Isidro, ¿qué le habrá dicho? Tan complicadito, él. Esto es un *non sequitur*, más o menos.”

Don Esteban empezó a perder el sueño y cambió de habitación para aprovechar sus insomnias leyendo, a cualquier hora de la noche podía verse su luz encendida. Pero Adelaida iba a su cama hacia el amanecer y se levantaban juntos.

“Debo trabajar muy en serio, me sobra energía. No vaya yo a volverme cuzca.”

Se durmió profundamente, abrazando la almohada.

Isidro no apareció en una semana, pero escribió una carta.

Ernestina:

No puedo verte por estar pasando eso que la gente cursi llama una tormenta interior. Aquello de “yo ya no soy yo y mi casa, etcétera” García Lorca, ¿no? Bueno, pues mi casa sí es mi casa y en ella vive mi madre como ejemplo del complejo de Edipo y sus consecuencias. Se llama Yocasta Ramos. No es cierto, se llama Rebeca Vidal de ex Ramos. Y yo me separé de sus amorosos cuidados y lo demás hace apenas

año y medio. Mi estudio no sé si sea mi estudio pero no es una maravilla y no me importa decírtelo porque voy a tener más dinero que tú en un tiempo relativamente corto, soy un pintor excelso. Tampoco se trata de presumirte, no sé de qué se trate.

O sí, sí sé. Tú no me quieres y no has tenido tiempo, el tiempo es todo, de quererme. Te diste a mí. Bueno, yo me di a ti y viceversa, más o menos, en un paroxismo de ira. Nada sucede como debe, pero no hubo ocasión, no la ha habido, de llevarte a un paroxismo de ninguna otra cosa. ¿Cuáles son las raíces de la palabra paroxismo? Seguramente en tu casa hay un buen diccionario, aquí, no.

Pero ahora me siento como un aprendiz de mago sin receta: no puedo aparecerme y desaparecerme. No sé con qué cara verte y no tengo cara para no verte. Claro, te quité el asma; una mujer con asma enojada a ese extremo, se muere inevitablemente y si hubieras muerto, yo también, ¡cómo te sorprendo!... con estas palabras que se me escapan.

Todavía estoy oyéndote y creo con toda firmeza que esas palabras eran las mismas que te cerraban la garganta y se volvían espuma. ¡Qué necesidad tenías de decirlas cuando todo el mundo, incluidos tu madre y yo, creía que ibas a decir las opuestas! Nunca acaba uno de aprender.

Fue el inmundo primo quien te retacó los bronquios de *platinudes*, respetos, dignidades y castidades, ¿verdad? No te enojas, no fui yo, fue él. Yo nada más lo pienso y lo escribo, jamás se lo diré a nadie, ni a ti misma. De eso tenía cara, el miserable. Bueno, con *su pan se lo coma*.

La mayor parte de las cosas que se le ocurren a uno cuando sufre son morbosidades, lo sé por experiencia. Tú y yo no vamos a tener morbosidades a dúo, entre otras razones porque me prohibiste la estupidez. Gracias, estoy muy halagado.

¿Y tú? Sin asma, por de contado. ¿Y lo demás? No es posible que estés enojada conmigo pero no veo razón alguna para suponerte contenta. Y feliz, menos, esas son palabras mayores.

La frase de rigor en estos casos según me han dicho es: ¿qué vamos a hacer? No me parece adecuada, en todo caso, la gente debería decir: ¿qué hicimos? Y ni siquiera, pues sabemos muy bien lo que hicimos, o por lo menos cómo se llama.

Ernestina, perdóname si juzgas procedente el perdón o haz conmigo alguna otra burrada aunque no sea la misma del otro día, pero te prohíbo que me dejes de hablar o no me saludes o si te vi no me acuerdo. Me viste y sí te acuerdas, por favor.

Eso es todo, corro el peligro de empezar a descoserme. O sea decir las cosas que uno quiere decir sin saber si hay quien quiera escucharlas, ese es el meollo y punto central de esta carta. ¿Estás allí para escucharme?

Me reitero tu atento y seguro servidor. No te sulfures, no estoy presente. I.

La I final tenía tal cantidad de floreos, volutas y hasta hojas de acanto que Ernestina soltó la carcajada. Luego le pareció insegura la caja donde guardaba las cartas de Miguel y metió ésta, muy doblada, en el fondo de su bolsa de costura. El taller estaba en vacaciones, no sabía cómo comunicarse con Isidro. Se puso a diseñar vestidos febrilmente, descubrió que necesitaba espacio y discutió con su madre la posibilidad de arreglar un estudio en la azotea o de adaptar dos dormitorios. Entre tanto, se las arregló en el cuarto de don Esteban.

María y Ezequiel salían los lunes después de la comida y regresaban los martes a media mañana. Una tarde de lunes se presentó Victoria a decirle a Ernestina que la buscaba una señorita.

—Deja, voy a ver quién es.

Era Elisa y estaba parada en la entrada con sus maletas, las

dos viejas y la nueva que se había llevado Miguel. Ernestina se detuvo en seco, como si no la reconociera, luego reaccionó.

—Elisa, ¿cómo no avisaste? Hubiéramos ido por ti a la estación, ¿llegaste en tren?

—En autobús,

—Sube, después vemos lo de las maletas... Es el día de salida de Ezequiel.

Pero Elisa cargó con una de cada lado, como si esperara que su prima subiera la tercera, ésta no lo hizo.

—¿Ya comiste?

—Sí.

—Bueno, vamos a la sala mientras Victoria te prepara el cuarto —salió para darle instrucciones a la muchacha, preocupada por sus sentimientos tan poco hospitalarios. Regresó con Juana María.

—¿Es tu niña? Está preciosa. Ya me lo habían dicho —hablaba con una especie de fastidio, Ernestina se encolezó y quiso disimularlo, pero mientras tomaba asiento con la niña en el regazo Elisa se le colocó enfrente, golpeando el suelo con la punta del pie como si estuviera en una sala de espera. Tina se decidió a poner las cartas sobre la mesa: era evidente la provocación y, esta vez, iba a aceptarla.

—¿Qué te pasa, Elisa? ¿Estás de mal humor?

—¿Yo? ¿Por qué lo dices?

—Algo te sucede y me gustaría ponerle remedio. ¿Te ocurre algo desagradable? —el tono era ligeramente burlón y Elisa empezó a alarmarse

—Es cansancio del viaje. Tantos días sentada. Bueno, día y medio.

—Y, ¿por qué estás impaciente?

—¿Yo? —Repitió Elisa.

—Tú. ¿Cómo no avisaste? —la estaba mirando de frente, ahora sería—. Es la costumbre, ¿sabes? Podías haber encontrado la casa cerrada. ¿No se te ocurrió?

—Pues no. Supongo que no molesto.

—¿Y por qué? ¿Cuándo has llegado así, de repente?

—No lo había hecho antes, pero ahora ...

—¿Qué ha cambiado?

—Ay, Ernestina, debes de tener algo, nunca me habías tratado así —empezó a gimotear sin poderse extraer ni una sola lágrima—. Tú siempre has hecho uso de mi casa como si fuera tuya.

—Hasta que me hiciste notar lo indigna que era de estar en ella. Por lo tanto la desocupé. ¿Ya se te olvidó?

—No fue esa mi intención.

—Tu intención era que me quedara, ¿no? Y me sintiera bien. Y óyeme: por eso no avisaste, por no estar segura de ser bien recibida o recibida a secas. No puedes exponerte a eso porque mi casa te resulta demasiado cómoda para tus enredos con Fabián. Y una cosa más, si no te recibo, lo cual podría hacer perfectamente, *tú no te vas*. Así es que deja de llorar, ya que vienes dispuesta a todo. —Elisa no sabía a dónde mirar.

—Ernestina, algo te dijeron de mí. Fue Teresa, ¿verdad?

—No necesito que me digan, tengo mis propias experiencias.

—Pero cálmate, Ernestina —ahora adoptaba un tono razonable como para poner en relieve los absurdos y rarezas que estaba oyendo.

—Perdón. Cálmate tú: ya has querido llorar, gemir y temblar.

Elisa calló. Había dejado de mover el pie y ahora se devanaba los sesos buscando excusas. Ernestina se preguntaba cómo podía ser tan obvia.

—Yo no tengo la culpa de que Miguel y tú se hayan peleado.

—¿Quién te dijo eso? —Elisa titubeó—. ¿Quién te lo dijo?

—Tengo ojos.



—Pues no te sirven. Cuando vuelvas a tu casa, pregúntale a Miguel si estamos peleados.

—¿Se van a casar?

—¿Sólo casados o peleados? ¿Y no podríamos ser los mismos de siempre?

—No, porque dice mi mamá que ya vivieron juntos dos meses.

—Como otras veces. No juntos, bajo el mismo techo. Voy a escribirle una carta a tu padre para enterarlo de lo que piensan tu mamá y tú.

Elisa se rió desagradablemente.

—Mi mamá, yo y todo el mundo.

—Menos tu papá. Él no lo sabe, a pesar de ustedes y del mundo. Si tanto les interesa, ¿por qué no le preguntan a Miguel?

—Lo negaría de todos modos, es demasiado decente —Elisa perdió la cabeza—. Además, también se sabe que estuviste en el hospital, abortando.

Ernestina se puso en pie, resuelta a todo... o más bien a echarla a la calle. Pero Juana María hizo un gesto de llanto y eso la detuvo, entonces entró Adelaida.

—¡Elisa! Querida, me encantan las sorpresas. Ya estaba preguntándome qué hace el pasillo con tantas maletas por aquí y por allá.

—Elisa me decía que estuve en el hospital con un aborto.

—¿Aborto? ¿De quién? —Adelaida iba a abrazar a Elisa y se detuvo.

—De Miguel, de quién ha de ser. —Elisa cometió el error de enfrentarse con Adelaida.

—¡Preciosa! ¡Qué exageración! Tina tuvo un ataque de asma bastante serio, pero nada más, puedes quedarte tranquila. ¿Por qué son ustedes así con Miguelito? Hasta cuando Magdalena se embarazó de nuevo se les ocurrió que era de él, como si fuera el progenitor universal... y todo por una

tontería que hizo cuando tenía doce años. No hay derecho. Tu hermano es monísimo, pero no hay motivo para pensar que embaraza a todo el mundo. Siempre me ha parecido el alma de la caballerosidad, igual a tu padre. Ven, vamos a ver si ya está tu cuarto. Te hace falta un buen baño para que descanses.

Adelaida sacó a Elisa de la sala con una destreza verdaderamente internacional y regresó después de diez minutos.

—¡Tina! ¿Cómo le hicieron para decirse esas vulgaridades?

—Fui yo. Ella contaba con mi buena educación y le fallé. ¿De dónde habrá sacado lo del aborto?

—Les escribió Elenita que estabas en el hospital y sacaron conclusiones. Elena lo sabe porque me encontré al furcio, que iba a visitar a un enfermo. Se me había olvidado. Si les queda duda, pueden preguntar en el hospital —Ernestina se sentó y arrulló a Juana María—. Tienes mala cara. No te vaya a dar otro ataque de asma por esta... niña.

—Cuando llegaste iba a echarla.

—Me lo imagino pero... no sé si valga la pena. Es una lata, claro. Está don Miguel de por medio y no me atrevo a darle un disgusto por tan poca cosa. Tenemos que ponernos de acuerdo para que esta muchacha no nos haga la vida imposible. Lo primero y más importante es pasar muchas horas fuera de casa, ¿no crees?

—Ella viene a ver a su novio. Fabián Montero.

—¡Qué desastre! Van a querer estar metidos aquí en la sala y si pasa algo nos van a echar la culpa, porque estas niñas de provincia no saben estar a solas con un hombre, ni ellos con una mujer. Si por lo menos salieran a la calle...

—Van a salir y hasta podríamos vernos en la obligación de acompañarlos.

—Nosotras estamos de luto. ¿Y el novio está bien?

—Ya lo verás.

—¿Mejor que el de Teresa?

—Diferente. Es de allá y de familia conocida.

—Payo como Miguel.

—Payo, pero no como Miguel.

—Tina, estoy pensando que la estancia de Miguel fue... muy mala idea —Adelaida hablaba con cautela—. No sé cómo se te ocurrió invitarlo.

—No lo invité. La idea fue de tía Flora y Teresa se las vio negras para pagar el viaje.

—Pero, ¿para qué? ¿No estará soñando doña Flora en casarlo contigo?

—Pues sí.

Adelaida soltó la risa.

—¡Pobre Flora! ¡Pero qué mujer más evidente! ¡Como si no hubiera un mundo de hombres inútiles pero más presentables! Pobrecita, por supuesto no vamos a pedirle que vea a su hijo como lo veo yo. Y ha de querer que haga fortuna... ¡a estas alturas! —Ernestina escuchaba a su madre con atención, sin tomar partido, aparentemente—. Esos dos muchachos son la cosa más extraña, a tu padre lo ponían de muy mal humor. Según él no servían para nada por falta de carácter y de inteligencia. Cretinos, pues... las muchachas también.

—Teresa y Miguel son inteligentes. Con la mala suerte de haber nacido en su casa.

—Puede ser, pero todos hemos nacido en alguna casa y el mundo se divide en perdedores y ganadores, como dicen los gringos, muy sabios. Esta Elisa, por ejemplo, es una ganadora, aunque sea bestia.

—¿Apostamos?

—Sí. Una cena en el café Tacuba, nada más. ¿Por qué estás tan segura?

—Tengo muchos datos.

—Yo veo una persona abusiva, cínica, aprovechada y sin otro ideal que sus ventajas; con eso le basta. Si la intelligen-

cia es estar como Miguel y Teresa, más vale no tenerla, pues entonces quiere decir que no sirve para nada. —Ernestina suspiró y besó a Juana María—. ¿Puedo preguntarte una cosa, Tina?

—Sí.

—¿Quieres mucho a Miguel?

—Sí.

—¿Cómo para casarte con él?

—No, ni él tampoco querría. No se trata de eso para nada. Ni de ser amantes.

—Entonces tengo razón yo: es un cariñito santo —Adelaida se rió—. Yo tuve muchos de esos con mis primos Santander y hasta con un Barret; son locuras y niñerías, como chuparse el dedo y comerse las uñas. La cercanía y la familiaridad, ya sabes.

Ernestina pensó en el espacio colgado de hamacas en hilera. Si cada uno tuviera su cuarto, su intimidad, su baño, ¿hubiera pasado lo mismo? Se veía muy triste.

—Sí. Seguramente.

—Ahora vamos a ponernos de acuerdo. ¿Te sientes capaz de subir esa maleta aunque sea con Victoria?

—No. No voy a subirle sus maletas y tú tampoco. Ni Victoria, es muy delgada y puede lastimarse.

—No es decente.

—Mira, no vamos a caer en el error de ser decentes con ésta, porque no lo aprecia. Va a contar cosas horribles de ambas de cualquier manera, ¿para qué molestar? —Adelaida no estaba convencida—. Sucede que tu idea del decoro no incluye tres maletas tiradas, una a la entrada y dos más arriba. Ten paciencia, ¿no?

—Cuando pienso cómo va a ponerse mi cuarto de huéspedes, tan bonito. —Ernestina sonrió—. Bueno, sea como Dios quiera. Entonces yo me voy al local en la mañana y tú te quedas con Juana María; enciértrate en tu cuarto. Luego

en la tarde, vienes conmigo, regresamos como a las seis y nos exponemos a todo, ¿te parece?

—Está bien.

—Ya le dije que estamos muy ocupadas poniendo una *boutique* de ropa, no de píldoras y supositorios. No me entendió, claro; le expliqué más y le brilló el ojo.

—Ya me voy a mi cuarto. Todavía tengo ganas de patearla. Querrá cenar.

Pero Elisa se metió a la cama y durmió catorce horas seguidas. Cuando despertó ya Ezequiel había puesto las maletas en la puerta de su cuarto y pudo vestirse. Luego fue a pedirle desayuno a María sin saludar, como si se hubieran visto a diario. María se lo sirvió exactamente de la misma manera y Elisa se sintió mal. ¿Se atrevería a irse a casa de su tía Elena? Hubiera podido arreglárselas con Ernestina, estaba segura, pero no con Adelaida. Bueno, era necesario contentar a Ernestina. Fue a tocar a su cuarto y se la encontró sentada en el suelo, jugando con Juana María, se inclinó para besarla.

—Ernestina, quiero disculparme contigo. Perdóname, no sé qué me pasó ayer. Vamos a empezar de nuevo, ¿quieres?

Ernestina sintió la ira de nuevo y comprendió: ella estaba peleada en forma definitiva, contestara lo que contestara.

—Quiero —hubiera deseado ablandar la tiesura de su alma, pero no podía ni sonreír—. Nada de eso tiene importancia, según mi madre. Y mira, la verdad es una y no se cambia con palabras, de manera que... salen sobrando.

Elisa no estaba segura del significado de todo eso, pero entendió el sentido general: Ernestina ya no iba a echarla, como la noche anterior. Se sentó en el suelo e intentó jugar ella también con Juana María, pero la niña se acercó a su madre.

—Todavía no me conoce.

—No, es verdad —si la conociera... pero debía tranquilizarse.

—Voy a contarte una cosa, Ernestina, que me ha hecho sufrir mucho —Tina apretó los dientes y pensó en Isidro, cuando él la llamaba Ernestina... se relajó un poco—. Es de Fabián. Un chisme desatado por uno de esos viejos amigos de mi papá —le contó el incidente a su manera y con algunas omisiones, luego con los ojos candorosos y muy abiertos, le preguntó—. ¿Tú crees que sea cierto?

—Sí. —Elisa no tomó en cuenta la afirmación.

—Porque el inconveniente es que Bardo está aquí en México y cuando Fabián venga a verme lo va a traer, se alojan en la misma casa de huéspedes.

—Ah, vamos a conocer a Bardo. ¿Y tú, desde cuándo lo conoces?

—Hemos ido al cine varias veces los tres juntos. Pero he sufrido mucho porque la calumnia cuando no mancha empaña, ¿no te parece?

—La verdad, en cambio, mancha y ya. ¿Así es que tú no crees nada especial de su amistad?

—Fabián dice que es el amigo que todos hemos querido tener y eso pasa sólo una vez en la vida. Bardo es muy simpático y cariñosísimo conmigo. Me regaló una pulsera de carey. Mi mamá ya lo conoce, se cayeron muy bien.

—¿Piensas casarte con Fabián?

—Claro, cuando se acabe el curso; en la empacadora le van a pagar mucho más si lo toma.

—¿Y Bardo?

—Bardo es artista. En cuanto llegó se hizo de amistades y trabaja en una tienda grande, se ocupa de los aparadores.

—Él va a vivir aquí.

—Sí. Allá no hay tiendas grandes. Fabián dijo que Bardo nos va a visitar en las vacaciones y cuando no pueda, veni-

mos nosotros; varias veces al año —Elisa interpretó la mirada de Ernestina—. El hermano de Fabián vive aquí, pensamos llegar a su casa, allí siempre me tratan muy bien. Les caí de maravilla cuando fueron allá la semana del Carnaval —Elisa hizo un gestecito con la boca—. Todo está muy bien, menos ese chisme.

—¿Y tú ya pensaste que es verdad?

—Siempre se le ocurren a una esas cosas. Pero yo digo, si Fabián es así... no se portará como los maridos de mis amigas; yo eso no podría soportarlo. Las mandan, les gritan, les regatean el dinero. Yo no quiero eso.

Ernestina asintió; la misma historia de Teresa, con variantes. Éste también sería un marido con algo incompleto y faltante. Tuvo una sensación opresiva en el pecho y empezó a frotarse del esternón a la clavícula.

—Tina, ¿de veras no es cierto lo del aborto?

—Ya te lo dijo mi madre, ella lo sabría.

—Podría mentir.

—¿Ella? ¿Y para qué? Sácatelo de la mente de una vez, Elisa. No quiero volverlo a oír porque es... una mentira muy vil y muy baja.

—Yo anoche perdí la cabeza. En realidad nadie lo sabe. La culpa es de mi tía Elena, con ese afán de decir las cosas.

—Todos los que crean saberlo están equivocados, ¿entiendes?

Elisa se acomodó en el suelo. Estaba satisfecha, Ernestina ya le hablaba en el tono de siempre pero no era bueno mencionar a Miguel. La verdad era que doña Flora, cuando lo vio llegar, se puso tristísima porque él lo estaba; se había integrado a su vida de siempre con esfuerzo, con un silencio seco y cortante, tenía ojeras y la mirada dura: nadie se atrevió a hacerle preguntas. Puso los regalos en manos de su madre, se fue sin verlos y ellas se juntaron alrededor de la maleta en medio de exclamaciones y risas. Ropa para todos,

collares para Elisa y Bárbara, dos vestidos para Magdalena, muchas cositas para Gumersindo. Una tela de lino para hacerle filipinas a don Miguel. Nadie pensó en dar las gracias como si se entendiera que ya Miguel lo habría hecho o lo haría.

Luego, notar la falta de correspondencia, ni una carta de Tina, ver a Miguel escribiendo en el mostrador de la botica y después llevar las cartas al correo con el paso cansado.

—Esa Ernestina pagó el desaire con la ropa —dijo al fin doña Flora—. Menos mal que no le dimos las gracias.

Por supuesto cuando llegó la carta de Elena “llamando las cosas por su nombre”, doña Flora puso el grito en el cielo con tanto fervor que apenas podía adivinarse en ella la complacencia, bien clara en las otras tres.

—Así son las ricas —dijo Magdalena—. Se salen con la suya y en cambio una...

Don Miguel y su hijo no se enteraron.

—Debemos decírselo a mi papá —dijo Elisa.

—De ninguna manera. ¿Para darle el mal rato? —entonces cayó Elisa en la cuenta de que la misma doña Flora no lo creía y estaba simplemente tomando venganza de Ernestina, como ella a su llegada. Sólo Magdalena estaba segura, de acuerdo con sus luces... o así le parecía y en eso, se equivocó Elisa, pues cuando Bárbara estuvo sola con su madre y su hermanito, dijo:

—Yo nunca pensé que Ernestina fuera capaz de un pecado tan grande.

—No te preocupes, son chingaderas de esas viejas porque no quiso casarse con Miguel. Si eso fuera cierto Miguel se hubiera casado con ella a como diera lugar.

—¿Entonces no es cierto?

—Claro que no. No lo repitas ni lo creas. Y además, hay que darle gracias a Dios, porque si se casaran, ¿adónde íbamos a acabar nosotros tres?



Bárbara recompuso, sin comentarios, sus ideas sobre la situación y se limitó a oír con aire discreto las diatribas de su abuela, desde la mañana hasta la noche. Cuando no estaban en casa su marido ni su hijo, desde luego.

Elisa, en cuanto asimiló el horario de la casa, decidió dormir toda la mañana y salir en las tardes. No siempre veía a Fabián, pero entonces iba a casa de su tía, como había previsto Ernestina, a hablar mal de sus anfitrionas. Todo, menos a quedarse en casa.

Por las noches, casi diario, llegaban Fabián y Bardo a tomar café, té, postres y a hacer conversación.

Bardo era más alto que Fabián, atlético y definitivamente hermoso, tenía bonitas las manos y las uñas, vestía como un maniquí (de Sears, donde trabaja, observó Adelaida) y mostraba un carácter parejo y afable. Daba la ilusión de fuerza y masculinidad hasta que abría la boca porque tenía la voz impostada y gestos de señora en los labios y en el cuello.

—Es una verdadera dama —decía Adelaida—. A los diez minutos la ilusión es completa: sabe de cremas, masajes, cosméticos, remedios, infusiones, telas, aparatos de cocina, recetas, dietas. Si fuera mujer sería sensacional.

—No es. —A Ernestina, Bardo le ponía los nervios de punta—. Lo peor es Fabián, cuando está Bardo se convierte en otra persona, puro esplendor y seducción, hasta dice cosas serias y unas cuantas algo inteligentes.

—Es la fuerza transformadora del amor. Yo también lo he notado. En cambio, cuando está a solas con Elisa pone cara de fastidio y entra al papel de novio con un entusiasmo menos que mediano; por lo menos nos evitan conversaciones largas con ella.

Una noche se presentó Isidro Ramos. Adelaida se puso contenta.

—¡Qué milagro es éste! Yo creía que nos había abandonado para siempre.

—Estaba pintando. Me llega así, por temporadas —Ernestina estaba de pie, amable y molesta, ¡qué momento para visitar!—. Señora Barret, ¿cómo está usted de salud, ya curada?

—Perfectamente, le presento a mi prima, a su novio y a un amigo: Elisa, Fabián y Bardo. El señor es Isidro Ramos.

Isidro captó la situación con una mirada rápida y experta.

Fabián y Bardo se mostraron encantados, como si justamente hiciera falta allí otra persona y esa persona fuera Isidro. Ernestina había estado tejiendo y reanudó su trabajo, su madre igual, otro circulito de hilera, las dos callaban.

A poco rato, había ocurrido algo curioso. Elisa y Bardo se dejaban ver seducidos por Isidro, y Fabián estaba un poco aparte, como quien oculta una ofensa evidente; hasta ese momento él era el centro de atención de aquellos dos y lo resentía. Elisa le sirvió café y pastel a Isidro adelantándose a Ernestina. Bardo le pasó el cenicero en un gesto de ofrenda.

—¿Ya se puede fumar? —le preguntó Isidro a Ernestina y el hecho de no llamarla por su nombre se sintió íntimo, así como el tono de voz.

—Mi mamá fuma todo el tiempo. Yo lo tengo prohibido, creo que para toda la vida, pero todavía me dan ganas.

—Entonces no fumo —guardó los cigarros y puso el cenicero sobre la mesa. La expresión de Ernestina era indecifrabable. Bardo y Elisa le hacían preguntas casi quitándose las palabras, los dos querían saber *todo* de Isidro y empezaron a tutearlo inmediatamente. Él contestaba de buena manera, pero sin hacer los comentarios extravagantes de costumbre, como si los tuviera reservados para su intimidad con las dueñas de la casa, ellas notaron la diferencia, también una agresión ligera, no disimulada.

—¿Pintas retratos de personas?

—También de perros, gatos y cangrejos; no me limito al género humano.

Elisa rió mucho.

—¿Por qué no le haces un retrato a Tina? —le decía para ver si Isidro se lo ofrecía a ella, pero no sonó tan bien como había pensado.

—¿Por qué a Tina?

—O a mí. Yo he sido modelo varias veces —interrumpió Bardo.

—Una vez —dijo Fabián, seco.

—Una vez pero posé muchas ocasiones; es lo mismo. Fue para los alumnos de la Escuela de Artes Plásticas.

—¿Desnudo? —preguntó Adelaida, sin separar los ojos del circulito que crecía entre sus dedos.

—¡Claro! Era para dibujar músculos —luego a Isidro—. ¿Verdad que así es?

—Así es. Cualquier vestido es diferente, pero los músculos tienden a ser iguales. —Bardo no comprendió.

—Y eso cansa mucho, ¿no es así? —intervino Elisa con la mirada candorosa y acariciadora fija en Isidro, quien no contestó.

—Horrible. Y uno se enfría. Pero si alguien me hiciera un retrato, yo lo soportaría con mucho gusto; esos muchachos nada más estaban practicando.

Otro silencio de Isidro, roto por Fabián.

—Yo los había invitado al cine. Ya es hora.

—Es muy tarde, no vamos a llegar —dijo Elisa.

—Estamos a tiempo para la última función —la voz de Fabián era seca.

—Pues... —Elisa tomó la actitud de quien se hace del rogar—. ¿Vienes tú? —le preguntó a Isidro.

—No, muchas gracias —no miró a Ernestina ni a su madre—. Casi no voy al cine.

—¿Por qué? No hay otro lugar barato adonde divertirse. Fabián se levantó con las mejillas rojas.

—No vamos a llegar.

—Además no me acuerdo de que nos hayas invitado. ¿Verdad, Bardo?

Bardo sintió el peligro y si Elisa estaba dispuesta a pasarse de la raya, no era su caso, aunque hubiera coqueteado.

—Lástima que no vengas, Tina.

—Tina no puede salir de noche ni respirar aire viciado. Y la verdad, hemos decidido no ir a diversiones por un tiempo todavía; a Esteban le parecían importantes esas cosas.

—Vamos —insistió Fabián y no se despidió de mano; Elisa y Bardo sí, pero sólo de Isidro.

—Nos veremos, ¿no?

—Desde luego —admitió Isidro, con la voz neutra.

—Estamos aquí a estas horas casi todas las noches —completó Bardo, como si pusiera la casa a las órdenes.

—Ah. Muy bien.

Fabián ya estaba en el pasillo; Bardo y Elisa lo siguieron, caminando despacio.

Isidro, Ernestina y su madre guardaron silencio hasta escuchar la puerta de la calle. Luego rieron quedamente, como si todavía pudieran ser escuchados.

—Bueno, Isidro, pues ya rompió usted dos corazones femeninos.

—Soy muy atractivo, doña Adelaida, ya lo era desde antes —la tónica juguetona y difícil—. Mi madre, doña Rebeca Vidal, me lo pronosticó desde niño: “Ángel mío, tu belleza te perderá, no cedas o no respondo de mí... de ti, más bien”. Bueno, ¿y cómo se hicieron de esos parientes?

—Ay sí. Qué pregunta más adecuada. Tina y yo nos la hacemos varias veces al día. Hace veintidós años me casé con un falso Barret porque era maravilloso y Elisa es hija de su hermano, un magnífico señor con una mujer horrible.

Nada más Elisa es pariente de Tina, la parejita son parientes entre ellos.

—Mamá, ¡qué bárbara!

—Ah, y Elisa va a casarse con ellos, según le dijo a Tina, ¿verdad hija?

—Eso dijo.

—¿Así, nada más? ¿Porque se aman?

—Pues... —Adelaida bajó las comisuras de la boca en un gesto aprendido de María—. ¿Se aman, Tinita?

—No se aman —de pronto se rió—. Fabián y Elisa, no. Lo demás no lo sé.

—En ese caso podría existir una triple posibilidad de triángulo: tres por tres son nueve.

—Se ha visto algunas veces, doña Adelaida. Pero en primer lugar, una dama como usted no debía hacer esas combinaciones ni con el pensamiento y en segundo, pues... acaban por salir en letra de imprenta.

—¿En la página roja?

—O en libros de psicología, en revistas pornográficas, en novelas poco recomendables, etcétera.

—Me voy a dormir, estoy cansadísima. Ya estaba a punto de iniciar la retirada, pero no quería dejar a Tina con la batea en la mano. Vuelva pronto, Isidro, aunque sea a comer.

—Con mucho gusto, señora, buenas noches —la oyeron subir la escalera—. Mírame un poquito, ¿no?, para que se me quite el complejo de hombre invisible.

—Malvado, malvado Isidro, te has divertido mucho con la prima y sus... comparsas.

—Me quedé con una incógnita.

—¿Cuál?

—Ese joven modelo, ¿se llama Bardomeo o Bardomiano?

—¡Qué peladez más espantosa! Para que veas, se llama Leobardo —Tina soltó la risa—. Leobardo Pérez Manteca.

—O sea, Lardo. ¡Qué bonito te ríes!

—Apenas se puede creer que de un comentario de cuatro palabras hagas un... ambiente.

—Soy temible. ¿Te doy miedo, Tina Barret?

—¡Me das un coraje!

—Si supieras lo que siento cuando me hablas de tú... un latigazo en la columna vertebral.

—Muy doloroso.

—Es placentero, fíjate. Impresionante: vibro —Tina dejó el tejido sobre sus piernas y no lo miró—. Ernestina... —ella empezó a temblar levemente—. ¿Podría besarte?

—¿Siempre pides permiso?

—Sí —fue hasta ella y la besó en la boca—. Ernestina, esto va a acabar muy bien y aquí en la sala de tu casa no se puede. Se sentó en el suelo con la cabeza en las rodillas de ella, cómodo—. ¿Quién se sentó así? ¿Hamlet?

—Hamlet mismo y también pidió permiso. ¿Cómo te atreves a saber tantas cosas?

—Estudié Letras Inglesas, querida Tina Barret. Soy graduado en literatura. Y a veces, cuando es necesario, doy clases para vivir.

—¿Qué fuiste a hacer a ese taller, entonces?

—Me llamaron como maestro, pero quise ver primero a los alumnos.

—¿Maestro de qué?

—De dibujo, necia. El taller era de dibujo.

—¿Eres conocido?

—Un poco. Pero esto no es nada. Ya verás después. No puedo decirte una palabra de las consideradas amorosas porque tengo la impresión que ya se las gastó todas el primo de marras, ¿es cierto?

—Sí —sobre el rostro de Tina cayó una sombra, textualmente hablando.

—Quería saberlo, no verte sufrir. ¿Esa visión antropomórfica es su hermana?

—Sí.

—¡Rayos! ¡Y te tiene una envidia! No hizo más que verme y empezó a seducirme porque sintió, dije sintió y no pensó, que soy cosa tuya.

—Era una demostración de fuerza en toda forma, también para que Fabián vaya educándose y sepa el límite de sus exigencias.

—Muy cierto. Quiero decirte algo, ¿puedo? —Ernestina asintió—. Cuando los vi tuve un gran miedo de que estuvieran ejemplificando una situación y tú la relacionaras conmigo.

—Tú no eres un Fabián.

—Te equivocas; he sido un Fabián, alguna vez. Pero no he vivido con nadie, ni me he exhibido, ni he organizado simulacros matrimoniales, como éste de ellos. Pero lo he hecho.

—Eso, Isidro, está doliéndome mucho.

—¿Porque te da una imagen tuya? ¿Porque te completa una mía?

—Pues... las dos cosas: me asemeja a Elisa.

—Ese es precisamente el motivo de la explicación. No te asemeja, te distingue de Elisa para siempre. ¿No ves que esos dos estarán siempre jugando con ella y siempre a traición?

—Ella también está jugando con ellos y la traición acabas de verla.

—Muy bien. Pues yo no juego a nada ni contigo ni con nadie. ¿Queda claro?

—Queda claro.

—¿No puedes acariciarme los cabellos? ¿O es demasiado convencional y por lo tanto le pertenece al animal provinciano?

—Cállate. Te acariciaré los cabellos cuando me dé la gana.

—¡Si supieras cuánto lo he odiado estos días! Tan correcto él. Te apuesto lo que quieras que se acuesta con las sirvientas para poder tratar con respeto a las señoras.

—Precisamente. Y a los doce años. Tiene una hija de dieciocho.

—¿Y qué más? Échalo fuera, ya empezaste.

—Nada más. Allí están en su casa, la madre y la hija. Claro, ella no es su amante, es la sirvienta, pobre mujer.

—¿Y con quién se acuesta?

—Con una billetera que le hace escenas de celos... públicas.

—Bueno, ese es el precio de la imaginación y el romanticismo.

Tina calló largamente.

—Ésa es su parte. Falta la mía.

—La tuya la he tenido muy en cuenta desde que me la contó tu madre.

—¿Cuándo?

—Cuando estabas en el hospital y nos pasábamos horas en el café de esa noble institución. Y mira, Tina Barret, los dos tenemos una historia sexual lamentable que nos da lástima de nosotros mismos. Los que no la tienen son pocos e indeseables, por imbéciles o por cobardes. Pero si crees que me voy a arrodillar a tus pies por eso, estás loca. Ni te voy a pedir que hagas lo mismo. Te apuesto lo que quieras que la mía es peor y no estoy dispuesto a solicitar tu comprensión y tu delicadeza. De rodillas me vas a ver muchas veces, pero no porque te casaste con un patán bien nutrido.

—¡Qué mal carácter tienes!

—No soy tierno, exquisito, ni ando con criadas, ni duermo con billeteras en la trasbotica. Porque eso con seguridad, pasa en la trasbotica y es más, ¿sabes cuándo? Cuando le toca estar de guardia una noche a la semana y el buen hijo se desvela para que papá duerma en casa.



—¡Qué bruto eres! A nadie se le había ocurrido. Párate. Me vas a quemar las faldas con la llama de tu genio. Bruto —estaba empujándolo. Isidro se dio vuelta y quedó frente a ella.

—Cierto, ¿verdad?

—Lógico, por lo menos —empezó a reírse—. ¡Qué cosa! Le voy a mandar un anónimo a su madre.

—¡Su madre! Pero si esas madres provincianas siempre saben todo, como la mía. Tienen radar. Quien quizá no lo sepa es su padre, ha de ser otro caballero andante, como él... pero ya no andaré con nadie por viejo.

—No hay hombre en el mundo capaz de serle fiel a mi tía Flora. Y ella sí ha de saber lo de la billetera. Bueno, muchas gracias por abrirme los ojos, era yo una ingenua.

—Ingenua, no. Distraída; estabas muy distraída, Ernestina.

—Ahora ya no estoy.

—No, ahora estás alerta, ¿no?

—¿Sabes? No sé.

—Mala, malísima mujer. Mi madre me echó una ojeada el otro día que fui a comer porque siendo fin de mes no podía negarme, y me dijo después de servirme la sopa: “Se nota a leguas que estás pensando en una mujer”. Yo pensaba en ti frenéticamente y no pude pelearme con ella, ni hacerle dengues, ni nada. Pensaba en ti.

—Vete a tu casa.

—Perfecto. ¿Quieres que venga a verte o no quieres?

—Quiero verte, pero sin ésos.

—¿Te atreves a salir conmigo en sus narices o prefieres a sus espaldas?

—No provoques mi galantería. Será en sus narices.

—Mañana paso por ti. ¿A qué horas?

—No podemos dejar a Adelaida con ellos, no hay derecho. A la tienda, pero antes de las cinco. Así tenemos un rato.

- Adiós guapona.
- ¿Qué quieres decir con eso?
- Aumentativo de guapa. Adiós.

Isidro salió y ella fue a la ventana para verlo pasar. Él se volvió y agitó la mano. Estaba contento.

Las cartas de Miguel ya no llegaban. Ernestina tenía más de cuarenta, todas sin abrir. Esa misma noche, antes del regreso de Elisa, las quemó en la azotehuela de la cocina y se quedó cuidándolas hasta verlas consumirse totalmente; tardaron mucho en arder, como si se resistieran y porque el papel grueso y doblado rechazaba el fuego.

—Las quemó, Miguel. No tengo derecho a leerlas. Intacto como ellas queda todo. ¿Cómo puede una simple suma de hechos, de verdades, alterar otra verdad vivida? Son del mismo rango, no es posible la contradicción, así como tampoco pueden tocarla las mentiras, el escándalo, las malas voluntades. ¿Quién ha de borrar la valentía de habernos mostrado aquello que efectivamente éramos y sentíamos? ¿Cuántas capas de vida superpuestas serán necesarias para borrar esa verdad? Allí estás, existiendo. Eres y soy. Hay niveles, dibujos, percepciones. Pero ya lo sabíamos. No te escribo, ¿qué carta podrá decirte más de lo que ya sabes? ¿Qué letras, qué palabras podrán borrar la medida de lo que ya me has dicho? No estamos ya en el mundo de la palabra escrita, ni en el del tacto, ni en el del pensamiento de los otros, sino en el de la sustancia en donde somos uno, donde no hay huesos ni carne ni cabellos. Inútil ya la palabra amorosa, queda solamente el discurso nocturno.

Las quemó con alcohol y cuando fueron ya un mazo renegrido y mojado, ininteligible como los cuerpos muertos, las envolvió de nuevo en el papel de plata y las guardó en la caja, dentro de su armario.

A la mañana siguiente como a las doce se presentó Elisa en su cuarto, despeinada, con el rostro abotagado de quien ha dormido en exceso.

—Ayer pasó una cosa horrible.

—No me digas. —Ernestina tejía mientras Juana María se arrastraba por la alfombra, detrás de su pelota.

—Cuesta trabajo creerlo —como Ernestina no daba señales de alarma ni de curiosidad, acudió al dramatismo—. Fabián me dio una bofetada.

—¿Cómo? ¿Dónde fue eso? ¿En el cine?

—Aquí en la puerta de la calle, en cuanto salimos. Bardo quiso intervenir y le pegó también a él. Luego se fue corriendo y nosotros detrás de él como locos, cuerdas y cuerdas hasta que se dejó alcanzar, entonces los tres caminábamos aprisa, no nos hablaba, yo ya no podía más. Llegamos hasta el centro, por allá, donde ellos viven; entonces, Bardo le pidió perdón por los dos, le dijo que no lo habíamos molestado de intento y que por favor lo olvidara. Fabián contestó que jamás nos perdonaría y quería morir; Bardo se puso a llorar. Fabián se ablandó en seguida y empezó a consolarlo. Yo me fui pero Bardo me alcanzó y me trajo en un taxi. Según él Fabián se sentía mal y estaba muy cansado, pero hoy venía por mí para ir al cine.

—No he entendido por qué Bardo y tú merecieron tantos castigos.

—Pues fue ese muchacho, ¿cómo se llama? Isidro. A Fabián le dieron celos.

—¿De los dos, entonces?

—Sí —Elisa se ajustó su bata verde—. Él... se puso a coquetear conmigo y Bardo conversaba con él para ver si no se notaba tanto.

—¿Qué amable! Pues no me di cuenta de nada.

—¿Quién es Isidro?

—¿Le piensas corresponder, Elisa?

- Cómo eres, de todo te burlas. ¿Dónde lo conociste?
- En el taller donde tomaba clases antes de estar enferma. Dejé el curso.
- Pero es amigo de tu mamá.
- Mamá lo estima. Fue muy amable cuando estuve en el hospital.
- ¿Dónde vive?
- No sé, ni cuántos años tiene, ni qué pasta de dientes usa.
- Estás de mal humor. ¿Lo de anoche es horrible, verdad?
- Pues no sé. Lo horrible a ti no te hace efecto, ya vas a salir con ellos otra vez. ¿No te dolió la bofetada?
- Sí. Pero la de Bardo fue más fuerte.
- La de Bardo es suya. Ahora ya lo sabes, Fabián pega. Y tú no quieres que te maltraten, ¿qué piensas ahora?
- Pues... no sé si casarme.
- ¿No sabes? Cualquiera otra sabría.
- Pero si estuviera casada y no hubiera sido en la calle le hubiera dado como quince mordidas y patadas y me hubiera echado al suelo. Se iba a arrepentir.
- Ésa es la sorpresa que le reservas. Todo esto es notablemente estúpido, ¿te das cuenta?
- Ya te vas a enojar como el otro día.
- No, de ninguna manera. Pero prefiero no enterarme, tenemos otra manera de ver las cosas.
- ¿Te casarías con Isidro?
- No. ¿Y tú?
- Todavía no lo conozco bien. No sé quién es su familia, ni cuáles son sus costumbres. En cambio a Fabián lo conocemos desde hace años.
- Ernestina tocó el timbre y se presentó María.
- María, ¿puedes tenerme a la niña contigo un rato? Voy a hablar por teléfono y a hacer un dibujo antes de que venga mi mamá.
- Sí, Tina. Véngase mi amor.

Ernestina, como si Elisa no estuviera, salió del cuarto y se encerró en el de su padre. Era difícil no sucumbir a las ganas de pegarle a Elisa. Le habló por teléfono a Adelaida, a quien no había visto por la mañana.

—¿Mamá? ¿Estás ocupada?

—No, estoy viendo a los pintores. Ya van adelantados ¿Pasa algo?

—Estoy harta. Dime algo bonito, inteligente o sano, para compensar.

—Ese Isidro me cae bien. ¿Ya se enamoró de ti, Tina?

—Así parece. Voy a salir con él un rato hoy en la tarde. Un café y regreso para hacerte el quite.

—Pobrecita. Mira, no regreses, yo puedo sola. Es terrible que hasta la hora de las comidas se haya vuelto repugnante. ¿Cuándo se irá?

—Cuando se acaben las vacaciones.

—Uf. ¿No podríamos inventar algo?

—Una manda. Bueno, voy a ponerme a hacer el diseño ése, ya que no voy a estar en la tarde.

—Adiós encanto.

Ernestina colgó y se sintió refrescada. Se puso a trabajar.

Mientras tanto Elisa aprovechó la ocasión para registrar el cuarto de Tina. Era su primera oportunidad porque su prima no lo dejaba por las mañanas y por las tardes estaba Victoria.

Revisó desde las bolsas de los vestidos hasta la ropa interior.

Por fin dio con la caja, la cual ahora tenía la llave puesta. Quería leer una carta de su hermano para ver cómo se expresaba, cómo eran esas relaciones. Cuando desenvolvió el paquete volaron cenizas y pedacitos de papel ennegrecidos, Elisa pudo apenas sofocar un grito de rabia y de sorpresa. Lo envolvió de nuevo y puso la caja como estaba pero las cenizas y los polvillos negros se extendían por la alfom-

bra, por el aire, hasta en la sobrecama. Rápidamente agarró el cepillo de ropa y trató de reunirlos en algún sitio para poder recogerlos. Casi lo logró después de un trabajo minucioso. Qué fracaso tan grande. Se metió a la regadera y vio salir cenizas de su mismo pelo...y la alfombra de Ernestina no estaba del todo limpia. ¿Tendría que confesárselo entre sollozos y hacer lo de siempre para contentarla? No, que se fuera al demonio. Además, ella había sido indiscreta, pero Ernestina quemó las cartas y eso era delito mayor. ¿O no serían las cartas de Miguel?

En esas estaba cuando vino María a decirle que la buscaban: Fernando Martínez. ¿Quién era?

Bajó y se encontró con un muchacho agradable, moreno, arreglado con ciertas pretensiones.

—Soy sobrino de su cuñado Leopoldo y le traigo una carta de su hermana. Acabo de llegar de Puebla.

—Pasa, te hablo de tú porque ya somos de la misma familia.

Cuando Tina volvió a su cuarto supo inmediatamente lo ocurrido y bendijo su intuición. No se enojó siquiera de puro alivio, ¡el alma de Miguel en manos de Elisa! Afortunadamente su bolsa de costura se había quedado en la sala, con la carta de Isidro. Esa carta. Bajó la escalera y abrió la puerta antes de caer en la cuenta de que Elisa tenía visita. El joven se puso en pie inmediatamente, estaban sentados muy cerca y ella tenía una expresión encantadora.

—Buenos días. Con permiso —agarró su bolsa y salió sin dar tiempo a presentaciones.

—Propio —dijo el muchacho y se sentó hasta que Tina cerró la puerta.

Allí estaba la carta de Isidro, muy doblada. ¿Dónde la pondría? Por el momento encontró un saquito de tela bordada en chaquira y se la colgó al cuello, debajo del suéter. Ya faltaba media hora para la comida. Ahora notaba que la

ceniza era visible sobre sus vestidos y en la parte baja del armario; sintió una punzada en un ojo, se le anunciaba una jaqueca, sólo eso faltaba. Casi en seguida escuchó la puerta de la calle y luego no oyó los pasos de su prima, ¿se habría quedado en la sala? No era su estilo. Se tendió en la cama y cerró los ojos; otra vez la puerta y el paso familiar de Adelaida, subiendo la escalera.

—Tina, ¡ya se nos hizo por el día de hoy!

—¿Qué?

—Elisa salió a la calle con un joven y dejó dicho que iba a comer fuera.

—¿Con quién?

—No sé. Es un muchacho joven y no feo. ¿Qué tienes?

—Dolor de cabeza. Vamos a comer a ver si con eso se me quita.

Comieron y Ernestina se sintió mejor. ¡Era tan grato estar solas, con Juana María sentada en su silla alta, chupando un ala de pollo con mucho saboreo!

—Así vamos a quedarnos mucho tiempo, las tres solas.

Adelaida iba a decir algo y se arrepintió; estaba viendo sus imágenes en el espejo del aparador. A ella este momento le parecía una instantánea enclavada dentro de otras muchas, todas diferentes; la estabilidad se había ido con don Esteban, ¿o no era así? Lo peor eran los despertares, desde la muerte de su marido no había transcurrido un solo amanecer sin que se le apareciera la vida anterior y se viera obligada a dar el paso hacia la actualidad sin Esteban, con Ernestina y con Juana María, las tres solas. Entonces lloraba quedamente.

Salieron juntas para la tienda; Isidro llegó antes de lo esperado, apenas después de ellas.

—Señora Adelaida, me permití invitar a su hija a tomar un pequeño refrigerio. — Venía recién bañado, oliendo a jabón.

—Ella estará encantada, señor Ramos Vidal.

—¿Qué horror! A ver los diseños —los examinó atentamente, de cerca y de lejos—. Tina es diseñadora nata, pero no puede quedarse en esto. Es más y es bueno averiguar cuánto más, un ser humano debe descubrir su justa medida. Los diseños serán un éxito, pero están por debajo de ella.

—Es un favor, no una profesión, Isidro; en eso estoy de acuerdo. A ver si va a Roma en otoño.

—No es tan hermosa como en la primavera pero es Roma. Estuve allí un año, el pasado, con una beca y un suplemento materno.

—Oiga Isidro, ¿por qué es usted tan mustio y no cuenta las cosas?

—¿Es hipocresía no hablar de la vida privada?

—Francamente, sí.

—Vámonos Tina, no vaya yo a volverme sincero y le cuente a tu madre mi biografía.

—Vamos.

Echaron a andar, primero separados, luego Tina enganchó su brazo en el de él. Isidro tenía un esqueleto largo y fuerte, con poca carne.

—Eres muy alto —le sacaba casi la cabeza entera y Tina no era pequeña. Isidro apretó el brazo, Tina no se colgaba de él, caminaba libremente sin soltarlo.

Avanzaban sin hablar, respirando rítmicamente. La tarde era anaranjada, suave, una feliz tarde de finales de junio, no había empezado a llover diariamente. El sol grato, el atardecer largo. Isidro la miraba de vez en cuando.

—¿Qué me ves?

—Me cercioro, nada más. De sentir, siento igual que si llevara paraguas.

—Grosero.

—Me insultas, como siempre. ¿Soy tu novio, Tina?

—No. Los novios son... otro asunto.



- De acuerdo. ¿Soy tu amigo?
- Uh... ¡menos! en todo caso, serás mi amante.
- ¿Y no puedo ser las otras cosas?
- No son particularmente atractivas.
- ¿Y marido?
- Por favor.

Llegaron a una salita de té muy rebuscada. Entraron.

- ¿Vienes mucho aquí, Isidro?

—Una que otra vez, con mi madre, por cierto, para que se haga fantasías de grandeza. Nada más se sienta y cae en una ensoñación frente al espectáculo de la vajilla y los cubiertos, más la bolita de alambre donde se pone el té.

- Me traes a un lugar para madres.

- Eres madre y de mi muy cercana familia, ¿por qué no?

—Porque... —iba a empezar a explicar cuando le vio la mirada burlesca—. ¿Te alcanza el dinero?

—Hoy sí. Pero si te gusta el lugar y quieres venir algún otro día, un 28 o 29 por ejemplo, pagas tú y asunto resuelto.

- ¿No te molesta eso?

—¿Por qué? ¿Crees que no puedo aceptar una invitación tuya? Puedo. ¿Qué te pasa en el ojo?

- Me duele la cabeza, siento latidos en el párpado.

- ¿Por estar conmigo, a solas y en la calle?

—Empezó antes. Tuve una dificultad con Elisa, más bien no la tuve. Según tu lógica, debía haberla tenido y no me dolería la cabeza —le contó la salida de Elisa la noche anterior y no mencionó las cartas.

—Cuéntame la historia de esa familia, es interesantísima. ¿Qué hacen los otros hermanos?

Ernestina hizo una reseña cuidadosa mientras tomaba té de jazmín y comía menudencias preparadas con exquisitez. Empezó por don Eulogio Barret y llegó hasta esa tarde.

—Y Tina salió a tomar el té con un joven pintor con quien la unían relaciones ilícitas.

—¡Qué familia más impúdica tienes! Esa Teresa es muy notable y el abogado de Puerto Ángel también resulta magistral. Elisa es un compendio excelentísimo.

—¿Por qué son impúdicos?

—Hacen su santísima voluntad en contra de las reglas del buen vivir sancionadas por la sociedad... y sin dar la cara. Ésa es la impudicia.

—Lo mismo y peor pensarían ellos de nosotros.

—Peor, porque no fingimos espiritual ni socialmente. Ellos lo hacen y creen estar dentro de las reglas Y para expresarse usan las palabras consagradas por la tradición clasemediera. Tienen mucho pudor para poder no tenerlo: es muy difícil. Ésa es la ventaja de tu madre.

—¿Cuál?

—Es quien es, sin vacilaciones. Ésa es tu fortuna y no has caído en la cuenta, tener una madre tan segura de ser superior que todo lo humano le es afín, como dijo el filósofo. ¡Viva doña Adelaida! —Luego, sin transición—: No te voy a llevar a mi estudio *nunca*. En primer lugar no te da curiosidad aunque no has visto ninguno y en segundo, tengo muchos requisitos y condiciones.

—¿Cuáles?

—No hacer publicidad inútil, por ejemplo. ¿No quieres saber otras?

—No.

—¿Sabes ya si me quieres moderadamente? ¿Qué tienes debajo del suéter? Allí, en el cuello.

—Tu carta.

—Por amor no ha de ser, será por miedo a que la lea la prima. Tienes autorización para romperla. Tina Barret, estás a punto de llorar, ¿te molesto tanto?

—Es el dolor de cabeza —se secó los ojos con la servilleta. Isidro pidió la cuenta y pagó. Salieron a la calle, Tina no se había recobrado.

—¿Es nostalgia por el de la violetera, digo billetera? ¡Tina!

La volvió hacia él y la abrazó mientras ella lloraba con abandono y desesperación. La gente los miraba, Isidro la llevó al quicio de una puerta y no le pidió que se calmara. Se tranquilizó luego de un largo rato.

—¿Cuánto tiempo hacía que no llorabas, Ernestina?

—Mucho, no me acuerdo.

—Cielos. ¿Y ahora sientes que soy tu verdugo o algo?

—No.

—Con eso basta. Si puedo lograr que no me echés, me daré por bien servido. Si al principio del otoño me toleras, iré contigo a Roma.

—Mira. Y sin hacer la manda ni nada —dijo Adelaida.

Desde la aparición de Fernando Martínez, Elisa usaba la casa de las Barret para dormir y desayunar. Se desaparecía con Fernando y regresaba con Fabián y Bardo, quienes la dejaban en la puerta a las once o doce de la noche.

—No, la manda no —contestaba Ernestina y pasaba a otros temas.

Su madre y ella estaban ocupadísimas con la próxima inauguración de la *boutique*. Además, Isidro se había propuesto darle clases de dibujo a Tina, con o contra la voluntad de ella. Era un maestro exigente, irónico, cuidadoso y muy apto; Tina se puso en sus manos porque le impresionaron sus capacidades pero tenían frecuentes encuentros y discusiones. A dibujar aprendería, pero no sin tropiezos emotivos. En cuanto a Elisa, Ernestina se sentía, si fuera posible, más incómoda que antes; le había pedido dinero y ella se lo dio a espaldas de su madre, lo necesitaba para comer en la calle con Fernando y pagarse algunas diversiones.

—Él es estudiante —le explicó, con ademanes de naturalidad—. No gana todavía. —Para convencerla había inten-

tado presentárselo, pero su prima declinó el honor; le bastó una ojeada y escuchar a Elisa para saber que Fernando era corriente, vanidoso y precozmente mantenido.

Por supuesto, Ernestina hubiera podido decirle que los estudiantes deben comer en su casa y que la hospitalidad de ellas no le escatimaba la comida a Elisa, pero a ella sola, no a los dos; en fin, hubiera podido decirle una gran cantidad de cosas, pero nada ganaría con ello. En realidad se hubiera conformado con mantenerse al margen del arreglo y no financiarlo, para poder negar conocimiento o complicidad, pero pudo más la insistencia de Elisa y más todavía el deseo de no verla. Terminó por confesarse a Isidro.

—Mi señora Barret, ha cometido usted un error y lo sabe. ¿Por qué por ejemplo se lo ocultó usted a su querida madre? ¿Qué diría su tío don Miguel Barret si lo supiera? Y hasta sus primos tendrían alguna objeción. Tal como son las cosas a usted no le gustan pero cuando esto se sepa no puede garantizar la versión de su misma prima. Podría decir, por lo menos, que ustedes la mandaron comer fuera y el pobre muchacho se brindó a acompañarla.

—Eso suena estúpido.

—Y la verdad suena más estúpida. Y por si fuera poco, vas a ganarte la enemistad de Fabián y de Lardo.

—Bardo, por favor, me voy a equivocar. ¿Tú crees que van al hotel?

—¡Ni por pienso! Sería tirar el dinero. La prima de usted no existe de la entrepierna hasta la cintura. Esos van a un cine de todo el día y se sientan en la última hilera del segundo piso.

—Eres un sucio.

—Yo no. Nunca lo he hecho pero me he fijado. Usted es una inocente porque no concibe los manoseos. Además, no me extrañaría, aunque me diga uno de los calificativos acostumbrados, que Lardo y Fabián estuvieran de acuerdo o que

lo sepan. También para ellos es una solución, ¿no te das cuenta? Mientras más tiempo pasa con el sobrino menos molesta, y todo, doña Tina, con el dinero de usted.

—Isidro, no me lo repitas, ya me di cuenta. Quiero consejos, no recriminaciones.

—No hagas nada, a estas alturas no queda otra cosa. Pero no debiste haberla dejado quedarse en tu casa... claro, no se puede por el hermano.

—Isidro, no me hables de él. Es en serio.

—Mira, imagínate que soy un sediento y estamos en el desierto, tú tienes una cantimplora de donde tomas agua sin mucho interés, un traguito de vez en cuando, yo me acerco a ti y me dices: hágame conversación pero no mencione la cantimplora.

—¿Qué voy a hacer con esta mujer?

—Nada. Caso omiso. Mañana traigo un violín para que lo dibujes.

—¿Nunca vamos a hacer el amor otra vez?

—Espero que sí. Cuando no se haga sino se satisfaga.

—No entiendo.

—Cuando usted me ame mínimamente. ¿Por qué? Porque no puedo exponerme a que me odie. Mire nada más cómo ha amado a quien no se lo hacía. Es una lección, señora. A mí en cambio, se me pone a llorar en la avenida de los Insurgentes y todo porque se lo hice.

—¡No es cierto! ¡Me arrepiento de haber llorado! Me arrepiento de todo.

—Correcto, no le busquemos tres pies al gato y quédate arrepentida de *todo*, absolutamente de *todo*.

Una carta de Teresa tuvo por objeto advertirle a su hermana que no fuera a pedirle dinero a Ernestina, pues hasta el pasaje en autobús se lo debían a ella... el resultado fue

sugerirle la idea y que la pusiera en práctica inmediatamente.

Elisa, en rigor, estaba viviendo uno de los períodos más infelices de su vida. Hasta su matrimonio, Teresa había intervenido en la vida de su hermana, si no a satisfacción de alguna de ellas, por lo menos ejerciendo cierto tipo de restricciones.

Ahora, ya sin ella, lo que en principio le pareció una gran ventaja empezaba a pesarle; cuando se quedó con su padre, Magdalena y Bárbara, o sea sola, Fabián aprovechó la ocasión para traer a Bardo y los tres para verse cada vez más seguido con una especie de fruición nerviosa y poco sana.

Por otra parte evocaba y repasaba las imágenes de las amorosas entrevistas entre Ernestina y Miguel y por las noches imaginaba casi ritualmente el paraíso de placeres sexuales que debían estar viviendo, juntos y solos, en medio de la abundancia de la casa de Tina. Era un continuo preguntarse: ¿por qué ella sí y yo no? Hubiera podido señalarse como la peor consecuencia de esos amores corromperla a ella, ya con sus dificultades personales. Entonces vino el viaje de Bardo y sintió llegado su momento. Pero Fabián se mostró de pronto indiferente, huraño, incapaz siquiera de saludarla con un beso. O más bien le dio uno, la última noche, cuando ya vibraba de entusiasmo porque al día siguiente saldría para México él también. Cuando llegó doña Flora la encontró caprichosa, llorona, hablando de que *todo el mundo se iba* y ¿no podría ella vivir en México una temporada, mientras Fabián estaba estudiando? Doña Flora no sabía contestarle; toda su preocupación estaba puesta en Miguel, en su apariencia cuando ella y su hermana llegaron de visita. Por primera vez sintió que esa casa no era el sitio de su hijo, porque era *varón* y no mujer. ¿Por qué así? Si hubiera sido lo contrario, todo parecería natural. Las mujeres,

ahora lo veía, eran muy fáciles de colocar, ¡pero un hombre de más treinta años y sin perspectivas! Como su yerno Leopoldo, se daba cuenta. La desaprobación, la burla y el desprecio no hubieran existido si un hijo de ella, tal como hizo Enrique, se hubiera casado con una entidad femenina en las mismas condiciones que Leopoldo. Pero bueno, el caso de Enrique no era para ejemplificar, a tal grado que a su regreso, después de inspeccionar durante un día el departamento de Teresa y comprobar que no había sitio para ella porque Leopoldo tuvo que dormir en el comedor y ella con su hija, se había seguido de largo sin pasar por Puerto Ángel más que en el autobús. Llegó cansada, harta, con ganas de no haber tenido hijos y casi a punto de decirlo, para hallarse a Elisa neurótica y luego soportar la vuelta de Miguel, con ese aire de fracaso y ese silencio terco. Sólo don Miguel abrazó a su hijo con más efusividad de la habitualmente demostrada.

—Ya me estabas haciendo falta, Miguelito. Ya me estabas haciendo mucha falta.

Miguel, la carta de Elenita, el chisme del aborto: doña Flora no podía pedirle a Adelaida Santander ni a Ernestina que hospedaran a su hija por un tiempo largo. Le escribió a su hermana y ésta respondió a vuelta de correo negándose redondamente. No podía responsabilizarse por muchachas jóvenes y con novio, no tenía tiempo y su marido se lo prohibía. Por otra parte, “sus hijas estaban creciendo y el doctor quería darles buenos ejemplos”. Ésta era la frase más oscura y más clara de la carta, doña Flora se ofendió y no notó ni lo uno ni lo otro. Menos la parte final, en donde Elenita aconsejaba “no exponer a Elisa a la mala influencia de su prima, en esa casa sin orden ni principios”.

Elisa resintió profundamente el desarrollo de los acontecimientos. Si Miguel y Tina hubieran llegado a un arreglo lo más natural era hospedarla y hasta mimarla o si la tía

Elena y su marido no fueran tan imbéciles... pero una voccilla interior le decía que no lo eran, sino más bien cuerdos y ella la atrabiliaria, la tonta. ¿No era mejor dejar a Fabián en paz y buscar otro novio? No, mientras no apareciera otro, pues pudiera ocurrirle como a Teresa, con treinta y tres años y Leopoldo Martínez.

Bueno, se presentaría como una mendiga en casa de las Barret, saldría con Fabián y con Bardo, soportaría la elegancia y la superioridad de su tía Adelaida y volvería luego a trabajar como ahora, enseñando música, pero no contenta, no satisfecha; ella nada había hecho para merecer esta rutina, tenía veinte años.

En casa de las Barret se sintió más maltratada que nunca. No podía dominar el rencor contra Ernestina, la ofensora imperdonable, la obstaculizadora de su felicidad y además no lograba acercarse a ella, recobrar la confianza perdida cuando le dijo aquellas cosas. Topaba con un muro ciego: Ernestina merecía lo dicho. Le era imposible advertir que ese juicio sobre Ernestina debía haberse sostenido con una conducta personal clara, la cual excluía toda probabilidad de estancias en su casa, cortas o largas.

Más tarde la presencia de Isidro había despertado sus sospechas, presentándosele además como un hombre deseable: no guapo, quizá, pero vital, flexible, distinto a los "de allá".

Finalmente Fernando, un paliativo sin esperanza quien estaba enseñándole el juego de usar y ser usada... por no hallar otra cosa, ni otra persona.

Empezaba a pensar en el regreso ya no como un castigo; era peor ir al cine con aquellos después de haber visto dos películas a medias en brazos de Fernando. Quería, cuando alcanzaba su cama por las noches, despertar en su hamaca, oír los ruidos de su casa. Hasta se había sorprendido varias veces odiando a Fabián tanto como a Ernestina.



Llegó el día de la inauguración y Adelaida le regaló a Elisa uno de los modelos, un ensueño de vestido que le sentaba bien y el cual no hubiera podido comprar con el sueldo de seis meses. Invitaron a Fabián y a Bardo y ellos, después de sus ausencias inexplicadas (y el bofetón, pensó Tina), se presentaron en la casa y se sentaron en la sala a esperarlas, ataviados con sus mejores galas. Bajó Elisa y mereció su admiración y hasta su entusiasmo, parecía otra, ella también se sentía otra. Luego apareció Tina y logró un silencio: estaba sencillísima, pero como una princesa, hasta sus cabellos brillaban con otra dimensión.

—Hola, ¿cómo les va? ¿Qué horas son? Estamos esperando a Isidro Ramos, no tardará en llegar. No vale la pena que les ofrezca algo, en la tienda hay de todo.

—¿Lo prepararon ustedes? —quiso saber Bardo.

—No hubo tiempo, hasta ayer nos faltaban vestidos. Lo encargamos —sonó el timbre y Ernestina no se interrumpió—. Hay una casa especializada en cocteles, llevan todo, hasta los meseros. Y luego limpian.

—Como la lámpara de Aladino —afirmó Bardo—. ¡Qué maravilla!

Entró Isidro y Tina, por primera vez, cayó en la cuenta de su atractivo físico.

—El hábito hace al monje —se dijo, irónicamente. Fabián y Bardo, Bardo sobre todo, con toda su belleza, no se veían a su lado; lo alarmante era la expresión maliciosa, una cortesía como la de sus más graves momentos. Saludó con gran amabilidad y alguna extravagancia, luego sacó una cajita de la bolsa.

—Y ahora, señora Barret, para festejar su inauguración.

—¿Qué? ¿Qué es eso?

—Una persona tan de mundo como usted, no hace esas preguntas. Ábralo —Tina se ruborizó, eran unos aretes de perlas.

—¡Pero qué locura!

—Ninguna. Acabo de vender un cuadro (bueno, más bien ayer) en cantidades astronómicas. ¡Y qué mejor oportunidad, señora Barret, de mostrarle a usted mi admiración! Permítame ponérselos, se lo pido como una graciosa concesión a su humilde siervo.

Tina no pudo hablar, entre la indignación y la risa. Isidro, con precisión de joyero, tomó un arete y se lo puso, luego hizo lo mismo con el otro... pero le temblaron las manos.

Elisa no apartaba los ojos. Quería ser Tina, quería los aretes, quería a Isidro.

—Tina y ni las gracias das —dijo de pronto.

—Es verdad, muchas gracias, señor Ramos, he estado a punto de cometer una gran descortesía.

—Indigna de usted —se inclinó y luego gritó—. ¡Vámonos! Nos va a pegar Adelaida.

Se metieron en el De Soto porque estaba lloviendo. “Como se debe”, pensaba Elisa, “con chofer y aretes de perlas y un hombre guapo como para comérselo a besos, mientras yo voy aquí atrás con estas mierdas. No es su novio, no puede ser su novio. Todavía es tiempo”, decidió y empezó a sonreír.

Adelaida los miró con aprobación, llegaban a buena hora, ya estaba ocupada hablando con unas señoras; Tina se reunió con ella, eran las anfitrionas y la *boutique* ostentaba un nombre que Adelaida había mantenido en secreto con la complicidad de Isidro: Boutique Tina Barret.

—Voy con mamá. Regreso en cuanto deje de llegar gente.

Eran trescientos invitados; cronistas de sociales, comerciantes, artistas, decoradores, amigas y amigos de Adelaida.

Elisa se prendió del brazo de Isidro.

—Tengo sed —ordenó. Isidro llamó a un mesero. Les sirvieron bebidas. Fabián miraba todo con desconfianza, como si no acabara de entender que fuera gratis. Bardo se perdió en exclamaciones y luego personalmente.

—Acabo de ver a un amigo decorador muy importante, regreso en seguida —no volvió a acercarse.

Isidro estuvo a punto de hacer lo mismo, pero no tenía deseos de hablar y sí de ver a Tina de lejos, como en perspectiva. Tina se desempeñaba con una amabilidad suave, un poco tensa. Y con los aretes. Elisa pedía comida y bebida, era una especie de interrupción menor y no pensaba en soltarse del brazo de Isidro. Fabián buscaba a Bardo con los ojos y tomaba distraídamente. De pronto, Isidro sintió los dedos de Elisa dentro de su mano y la apartó con naturalidad; luego ya con malicia, volvió a agarrarla y la puso en el brazo de Fabián.

—Amigo, esta manita perdida es tuya.

Se acercó a las Barret y estuvo saludando gente y dejándose presentar, dulce como un cordero.

—Quiero irme a la casa, no me siento bien —dijo Elisa de pronto—. Si por mí fuera no hubiera venido. ¿Dónde está Bardo? No lo veo.

—Voy a buscarlo.

—Vamos los dos, no voy a quedarme aquí parada —fue detrás de él, caminando de prisa, tropezando con algunas personas, se sentía mareada y con una infelicidad profunda. Recorrieron el local centímetro a centímetro: no apareció Bardo. Fabián salió a la calle con Elisa detrás.

—Llévame a la casa.

—Para allá vamos, son tres cuadras —todavía quería parecer tranquilo, no hacer una escena.

—No nos despedimos.

—¿De quién? ¿De Tina y Adelaida? Vives con ellas y no eres tan cortés ni las quieres tanto —ni siquiera pensaba en tener celos de Isidro; Elisa recordó lo ocurrido la vez pasada, ratificó que había sido por Bardo y no por ella. Echó a andar en silencio. Llegaron a la puerta de la casa mojados a medias, la lluvia apenas salpicaba, pero ella tenía llenos de lodo los

zapatos que Adelaida le compró para acompañar el vestido. Tocaron el timbre, vino Victoria a abrir y Fabián volvió la espalda sin decir palabra. Elisa entró, fue a su cuarto, limpió cuidadosamente los zapatos, secó y colgó el vestido. ¿Qué era Isidro de Tina? ¿Nada, como Miguel? Se acordó de su hermano y lo imaginó en esta fiesta: tímido, mal vestido, sin saber qué hacer, un estorbo al lado de Tina. Igual a ella, sin saber qué hacer. Se tiró en la cama. Necesitaba volver a su casa.

Las oyó entrar dos o tres horas después, no sabía; durmió un rato y luego vio su reloj: las seis de la mañana. Se sentía como anoche, pero más clara. Fue a contar su dinero, le alcanzaba perfectamente para el autobús y sus comidas, hasta le sobraría. Sacó las maletas con cuidado y empacó torpemente. Puros trapos de colores chillantes, pura basura, ganas le daban de dejarlos, pero ¿qué se pondría allá? Era su vestuario completo. Dobló el vestido nuevo y lo envolvió en papel de estraza como se lo había dado Adelaida. Los zapatos.

Bajó las maletas una por una, sin hacer ruido; revisó para asegurarse de no dejar nada y llamó un taxi desde el teléfono del pasillo. Abrió la puerta de la calle, cargó todo de nuevo y cerró. Estaba afuera, apenas pintaba el amanecer.

Cayeron en la cuenta de su ausencia cuando vino Fernando a buscarla y María no la halló. Despidió al muchacho y decidió no molestar a sus señoras, nada podía hacerse de cualquier manera. Se puso a limpiar el cuarto y quitó las sábanas, abrió la ventana, puso una sobrecama de otro color, abrigó el baño. Hasta el último vestigio de Elisa había desaparecido.

Despertó Tina y no vio a Juana María en su cama, cerró los ojos un rato más y luego se presentó en el comedor, con aire cansado y satisfecho.

—Tinita, tu prima se fue, ya no están sus cosas —no lo decía en tono de lamentación.

—¿A qué horas?

—Yo me levanté a las siete y no la vi salir, luego vino ese joven a buscarla y no estaba en su cuarto.

—Voy a decirle a mi mamá.

Adelaida bostezó y se frotó los ojos.

—¿Quién se fue?

—Elisa.

—¿Adónde?

—No se despidió.

—¿Se fugó con el sobrino?

—No. Él vino a preguntar por ella, así se dio cuenta María.

—¿No tienes el teléfono de Fabián? Háblale. No podemos alarmar a su familia.

Llamó a Fabián y él se presentó a contestar después de un rato.

—Oye Fabián, habla Tina, perdona que te moleste, pero queremos saber si Elisa te dijo que se iba, no está en su cuarto.

—Pues en el mío menos —Tina calló, ahogando una impertinencia—. Y no puedo decirte si Bardo sabe algo de ella porque tampoco están sus cosas, vino por ellas anoche y pagó su semana antes de que yo llegara —otro silencio de Tina—. Yo me vuelvo allá, no voy a terminar el curso, ya no tiene importancia.

—Entonces voy a hacerte una súplica. Si Elisa está en su casa, mándanos un telegrama para estar tranquilas.

—Ah. Muy bien.

—Muchas gracias y disculpa la molestia —colgó el teléfono. Ya venía Adelaida.

—¿Qué pasó? ¿Se fugaron?

—Se fugaron ella y Bardo, cada quien por su lado. Fabián se vuelve allá, le dije que nos telegrafara.

—Como el perro de las dos tortas. ¿Qué hacemos? ¿Pasamos por cabronas o por pendejas? ¿Avisamos o nos hacemos tontas?

—Ella tiene algo de dinero, yo se lo di.

—Entonces se fue a su casa. Vamos a darle crédito de no ser una loca completa. Voy a mandar un telegrama.

—¿A quién?

—Pues... a Miguel, ¿no? Es más prudente. ¿Lo mandas tú?

—Yo no puedo mandarle telegramas a Miguel y menos de éstos.

—Vaya, pues yo sí. A la botica, ya verás.

El telegrama decía lo siguiente: “Elisa salió muy temprano en la mañana. Olvidó despedirse. Estar pendientes y avisar llegada. Gracias. Adelaida.”

Tachó unos cuantos monosílabos sobrantes y lo dejó más seco todavía.

—Bueno, con eso basta y sobra para que se den unas vueltas por la terminal. O para avisarle a Teresa. Pero no pongas esa cara, tú no la echaste y yo tampoco. Se habrá aburrido de... ¿Tú crees que...?

—Yo desearía no volver a saber de ella nunca y no he sido capaz de entenderla ni ahora ni antes.

—No voy a preocuparme por Elisa, fíjate. No voy a darle ese gusto si esa es su intención, y si no es, para no perder el tiempo.

Ernestina sin embargo estaba angustiada, ahora por Miguel, no quería pensar en su vergüenza, en su desazón para con ellas. ¿Por qué siempre las heridas al orgullo caían sobre él? Se tocó las orejas, había dormido con los aretes. Pronto sabría Miguel de esos aretes y quizá lamentaría no habérselos dado él, sabría que sus cartas... pero no que fueron destruidas sin leerse. Que existía Isidro, pero... sintió nacer en ella la necesidad de negar, borrar y ocultar lo ocu-

ruido entre ellos, ser como Miguel la imaginaba, de no haber... de no seguir, de no vivir... estaba sentada a la mesa, con la taza de café vacía frente a ella. Cierto, Juana María. ¿La necesitaba Juana María? Quién sabe. Fue a su cuarto y se metió a la cama, quería dormir.

—Sí, Miguel, estás allí detrás del mostrador. Llegará el muchacho del telégrafo y tú, para no alarmar a tu padre dirás que es mío, y todos lo sabrán y pensarán: ¿por qué lo hace sufrir? ¿Por qué no desaparece? Como yo he dicho de Elisa. No es fácil, no es fácil desaparecer aunque una quiera. Por ti, yo sí lo haría.

A las cuatro de la tarde llegó un telegrama de Miguel dirigido a Adelaida: “Elisa telegrafió antes salida, llega mañana en autobús. Agradecemos hospitalidad y aviso. Miguel.”

—Tina. Ya se arregló —abrió la puerta del cuarto de su hija y la vio sentada en su cama, tosiendo y escupiendo—. Telegrama de Miguel, ya les avisó que llega mañana. Pero si te da asma de nuevo, no la perdonaré mientras viva. Toma el inhalador. ¿Dónde están las pastillas? ¿Aquí? Lo peor de esto es no poder hablar. No hables. Voy a llamar al doctor.

Entre el inhalador, la pastilla y una inyección intravenosa se controló el asma. Tina tosía y lloraba. Luego sólo lloraba. Adelaida hizo pasar a Isidro y se retiró, estaba disgustadísima.

—Ernestina, ¿qué es esto? ¿Puedes hablar?

—Un poquito —hablaba sin hacer vibrar las palabras.

—¿Estás llorando porque lo quieres a él y no a mí?

—Estoy llorando porque nunca te dejaré ir. Quise morir y me di cuenta de que era por él, pero que viviría no por Juana María, sino por ti. Y eso me duele y me cuesta y no sé si hago bien.

—¿Así te sientes? ¿Hasta el extremo de la vida y la muerte?

—¿No lo sabías?

—Sí —estaba sentado frente a ella, en la orilla de la cama y puso la cabeza en la almohada, muy cerca del arete—. No me tengas miedo, ni lástima. Yo te elegí, tú ni siquiera me habías mirado. Yo vine a meterme a tu casa, a tu cama. Pero siempre seré mejor que él si significo vida. Ah, si me atreviera, si pudiera decirte...

Adelaida abrió la puerta y los miró un momento. Era el viejo discurso de amor, ahora estaba segura. Se fue en silencio, con los ojos húmedos.

—Bueno, doña Adelaida, ya está usted al tanto —estaban cenando, Tina no se levantó por órdenes del médico—. Estoy enamorado de Ernestina.

Adelaida lo miró pensativamente. Isidro era todo, menos un niño.

Sin embargo, reflexionaba, no hay un ser humano capaz de ser depositario de la verdad, de la que ella, por ejemplo, conocía sobre su hija, siempre admitiendo la posibilidad de que no fuera toda. Ella tampoco, por supuesto.

—No me parece mal. Usted no me parece mal.

—¿Cuál es la objeción, entonces?

—No he hablado de objeciones, pero he hablado, Isidro, y ahora me parece que de sobra. Cuando le conté, hace más o menos tres meses, el divorcio de Tina, estaba yo en la idea de que usted podría más bien ser su amigo. No tomé en cuenta el amor por puro egoísmo, por necesidad de confiarme y de ser escuchada. Ella estaba grave y yo necesitaba realmente de alguien. Ningún pariente, ningún amigo, me daba esa sensación de inteligencia.

—Voy resultando demasiado listo para mi propio bien.

—No empecemos con bromas. Es usted demasiado listo para su propio bien. Es evidente. No puede engañarse a sí



mismo y es honrado, así que tampoco quiere engañar a los demás. Si usted cree que esas son buenas condiciones para el amor, está equivocado. Yo amé a mi marido y fui amada intensamente sin lugar a dudas, pero la verdad no estaba en juego, sino la vida diaria, lo que cada uno podía darle al otro.

—No, no somos así. Usted no es tonta, señora.

—Dígame Adelaida, cada vez que me dice señora o doña es para burlarse. Y no soy tonta ni me hago. Ustedes son capaces de la lealtad siempre que no se amen. Eso creo. Si ese obstáculo desaparece, la primera en alegrarse seré yo.

—Usted no me conoce.

—Pero a Tina sí. Nunca miente y sin embargo es capaz de ocultar, como un pozo sin fondo. Si se le pregunta hay respuesta, o por lo menos la advertencia de que no quiere dárla, pero eso, como puede usted ver, no es la verdad.

—¿Tiene usted muchos prejuicios, Adelaida?

—Uno muy grande: contra el sufrimiento. Otros menores... relacionados con lo mismo. Detesto a la familia de don Miguel, por ejemplo, porque dentro de su evidente tontería general, siempre están agonizando de dolor. Sufrir por estupidez me parece un agravante. Ser lúcido también hace sufrir, como le sucede a usted. Me podrá confesar que está enamorado, pero no pudo agregar que eso lo hace feliz; además lo ha dicho como si prefiriera no estarlo... Estoy hablando mucho, cuando quiera que me calle, me avisa.

—Me tiene maravillado; yo no le daba más de catorce años.

—No, tengo dieciocho. Y veintidós de amor, para que lo sepa.

—No me hace feliz amar a Tina pero no puedo dar un paso atrás ni lo daría si pudiera, porque nunca había querido a otra, ni nada parecido. Tina es un gran bien, no importa el mal que traiga.

—Está usted resuelto a todo, entonces.

- Sí.
- Entonces sufrirá y yo lo veré con malos ojos.
- ¿Con qué ojos ve los dolores de Tina?
- Con ojos de furia. Pudo salir del cretino con relativa facilidad y hasta con suerte. ¿Qué carajo pasa ahora?
- El primo, Adelaida, no olvidemos al primo.
- Ahí tiene usted, me resisto a creerlo. Usted no lo ha visto, es indescriptible.
- Lo conocí y los vi juntos, además. Fue mi primera, inolvidable visita a esta casa.
- ¿Y... qué vio?
- Una imbecilidad profunda, arraigada y durable. Pero imbecilidad al fin, lo cual no la hace más manejable sino menos, porque no se razona. Usted no lo cree porque busca razones, ¿cómo va a encontrarlas? No hay. Ni con Freud en la mano, hay dioses por encima de Freud.
- Eso decía mi marido y no se equivocaba nunca.
- ¿Se ofenderá usted si me quedo a dormir en su casa y me voy digamos a las cuatro o cinco de la mañana?
- No me haga reír. Después de haber permitido que durmiera en mi casa dos meses seguidos y en mi ausencia el degenerado ese de Miguel. No soy tan absurda. ¿Cómo dicen en inglés? Lo que es salsa para el pato es salsa para el ganso.
- Yo soy cisne.
- Estoy empezando a sospecharlo. Cuidado. Los cisnes no se comen, no se hacen asados de cisne.
- Mis estancias nocturnas no son las del primo, sino distintas.
- No sabemos cómo eran las del primo y bajo ese supuesto general, no haré el ridículo.
- Eso me encanta de usted. No conoce la moral de la clase media, pero sí la ley del ridículo. Tiene razón, es más práctica.

—Gracias.

Isidro llegó al cuarto de Tina y en la puerta sintió la boca seca, la lengua pegada al paladar, entró y cerró la puerta con llave. Ella estaba sentada en la cama, respirando limpiamente pero muy pálida. Isidro empezó a desvestirse con método, sin pudores, sentía los ojos de Tina, pero no le daba los suyos. Luego se tendió en la cama a su lado.

—Isidro.

—Dime.

—Toca —le puso la mano sobre su pecho, el corazón de Tina palpitaba rápido, fuerte, dolorosamente. Isidro estuvo a punto de preguntarle si era por el asma y no lo hizo.

—Late. Toca el mío —también el de él había empezado a desbocarse, Tina se rió.

—Yo pensaba que eso del latir de corazones era una frase.

—La literatura, por lo general, es cierta.

Fue ella quien empezó a besarlo con minuciosidad, con satisfacción estética y sensorial; Isidro, desnudo, era muy hermoso. Y se dejaba hacer así, temblando, con un rostro de santo martirizado. Ernestina quiso por primera vez examinar un hombre con los dedos, los ojos, los labios. Isidro se le moría entre las manos hasta que ella sola se sacó el camisón y buscó su boca. Vino la posesión y ella con los ojos en los de él, sin desviarlos, sin que por su mente pasaran ideas, sólo la verdad de esos ojos, de todo este hombre que ahora se sacudía en un orgasmo inmenso, de los que cierran la garganta y los oídos. Luego el cansancio y ella laxa, en sus brazos, pegada a su cuerpo, suya todavía.

—Cállate ahora, no vayas a empezar. No, esto no es placer como el que tú has tenido, es la aproximación o el intercambio. Nunca había sentido esta adoración y esta entrega y ahora lo sé, jamás podré sentir nada más hondo. Así es mi placer, así es la sustancia de mi cuerpo y por eso, por eso sólo, no puedo caer en relaciones cotidianas. La

exaltación del alma no se da automáticamente, se siente o no. ¿Quieres mi alma? Ya la tienes. Mi alma entera además. ¿Quién va a poder ofrendar su alma todas las noches a las nueve? Te sentí, Isidro, muy a fondo. También tuve tu alma al tiempo que el placer de tu cuerpo, marchando al unísono. Las almas no tienen horario, pero no se retiran a voluntad como los cuerpos, se quedan allí prendidas, contra viento y marea. ¿Reconoces la verdad de lo que estoy diciéndote? No me contestes, pareces un muerto, pero me oyes. Te he dado cuanto soy, si más fuera, más te hubiera dado y te hubiera recibido en toda tu magnitud y bien lo sabes. No habrá palabra rebuscada ni cómica, no habrá pudor intelectual que pueda borrar esto; es una frontera atravesada hoy y no hay regreso. Ya hemos ido demasiado lejos.

A Isidro la voz de Tina le parecía un instrumento; captaba el sentido pero el tono le decía más aún. ¿Cómo podía un simple ser humano lograr estos excesos? ¿Cómo podría soportarlos sin caer en la más abyecta servidumbre? Servidumbre. Se guardaría esa palabra en el fondo del cerebro, no la diría nunca, servidumbre era la suya y lo había descubierto hacía semanas, pero no lo formulaba. Que no se le volviera a ocurrir, eso pedía. Porque Tina era libre, sin duda alguna; libre para sufrir si se quiere, pero no esclava. Estaba hundido en el sabor a ella, en ella, y pensaba, reconocía que pensaba. No hablaría hasta que ella se lo permitiera, era suyo al fin y al cabo y tenía derecho.

Tina se enrolló en el cuerpo de él, pasándole una pierna sobre el vientre, tomó posesión para dormir sobre su tierra conquistada. ¡Qué alegría, qué prodigio era ser joven y tener cuerpo! Sonrió. Ernestina estaba dormida, él no podía dormir porque el júbilo vale.

—Está bien. Que cada vez sea un acontecimiento. El hombre puede diferenciarse del animal, esto lo comprueba.

Durante los meses siguientes la vida tomó un ritmo. Isidro y Ernestina pasaban juntos muchas horas del día y con ellos era frecuente ver a Adelaida, cuando la dejaba libre su tienda, la cual resultó un éxito rotundo. Tina Barret se colocó entre los diseñadores más cotizados, en competencia con los de prestigio internacional; diseñaba con facilidad, como quien respira. Su ropa era sencilla, cara, hecha por las mejores manos y con las mejores telas. Lo demás lo hizo el carácter de Adelaida.

—A tu madre se le revuelven las criadas con las duquesas y ambas se sienten favorecidísimas —decía Isidro—. Jamás he visto una persona tan democrática.

Era cierto. Adelaida jamás ofendía y su familiaridad era ligera, bondadosa, de buena ley. Ganaba dinero sin pestañar, igual lo gastaba. Comía poco, vestía elegantemente, era el ideal de muchas mujeres y el sueño dorado de muchos hombres.

Isidro y Juana María se hicieron íntimos amigos. Para ella, él no tenía reservas y toda su sequedad verbal dejaba de existir. Juana María recibía el tratamiento de amor, encanto, mi vida y otros mil más porque era inventivo: consuelo de mis noches, desgracia de mis placeres, necesidad de mi alma. Ella extendía los brazos en cuanto él llegaba y lloraba cuando se iba y él respondía con paciencia, sentido del humor, ternura a secas.

De los otros Barret no se sabía nada, como si efectivamente se hubieran borrado. Llegaban de vez en cuando cartas de don Miguel, todas sobre negocios y tan impersonales como siempre las había escrito. Empezaban con un “esperando que estén bien al igual que nosotros” y terminaba con “cariños a tu madre y a tu hija, con un abrazo de”, luego firmaba con su nombre completo y una rúbrica elaborada. Tina contestaba del mismo modo, era no saber nada, comunicarse mutuamente su existencia. Ni Teresa daba

señales de vida, ellas ignoraban su dirección, preguntarla era salirse de línea.

Por otra parte, la situación económica de Isidro evolucionó para bien, primero la venta de unos cuadros y luego una exposición bien recibida marcaron la diferencia. Para él pasar el otoño en Roma era factible y hasta con un margen de abundancia. Tenía por costumbre trabajar desde muy temprano hasta las tres de la tarde, comer cualquier cosa y presentarse en casa de las Barret. Allí seguía dándole clases a Tina, con Juana María entre los brazos la mayor parte de las veces, luego cenaba con ellas o las invitaba a salir.

Cuando fue el momento de resolver el viaje a Roma recibió una invitación para exponer en Detroit, en noviembre, para lo cual debía ponerse a trabajar casi día y noche, llevar él mismo los cuadros y estar presente en la inauguración.

Adelaida se entusiasmó, le parecía un gran paso en la carrera de Isidro. Tina también y resolvió inmediatamente.

—Pues no vamos a Roma. Será otra vez.

—Si es así, prefiero no aceptar.

—¡No aceptar! De ninguna manera. ¿Qué propones entonces?

—Vete tú, Tina y que él te alcance en cuanto pueda —dijo Adelaida.

—Precisamente —ratificó Isidro—. Te llevas el Baedeker, haces tus descubrimientos, llego yo y tiramos el Baedeker. Si te preocupa el idioma y la galantería italiana, se hace un arreglo con la Cook para que te pongan una niñera que hable inglés o francés.

—Eso deberíamos haber hecho Esteban y yo. Qué burros. Nos perdimos Italia por no tener niñera.

Quedó así resuelto. Isidro se puso a trabajar como perseguido y entre otros, pintó los tres retratos de las Barret. Adelaida tuvo el suyo antes de empacarlo, algunas clientas de ella se interesaron.

—Estás en peligro de convertirte en un pintor de moda  
—ahora Adelaida y él se hablaban de tú y su trato era de  
suegra a yerno y “viceversa”, decía Isidro.

El arreglo amoroso planteado por Tina aquella noche  
funcionó bien. No tenían días fijos ni horarios preconcebidos,  
sino momentos de “asociación libre” según dijo Adelaida  
cuando Tina le habló de aquello.

—¿No piensan casarse?

—No. Por lo menos yo no. Si Isidro viviera conmigo no  
sería tan clara la asociación ni la libertad. Habría rutina;  
ahora opina que el matrimonio puede funcionar si uno está  
consciente de no transformarlo en la clave de un invento  
infernial: “la vagina mecánica”. Yo no lo creo, ni cuenta se  
da la gente y ya están haciendo eso, es más cómodo. Sentir  
cansa y cuesta trabajo.

—Pero lo quieres.

—No puedo resignarme a esa palabra. Es algo más im-  
preciso y mucho más grande.

—Menos mal. Siempre me preocuparon María y Eze-  
quiel, pero no ponen objeciones, Isidro les encanta.

—¿Y los demás?

—¿Quiénes? ¿Los vecinos que lo ven salir como gato de  
azotea, a las cuatro de la mañana? No son tan madrugadores.

—La gente. Isidro y yo nos estamos haciendo conocidos,  
la situación habla por sí misma.

—¿Tú crees que nos puedan meter a la cárcel?

—¿Por eso? No, ya soy mayor de edad.

—Bueno, pues no se casen.

Sólo Isidro hubiera querido casarse, pero no lo dijo.  
Aceptó los términos de Tina y se atenía a ellos con el mismo  
rigor con que cumplía su arreglo con Adelaida: nunca lo  
sorprendió la luz en casa de las Barret.

Alquiló un estudio grande, luminoso, una sola pieza con  
ventanales. Allí trabajaba, dormía y comía; puso teléfono,

pero no daba la dirección, no quería visitas. Adelaida y Tina fueron a conocerlo una tarde de lluvia y les pareció muy bonito.

—Lástima que sea tan triste —dijo Adelaida.

—¿Te parece? Es un lugar de trabajo.

—Y nada más, como si Isidro no fuera persona. Hasta su cama parece sofá.

Y es que todos los sentimientos personales de Isidro residían en casa de ellas.



### III

Sucedió casi inmediatamente después de llegar a Roma.

Tina había hecho reservaciones en un hotel modesto relativamente hablando: con baño propio, suficiente espacio en el vestíbulo y en su cuarto, mucha limpieza y ningún lujo. Isidro fue muy explícito en sus descripciones de las casas de huéspedes.

—La comida siempre es excelente, lo demás, horrores cómicos. Si eres pobre acabas prendido de un lavabo fro-tándote con una toallita por aquí y por allá y bañándote en la estación una vez a la semana. Hay un sólo excusado para todos los huéspedes y además es conveniente remojar los pies en el *bidet* y usar los productos Scholls con abundancia y asiduidad. Quizá las mujeres menos que los hombres. Es bueno italianizarse, pero no necesario empezar por los pies sino por el extremo expuesto.

—Ay, así es Europa —suspiró Adelaida.

Pero Ernestina no deseaba grandes salones, obligación de vestir para las comidas, nubes de meseros y los cazadores de fortuna. Se encontró lo buscado y ella lo halló de su gusto; hasta allí las cosas marcharon sobre ruedas.

Lo grave fue su primera salida a la calle, con el mencionado Baedeker en la mano, porque el aire de Roma, lo antiguo y lo moderno, lo ancestral y todo cuanto veía, la fulminaron como un veneno. Cayó en la cuenta de que sus viajes anteriores eran contemporáneos e inofensivos, aquí estaba en un

extremo peligro, en un peligro muy antiguo apenas revelado cuando llegó al Foro Romano. El lugar donde Julio César cayó asesinado, con su consecuente explicación, le hizo un efecto físico; la Columna de Trajano era una alucinación soñada antes mil veces. El Coliseo, el recuerdo de mil pesadillas infantiles. En una sola mañana perdió la conciencia de sí misma, de su presente y su pasado; todavía tuvo tiempo de pensar en huir, podía tomar un tren para París; podía regresar a Nueva York, también volver a casa; estaba convencida de la legitimidad de su terror, no se avergonzaba de reconocerlo y sin embargo no pudo decidirse a nada. Lo supo cuando llegó al hotel a media tarde y sin haber comido, de pie junto al teléfono. En México eran las cinco de la mañana y hubiera podido hablar con Isidro pero eso era trampa, cambiar lo escrito desde siempre. Reconoció entonces el terror como la presencia inevitable de la fatalidad y la fatalidad como la forma inevitable de la vida incluyendo en ella la diferencia con otras vidas humanas ligadas con la suya. No se podía huir, ni llamar por teléfono, ni pedir ayuda; eso daría lugar quizá al castigo, forma maligna de la fatalidad, la cual también podía ser benéfica y superior, el mérito al cumplimento.

No debía echar mano de conceptos conocidos, ni de realidades científicas, ni de concepciones culturales; debía abandonarse y dejar todo como un condenado a muerte, quien, lo había intuido antes muchas veces, debe alejarse de la vida a toda prisa para llegar al tránsito completamente muerto, sin un asomo de alma en todo el cuerpo.

Se entregó a este proceso insoportable como si fuera un proyecto ya madurado, todos sus sentidos se lo decían; se trataba de un proyecto en el cual quedaba incluida, pero no era suyo, ni de Adelaida y menos de Isidro. Era mayor. Tenía a su favor, desde su punto de vista, una seguridad: no se trataba de un trastorno mental, era sólo un receso de su razón en favor de una realidad mucho más poderosa.

Esa noche, en su cama, recordó el asco que siempre le habían producido las fantasías literarias seudocientíficas de otros mundos habitados por seres contruidos en la imaginación. Los odiaba por rebuscados y bien veía ahora que por innecesarios. Existía un mundo inexplorado, no manchado por los recursos vulgares de la ficción pero no menos increíble o inasible para el ser humano cotidiano.

Según acuerdo anterior telegrafió a México su llegada y su conformidad con el hotel. No se atrevería a escribir una carta, más aún, no podría explicarse en mucho tiempo, no era posible convertir en palabras esta trampa en donde había caído... era una trampa, así se llamaba, pero sin la connotación necesariamente destructiva. Seguiría enviando telegramas, entonces; cuando lo decidió se le llenaron los ojos de lágrimas. Ella que soportó la sensación del fracaso matrimonial, la idea nunca expresada de la obligatoria orfandad de Juana María, la muerte espantosa de su padre sin llorar, estaba ahora empapada en lágrimas, corrían sin esfuerzo, como el aire al respirar y las otras funciones automáticas de su cuerpo. Era infeliz con una intensidad desconocida y al mismo tiempo feliz hasta el delirio.

“Los quiero como siempre, más que nunca.”

“Tenían razón, debía venir a Roma.”

“Mil cariños, cuiden a Juana María.”

“No se preocupen por mí.”

“Muchos besos y amor de siempre.”

Los telegramas, además, le daban una inigualable satisfacción: de acuerdo con la diferencia de horas, llegaban probablemente antes de ser enviados. Esta incomprensible duplicidad del tiempo era un consuelo grande, borraba la culpa de la ausencia, esta ausencia inconmensurable y esta distancia imposible de calcular.

Así anduvo. Recorrió la ciudad dispareja, cortada en rebanadas, vieja como una momia que levanta una mano,

sonríe a medias, se acomoda en su sarcófago labrado. Se echaba a la calle sin percibir el frío, con el impermeable, las botas de suela de hule, las manos en los bolsillos. A veces Roma parecía recordar el verano y Ernestina sudaba, se enrollaba el suéter al cuello y metía el impermeable en su bolsa de cuero, siempre colgada del hombro. Comía lo que fuera y donde fuera, no tomaba autobuses, no hablaba con nadie.

—No puedo enfermarme, no puedo salir con el asma y la jaqueca, si me enfermo, lo echo todo a perder —por eso tomaba precauciones.

El Vaticano la aterrizó. Visitó el museo pero no la basílica, tuvo miedo. Esa plaza semicircular con la columnata curva, le pareció el mejor sitio para erigir un cadalso, no se suavizaba con el continuo pasar de monjas y curas, de toda clase de turistas, de todas las muestras raciales; para ella siempre estaba vacío.

Sus largas contemplaciones de las fuentes, las estatuas y las ruinas se llevaban a cabo en un ambiente especial, único, ni ella siquiera estaba allí. A veces por la noche, en medio del cansancio agotador, trataba de reflexionar débilmente, como por reflejo.

—Podría ser la soledad. Nunca hasta ahora había vivido sola, sin hablar un idioma, sin comunicaciones humanas —sus oídos se cerraban al italiano y no entendía ni las expresiones más obvias. No era eso. ¿Cuándo tendría fin? ¿Y cómo?

Isidro iba diariamente a visitar a Adelaida o más bien a Juana María. Se presentaba cansado, hambriento, mal vestido como en sus peores épocas. A veces encontraba un telegrama, otras lo llevaba él; Tina los repartía con equidad y estaban redactados en plural.

—¿Por qué no escribirá la muy tarada? ¿De dónde habrá sacado la idea de telegrafiar como si estuviera en el hospital?

—O estará en el hospital. Ya se me había ocurrido.

—Isidro, tú estás muy mal porque trabajas demasiado, no pienses morbosidades. Claro, podríamos hablar por teléfono.

—Tú sí, yo no, Tina es libre. Si recibimos un telegrama, ¿cómo y por qué motivo hablamos por teléfono? En primer lugar, ella eligió esa forma de comunicación, en segundo, en ninguno he notado que diga: “contésteme por el mismo medio”, “escribanme” o “mándenme noticias”.

—Eres un orgulloso. ¿No te manda alguno a ti solo? Perdón por la pregunta.

—No, Adelaida. ¿Y a ti?

—Tampoco. ¿La mandamos al demonio y no nos preocupamos?

—Tú ya estás preocupada y yo no puedo mandarla al demonio. Bueno, voy a ser franco: hablé por teléfono al hotel como a las tres de la mañana de allá y me contestó un telefonista muy expansivo que hasta me prometió ser discreto. Tina sale como a las diez de la mañana, desayuna en el hotel, regresa a las seis de la tarde o cuando empieza a oscurecer siempre sola, no trae a dormir a nadie y no hace amistades. Tiene aspecto sano pero a la manera de ver de este señor le haría falta subir de peso y ser más comunicativa.

—Han de creer que eres un marido celoso.

—No, cayó muy bien en la cuenta de que soy un amante celoso.

—¿Lo eres?

—Horriblemente, Adelaida. Voy a hacer una exposición de monstruos de ojos verdes. ¿No se te había ocurrido? Aquí lo era en forma diferente, sabía de quién tener celos; es peor

ignorarlo. Y como dice un amigo mío: a todos se nos revela el amor en Italia, es normal.

—¿No se le reveló ya contigo?

—No. El amor es menos de lo que siente por mí, pero es el amor. Un sentimiento muy... enloquecedor.

—¿Tú la amas entonces, Isidro?

—Sí, y además lo otro, eso también. Me refiero a las grandiosidades wagnerianas. Y como el esperpento también, pero he tenido buen cuidado de no mostrarlo. Estuve a punto pero ella reaccionó a tiempo: iba yo a empezar a decirle palabritas y a trovar al pie de su ventana.

—No te lo creo.

—Pues sí. Ahora soy mudo por elección y amante por honor. Luego *excrucior*.

—¿Qué es eso?

—Catulo. Sufro, me desbarato, estoy crucificado, vaya.

—¡Qué pesadez!

—Me voy a seguir pintando.

—¿Qué pintas?

—Una sola flor que se llama Ernestina, una amapola fatal.

—Como antes. Vas a llegar a Detroit hecho un esqueleto y a Roma, peor.

—Si voy a Roma y no me han despachado antes.

—Cielos, qué mal andas. Si estuviera aquí Tina ya te hubiera dicho que eso no te ocurrirá jamás, para desgracia tuya.

—Eso ya lo sé. Vamos a comer. Además, no puedo perder a Juana María... aunque me veas con esos ojos. ¿Puedo perder la excelente oportunidad que me brinda su padre desnaturalizado, quien no se tomó la molestia ni de conocerla? Si Tina se enamora de un policía italiano tendrá la obligación de soportarme igualmente, por Juana María. Y viceversa, por supuesto.

—Peor que casados.

—Así pasa. Cuando las parejas no se casan siempre están peor que casadas.

Adelaida le escribió a Tina ese mismo día.

Mi Tina querida:

Me choca escribir cartas de madre y estoy de acuerdo en recibir telegramas en conjunción con Isidro, pero ¿no se te ha ocurrido que no puede esperarse lo mismo de él? De acuerdo, tiene complejo de superman, pero ¿se lo crees? Lo sujetas a un régimen inaguantable para cualquier hombre normal y él acepta, la culpa es suya; ya lograda semejante hazaña y por ello quizá, llevas las cosas a su límite. Cualquier madre estaría furiosa con tus condenados telegramas, yo no lo estoy, pero Isidro no es tu madre. ¿Quieres otra madre y no te basto? Los sentimientos grandiosos, estoy viéndolo, nunca se me hubiera ocurrido por mí misma, son menos exigentes que los pequeños y mezquinos. Es demasiado fácil, Tina, declarar los extremos y luego mandar telegramas en plural; ahora entiendo por qué no has querido casarte. Vivir en el Olimpo no es igual a vivir en una casa ateniense dirigiendo el trabajo de los esclavos y esperando que el marido regrese de la guerra, los griegos lo entendían muy bien. Además no has pensado en lo fea que se ve a los ojos de Isidro tu ausencia de curiosidad acerca de Juana María. Por supuesto está muy bien y no le falta nada pero él la trata como si la hubieras dejado abandonada en un descampado. Hasta las madres olímpicas piden noticias de sus hijos, ¿o los verán con un tercer ojo? No lo sé. Yo necesito cartas y siempre las escribo, pero naturalmente no pienso que vas a encontrar en Italia otra madre mejor y más bonita; pero Isidro ¿cómo ha de evitar imaginarse estupideces? No te fíes aunque nunca haya mostrado complejos de inferioridad; hace demasiado poco tiempo de tu *faux pas* con Miguel (perdón por mencionar al hijo de Venus) (pobre Flora, qué inde-

cente soy). Bueno, tú me entiendes. Manda telegramas pero no a él; por lo menos dile que te los conteste. O mándale unos exclusivos, o algo.

Repito, Juana María está bien. Camina con ayuda de Isidro y uno que otro improperio. Tu madre (digo). Adelaida.

Por fin, por fin entró en San Pedro. Fue derecha a la Pietà de Donatello. Allí ocurrió todo. Miró con otros ojos, con otra vista, bajó los párpados y seguía viendo; había perdido los párpados. El cuerpo masacrado se levantó y se puso en pie al lado de la Madre, ella giró la cabeza y lo miró. Tina volvió la espalda y fue hasta la puerta, no pudo cruzarla. Él no estaba muerto, nunca lo había estado, estaba vivo, eternamente vivo. Ella también, Ella... los miró. Él seguía de pie, Ella concentrada en la más absoluta adoración. Los contempló un largo rato, con los ojos cerrados y abiertos, a una distancia prudente, luego notó que sus piernas ya la obedecían y pudo salir... el mundo exterior se había transformado, cada objeto tenía un halo de color, una brillantez propia. El mundo era como una gema y la plaza no tenía un cadalso, tenía una cruz de fuego, ése era el cadalso. Y el Sentenciado estaba adentro, no muerto y en brazos de su madre, sino vivo y de pie.

Atravesó la plaza dejando huellas mojadas en el suelo, estaba orinándose sin saberlo. Luego encontró una banca. Se sentó un largo rato mientras se le mostraban las cosas del mundo tales cuales son, no como las vemos. No pensaba en nada. Estaba entregada a ver porque nunca había visto.

Ese mismo día llegó a la tienda de Adelaida una mujer muy desagradable para ella, con su hija y su nuera, Carlota Montiel de Amezcua.

Apenas unos años mayor que Adelaida, se consideraba a sí misma profesional y mujer de negocios. Era rica por familia y matrimonio. Adelaida le concedía la originalidad



de que habiendo podido dedicarse al ocio y a la vagancia de las relaciones sociales, lo cual puede ser una ocupación absorbente, trabajaba de la mañana a la noche haciendo horóscopos y leyendo barajas. Tenía una oficina montada en su propia casa, con sala de recepción y secretaria, más o menos como un médico, y estaba estrechamente relacionada con un submundo de espiritistas, videntes, taumaturgos, sacerdotes originales y hasta monjas iluminadas. Cuando algún miembro de su clientela, toda rica y de buena sociedad, presentaba una dificultad fuera de sus alcances, tomaba el teléfono y refería a su consultante hacia otro especialista.

Adelaida se rehusó siempre a visitarla por haber escuchado comentarios desfavorables, como por ejemplo la terrible influencia ejercida por Carlota sobre muchas mujeres las cuales acababan por depender de ella para resolver desde los asuntos más sencillos hasta los más graves. Se contaban abundantes chismes.

—Esa mujer da malos consejos. Le dice a una mujer más o menos en buenas relaciones con su marido si debe buscar o no un amante, cómo debe comportarse, o decide el destino de los hijos —esto se lo decía Adelaida a don Esteban, quien por su parte asistía una vez al mes a un centro espírita y aparte de apuntar en un cuaderno lo más importante de cada sesión jamás se refería al asunto y en nada alteraba su conducta cotidiana.

—Están muy ociosas esas señoras. Una cosa es ampliar el campo del conocimiento y otra poner la vida en manos de otra gente.

—Y pagarle los miles de pesos por hacerlo —Adelaida soltaba la risa—. Así es el mundo, muchas mujeres morirían antes de soportar que alguien influya sobre sus maridos, hijos, hermanos y yernos; a Carlota le pagan para que los domine. Eso es lo más chocante.

La invitó a su inauguración y ahora se le presentaba como clientela. Sin embargo, después de los primeros saludos, cuando la hija y la nuera ya se dejaban llevar por la dependienta a una salita contigua, ella se sentó en un sillón y sacó los cigarros. Adelaida le ofreció un café y se acomodó frente a ella. Carlota miraba la tienda con expresión de agrado.

—Tienes aquí un buen ambiente, ¿lo sabías? Se siente —Adelaida sonrió—. ¿Y Tina? ¿Está de viaje, no?

—Está en Roma. —Adelaida estuvo a punto de preguntarle cómo se había enterado, pero tratándose de Carlota... se lo habría dicho la baraja.

—Adelaida, ¿tú crees en mis cosas?

—No he pensado mucho en eso.

—Tu marido era creyente, pertenecía a un centro.

—Sí. No hablaba nunca de eso —si los centros eran cosa tan pública la mitad de la clarividencia debía venir de informaciones bien concretas—. Hay hombres así.

—Es lástima, ¿sabes? Me gustaría decirte algo nada extraño si estuvieras acostumbrada —a Adelaida empezaron a sudarle las manos pero se limitó a ladear la cabeza como quien se prepara a escuchar—. Fui al mismo centro espírita que frecuentaba tu marido... anoche. Y vino a cuento. Me enteré de que estaba informado de su accidente, ellos le aconsejaron no hacer el viaje, pero al mismo tiempo le dijeron que su muerte traería un gran cambio para bien en la vida de su hija —Adelaida conservaba la expresión, pero estaba demasiado seria—. Le dijeron que Tina estaba en peligro de atentar contra su vida y según parece él contestó: "Razón de más para hacer el viaje". —Adelaida recordó una carta de la baraja egipcia, no sabía dónde la había visto: una torre que se derrumba pintada antes de caer al suelo, a medio estallar, le pareció estar escuchando el crujir de la torre. Tomó dos tragos de café.

—Bien podría ser, Tina no era feliz. Hubiera sido más cuerdo aconsejarle que le impidiera a Tina vivir con su marido.

Carlota se rió.

—Esas cosas no se cambian así. Pero bueno, te lo concedo, es una buena respuesta.

—¿Y qué más? No es eso todo, ¿verdad? Ya va a hacer un año al fin y al cabo.

—No —Carlota vaciló un momento—. Dijeron que tu hija va a ser una mujer famosa, muy famosa, precisamente a causa de ese pago. Famosa y original, va a llevar una vida... distinta de lo esperado. Y no feliz, eso sí ya es así, no tiene remedio. Decidí decírtelo para prepararte porque la comprensión maternal tiene límites y la tuya debe ser ilimitada.

—Carlota, no sabes cuánto te lo agradezco. Venir a verme sólo para eso... ¡qué gesto de tu parte! Te aseguro que lo tomaré en cuenta.

—Vamos a comprar vestidos, Adelaida. No fue sólo para eso —la voz de Carlota era dura, con un filo de resentimiento.

Hubo un silencio que la naturalidad de Adelaida no hizo pesado y por fin aparecieron las otras con sus cajas ya empacadas. Adelaida se despidió de ellas con la más fina cortesía.

Habían comprado tres vestidos de los más caros. Y muy rápidamente. Sus clientas, para una cosa así, solían emplear una o dos horas; estarían aleccionadas y aprovecharon la ocasión. Decidió no pensar en Carlota ni en lo escuchado hasta llegar a su casa, era demasiado. Tomó una aspirina y más tarde otra.

Tina regresó al hotel a las nueve de la noche, desde el desayuno, no había comido y no tenía hambre. Se tendió en su cama y siguió viendo ahora en las paredes y en el techo,

sin luz y con ella. Ahora eran imágenes complejÍsimas pero en detalle, con todos los objetos individualizados y brillantes, colores claros y oscuros pero superiores a cualquier color antes contemplado, como si su mente a lo largo de la vida hubiera estado almacenando impresiones y ahora se volcaran diferentemente organizadas con una realidad memorable y clarÍsima. Sudaba de miedo y de alegrÍa, lloraba a veces, sin aspavientos, sin sonidos; jamÁS hubiera ejercido su voluntad para desear el sueÑO y mÁS bien temÍa alguna interrupciÓN. No supo cuÁNdo se durmiÓ pero despertÓ al dÍa siguiente muy tarde, casi al crepÚsculo, debÍa de haber dormido muchas horas y apenas tenÍa fuerza para moverse. PidiÓ la comida en su cuarto y siguiÓ durmiendo despuÉS de comer.

Isidro llegÓ esa noche a la hora de la cena y encontrÓ a Adelaida con los anteojos en la mano y el rostro tenso, parecÍa haber envejecido.

—¿Qué sucede? —estaba sobresaltado y de mal humor, se avergonzó inmediatamente—. ¿Qué pasa, Adelaida?

—Pues... —Adelaida estaba resuelta a no mencionarle el asunto y sin embargo se lo contó todo, sin guardarse una sola palabra y con un agregado: habÍa buscado y encontrado en el escritorio de su marido el cuaderno de las sesiones espÍritas; era la primera vez que registraba papeles de don Esteban sin autorizaciÓN expresa y se sentÍa muy avergonzada. LeyÓ sÓlo la Última pÁgina.

“MenciÓN de Tina muy curiosa. Por supuesto, la referencia a un desastre posible me parece mÁS que cierta. No puedo intervenir porque tampoco puedo soportar el significado de su infelicidad. No es el miedo al divorcio, es el futuro; si Tina no puede con este marido, tampoco con otro; la esperan la mediocridad y hasta la vulgaridad. La salvarÍa la fama, ¿cuÁL? Pero no le darÍa la dicha. ¿Qué es eso, al fin y

al cabo? Entre una satisfacción y ninguna, no cabe la menor duda. Que todo fuera mentira... habrá ocasión de probarlo, no suspenderé el viaje. También a Adelaida le espera un estilo de fama, me dicen. Parece ser que mi vida sirve para mantener en la insignificancia a quienes más amo en el mundo. Se verá... o lo verán otros."

Adelaida le mostró el cuaderno a Isidro, quien no la interrumpía sino la escuchaba con una atención afilada, llena de asociaciones.

—Muy bien y por lo tanto, se siente usted perro.

—Sí.

—Pues no hay nada qué hacer, ¿me oyó? Nada.

—Hablas como don Miguel Barret, siempre dice eso.

—Muchas gracias. Te recomendaría una cosa: no vaya a darte por consultar con esa Carlota ni con nadie, porque... perdóname la franqueza, pero este asunto no te concierne salvo en lo que a ti se refiere y ya sabes que es cierto en una forma satisfactoria para ti. Tina es adulta y nada de lo que haga será de tu gusto porque no se parecen.

—Es mi hija y ya hizo a Juana María y te trajo, los dos son de mi gusto.

—Claro. Pero no eres omnipotente. Si esto es cierto, puedes consolarla de la fama y de la singularidad. Nada más.

—¿Y tú?

—Yo al parecer no juego un papel importante. No me conocen los espíritus.

—¿Crees en eso?

—No. Mi madre, en cambio, es adicta. Se pasa el día en ello y parte de la noche, afortunadamente, o ya se hubiera vuelto loca de fastidio. ¿Tú crees?

—No. No puedo.

Isidro se echó a reír.

—Entonces vamos a quemar el cuaderno y a otra cosa mariposa.

—El cuaderno no lo quemó, es de mi marido.

—Muy correcto. Guárdalo con llave y que Tina no lo vea nunca.

—No, ¿verdad? Ya me estoy consolando.

Isidro asintió pero estaba alarmado con desazón intensa, como si los meses pasados fueran menos verificables que las comunicaciones de Carlota.

No, la capacidad de ver no había aminorado. Bastaba centrar los ojos con una fijeza especial hasta ahora no practicada para hallarse con la revelación de los objetos en su más oculta integridad. El color y la forma. Tina salía a la calle y pasaba largos momentos cerca de las fuentes: mirando estatuas, animales de piedra, dragones, ninfas, el mundo de mármol integrado a la naturaleza y vuelto vida. Gozaba y sabía que su obligación era gozar porque había un siguiente estadio para el cual este don recibido no era sino el instrumento.

—Esto no puede ser sino de Dios o la locura —decía hablando quedo, apenas con un movimiento de labios—. No estoy loca. Estar loco tiene que ser una profunda mala interpretación de la vida que termina por crear reacciones y formas de expresión ajenas a la realidad. Yo no interpreto, veo, es un asunto de penetración, magnitud y disfrute; es un conocimiento más amplio y más hondo. No se me oculta su calidad de don. Nunca pude haberme entrenado y perfeccionado en un acto de voluntad repetido, como gimnasia, digamos. Todo ocurrió ENTONCES, frente a esa escultura.

“Era la imagen de Jesús y Su Madre. No soy católica aunque esa sea la tradición de mi familia. Puedo entender que Dios se manifieste en muchos o pocos seres, aunque no necesariamente en uno solo. Jamás me atrevería a discutir

con un no cristiano la autenticidad de sus imágenes divinas. Dios sabe que para mostrarme la verdad en Cristo no hay obstáculos: yo sé quién es Cristo. Dios me mostró a Cristo y a Su Madre como una forma de lenguaje que yo entiendo, para no equivocar significados. Cristo es la imagen humana de Dios, Dios hecho Hombre, es un lenguaje común y comprensible para muchos. No para todos. Dios me tocó los ojos a través de esas imágenes, ahora espera algo de mí porque Dios debe ser el sentido mismo de la acción, no puede haberme dado ojos sin un motivo ulterior, un principio económico de la utilidad, pues bien me doy cuenta, si no fuera por los Ojos Recibidos yo no sería nada, o sea una forma menor del designio de Dios, casi no identificable, realizando una tarea inconsciente; claro, más importante que la hormiga porque es necesaria una categoría para ser receptáculo de dones y también la grandeza y la complejidad del ser humano. Para Dios es bastante, por supuesto."

Caminaba, veía y pensaba. No entraba en los templos, tenía miedo al inevitable siguiente paso.

Recibió la carta de Adelaida y la leyó por cortesía; apenas la entendió; lo suficiente para no cortar comunicaciones pero no para resolverla a ser explícita. Siguió enviando telegramas, ahora más frecuentes después de tres días de silencio: los del sueño y las contemplaciones primeras. Pero no pudo dirigirse individualmente a alguno de ellos porque a la distancia eran sus seres queridos y disponía de una sola voz para ambos, incluyendo a Juana María, parte de ellos.

Octubre estaba a la mitad, su estancia dividida en dos, si la segunda parte era tan rica como la primera, no podría soportar la presencia de Isidro. Isidro era quizá su vida, como antes lo había dicho, pero en este momento su vida no se dejaba sentir y ni siquiera la consideraba suya; él era su vida y ella no tenía vida.

Isidro visitaba a su madre una o dos veces por semana y le parecía excesivo, no podía soportarla. Le daba dinero, se preocupaba por su salud, sentía compasión por ella, comprendía sus carencias y hasta admitía sus cualidades. Todo menos escucharla. Se sorprendía a sí mismo disfrazando un rencor que tomaba la forma más agresiva cuando estaban frente a frente: el de que su personalidad le hubiera envenenado desde el principio de su recuerdo todas las esencias femeninas. Eso, para acabar de complicar las cosas, no era falta de amor, entonces él hubiera encontrado fuerza para borrarla, deshacerse de ella emotivamente, pero hasta ahora sólo había logrado no vivir con ella y no tomarla en cuenta para sus decisiones. Por lo demás, lo afectaban sus acciones, pasaba de la ira a la burla y salía a la calle después de haberla visto con una sensación de retroceso.

—A veces tengo doce años y a veces cinco, nunca mi edad.

Su relación con Adelaida no mejoraba las cosas, era la otra cara de la moneda; nunca vio en ella ningún rasgo común con su madre, como si perteneciera a otra especie, compararlas era ofensivo para ambas. Recordaba en qué ocasión le había dicho a Tina que odiaba a su propia madre y también a la de ella, en segundo lugar. Tina no había hecho referencia posterior quizá por discreta o por tantos otros sentimientos desde entonces surgidos entre ellos. Él sí había repasado mentalmente esa declaración tan directa y descuidada, más tarde, con su acostumbrada lucidez, dio en el clavo.

—Me parecía odiarla porque es madre de Tina y no mía, si lo hubiera sido amaría al sexo femenino sin la menor vacilación. Por supuesto no soy tan ciego para imaginarme que Adelaida me diera la normalidad, podría haberme seducido a tal grado como para terminar entregado a ella y sin poder amar a otra o sea igualmente fregado. No igualmente,



no, mucho menos en el fondo: contaría con una gran infancia y las mujeres serían para mí un libro abierto... no un libro maldito. ¡Dioses, cuánto hace la inteligencia nata y qué destructiva es la estupidez! Puedo sostener una relación amistosa con Adelaida porque para ella el entendimiento es un don natural, puedo amar a Tina por su profundidad y su verdad, manifestaciones de inteligencia. Si Tina en realidad es la excepción, más me valdría estar muerto, jamás me amaré del mismo modo. ¿La amo porque no puede ni quiere absorberme, ni exigirme, ni masticarme, la amo lógicamente para no ser correspondido y seguir siendo el mismo? ¿Me atrevía entonces a tener una relación sexual para poner el mismo juego en otros términos, porque ella no tiene la ambición del placer y yo lo sabía perfectamente? ¿Para gozar y no ser gozado porque no admito que una mujer me goce?

Se atormentaba sin dejar de pintar. Pintaba retratos, flores, ideas literarias vueltas imagen, era una pintura culta, deslumbrante y jubilosa; como su alma antes de pasar por manos de su madre y algunas otras manos. Que así quedara aún después de extasiarse en las tres Barret.

Era el atardecer y había llovido. Tina vio la lluvia refugiada en un portón, luego avanzó hasta la fuente, estaba en Piazza Navona. Todavía a su llegada los niños se remojaban en el agua con grandes aspavientos y gritos, le gustaba verlos. Ahora empezaba a hacer frío y a pesar de ello, el niño salió de la fuente y le vino al encuentro. Apenas sabía caminar, un niño de piel blanca y pelo negro, venía directamente hacia ella y Tina extendió las manos para recibirlo, estaba desnudo, iba a tener que envolverlo con algo... pero justamente al llegar a su lado, se deshizo en el aire.

Ella se sentó en una banca húmeda, miraba la fuente con insistencia como si fuera una fuente de niños que eter-

namente surgieran de las aguas, pequeños y desnudos, todos para ella. No salió otro.

Se alejó después de un rato, la plaza empezaba a llenarse de gente, con la sensación de que el niño estaba con ella, ni en la fuente ni en la plaza, con ella. Llegó al hotel y pidió su cena en el cuarto, no frecuentaba el comedor. Temía la familiaridad picarona de los meseros, las miradas de los hombres solos, la posibilidad de entablar una relación por amistosa que fuera. Durante los primeros días se comportó así por arrogancia; ahora tenía miedo, ¿de qué? De hacerse objeto de burla por su distracción profunda, su aislamiento de alma. Ordenaba la comida en inglés y varias veces se sorprendió haciendo un esfuerzo, como si el idioma se le hubiera olvidado.

—¿Qué quiere decir esto? No entiendo, tendrá que repetírseme.

Se sentía colocada al extremo de una línea telegráfica sujeta a interrupciones y no había nada, nadie a quien acudir. ¿Sería igual en México? Podía adelantar la reacción de Adelaida: aceptaría cuanto ella dijera por tener fe en su veracidad pero eso no significaba una adhesión completa. Adelaida era independiente y muy escéptica, si ella, Ernestina, podía conformarse con esta solidaridad a medias todo marcharía bien. Si insistía en convencer a Adelaida, le pondría un alto como había ocurrido con su divorcio, con Miguel y hasta con Isidro: su madre le hacía saber que contaba con ella, no que pensaban igual. ¿Isidro? Eso sería muy duro, imposible o muy fácil e inmediato, con él no existían los términos medios.

Ahora estaba perturbada, distinta de otros días. Ansiosa, necesitada. Por fin dijo y le costó un esfuerzo.

—Dios, atiéndeme.

Haberlo dicho fue cosa básica. Desde ese día, Dios fue su interlocutor, pero al decidirlo así también asumió algo

más grave: la presencia de Dios en su vida, el hecho de vivir bajo Sus Ojos en todo momento, hasta en los sueños.

—Isidro, quiero verte inmediatamente.

—No puedo, lo siento mucho. Estoy pintando y no dejaré de hacerlo hasta las cinco o seis de la tarde.

—No puedo esperar tanto tiempo.

—¿Por qué no? ¿Te duele la muela?

—No me duele y ya me la sacaron la semana pasada, te lo dije. Necesito hablarte y no puedo perder el tiempo.

Él estuvo a punto de decirle que él no podía perder el tiempo hablándole pero se contuvo. Además, la voz de su madre tenía algo de perentorio diferente al tono de queja y también a su locuacidad inmoderada.

—Está bien, voy dentro de un rato, cuelga por favor.

—Bueno.

Colgó. No, doña Rebeca no era sumisa, pero en fin, lo malo era la nerviosidad que le había dejado. Ahora resultaría inútil querer pintar, además empezaría a hablarle cada media hora. Le dio su número en un momento de generosidad y también para no oír los comentarios si lo descubría casualmente. La dirección, en cambio, no se la pidió, como si tener un estudio fuera una señal inconfundible de inmoralidad, un lugar especialmente aberrante en el cual ella no podía presentarse. Isidro remojó sus pinceles y agarró la chamarra.

—Maldita sea.

Su madre vivía en el centro de la ciudad, en una casa gigantesca ahora partida en departamentos absurdos, en donde los grandes cuartos quedaban divididos por cancelas de madera, tan bajos como para hacer imposible una conversación privada, por ejemplo. En realidad eran dos habitaciones en forma de ele, en un tercer piso. Allí creció Isidro, allí empezó a pintar, de allí salió para ir a Roma y prefirió

vivir en una azotea para no volver, con gran disgusto de su madre y larguísimas discusiones.

—Ya estoy aquí.

—Un beso, ¿no crees? —Isidro la besó rápidamente, lo inundó una oleada de perfume y tuvo lástima. Nardo. Igual que en Guatemala y ella tenía quince años y era la belleza de su pueblo.

—Bueno, mamá.

—No tengas tanta prisa, ¿ya desayunaste?

—Claro.

—No es cierto y ¿sabes una cosa? No tengo qué darte. Un poco de café de olla.

—Tienes dinero, manda a la muchacha de abajo de compras, no hay pretexto para vivir siempre al día.

—No estaba quejándome.

Isidro vio unas páginas garabateadas sobre la mesa del comedor y pensó que eran versos. Doña Rebeca se consideraba poetisa y por eso insistió en tener un hijo dedicado a las letras; Isidro jamás hizo un poema y a ella nadie quería publicarle los suyos. Se sentó a la mesa del comedor y ella le trajo un café, tibio; él empezó a mordisquear un bolillo.

—Es de ayer.

—Me doy cuenta. Habla, mamá, habla.

—No me apresures —se sentó y buscó sus anteojos, los tenía en la bolsa de su vestido y finalmente no los sacó porque Isidro le había dado para comprar unos nuevos y ella lo gastó en otras cosas. Agarró los papeles.

—¿Qué es eso? ¿Inspiración?

—No. Es un apunte de una sesión espírita. Tomé estas notas para no olvidar nada. Después de eso me fui con una amiga a la colonia de los Doctores, donde nos leyeron las cartas, también tomé notas —Isidro iba a decir algo desagradable y ella sin duda lo esperaba, el tono era vagamente provocativo; no dijo nada Isidro, recordó a Adelaida y se ru-

borizó—. ¿Qué te pasa? —doña Rebeca tenía un ojo de lince para las reacciones de su hijo—. ¿Es de rabia o de vergüenza?

—Ninguna de las dos, adelante —pero tenía temor, temor de oír lo escrito, “las notas”. Doña Rebeca lo miró, esperaba un aluvión de burlas o un estallido. En vez de eso, su hijo comía despacio el pan viejo y haciendo gestos tomaba tragos de café.

—Quería notificarte unas cuantas cosas. Más bien consultártelas para saber qué terreno pisamos —el plural lo enfureció y dejó el café pero se quedó con el pan en la mano—. En primer lugar, dice aquí que te espera un gran éxito profesional: el definitivo; pregunté si en la pintura y la médium, muy ordinaria, dijo que nunca has servido para otra cosa. Un viaje relacionado con este éxito, que se realizará como tienes pensado. Eso ya lo sabemos. Pero hay otro viaje y ése tiene que ver con una mujer. ¿Qué mujer, Isidro?

—No sé quién pueda ser —estaba resuelto a no mencionar sus relaciones con la familia Barret, no podría soportar las preguntas, las inconsecuencias y mucho menos las opiniones de su madre.

—Es una muchacha joven, muy rica... tiene oros por todas partes y también otra carta, pero eso, claro, lo dijo la cartomanciana.

—No revuelvas, estabas en el segundo viaje.

—Sí. ¿Verdad? Aquí está, ese viaje es peligroso para ti, se te aconseja que no lo hagas.

—¿Qué clase de peligro? —Isidro pensó en don Esteban Barret.

—Saldrá mal si vas, si no vas también, ¿para qué ir entonces? Porque esta mujer, así dijo la médium, no es tuya, no te pertenece.

—No la conozco.

—Pero te pusiste pálido. Yo pregunté si era casada. Dijo que no pertenecía a ningún hombre, no era tuya... ni de

nadie. Allí me acongojé y se me ocurrió que pudiera ser monja, la médium se quedó callada y luego dijo: es algo distinto, pero no muy distinto ni lo contrario. Eso me tranquilizó, pues de no ser monja, podría ser puta.

—Válgame el Señor.

—Cállate y no me interrumpas. Se me ocurrió otra cosa: ¿está enferma? ¿Es una enferma incurable? La médium se sacudió. No, dijo, pero muchas personas dudan de su razón. Luego despertó y dio por terminado el asunto. ¿Adónde has conocido tú una loca?

—Que yo sepa, en ninguna parte.

—Será el futuro inmediato, pienso yo. Comprenderás, no iba a quedarme así y fuimos a dar con la cartomanciana. Ay, Isidro, esa mujer es impresionante. Dijo lo de los viajes, el que harás y el otro, inútil. Pero habló mucho de la muchacha y es el pasado, hijo, porque la primera echada es el pasado: tú y ella en una cama de amor. Para eso tomaste el estudio, ¿verdad?

—¿Para poner la loca en una cama de amor? No.

—No te hagas chistoso, no me caes en gracia. No tienes sentido del humor. Cama de amor apasionado... la adoras, Isidro, quieres casarte con ella y ella no quiere. —La entonación era triunfal.

—No me preocupo, entonces.

—Ya te dije... Éste es el presente: ella atravesó el mar y tú estás muy triste sin ella, tu corazón está roto y una espada pende sobre tu cabeza. Tienes miedo de otros hombres, de uno en especial, no se trata de eso. No hay un solo hombre en su vida, su vida es un haz de luz. ¿Tú entiendes eso?

—No la conozco.

—Lo ocultas, según la cartomanciana, a mí en especial, así es que no te molestes, ya lo sé. Es cierto y lo ocultas. Sufres y lo ocultas de mí, la reina de espadas. Sigue negando si quieres. ¡Ah, pero el futuro! Allí estabas tú, el caballo

de espadas, blanco y de cabellos negros, ¡nada menos que con unos hijos de ella y no tuyos! ¡Y para toda la vida! Tienes que hacer algo, si he de tener nietos por lo menos que sean míos. ¿Cómo no tuve una hija? Entonces sabría que lo son, con un hijo... bueno. Ella no está loca, la carta que le sale no es de locura, es otra cosa, pero la mujer se sintió mal, le dolió la cabeza y revolvió las barajas. Se entendió que la muchacha no está verdaderamente enferma pero es de salud difícil, así dijo, salud difícil.

—¿Qué más?

—Pues nada más. Lo pasé en limpio para ordenarlo, en principio no estaba claro —doña Rebeca lo contempló con el dedo sobre los labios—. ¿No te dan ganas de saber más?

—No —Isidro estaba a punto de traicionarse, su madre lo sabía, pero él también. Se puso en pie—. Si ya terminaste...

—No. Yo... quería hacerte una proposición.

—¿Qué vaya yo mismo al centro espírita y a la cartomanciana? Ni en sueños.

—No pensé en eso —claro, eso la excluye, pensó Isidro—. Puedo ir a ver a una mujer famosa... pero es muy cara —buscó en los papeles—. Se llama... —Isidro hubiera podido decírselo, pero se tenía bajo estricta vigilancia—. Carlota Montiel de Amezcuca.

—De ninguna manera. Si has de ver a esa gente, que sea barato; los vicios deben ser costeables.

—¡Vicios! Isidro, estás diciéndome viciosa, a tu madre.

—A mi madre, la reina de espadas.

—Lo hago por amor tuyo.

—Lo haces por falta de ocupaciones.

—Estás diciéndome floja.

—Sólo desocupada —con dos palabras más aquello podía convertirse en un pleito de grandes alcances—. Ya me voy. ¿Quieres que te dé un beso?

—Si es por obligación...

—No. Es por costumbre. Adiós. —Bajó la escalera de golpe hasta la calle. No estaba enojado, había fingido. ¿Por qué? ¿Por qué todas estas personas manoseaban su vida con tanta certidumbre? ¿No podía tenerse nada oculto?

Apenas había llegado a la esquina cuando se iluminó: su madre no compró los anteojos porque pensaba sacar una ficha para consultar a Carlota Montiel. Y no tenía caso regresar; nunca, en toda su vida, había podido disuadir a su madre de una decisión ya tomada, ni inclinarla hacia un punto de vista diferente del propio. Además, si volvía era para admitir lo dicho como verdad o parte de la verdad. Miró al suelo y vio una piedra, luego levantó los ojos hasta la ventana de su madre; estaba demasiado alta, ni modo.

Ahora tendría que contárselo a Adelaida por lealtad, para informarle de dónde surgían los chismes en cadena aunque ya estuvieran desatados. Ahora estaba tan enojado como para romper cualquier cosa o pegarle a alguien. Era el colmo. Era... cómico. Guardar un secreto en forma cuidadosa y ¡escucharlo en boca de todo el mundo a causa de los espíritus y las cartomancianas! ¡Qué falta les hacía a estas gentes una buena hoguera!

—¡Viva la Santa Inquisición! —gritó en el parque de Santo Domingo.

Al día siguiente el niño no se dejó ver. Primero lo buscó en Piazza Navona, luego en otras fuentes, se olvidó de comer esperando que la gente se fuera a su casa y durmiera la siesta, lo esperó aun bajo la lluvia y regresó al hotel con la sensación desolada de haberlo perdido. Pero durante la noche oyó sus pasitos en el suelo brillante, sus piecitos descalzos y un jugar cerca de ella, con algún objeto pequeño que a Tina le pareció reconocer como los aretes de perlas, acomodados sobre la mesa de noche. No abrió los ojos para no



asustarlo y a la mañana despertó con un gran bienestar; no lo había perdido, quizá era suyo. Para ratificarlo necesitaba volver a verlo, asegurarse de que el mismo niño la había elegido.

“Roma me ha hecho muy feliz, estén tranquilos.”

“No hay razón para preocuparse. Todo es extraordinario.”

“Jamás podré agradecer suficientemente la idea de mandarme a Roma.”

“No hablo con nadie, pero no me hace falta. Exulto.”

Indiferentemente, a Isidro o a Adelaida. Los escribía antes de salir a la calle y se los dejaba al encargado del hotel, con una sonrisa. Ellos no contestaban y no era importante. No lo esperaba.

—*The cat is out the bag* —anunció Isidro.

—¿Cuál *cat*? —preguntó Adelaida.

Él le contó con detalle la entrevista con su madre, añadiendo comentarios e interjecciones de su cosecha. Había comido en el centro, luego pasó por su estudio, se bañó, se rasuró y se puso un atavío más formal. Para no desagradar del todo, se dijo.

Ella lo escuchaba y al terminar Isidro, se echó a reír.

—Es el Universo contra nosotros, nos ha derrotado. Tienes razón de estar furioso. Parece mentira. Dentro de menos de una semana no habrá persona de nuestra amistad ignorante del asunto, hasta van a querer conocernos después de esto. Carlota es la mujer más indiscreta del mundo, dicen que hace chantajes. ¿Te molesta mucho, Isidro?

—Sí, por Tina, de sobra sabemos que no le es indiferente. Es además muy... chocante. ¿A ti no?

—Me divierte. Pero no estoy en el lugar de ustedes, con camas de amor y todo. Y tu pobre madre sufriendo.

—Ah no. Está encantada, saboreando los detalles macabros. Adelaida, mi madre se muere de fastidio desde hace más de veinte años, cuando la abandonó mi padre y ella se

“consagró” a mí, como ella dice. La consagración ésa no la divertía. Unos días despertaba de un humor, otros de un humor contrario, inventaba reglamentaciones y las contradecía, creaba planes de vida hasta por escrito y se le olvidaban; además eran imposibles porque el dinero nunca alcanzó para utopías.

—¿Y tu padre?

—No volvió a presentarse. Estaba harto y si vieras, ¡lo comprendo tan bien! Mandaba dinero de vez en cuando y mi madre recibe una mensualidad de Guatemala.

—¿Por qué no le has mencionado a Tina?

—No está a la altura de su comprensión... ni de sus deseos. En primer lugar hubiera deseado tenerme en su casa, contradictoriamente porque mi compañía le enoja, en segundo lugar no podría entender por ejemplo la negativa de Tina a casarse conmigo. Lo mismo de siempre. Si fuera cuerda le mandaría a Tina una carta de agradecimiento, pero no se conoce a sí misma. Y basta de ella, puede decirse poco y siempre lo mismo. Para terminar, no es sincera, ni en otros casos ni en éste... sus apuntes me parecieron muy expurgados.

—Se va a armar un follón. Me encanta esa palabra, la aprendí de unos parientes iberos, la conservan muy cuidadosamente. ¿Vas a ir a Roma, Isidro?

—Estoy pensando que no debo ir. Detroit y ya.

—¿Por las predicciones?

—No habría predicción que me detuviera si Tina hubiera expresado en tantísimo telegrama el deseo de verme o una actitud de espera. No lo ha hecho ni una sola vez. Casi me parece una intromisión o una falta de delicadeza. Ahora empiezo a comprender al primo, es casi mi hermano ya, mi gemelo. Actuó en forma bastante inteligente. Lo admiro y estoy haciendo lo mismo, ¿te das cuenta?, con unas pequeñas diferencias que cada vez parecen más pequeñas. Bueno,

ya sabes cuál gato y de cuántas *bags*. Voy al parque con Juana María; gorro y calzón de acero por favor.

Adelaida mandó arreglar a su nieta y se la entregó a Isidro sin recomendaciones, luego en cuanto se fueron, redactó un telegrama y lo envió con Ezequiel.

“Ten la bondad de decirle a Isidro expresamente si prefieres que no vaya a buscarte, es necesario. No basta con decir que una es feliz, se presta a las peores interpretaciones. Besos. Adelaida.”

Estaba mucho más indignada que preocupada, no podía evitarlo; con razón la puerca de Carlota Montiel hablaba de comprensión ilimitada. A pesar de todo, el asunto no dejaba de parecer cómico. ¿No serían una mafia los brujos de México? Isidro, sin embargo, no había expresado sino enojo, pues era imposible sospechar un acuerdo, ¿por qué existían estas coincidencias tan alarmantes? La médium y la cartomanciana pudieran estar en comunicación y la liga sería en ese caso la amiga de Rebeca, ¿pero Carlota? ¿Sabría Carlota algo de Isidro? Si no eran todos fraudulentos algunos serían auténticos y en ese caso tendría que admitir una profesión nunca acreditada por ella. Peor todavía, una profesión antigua, de la edad del mundo. Este pensamiento la perturbó, ¿era posible que tantos seres humanos hubieran desperdiciado años y siglos de vida practicando un oficio tan degradante si no hubiera una pizca de verdad? Se estremeció.

—Yo prefiero de los antiguos el trivium y el cuadrivium y en la actualidad cualquier profesión u oficio menos ése. Pobre Isidro, ojalá no siga comparándose con Miguel, quien es al fin y al cabo muy realista: se conoce y se ha visto en el espejo, sin duda alguna, cuando pasa frente a una superficie que normalmente refleja una imagen, no ha de ver nada. ¡La de preguntas hipócritas que me va a hacer la clientela! Más vale que me vaya haciendo de paciencia. ¡Y

Tina! ¿A qué viene tanta felicidad? ¿Se habrá encontrado con el espectro de Benvenuto Cellini en una calle oscura? ¿Por qué estoy furiosa si todo es tan absurdo? Debía haberle mandado regresar inmediatamente, dos meses bastan para meter la pata, las dos patas, infame Tina. Nunca se le quitará la fama de anormal, con razón dicen que va a tener tanta. Si su conducta fuera la esperada, si le escribiera a Isidro cartas amorosas y a mí unas más o menos filiales no nos importaría, tiene razón él. El punto negro es la conducta de ella, no los brujos de México, de algo tienen que vivir los pobres.

“Dios, soy tuya. Dame sensibilidad para interpretar tus intenciones, hasta hoy me había parecido tomar decisiones, mentira, nada puede hacerse contra tu voluntad. Lo único posible es actuar tu voluntad conscientemente. Aquí te entrego consciente y totalmente el manejo de todas mis acciones. No entiendo ni entendí mi vida, no soy dueña de mis sentimientos pero me falta ceguera, me faltan pasiones y fatuidad para ignorarte: con eso basta y el valor de asumirte. Jamás entenderé la sutileza de tus combinaciones pero sé que allí estás y yo soy instrumento de una ebullición, de un eterno fermento donde estoy sumergida. Acepto jubilosamente, nada hasta ahora me ha parecido disfrutable sino fatal, mi naturaleza misma me resulta enigmática: la clave eres Tú. ¿Por qué tendría que preocuparme de ser con mis características especiales si corresponden a Tus planes ocultos? Soy como debo ser para servirte, no hay rebeldía, Dios, a Ti me entrego y agradezco el saberlo. Sólo pido la percepción adecuada para que me sea dado actuar a Tu placer de la mejor manera, la más grata. No pido nada ajeno a Tu pensamiento; ya me has dado señales, te esperaba y llegaste. Sólo no me abandones, sólo guíame y haz com-

previsible el curso de mis acciones ante Tus propios Ojos. Si me has hecho distinta que mi distinción sea saber que Te complazco, si soy como tantos y todos, que sea para Tu complacencia igualmente. Ya no Te busco ni Te espero, has llegado, nada será mayor que esta felicidad comprendida por primera vez, ser feliz es saber que soy tuya, ser desdichada es creer que soy mía. No haya un instante de abandono, eso es todo. Nada pido sino la percepción de Tu Existencia.”

“Mi muy amado Isidro, compañero de mi alma y de mi cuerpo, cuando vuelvas de Detroit estaré en casa.”

Isidro lo leyó varias veces, estaba conmovido hasta los huesos si es posible, pero sí, era posible. ¿Cómo pueden crujir las almas?... deben de ser los huesos. Mi muy amado... compañero de mi alma y de mi cuerpo... ¿Quién le había dicho eso y en qué reencarnación? Salió a la calle y no trabajó en toda la tarde, era dichoso. México en octubre es la ciudad más hermosa del mundo y pocas veces la disfrutaba. Tomó por el Paseo de la Reforma, ¡qué armonía de luz! ¡Qué cielo limpio! ¡Qué elegancia en los palacios porfirianos! ¡Cuánta despreocupación y cuánta atenta, profunda, preocupación iluminada! ¡Qué majadería amar así! Que diez palabras puedan traer conciencia del cielo, del otoño, como vivientes por primera vez. No, nunca le gustó Roma. La vivió amenazadora y estética, se desolló en Roma como ante el testimonio de mil ensueños humanos superpuestos. Necesitaba diez palabras enormes, gigantescas, más testimoniales que la misma Roma. Malvada Tina Barret, cómo había roto la barrera de sonido con esas diez palabras, cómo había ridiculizado su prurito de silencio amoroso y qué absurdo le parecía ahora. Se le venían a la boca las más manidas, las más difíciles palabras del amor y eran suyas, expresión in-

finita, todas para ella. Extraordinaria, magnífica Roma que había dado a luz esas diez palabras dedicadas a él.

De ninguna manera iba a enseñárselas a Adelaida Santander: eran suyas. Le daría la noticia por teléfono; esta cara, estos pasos, también eran privadamente suyos, no podía compartirlos. Ya tarde volvió a su estudio para pintar la euforia. Era un ramo de flores de durazno en un jarrón translúcido, vibrante; pintaba entre lágrimas, sin pudor de sí mismo, sin ponerle diques a su flujo interior.

Ya muy de noche tomó el teléfono.

—Mi querida Adelaida, no voy a cenar porque me agarró la inspiración.

—Ya desde cuando, son las once de la noche.

—¿Me esperaste?

—Ni loca, tenía un hambre atroz. Juana María, en cambio, se durmió despotricando, no tiene experiencia de los hombres.

—Tina regresa. Cuando yo vuelva de Detroit ya estará aquí.

—Mírala. Y tú sin Roma.

—Me cago en Roma.

—Voy a apuntarlo en mi libreta de direcciones, no lo había oído. Eres francamente devastador, igualito a Nerón.

—Ése la incendió, no me hagas chistes.

—¿Eres feliz como se puede ser a los veinticinco años?

—Como se puede ser a cualquier edad, no hay límite.

—Magnífico. Sigue pintando y déjame dormir. Tuve un día tan fructífero que no puedo ni hablar. No vayas a despertarme dentro de dos horas para explicarme cómo ser más feliz todavía.

—Adiós, amiga. Besos a mi niñita deliciosa, a mi Juana María de mis desvelos.

—Válgame, qué mal estás. Pobre criatura, qué bueno que no entiende. No es bonito ser amada por continuidad.

—Quien ama el río se complace en el arroyo.

—Adiós, Isidro. Hasta mañana. Auguri —colgó—. ¿Qué le habrá dicho la tarántula peluda para ponerlo así? A mí en cambio me notificó una de las dependientes que la carta de la baraja significativa de niños no es necesariamente plural, puede ser singular, según dijo una cliente discutiendo con otra. Nos vamos a hacer ricas, como si no lo fuéramos. Qué curioso. Tina no quiere estar en Roma con Isidro. Esteban, es de noche y no estás en tu estudio ni en tu cama, leyendo a la luz de tu lámpara. Pero estuviste, Esteban, durante años fui criatura tuya. Estabas preparándome amor mío para este futuro tan largo, tan largo, pero todo te pertenece. Me educaste, me amaste, me diste felicidad duradera, de la buena, me decías. La verdadera felicidad es una disposición de ánimo que debe llegar hasta el fin de la vida. “Tú la tenías, Adelaida, desde antes, yo te di conciencia de ello y me envanezco y me siento orgulloso. No he sido destructor de tu juventud, sino la base de una madurez bella y una vejez armónica.” Y por eso, mi Esteban, no seré discordante ahora ni nunca.

Ahora el niño la acompañaba por todas partes; dormía en su cuarto, a veces lo sentía subir y bajar de la cama. Luego lo escuchaba caminar a su lado. Era suyo, se iría con ella.

Supo además que le pedía un cuerpo, un cuerpo como el de Juana María, formado con sangre y carne de ella, para venir al mundo con su aspecto normal. Vislumbró que así nacían todos los niños: su visión, su sensibilidad, finas y abiertas, le permitían seguir el proceso oculto para muchos, no para todos por supuesto, su ignorancia anterior no significaba una ignorancia general.

Imaginó el mundo con una red sutilísima de comunicaciones como antenas enviándose señales, comprendiéndolo

las y, como es natural, interpretándolas ocasionalmente. Reflexionaba en ello con un desapego emotivo, con una calma interior muy diferente de su ser cotidiano hasta antes de Roma. Se recordaba torturada, desesperada por su incomprensión de todas las cosas del mundo, en realidad había motivos de sobra para actuar y ella lo exploró en lo pasado según sus oportunidades, pero faltaba el motivo central, la razón de ser, por eso quería morir, no ser. Ahora era distinto, había descubierto la razón de la vida aunque no la fórmula para vivirla.

Pensó en las personas más cercanas a ella y le parecieron admirables. Vivían sin preguntarse nada, aceptando a ciegas, dándose motivos menores para seguir adelante quizá por puro instinto. Respetó entonces a la familia de don Miguel Barret: se resignaban a ir de un incidente a otro, entre pequeñas violencias físicas y verbales, pero su Dios era un aprendizaje de infancia, una respuesta automática muy débil, no una experiencia y sin embargo ese poco de Dios iba a servirles para vivir en guerra y morir en paz. Entre tanto, ella encontraba todo esto y más en el porvenir; a grandes necesidades, grandes remedios, así actuaba su Dios particular, el que siempre esperó y había llegado.

No pensaba en Adelaida ni en Isidro por no poder separar sus personas de la propia, eran suyos como Juana María, no podían ponerse en contra suya, eso era una especie de imposibilidad anatómica.

Doña Rebeca fue a consultar a Carlota Montiel. Eligió su mejor ropa y aun así se presentó con temor a desentonar en un ambiente de lujo o quizá simplemente a la moda del día. Tenía un solo atavío presentable, no por manía de pobreza como pensaba Isidro sino por frecuentar lugares demasiado humildes, llenos de gente mal vestida. Conser-



vaba ciertas costumbres refinadas y las había defendido a lo largo de veinte años: el cuidado de la cara y las manos, por ejemplo, la voluntad de conservarse erecta y de caminar correctamente, la limpieza. Estaba por cumplir cincuenta años, resistió el impulso de teñirse los cabellos y los tenía entrecanos, pero bien peinados. Podía presentarse en “cualquier parte”, según le parecía y “hacer un buen papel”... pero tenía un miedo atroz de verse menospreciada por Carlota Montiel; el mismo precio de la consulta la volvía insegura, con ese dinero habría vivido dos meses a principio de este año y a mediados, antes de que Isidro le pusiera en las manos una cantidad que le pareció inmensa.

Tomó un taxi para llegar a Tlalpan. Si subía a un camión, o a dos y a tres, nunca acababa de conocer esta ciudad tan grande, llegaría tarde o tan maltrecha que...

Carlota Montiel tenía una entrada aparte para su clientela y dos antecámaras, se entraba a la primera directamente, allí estaba la recepcionista y sólo se pasaba a la segunda cuando el consultante anterior ya había salido, pues ésta segunda se abría a un jardincillo con puerta a la calle. Carlota era inteligente, no quería que sus consultantes se encontraran y era la única en tomar esas precauciones lo cual venía a ser una ventaja más para elegirla dentro de los de su oficio. Recibía políticos, profesionales de éxito, se rumoreaba que también presidentes de la república; por lo menos uno, con asiduidad... pero como este señor llegaba escoltado, la completa discreción resultaba imposible.

Doña Rebeca entró y dijo su nombre, la recepcionista estaba esperándola y llegaba justo a tiempo, ni antes ni después, como dicta la buena educación; era costumbre pagar antes de la consulta, le explicó la muchacha y ella lo hizo. Sonó un timbre, escuchó una puerta y luego la condujeron al otro cuarto: alfombrado, luminoso, con dos asientos solamente. Carlota Montiel estaba en la puerta de su cubícu-

lo. Elegante, enojada, bien cuidada y desenvuelta. No, ella no estaba a su altura y doña Rebeca se arrepintió de haber ido... pero Carlota la recibió con una amabilidad profesional perfectamente adecuada; la instaló frente a una mesita y se sentó del otro lado.

—Tarot y baraja española dijo usted, ¿verdad? A ver, barajee —le tendió el tarot—. ¿Viene usted por un problema especial o quiere una visión general?

—Vengo por mi hijo, sus problemas son los míos, yo, en realidad no tengo ninguno.

—¿De dónde es usted? ¿De Centroamérica?

—De Guatemala —no se asombró, conservaba el acento—. Hace veintisiete años que vivo en México.

—Con eso basta, parta.

—¿Puedo apuntar?

—Desde luego. Es justo, ¿no le parece?

Doña Rebeca sacó papel y lápiz. Carlota tenía una memoria prodigiosa y a pesar de ello también tomaba apuntes. Tenía un archivo perfectamente ordenado. Cuando salió doña Rebeca se puso a escribir en una tarjeta grande, de media página, con una letra muy menuda y no tocó el timbre hasta terminar. Entonces pasó el próximo cliente.

La tarjeta decía lo siguiente, después del nombre completo.

Su hijo se llama Isidro Ramos, posible homosexual, pero actualmente amigo, novio o amante de Ernestina Barret. (Dato conocido, frecuenta la casa de ellas, lo han visto en la Reforma con la niña y en el salón de té con Ernestina.) Mucho éxito y encanto personal; benéfico para Ernestina y amigo de Adelaida a lo que parece; imposible comunicarle a su madre los nombres, ella los ignora. Notables datos sobre Ernestina. No volver a ver a las Barret para evitar asociación de ideas. La cliente no sospecha la magnitud del problema. Claro, ha perdido al hijo para siempre, tampoco se le comu-

nicó. Salió medianamente satisfecha en cuanto al éxito del hijo y muy alarmada por su asunto con Ernestina, imposible ocultar datos referentes a eso, la cliente conoce las barajas. El asunto del futuro hijo de Ernestina muy claro pero resulta confuso saber si es de Isidro, aunque él se responsabiliza por él como un padre. No hay carta de matrimonio. Hay otro hombre en la vida de Ernestina, instalado en ella permanentemente; no es su ex marido, ése desaparece. Muy interesante todo, excepcional. En cuanto a la cliente, mintió varias veces: en relación con su marido, una; en cuanto a las tendencias sexuales de su hijo, otra y otra más en cuanto a su tren de vida que no es como ella desearía y no mejorará pues tantos años de oscuridad coinciden con gran ineptitud y hasta desidia. Vive mal y no cambiará aunque pueda; su hijo es generoso.

Tina fue de compras en Roma una sola vez acompañada por una intérprete del hotel, la cual quedó horrorizada de la indiferencia con que compró ropa y otras cosas: libros, unas mancuernillas de hombre, juguetes, un collar espectacular. También de la cantidad de dinero empleado en las transacciones, todo con frialdad, exactitud y sin dejarse estafar. Cuando regresaron al hotel, la mujer odiaba a Tina y la envidiaba, pero le tenía el más profundo respeto: Tina recompensaba generosamente. Le pareció además que no había adquirido nada para su uso personal a pesar de tener los zapatos maltratados y la bolsa de cuero deteriorada.

—Estos americanos —dijo en italiano y no agregó más pues no hubiera podido decir lo de siempre frente a las originalidades de los nativos de América. Ésta sería lo que fuera pero no una nueva rica—. Loca —dijo finalmente—. Loca sí es.

Sé desde siempre que no necesito explicarte nada mío para ser comprendida; salvo alguna excepción no escatimas esfuerzo ni extravagancia si llega el caso de complacerme. Conservo intactos en la memoria los motivos de nuestra separación: no tenemos futuro o por lo menos no como el de los otros, no en ese nivel: de acuerdo entonces. Pero yo, Miguel, deseo tener un hijo y que sea tuyo, me resulta absolutamente necesario. Puedo casarme y siempre he podido pero como sabes, no es solución para mí. Este hijo no es tampoco el pago de una deuda aunque la tengo contigo, es una necesidad del universo, así lo entiendo y lo entenderás forzosamente. Hay una serie de razones mayores y si coinciden con las menores, se da el caso de la necesidad; esto no significa el cumplimiento de la moral aceptada ni de las reglas que impone la convivencia, a mí no me interesan y no me parece que en cuanto a nuestra familia se refiere jamás se haya desarrollado un sentido moral profundo. Tu familia es la mía, por supuesto. En mi casa todo fue distinto. Pero no me ha parecido ver más que componendas y resignaciones... y engaño, ¿por qué no?

Siempre será más honesto y parecerá turbio, bien lo sé, tener un hijo nuestro a conciencia, sabiendo a qué horas se le engendra y por qué. Tu padre se siente defraudado en sus otros nietos, me lo dijo, no ha de ser así con uno nuestro, por eso debe también saberlo, pero sólo él. No sé si tú me lo darás o yo te lo daré, sé que debe vivir a mi lado. Te ofrezco un hijo y me lo ofrezco, es infinitamente más de lo que has esperado, no esperabas nada, salvo seguir adelante tu vida, esa vida. ¿No hará para ti una diferencia? ¿O será un dolor más? No te has escatimado dolores en cuanto a mí se refiere, si ese fuera el caso, no me importa, Miguel; te has proclamado mío con una intensidad de entrega y ahora no puedes retractarte. Si mi sangre es tu sangre, que sea única en este hijo nuestro. Todo tendrá, tendrá futuro como no lo hemos tenido tú y yo; lo protegeré de la brutalidad de la riqueza y también de la impotencia de la falta de recursos, será lo que no fuiste y lo que juntos no hemos podido ser.

No tendremos una historia trunca a pesar de los demás y de nosotros mismos.

Quiero que nos veamos en Veracruz. Como ves estoy en Roma, sola, aquí he estado estos meses. Tomaré el avión para México, depositaré parte de mi equipaje y sin ver a nadie, volveré a volar para Veracruz. Ya estarán hechas las reservaciones en el Hotel Colonial, a tu nombre. Te adjunto un cheque, ahora no puede haber vergüenza de ese tipo entre nosotros, va al portador. Esto es para pasajes y cuanto te parezca conveniente: no puedes ahorrar ni ruborizarte, ya no somos los mismos de la primavera.

Pienso estar en Veracruz el 29 de octubre como a las diez de la mañana, según mi horario, allí nos veremos. No tengas miedo de mis incapacidades, no podré llevar una vida de placer ni una vida de rutina, pero puedo dar a luz un hijo. Tina.

Miguel recibió la carta detrás del mostrador de la botica, estaban solos él y su padre. Terminó de leerla y se la entregó, sin decir palabra. No hubiera podido porque ya no estaba en la botica, estaba en el Hotel Colonial esperando a Tina. Le parecía no registrar ningún sonido, no ser capaz tampoco de producirlo, había caído en una ensoñación que le sellaba los ojos, los labios, le entorpecía las manos. Tenía los ojos bajos, fijos en el mostrador como si en el mármol descifrara figuras o recibiera mensajes.

Don Miguel leyó la carta dos veces con suma atención, luego se la llevó a la trasbotica y la leyó otra vez. La verdad de la carta le parecía contundente pero insoportable: ¿quién entre los suyos podría entenderla? Teresa, quizá. Quizá no porque Teresa se había refugiado en Ernestina cuando se presentó su matrimonio; Teresa no era capaz de enfrentarse a él ni a nadie, mucho menos con una proposición de este tipo. Muy especialmente lo emocionó la mención de aquellas confidencias, en este mismo cuarto, pues denotaba

un especial deseo de reparar un daño del cual no era culpable. ¿Quién de su casa lo hubiera tomado en cuenta en esa forma? ¿Quién lo hubiera exceptuado y singularizado como un hombre ajeno a los motivos de su familia? ¿Quién sino Miguel le hubiera entregado esta carta, sin vacilaciones, con un sólo ademán?

Ah sí, que tuvieran un hijo. Su sangre al fin tendría un brote auténtico del apellido llevado tantos años con la sensación de no pertenecerles; era su recompensa, el pago por la humillación y el fracaso. Regresó y le tendió la carta a su hijo.

—Aquí tienes, guárdala bien. No da tiempo de cambiar el cheque, te lo voy a cambiar con dinero de la misma Ernestina. Y vístete decente, mucho más que si fueras a casarte, pareces un bulto de trapos. Las explicaciones sobre tu viaje voy a darlas yo y no tú, para orgullo mío y desgracia tuya, no sabes encontrar pretextos, a pesar de haber nacido y crecido en una casa donde nunca se dice la verdad. Supongo que sabrás la fecha, estamos a 27, pásate la tarde comprando —lo miró con atención—. No puedes, así como estás no puedes. Vamos a cerrar la botica después de la comida y no vayas a la casa porque esas cuatro mujeres se han vuelto videntes de tanto pensar mal. Come en la fonda en este momento, luego voy a la casa y cuando regrese vamos a ver qué se encuentra.

Miguel asintió. Don Miguel se sentó en la trasbotica mientras escuchaba salir a su hijo. Hacía años que no planeaba una acción ni la llevaba al cabo, toda su energía se iba en burlas e indignaciones, ahora tenía oportunidad de emplearla en otro modo. Debía encontrar un motivo para el viaje de Miguel que no sonara estúpido y requiriera urgencia. Salud, no; Miguel tenía una curiosa salud de escorpión, se quedan quietos debajo de un mueble, se ponen translúcidos, parecen muertos y están más vivos que nadie.

¿Compras? Desde hacía años usaban catálogos. Recordó el accidente de su hermano, ocurrió en territorio del estado de Veracruz... ¡qué intuición de Ernestina! Todavía quedaban allí ciertos arreglos pendientes, además la necesidad obvia de obtener nuevas actas de defunción que él pensaba pedirle a Ernestina y no lo había hecho. Inclusive existía un detalle: era conveniente recoger la ropa y pertenencias de su hermano, ahora retenidas en el juzgado, revueltas con las ajenas. No se atrevió a pedirle a Tina y a Adelaida que fueran a buscarlas y no envió a otra persona pues obviamente nadie hubiera podido reconocerlas. En realidad nada más a Tina hubieran podido entregárselas, pero eso no lo sabía la familia de él por... por ignorante. Enrique y Teresa hubieran podido caer en la cuenta, pero no estaban... bueno, no hablaría de ropa ni de valores. Anunciaría con muy mal tono y del peor modo que había recibido una carta del abogado y como él era el apoderado general, delegaría en Miguel sus facultades para arreglar el asunto. Y lo que es más... eso haría. Si Tina y Miguel querían hacer el trámite, era cosa de ellos, si ni siquiera se acordaban, él no era nadie para ofenderse.

Regresó Miguel y su padre le dio unos polvitos color de rosa en medio vaso de agua, parecía una cuerda a punto de romperse y no podía darse esos lujos. Fue a su casa, la mesa puesta, doña Flora, Elisa y Bárbara ya en el comedor, Magdalena chancleando.

Hizo el anuncio con la mayor gravedad y como si se tratara de un gran suceso imposible de rehuir. Doña Flora estalló.

—¡Qué descaradas son Ernestina y su madre! Están rolando en dinero y se dejan caer sobre nosotros para hacernos gastar inútilmente.

—El dinero del viaje sale de la sucesión.

—Menos mal. Pero la molestia no se la quita nadie a Miguel; ni el disgusto. Ernestina lo trató de la peor manera,

no sirve para marido pero, en cambio, para mandadero le parece adecuado.

—Se trata de una decisión mía y no de ellas. Además, a ustedes en nada las afecta. —miró a Elisa y a Bárbara, muy ocupadas en comer—. Quiero decir que no les importa y no toleraré ningún comentario al respecto, ni siquiera del mismo Miguel. Si no quiere ir, irá de cualquier manera.

—Pero Miguel, ¡el disgusto de estar mezclado en cosas de Ernestina, apenas empieza a reponerse del desaire!

—Se aguanta. No es ningún maricón para darle tanta importancia a los disgustos ni tiene delicadezas de señorita —miró a Elisa y ella se ruborizó—. Además, lo llamado desaire no nació de Ernestina sino de la tontería implícita en el planeamiento de las vidas ajenas. ¿Entendido? Ni una palabra más.

Hubo un silencio. Don Miguel había vencido. Sonrió con ironía, hasta ahora se le revelaba, así debía haber hablado con su familia desde siempre. ¡Qué mal psicólogo había sido! Mentira con mentira se arregla, reflexionó. Si esto fuera cierto, ¿cuántas reflexiones necias hubiera tenido que escuchar? Sugerencias, cambios de planes, fantasías imbéciles. Si esto fuera cierto y él se hubiera comportado normalmente ya estaría doña Flora diciendo que por lo menos debería el dinero de Ernestina pagarle el viaje también a ella, quien tanto lo disfrutaría, en vez de mandar a su hijo solo a pasar malos ratos.

—¿Dónde está la maleta? —dijo de pronto don Miguel.

—¿Cuál? —preguntó doña Flora.

—La única decente que ha habido en esta casa por varios lustros.

—Guardada —dijo Elisa.

—¿Ah sí? Pues haz el favor de desguardarla; entregármela limpia y bien sacudida, quiero que Miguel empaque en la botica, bajo mis propios ojos.



—Pero ¿por qué? —arriesgó doña Flora—. Yo tengo aquí su ropa, puedo empacarla yo.

—No puedes. Todavía no se me olvida el traje que le compraron para ir a México, la ropa interior y las camisas. Ah, y la corbata. Parecía mozo de café. Ahora va a comprarse todo nuevo. Es mi hijo y no va a presentarse a un juzgado como si fuera el repartidor de la botica vestido de domingo.

—Las mujeres sabemos mucho de ropa.

—¿Sí? Pues no se nota. En esta casa no se ha visto más vestido elegante que el que trajo Elisa de México, el que le sacó a Adelaida.

—Ella me lo regaló. Aquí no hay dinero para vestirse así.

—Pero hay buen gusto y ustedes no lo tienen. Si compran un peine es el más feo de la tienda. Mi madre tenía menos dinero y siempre se vio digna.

Doña Flora estalló en sollozos.

—Miguel, nunca me habías dicho eso.

—Pues ahora ya lo sabes y tú también —señaló a Elisa—. Tú, Bárbara, siempre has sido más cuerda, no hablo de ti —luego a Elisa—. ¿Terminaste?

—Sí, papá.

—Bueno, la maleta.

—¿No va a venir Miguel a comer? —Preguntó Bárbara.

—Ya comió en la fonda. No tenemos tiempo, las diligencias legales tienen día y hora fijos. Vamos al notario, estará en su casa. Y luego de compras.

—¿Quién va a quedarse en la botica? —Aulló doña Flora.

—La voy a cerrar. Cállate.

—Estás maltratándome.

—Evidentemente —don Miguel estaba asombrado: era igual a su familia, en cuanto hallaba un pretexto era capaz de todo. La honestidad era su problema, ahora lo veía. Agarró la maleta y la revisó—. No está limpia ni bien cuidada. En la botica tengo una grasa para cuero, menos mal.

—Te ayudo, papá.

—No, Bárbara. Hoy, nadie me ayuda. Y tú, Elisa, vete a trabajar, quiero verte salir antes de irme y no pases por la botica, no es necesario.

A las ocho de la noche, con el mejor vestuario importado, inalcanzable para la economía de los Barret, lejos de sus hábitos y de su imaginación, tomó Miguel el tren para Veracruz. Don Miguel no le permitió ir a su casa ni ver a su familia.

—Vas a Veracruz, no a darle la vuelta al mundo en bote de vela, ¿para qué tantas despedidas?

No lo había planeado así, en realidad creyó que bastaría con estar siempre presente, pero el rostro de su hijo decía a voces mucho más de lo previsible de acuerdo con la situación. Y él estaba conmovido, tembloroso de alma, como ante una gran hazaña, no podían exponerse. Cuando lo depositó en el tren y el tren partió, le brillaron los ojos.

—Se lo debía, tiene derecho a ella. Lucido había de estar si se quedara con lo mismo que tiene, ¡qué horror! Bueno, voy a contentar a mi mujer —empezó a reírse.

Al día siguiente, doña Flora declaró a la hora del desayuno, cuando ya su marido había salido, muy tranquila:

—Yo no sé por qué Miguel pierde la cabeza con los asuntos legales. Si fuera abogado ya nos hubiera matado a disgustos. Además, sí tenemos vestidos decentes: los que venían en la maleta cuando la trajo Miguelito.

Magdalena asintió.

Isidro salió para Detroit el día 3 de noviembre. Ni él ni Adelaida tenían noticias de Tina, pero los dos hacían gala de tranquilidad. Adelaida, cuando él recibió el telegrama se dio por satisfecha aunque hubiera deseado más detalles o una comunicación directa con su hija, quizá Tina resintió su intervención y en ese caso era mejor esperar. Mientras Isidro

estuvo presente, le resultó fácil, se entretenían hablando de brujas.

Doña Rebeca, después de la entrevista con Carlota, guardó varios días de silencio y cuando hizo ocho días que no se hablaban, llamó por teléfono a su hijo.

—Isidro.

—Mamá.

—Ya no tengo dinero, ¿puedes venir a traérmelo?

—Encantado. Hoy en la tarde.

—No te quito el tiempo.

Tan inusitada sumisión y perfecto laconismo sólo podían deberse a una causa: ya había consultado a Carlota y no tenía pensado decírselo. Así estaría la cosa. Se presentó después de comer y encontró a su madre tejiendo, sentada en la sala como si estuviera de visita en su propia casa. La besó en la frente y se sentó.

—Bueno, ¿cómo has estado?

—Bien, ¿y tú?

—Pintando día y noche, casi. Ya voy a terminar.

—¿Cuántos cuadros llevas?

—Veinte.

—Figúrate. Y yo no le daba importancia a la pintura. Se me hacía ocupación de vagos.

—O son vagos o están ocupados, no las dos cosas. La literatura es igual.

—Tú me entiendes. La poesía en mi caso, es un *hobby*. Nunca la tomé en serio ni pensé en vivir de ella.

—No sirve para vivir.

—¿Cuándo te vas?

—El 3.

—¿Y luego?

—Una semana más o menos y regreso.

—Ah —Isidro sintió que su madre hubiera preferido estar sola, pero si era así, podía decírselo.

—¿No vas a salir? Hace muy bonito día.

—No me interesa ir a ninguna parte.

—¿Estás deprimida?

—Puede ser.

Isidro se hartó. La indiferencia fingida de su madre lo enojaba más que las manifestaciones genuinas de su carácter.

—¿Qué te pareció Carlota Montiel?

Doña Rebeca dejó el tejido a un lado y se cruzó de brazos, estaba bastante indignada.

—Me lo imaginaba. Averigua chismes. Se mezcla con las gentes y luego sale con sus cosas. Es fría y cruel, no tiene escrúpulos y goza con el sufrimiento ajeno. Dime, ¿qué puede tener una persona como ella en contra de una mujer como yo? Nada más el gusto de atormentarla, porque yo, junto a ella, no soy nada, no valgo ni la molestia. Pues estuvo jugando conmigo, manoseando sus barajas y relamiéndose, dándome a entender cosas en vez de decírmelas, como si en lugar de haberle pagado me hiciera el favor de darme unos datos y guardarse otros. ¿Te das cuenta? Por supuesto, yo tengo la culpa, pero no me imaginé nada por el estilo. Yo conozco mujeres amables, serviciales, saben que una recurrir a ellas por simpatía pues siempre hay otras, muchas otras, ésta en cambio... ¡qué mal me sentí, Isidro!

Isidro a estas alturas ya estaba de parte de su madre. Carlota Montiel, complejos aparte, era como su madre decía y así la había tratado, con el agravante de haber ya comentado con su grupo de amigas. Según Adelaida, dejaba caer sus noticias sin mencionar las barajas pero se sobrentendía...

—Cálmate y no hagas caso. Mira —le puso en la mano el dinero de siempre y mil pesos más, para sus anteojos, luego le cerró la mano con sus dedos y la mantuvo apretada—. Al carajo Carlota Montiel de Amezcua con todos sus

nombres. Usted vaya al oculista, doña Rebeca, y hable mal de ella cuanto le dé la gana, lo merece. Y usted por ociosa un poquito pero no todo.

Doña Rebeca le apretó la mano a su vez, era una de sus raras caricias.

—Dios te bendiga.

Isidro lo tomó como una despedida, le dio un beso ligero y salió. Adelaida se puso muy seria cuando se enteró, ya por la noche.

—De manera que eso le hizo Carlota a tu madre. Claro, reconoció tu nombre y te habrá recordado, como temíamos cuando hablábamos de los *cats* en las *bags*. Carlota es una cerda, lo sé. Esto es tan indecente que no sé ni cómo calificarlo. Y gratuito. La tirada de Carlota es siempre tener en las manos las vidas ajenas como si fueran hilos, pero se equivoca, para eso, no basta contar chismes. ¡Chismes de brujas, dime tú! Bueno, tu madre no regresará a verla, me imagino. Y nosotras, pues... hasta risa me daría si no fuera por este detalle. No es detalle, es chingadera.

—¡Bravo! ¡Así me gusta!

En esas pasaron los últimos días. Cuando Isidro salió de México, Adelaida no pudo más y le habló por teléfono a Tina. En el hotel le dijeron que su hija, antes de regresar a México, había ido de gira por Siena y Florencia. Adelaida se conformó, ella misma había recomendado esos viajes.

—Ven mi Juanita, vamos a dar una vuelta. Ya nos dejaron, parecemos tontas.

Cuando Tina llegó al aeropuerto de Veracruz, allí estaba Miguel. Se besaron como antes, como siempre, como si estuvieran en la calle de Tabasco o en el Bosque de Chapultepec. En el taxi iban abrazados, ellos, que habían hablado tanto, no tenían palabras.

Tina encontró el cuarto del hotel lleno de rosas blancas, de un rosado tenue, cuatro o cinco ramos. Venían agarrados de la mano, un viento fresco movía las cortinas, más tarde quizá soplaría un norte.

Eran como antes, se conocían en esa forma especial de toda la vida, pero ahora existía un elemento perturbador, inmenso: el hijo. Ese hijo estaba a su lado y ellos lo forjaban con la sensibilidad a flor de piel, con la mente, con el puro hecho de haber sido un solo ser y no poder dejar de serlo a pesar de la ausencia y el silencio. El hijo era un concepto global, una eternidad de existencia pasada, presente y futura. Estaban poseídos del papel biológico del hombre y la mujer, concentrados en el hecho superior de una creación excepcional, diferente a los miles, a los millones de fecundaciones nacidas de la distracción, del placer o de la costumbre. Nunca antes ni después existieron con tal intensidad. No era, como pudo haber sido alguna vez, la satisfacción de uno en el otro, era la ofrenda de ambos, ardorosa y total, para forjar el hijo.

Se sentían desposeídos de todo: no eran amantes, ni hermanos, ni primos, ni seres de dolor y de nostalgia, sino Los Hacedores. Cada uno tenía una hija y no sabía cómo ni cuándo habían sido engendradas. Ahora, en los brazos totales de Miguel, en su pasión superada y exquisita, en la entrega de Tina, vibraba el hijo suyo como un fruto abierto, dispuesto a tomar de ellos dos todos los privilegios del momento, los pensamientos obsesivos, la delicadeza suprema de sus naturalezas. Hubiera podido jurarse que la idea del placer estaba ausente si no fuera porque el acto de amor es en sí placentero y lo contrario, que disfrutaban sólo de placer: al comer, al mirarse, al vestirse, caminar juntos, meterse al mar.

Miguel absorbía, destilaba, se colmaba de nuevo. Estaba saciando el hambre de muchos meses y años y preparándose para el hambre futura, pero no era importante, todo había cambiado, dejaba en el cuerpo de Tina lo mejor de sí mismo,

lo que nunca había sido y no sería. Ahora no la abandonaría jamás; ya no era el excluido, el descartado, el soñador de imposibles: era el hombre que siembra su semilla y la esparce por el mundo sin límite de años ni de espacios. Tina lo había deshecho y ahora lo reconstituía para siempre. Estaban en paz.

—Me voy el 10 de noviembre de 1950 —dijo ella, como si fuera una fecha muy lejana.

En esos días tomaron un parecido físico que había de durarles toda la vida. Los mismos ojos portugueses, oscuros y altaneros, los cabellos negros, la piel blanca y opaca, el aire reservado, arrogante y hostil. En trece días aprendieron a desafiar al mundo, a no bajar los ojos, a no mover los labios. A veces los tomaban por hermanos y ellos permanecían impassibles, en el hotel se sabía a qué atenerse. Miguel siguió encargando ramos de rosas y ellos también se vestían de blanco y después tomaron hermosura, vigor, uno del otro. La gente los miraba por hermosos, tenían la hermosura perdurable de quien vive el momento elegido.

Se separaron la mañana del 10, sin acompañarse. Cada uno tomó un taxi. Las despedidas no venían a cuento: no es posible despedirse de los sueños o de las presencias nocturnas; vienen, se van o se quedan con nosotros.

Ese mismo día por la tarde llegó Tina a su casa. Tocó el timbre, no llevaba su llave en la bolsa, le abrió Ezequiel.

—¡Tinita! ¿Por qué no avisaste? ¡María, ya llegó Tina! Hubiera ido por ti. A ver —Ezequiel cargó con las maletas después de dejarse besar en la mejilla como un niño. María vino corriendo.

—Tina. Qué mal te portaste. Pobre de tu mamá, ni una carta, sólo esas porquerías de telegramas. Oye, ¿por qué estás tan revolcada? Mira qué zapatos y ese impermeable... mañana lo mando a la tintorería —María respondió a su beso con otro muy sonado.

Vino Victoria con Juana María y Tina tomó a su hija en brazos.

La sintió pegársele como un animalito y luego en la mejilla un chupete largo, sin mordida. Se conmovió. Ella había extrañado a Juana María pero siempre la pensaba satisfecha, cuidada, acompañada siempre. Se la llevó a su cuarto en donde se dejó desvestir a medias por María.

—¡Qué vergüenza! Menos mal que no te vio tu mamá, tan fijada. ¿Así andabas en Roma?

—Así. Y nadie me decía nada.

—No entenderías. ¿Dónde viene tu ropa sucia?

—Por allí. En la bolsa de siempre.

María se puso a abrir las maletas, sacó la ropa y empezó a colgarla, luego se arrepintió y la puso sobre una silla.

—En Roma no hay lavanderas ni tintorerías, se ve, nada más está limpio lo que tú lavas. ¿Te pasaste dos meses con tres vestidos?

—Pues sí —Juana María y ella se besaban, se revolcaban en la cama—. Tu regalo es ése del papel azul y el de Ezequiel está allí junto. Ése.

María los desenvolvió, para ella una mascada de seda enorme y para Ezequiel una bufanda de seda y lana.

—Muchas gracias. Ya nos verás ir a misa el domingo, ni nos vas a conocer.

Para Victoria, una blusa. Para Isidro varias camisas y corbatas de seda cruda, para Adelaida el collar y diversas telas. Para Juana María varios vestidos espléndidos y juguetes: dos muñecas y seis animales de peluche. La niña empezó a jugar inmediatamente.

Las mancuernillas... ésas fueron para Miguel. No, no pensar en Miguel. Qué difícil, qué difícil le parecía todo ahora, como si hubiera perdido el modelo de su comportamiento habitual. Y Adelaida. También Isidro. Cerró los ojos.

—¿Tienes sueño?



—Tengo mucho sueño.

—Ya no tarda en llegar tu mamá, le va a dar un gusto... Pobrecita, desde que se fue el joven no tiene con quién hablar y Juana María pregunta por él a cada rato. El joven Isidro siempre estuvo pendiente, es muy amable; sacaba a la niña casi todos los días. Pero lo mejor es una noticia de la señorita Elisa.

—¿Elisa? ¿No vendrá otra vez de vacaciones?

María se rió.

—Pues no. Mira —le tendió un sobre dirigido a su madre y a ella. Lo abrió. Era una invitación, Elisa se casaba con Fabián dentro de cinco días. Miguel no le había dicho nada, por supuesto no venía al caso ni le importaba mayormente.

—Mira nada más.

—Ya tu mamá le mandó un mantel bordado, con doce servilletas grandes y doce chicas.

—Qué desperdicio, en la mesa de mi tío Miguel no caben doce personas y seguramente van a vivir allí.

—Y además una carta de la señora Teresa. ¿Es de ella, verdad? Teresa B. de Martínez.

Tina asintió mientras abría la carta. Era la letra clara, comprensible de Teresa, sintió a su prima muy cerca como si estuviera a su lado; la vería pronto, tenía que verla, aunque fuera unas horas. Tenía que leer con calma, más tarde.

Entonces el ruido familiar de la puerta y el paso de Adelaida derecho adonde ellas estaban. Se abrazaron estrechamente, Adelaida derramaba cariño.

—Ay, Tina, qué alegría. Ya empezaba a sentirme no sé cómo —María se fue con los brazos llenos de ropa—. Tina, ¿no te pasaba nada? —se sentó en la cama junto a ella y le puso las manos a los lados de la cara.

—Sí. Sí me pasaba.

—¿Horrible?

—No, nada horrible. Al contrario.

—¿No te enamoraste perdidamente de alguien?

—No.

—Entonces.

—Fue Dios, mamá.

Adelaida dejó caer las manos. Le dieron ganas de gritar. Isidro y ella hablaban de brujas y ésta de Dios, era peor, pero Tina no decía mentiras.

—¿Dios, Tina? ¿Quieres decir Dios, el de siempre?

—Sí. Ése.

—¿Qué...? ¿Qué te hizo? —La pregunta era sincera, sin amaneramiento, real.

—Me dejó ver las cosas del mundo.

Tina se abrazó repentinamente de su madre. No esperaba menos, conocía esta mirada seria, abierta, esta inocencia de Adelaida. Recordó la expresión, la había visto cuando tuvo que decirle: “Se perdió el avión de papá, quizá no hay esperanza, se perdió hace tres horas.” Adelaida se limitó a asentir, así ahora.

—Mamá. Y otra cosa que todavía no voy a decirte. Pero yo estoy bien y voy a estarlo indefinidamente.

Tina estaba más delgada que nunca, Adelaida no la recordaba así más que cuando llegó de Sonora: embarazada, temblorosa, a punto de sufrir un colapso. Ahora no temblaba y la mirada era otra.

—Tina, te cambiaron los ojos, antes no veías así. Ah, las cosas del mundo... ¿es por eso?

—Por eso.

Adelaida la abrazó de nuevo, esta vez con una ternura suave. Tina era su hija, ella no podía abandonarla y si era necesario ponerse en manos de Dios, ella se pondría y su nieta también. Las tres juntas. Si Dios existía, siempre habían estado en sus manos, ¿cuál era la diferencia?

El mundo de Adelaida, como siempre, tenía niveles simultáneos. Fijó los ojos en el collar y Tina se lo dio.

—¡Qué bárbara! Estabas loca, es una maravilla. ¿Qué te compraste?

—Pues... — ahora caía en la cuenta—. Nada. Telas. Ese mantón, más bien para la tienda.

Adelaida se dedicó a examinar y a comentar, Dios no la había aterrorizado.

—Ya leíste la invitación... llegó hace quince días, sin la consabida cartita de tu tío, como cuando se casaron Teresa y Enrique: todo entre líneas y aparentemente muy normal. Bueno, pues ya tenemos pariente nuevo o ya lo vamos a tener. Por cierto, me encontré a Bardo en un desfile de modas, anda con un decorador tan divino como él. Juntos parecen un anuncio de... alguna cosa poco decente. Te mandó saludos. Esa Elisa... pobre don Miguel, qué trago. Si en la boda de Teresa apenas pudo llegar al Registro y no alcanzó la Iglesia, en ésta no va a salir de la trasbotica.

—Pues sí. Recibí carta de Teresa pero no la he leído, hasta más tarde. —No preguntaba por Isidro, no se le ocurría. Adelaida la acarició de nuevo.

—Vamos a cenar. Vente, Juana María.

En cuanto Adelaida se vio sola en su cuarto tomó una pastilla calmante y se tendió en su cama, necesitaba de su marido para poder pensar, sin embargo, en este caso don Esteban le hubiera dicho a ella si a la edad de Tina hubiera tenido esa problemática que... imposible imaginarlo. Don Esteban era liberal, despreciaba curas y monjas y una vez opinó acerca de unos primos Barret, todos con ocupaciones eclesiásticas.

—¿Qué clase de mañas son esas? Dios está en el corazón del hombre —cayó en la cuenta, su marido era anticlerical, pero no ateo. La atea era ella pues en cuanto oyó esta opinión la descartó como insignificante; si Dios estaba en el corazón del hombre, no existía. Despreció a Dios y al corazón del hombre, le parecieron poca cosa y no se volvió a hablar

del asunto. Educó a Tina en el silencio, sin dar explicaciones como si el tema fuera cosa resuelta y ajena.

Y en resumen, ¿qué había dicho Tina? ¿Había mencionado la palabra Iglesia? ¿Había hablado de personas relacionadas con la religión? Ni siquiera. Entonces, ¿por qué se sentía tan mal? Si Tina hubiera dicho la misma frase de su padre, no le hubiera puesto atención. El asunto era quizá ése: Tina habló de Dios como de alguien que está fuera de uno mismo, no adentro. Pero ahora, en este momento, lo llevaba en el corazón puesto que desde allí podía mostrarle "las cosas del mundo". No era tan diferente.

Ah, sí; era diferente. Tina no lo decía con naturalidad, en su rostro, en sus ojos, había una suma de aspavientos, de experiencias. Eso era. Ese silencio, el laconismo de sus telegramas, el aparente olvido en que los había tenido implicaban que su atención estaba totalmente puesta en otra cosa. Ella, Adelaida, había intuido en forma automática un enamoramiento; por supuesto, pues esto era la equivalencia del amor. ¿O era el amor? ¿Podría alguien enamorarse profundamente de Dios?

Recordó a su prima monja cuando tenía dieciocho años y ella, Adelaida, apenas catorce: le entró una alegría repentina, una gana de bromear y de reír, un entusiasmo, pues. Y se fue al convento, riéndose todavía, mientras salía en tren y le decía adiós con la mano a su familia. Claro, no era el caso. Tina tenía una hija, era divorciada y estaba Isidro. En ese marco, no tenía Dios nada que ver. ¿Por qué? ¿Era ella una beata, como los demás Barret, convencidos de que Dios le vuelve la espalda a las que no son vírgenes, a los que se divorcian y a los que entablan relaciones sexuales sin casarse? Evidentemente, nada de eso la había escandalizado aunque lo lamentaba, ¿por qué pensar entonces en el Dios de sus parientes con la mentalidad de sus parientes? Lo único claro era la consecuencia inmediata: no se trataba

del convento. ¿Cuál era entonces la importancia? No podía descartar esa importancia, por lo tanto la localizó: temía que Tina realizara una serie de extravagancias en el nombre de Dios. Eso era. ¿Pero cuáles? Socialmente hablando, ya las había hecho. Haría otras, quizá inofensivas, ¿predicar por las calles o algo así? Conocía algunos casos pero esa gente estaba loca, les daba por la manía mesiánica y acababan en el manicomio. Tina siempre fue cuerda, ¿lo fue? No pudo contestarse honestamente. Ahora le parecía haber sido distinta y en cuanto a los últimos dos años, francamente anormal. El marido abandonado, Isidro... ah, y Miguel. Esto último ella se negaba a aceptarlo por absurdo y era cierto. Su hija tenía “algo” con Miguel, muy inexplicable y fuera de lugar.

Bueno, ¿para qué atormentarse? Ella ya había aceptado la situación, siempre lo hizo y lo seguiría haciendo. Se atormentaba para ejercer el derecho de sostener una actitud independiente. ¿Isidro? Quién sabe cómo reaccionaría. Tina podía no preguntar por él, no sacarlo a cuento, quizá por haberse visto obligada, a instancias de Adelaida, a enviarle las palabras aquéllas que anunciaban su regreso y tanto le cambiaron a él el ánimo. Pero habría más, sin duda. ¿No cabían Dios e Isidro en su corazón humano? Esa era cosa de ellos y aun sin la presencia de Dios, la gente dejaba de amar.

—Ocurre todos los días —dijo en voz alta—. Las personas se enamoran y luego se les acaba el amor. Con Dios o sin Él.

Se durmió de pronto. Todavía sin ver dónde estaba el punto crucial, la clave de su descontento.

Al día siguiente Tina se puso a trabajar. En Italia no había hecho un solo diseño y Adelaida los necesitaba, entre tanto, reflexionaba en la carta de Teresa:

Mi querida Tina:

Perdona mi largo silencio pero no me era posible poner mis cosas en palabras, cuando las escribo siempre se agrandan. Lo hago ahora, en primer lugar estoy embarazada y daré a luz en diciembre. Eso, como imaginarás me ha hecho muy feliz, hace años ya soñaba con un hijo. Esa dicha disminuye todos los problemas menores. Porque los hay.

En primer lugar Leopoldo está empleado en Salubridad por contrato y no tiene plaza. Eso yo no lo sabía y me ha costado mucho hacerle entender la diferencia; creía tener empleo seguro y bastaba con dar un buen rendimiento. Se ocupa de las medidas higiénicas necesarias para controlar la fiebre aftosa en el ganado vacuno, pero la epidemia prácticamente ya cedió y sus servicios no son necesarios. Así de claro. Yo pedí una licencia de maternidad y al mismo tiempo un traslado, ahora a Mérida. Pensé en el sureste, pero no en mi familia, la verdad. Me sentiría mal cerca de ellos y compartiendo sus problemas. Si hay pobreza la prefiero sólo nuestra.

No teniendo una razón mayor, Elisa, después de un pleito entre ellos, decidió casarse con Fabián contra viento y marea. Yo hice lo mismo en todo caso y por fortuna no exactamente. Fabián no terminó el famoso curso en México y tiene un sueldo insignificante en la empacadora, apenas suficiente para vivir en su casa con cierta independencia. Elisa seguirá trabajando como yo, eso no me parece terrible sino natural, lo malo es que se van a vivir con mis padres. ¿Te imaginas qué molestas situaciones les esperan a todos? Me escribió mi papá para decirme que no hubo forma de convencer a mi hermana ni siquiera de esperar un tiempo... por supuesto con la esperanza de que desistiera. Esto ella lo entiende y no está dispuesta a cambiar de idea. Bueno, se casan el 15 de noviembre.

Mi vida con Leopoldo ha sido buena. Tuve que *educarlo*. Lo sabíamos, ¿no es verdad? Pero se deja hacer y tiene buen carácter, lo cual resulta una gran ventaja. No podría vivir con un hombre soez o violento.

Nos veremos pronto, voy a México para el parto, tengo desconfianza en los médicos de aquí. Los de allá son peores y hay menos recursos. En México estás tú y me darás seguridad con tu presencia, eso te pido. Luego, cuando esté yo repuesta, iremos a Mérida. Voy a llegar con mis cuñadas, ratas o no; no me ofrezcas tu hospitalidad pues con Leopoldo y todo no me sentiría cómoda; la otra por lo menos es su casa y además no quiero enseñarle a recurrir a ti como hemos hecho nosotros. Ojalá todo salga bien, te aviso mi llegada.

¿Qué has hecho, Tina? Leí en el periódico comentarios sobre la *Boutique* Tina Barret y tus diseños. Ha sido un éxito, ¿no es así? Nosotros nunca hemos tenido un éxito en ese sentido y no sé si en otros, pero estoy encantada, lo merecen por su generosidad, siempre recordada.

¿Cómo está Juana María? Ya cumplió un año y ha de caminar, debe de estar preciosa, parecía una muñeca cuando la vi. Dale besos, lo mismo que a tu madre y tú recibe mi mejor cariño. Teresa.

Esa carta pesó sobre el ánimo de Tina. La vida había resuelto muchas cosas en casa de su tío en ese año, pero no para bien. Quizá Teresa hubiera podido llevar una soltería digna y tranquila si no fuera por su casa, en especial su madre y Elisa... lo de Fabián era definitivo. Teresa amaba la salud, la normalidad, la seriedad humana y la presencia de Fabián, ¡en su misma casa, por cierto!, no anunciaba nada de eso. Su resolución de ir a Mérida era inteligente, allí tenía parientes doña Flora y sin duda encontrarían ocupación para Leopoldo. "Ocupación", sonaba degradante, pero para ponerlo en términos sociológicos, Leopoldo no era un trabajador especializado.

Y ahora el hijo; Teresa lo necesitaba y lo deseaba, pero debía temer las complicaciones económicas. Suspiró, fue consciente de las ventajas de ser quien era. ¿De qué podía quejarse?

A Adelaida le encantaron los diseños y empezó a esbozar un nuevo proyecto: la producción en masa de vestidos a menos precio para vender en las tiendas grandes, ropa para la gente. Bonita ropa, claro, era un buen proyecto. Le mostró la carta de Teresa y Adelaida se la devolvió sin decir nada.

Llegó Isidro el 13 de noviembre. Sin avisar, como Tina; había estado diez días fuera de México.

Eras las once y Tina tenía la luz prendida, estaba terminando un dibujo, no un diseño, sentada en su cama. No tenía sueño. Oyó el timbre y los pasos de Ezequiel, luego el pasillo, las escaleras, por fin su puerta. Se volvió a mirar y encontró un Isidro pálido, de rostro descompuesto y ojos escurridizos. El entró y se sentó en un sillón bajo, sin hablar y sin acercarse. Por un momento ella creyó que este primer encuentro era así y no de otra manera porque él sabía ya y no comprendía, pero no apartaba de él los ojos. En todo caso podía explicarse pues no había pensado en el engaño ni en el ocultamiento.

—Ernestina, antes de que hables voy a contarte algo... desagradable para ti.

—Yo también voy a contarte algo desagradable para ti. Y voy a hablar primero. En estos casos, quien habla primero se arrepiente más, corre el mayor riesgo por la especial configuración de la naturaleza humana —Tina hablaba sin emoción aparente, con un pliegue severo en los labios—. Ya sabes, mi galantería de siempre —el rostro de Isidro se petrificó—. No voy a decir mentiras, ni una sola; queda entendido. Estuve paseándome por Roma hasta que un día caí en un éxtasis y el mundo exterior se transformó, duró varias horas; por supuesto no tomé drogas. Hasta que un día vi un niño inexistente; antes de eso no eran cosas concretas. El niño desapareció, luego volvió y finalmente se instaló a mi lado. Era para ser engendrado, así lo entendí: era para mí y yo para él y cometía un gran desacato si lo desperdiciaba



porque ese niño estaba en el dibujo de Dios y yo era el instrumento, mi vida lo necesitaba obligatoriamente, debía darle la suya. Entonces, con ese fin, tuve relaciones con un hombre. Eso es todo hasta ahora.

—¿Vas a casarte con él?

—Por supuesto, no.

—¿Estás embarazada?

—No lo sé todavía, es demasiado reciente. Si no lo estoy, habré cumplido y basta.

Isidro calló, su rostro volvía a pertenecerle, como si hubiera tirado una máscara.

—Tenías razón. Quien habla primero corre todos los riesgos. Ahora podría yo callar y empezar de nuevo, podría olvidar.

—Que así sea.

—¡No! Me tomas por cobarde o por sinvergüenza, Tina Barret. No, querida, a mí tú no vas a hacerme eso, no soy estúpido. Lo mío es sencillo, cogí con un puto. —Los ojos de Tina no se desviaron ni se sacudió con la brutalidad—. ¿Sabes por qué? ¿No? Me harás el favor de darme crédito, no es por haber tenido un impulso incontrolable y enfermizo aunque antes haya ocurrido así. Fue de ira contra ti. A mí no me importan los éxtasis ni los niños, ni los embarazos por designio divino, eso es cosa tuya. Pero me importa el desamor, la indiferencia, la falta de imaginación. ¿No era yo nada para ti, que te has dignado a enviarme cuatro palabras solamente? Me transfiguraron, no creas, por eso no te las perdoné. Luego me vi bien tratado, estimado, halagado y con éxito. Vanidad y soberbia. Me volví loco por tus cuatro palabras y decidí herirte. Todavía hace un momento quería hacer eso, herirte, hacerte sangrar un poco, aunque al mismo tiempo me destrozaras porque no puedo soportar que sufras. Y he aquí que tú, sentada en tu cama, como un lanzador de cuchillos experto tiraste tus dados y diste con todo

en el blanco. Quien habla primero mata primero y eso has hecho. Claro, ahora tampoco puedo decirte cómo hubiera sido si no fuera por el antecedente; ¿y por qué ese hijo no puede ser el mío? Por razones obvias, yo sólo te he dado la respuesta, el que va a una ciudad de mierda como pintor aclamado y hace lo que hice no puede reclamar el papel de padre. ¿Quién es el padre?

—No voy a decirlo.

—No está en el diseño de Dios.

—¿Que yo diga? No, sólo el niño.

—El policía italiano, el botones del hotel, el vago de las plazas. No le habrás pagado.

—Eso mismo podría yo decirte, Isidro.

—Es cierto, Tina Barret. ¿Por qué no puedes amarme? Nunca, nadie, ha de quererte como yo.

Tina miró la pared blanca. Estaba desolada, flaca, con el pelo revuelto y los ojos cansados. Isidro no dejaba de verla. ¡Cómo la había odiado los pasados días! ¡Cómo la odiaba ahora, al tiempo que la amaba!

—Yo no te pertenezco, Isidro. Ni a ti ni a nadie. Pero a ti tampoco te querrán como yo. Y oye bien, quererse no es una gran suerte para ninguno de los dos; no somos fáciles de querer. Mi comportamiento ha sido detestable, pero no podía escribir, eso era todo: fui egoísta, no pensé hasta qué extremo estaba atormentándote. En lo demás tú no entras. Nunca he querido hacerte daño, ahora tampoco, pero no puedes pretender que no tome una decisión seria, tan seria como es ésta, sin tu aquiescencia. No soy objeto tuyo. Eso que hice es asunto mío.

—Pero no es cierto. Sería tuyo si se tratara de una aventura idiota y ni aun así. Por lo que se ve es asunto tuyo y de todos. Adelaida, Juana María y, ¿por qué no?, yo. No por valer mucho sino por amarte, aunque no sea precisamente una suerte, como dices.

—No es una suerte. Es una oportunidad.

—¿De qué, Ernestina?

—De ser aceptados con nuestras respectivas...

—Cargas de mierda, las cuales son un poco mayores de las que luce el resto del mundo. Podría abofetearte, Tina.

—Yo, en cambio, no.

—Por supuesto, no te va nada en ello.

—Sí me va. Me va por ejemplo la comparación aquella que tú me habías prohibido hacer, ¿te acuerdas? La comparación con Elisa y Fabián, la cual ya se volvió permanente, se casan pasado mañana.

—Estás abofeteándome. No hacen falta las manos. Ellos y nosotros. El día que esa parejita tuviera una conversación como ésta se le quema desde la lengua hasta el culo.

—Muy bien descrito. No era por las conversaciones.

—Ya lo sé, miserable —estaba ablandándose, rió de pronto—. ¿Qué pensabas? ¿Que la palabra Dios tendría el gran efecto? No querida, no tiene. Nada le quita al mundo y nada le pone, así ha sido y será. Éxtasis. ¿Sabes qué va a pasar con tus éxtasis?

—No.

—Vas a pintar. A ver ¿qué tienes allí? —De un paso le quitó el dibujo—. Sí. Eso es. Aquí está ya. Una mujer en un vehículo imaginario dando vueltas por lo que parece ser Piazza Navona. ¿Crees ser la primera pintora que tiene éxtasis?

—No lo sé.

—Si algo valen, los han tenido. Yo también y sin drogas. Pintar es crear, como hizo Dios el Padre en la Semana Fatal, ¡pintar es cumplir con la imagen y la semejanza, imitar, dentro de mil limitaciones, la conducta de Dios! Todos los artistas ateos son infinitamente religiosos, a veces no se dan cuenta, cuando también son infinitamente brutos, pero eso no perjudica su capacidad creadora, por fortuna. Además

son egoístas y cabrones por estar infinitamente ocupados en su oficio divino. Tener un hijo sabiendo que se tiene que crear también. Ignorándolo todo es igual a mear o cagar. Una eyaculación y ya está. ¿Dónde está la originalidad de usted, egoísta y cabrona Tina Barret? ¿A qué viene no estar peinada, y verse desnutrida, fea como espantajo? —Isidro, sin transición alguna, rompió a llorar, unos sollozos roncros, hondos, espasmódicos—. No te acerques — decía—. No te permitas consolarme porque... —Tina se quedó quieta, con la cabeza baja. No esperaba menos. Esto fuera mil veces peor de saber Isidro la verdad completa. Una omisión y una mentira no son iguales, pero ¡qué grande, qué grande esta omisión! Debía mantenerla, nutrirla como omisión, construir en su lugar una verdad imaginada por los otros: botones, mozos de café. Se estremeció: ¡qué poco la conocía Isidro a pesar de conocerla tan bien! ¡Qué pronto se le había borrado la idea de su ser difícil, orgulloso y delicado! Como si alguna vez hubiera podido entregarse a cualquiera. Isidro estaba tranquilizándose.

—Bueno, ya di el espectáculo. Esto se llama en buenas palabras hacer un *show* o un *chó*, como decimos. Faltó la orquesta.

—Ya cállate.

—Observo que no me has echado. Y te he insultado duro y maduro.

—Cállate, dije.

—Bueno, se calla un Isidro y habla otro, ¿qué vamos a hacer con Adelaida y Juana María? ¿No piensas en ellas?

—Sí. No sé.

—Ernestina, me necesitas, ¿lo sabes?

—No para mentir, será para callar. ¿Estás de acuerdo?

—Estoy de acuerdo en lo que te dé la gana. Para siempre. ¿Sabes el significado de esa palabra?

—Más o menos.

—Quiere decir “Isidro en primer término”. Si tienes éxtasis y ves fantasmas, Isidro lo sabe. Si no te acuerdas de nadie porque estás fascinada, tu mano escribe un papelito donde diga: Isidro, debes saberlo, estoy fascinada. ¿Entendido? Porque Isidro, quien es por supuesto una porquería, es capaz de perdonarlo todo y... no pide ser perdonado. Exige un poco, nada más.

Isidro calló. Ésta era la palabra aquélla, enterrada en su mente desde esa noche, cuando... *servidumbre*. Lo había hecho al fin... se había cortado la cabeza y la ofrecía en un plato dorado.

—Gracias.

Salomé por lo menos no dio las gracias y Tina... quizá tampoco. Pobre criatura, pobre Tina Barret. Ahora hubiera dado cualquier cosa por abrazarla, por consolarla como... el primo tan inteligente que le había impuesto el modelo.

—La familia de don Miguel Barret está resultándonos muy ilustrativa, con y sin explicación.

—¿Qué?

—¿Puedo acercarme y tenerte en los brazos castamente? —algo tembló en los ojos de Tina—. No puedo. Hay que esperar, me doy cuenta.

—Hay que esperar, sí. Un poco de tiempo. Estoy triste —Tina se enrolló en su cama, de perfil como un feto y él se acomodó en el sillón: podía verla, estaban juntos. Eso era.

Al día siguiente Isidro despertó por primera vez en casa de las Barret. Los encontró María cuando entró con el desayuno de Tina.

—Señora Adelaida, el joven Isidro está dormido en el sillón del cuarto de Tina. Ni me oyeron cuando entré.

—Bueno, vuelve a entrar, esta vez con dos desayunos. Ha de parecer perro.

Y sin embargo, ¡qué alivio! Allí estaba Isidro para oírla, para darle ánimos. No se habían separado, como temió,

aunque claro, deberían de haberse peleado; pero si Isidro podía entender a Tina, que durmiera donde quisiera. Se puso contenta; desayunó, se arregló y salió para la tienda. Todo estaba mejor, no tenía ganas de hablar con ellos. Quizá era su primer síntoma de vejez, desear que los otros, por más cercanos a ella, se las arreglaran por su cuenta.

Todo estaba mal. Cuando María volvió a entrar, Isidro la ayudó a poner la charola sobre el buró. Tina dormía profundamente como si dormir fuera una forma más del descon-suelo, apenas se la veía respirar. Isidro se sorprendió deseando que no despertara, ni abriera los ojos. Si pudiera dormir mucho, días enteros, quizá... ¿qué horas eran? Las diez de la mañana. Debía irse a su casa, saludar a su madre. No, no podía irse.

Se fue a bañar al cuarto de don Esteban para no romper la etiqueta familiar y cuando regresó encontró a Tina sentada en la cama, con los cabellos alborotados y las manos extendidas, como vacías.

—¿Dónde estabas? Ése es tu desayuno.

—Y el tuyo. ¿Qué va a pasar hoy en la mañana? Son más de las diez.

—Nada, voy a pintar y a hacer unos diseños.

—¿Tienes ganas de trabajar?

—No.

—Te hace falta un baño y si no te lo das, te lo doy yo. Come, mientras. Tienes cara de mugrosa.

Pero Tina tenía modales de enferma grave: falta de fuerzas, mala coordinación. Derramó el jugo y el café.

—¿Qué me ves?

—Yo, nada. ¿Ya terminaste?

—Más o menos —sonrió con el pan en la mano—. Puedo masticar pero no tragar. Es muy raro.

—Eso veo. Párate.

No pudo, Isidro salió en busca de María.

—Doña María, Tina no está bien. Llame al doctor Márquez y báñela. Perdió las buenas costumbres en Italia.

—Ya me lo imaginaba. No come. —María fue al teléfono, hizo los arreglos y luego se dirigió al cuarto de Tina.

Isidro habló con su madre por teléfono, le dio cuenta de cuanto detalle quiso saber acerca de la exposición, los comentarios, la prensa. Doña Rebeca, acostumbrada al trato normal de su hijo, empezó a sospechar otra razón para estarla condescendiendo.

—¿Dónde estás?

—En la calle. Salí a desayunar.

—No se oye ruido.

—Raro. Estoy en un café.

Doña Rebeca supo que mentía.

—Ah, muy bien. Ya nos veremos. Te felicito, hijo.

—Qué formal. Muchas gracias. Adiós

Subió luego. Tina estaba en su cama otra vez, con un camisón limpio, una bata y el pelo mojado.

—Mandé llamar al doctor Márquez.

—Es un estúpido.

—¿Dónde está Juana María? No la oigo.

—Fue al parque con Ezequiel, Victoria está en la escuela.

—Muy cuerdo. ¿Hasta qué hora viene el doctor?

—En la tarde, como a las cinco. —María sacó la ropa sucia.

—Tina, ¿puedes soportar que te peine y te seque el pelo? Te va a hacer daño.

—Tengo la cabeza muy sensible.

—Sí, carajo, pero te vas a resfriar —Isidro agarró una toalla y el cepillo. Tina se dejó hacer, estaba lejos, lejos.

Isidro entendió que no iba a poder dejarla quién sabe en cuántos días porque si la dejaba ella no tendría fuerza para

sobrevivir y no podía morirse, no debía, no le daba la gana a él que se muriera.

—Dios. Que me muera antes que ella para no ver el mundo vacío nunca, nunca.

Ahora caía en la cuenta, los ataques de asma hasta eran interesantes y dinámicos comparados con esto. Entre tanto, cepillaba los mechones ondulados sobre la toalla, hasta dejarlos secos.

—Isidro.

—¿Qué?

—Estoy muy triste.

—Eso parece. —¡Si pudiera pelearse con ella como la noche anterior! Pero probablemente lo dicho en ese pleito había terminado de hundirla. No. No podía ser. María conocía a Tina mejor que él. Quién sabe cuántos días llevaba de comer mal y de... — No me voy a ir Tina. A ver si tu madre permite que me quede. Ya amanecí hoy aquí. ¿O quieres que me vaya?

—No. Quédate.

Luego cerró los ojos y no volvió a hablar en toda la mañana. Cuando llegó Adelaida, Isidro salió a recibirla, ella lo abrazó y lo besó.

—Oye, Tina está mal. María llamó al doctor.

—No me digas que...

—No, no es asma. ¡Es hambre, hambre, cansancio y depresión o algo por el estilo! ¿Siempre fue Tina así?

—¿Cómo? ¿Tan espectacular para enfermarse? Hasta que volvió de Sonora. Antes de eso hasta fuerte parecía.

—Pues ahora parece débil. ¿Quieres que me quede a cuidar? Ella no se opone.

—Voy a agradecértelo. Mucho. Te necesito yo también. Me hace falta Esteban. Estaba deseando que volvieras.

—Muy agradecido a mi vez. Así me gusta que me digan las cosas.



Isidro esperó al médico y lo llevó aparte para hacerle una advertencia.

—Mire doctor, no sé si Tina está enferma de algo preciso, pero debo decirle que podría estar muy recientemente embarazada; es demasiado pronto para comprobarlo, según dice ella. Si es así no quiere por ningún motivo perjudicar al niño. Me pareció necesario decírselo para que tome muy en cuenta esa condición.

El doctor asintió, revisó a Tina y habló de nuevo con Isidro.

—Está a un grado de debilidad acentuado, cansada y... ¿sabe usted si ha tenido algún incidente traumático? Yo la llevaría al hospital y la tendría un mes en la cama bajo calmantes, pero no es aconsejable en este momento. Por lo pronto, que no se levante, ya le di a María instrucciones para su dieta y dentro de dos semanas a más tardar se puede hacer un análisis para saber si hay embarazo. Quisiera saber si... bueno, soy el médico y tengo que saber estas cosas. ¿Hubo violación?

—De ninguna manera, ella buscaba el hijo.

—Yo la traté cuando llegó de Sonora, en el otro embarazo, su situación es muy similar. Qué complicada muchacha. ¿Para qué quiere un hijo? ¿Usted es el padre?

—No, doctor.

—Vuelvo mañana. Que descanse, que coma. ¿Está usted seguro de que no le ocurrió nada violento?

—Así parece, lo hubiera dicho, en realidad le convenía decirlo, ¿no cree usted?

El doctor lo miró atentamente.

—Y ¿sabe qué? Cuídese. No quiero dos pacientes en la misma casa.

Pasaron dos semanas largas, larguísimas. Tina prefería tomar líquidos por un tubo de vidrio para no sentir el sabor de la comida. Después de unos días empezó a vomitar por

las mañanas, tenía calambres en las piernas y una gran necesidad de silencio, se estremecía con las voces, con los ruidos lejanos. En verdad estaba ausente y los sonidos la volvían a la realidad inmediata. Su mente estaba en Miguel y tenía enfrente a Isidro pero no podía rechazarlo; sabía ahora su responsabilidad y la aceptaba. Entendía que ella en este momento no podía valorar aquello que Isidro le entregaba, pero era valioso y no podía darse el lujo de perder nada más. Debía defender sus posesiones terrenas, las tres personas con quienes compartía su casa, pero apenas podía tolerarlas.

Llegó Teresa y Adelaida se presentó a visitarla de inmediato, no la encontró a su gusto e insistió en llevarla con el médico; el resultado fue que la internaron en el sanatorio porque el viaje desde Puebla no le sentó bien y venía sangrando. Al segundo día se le presentó el parto en forma y dio a luz una niña felizmente. Adelaida pagó todo e insistió en que se quedara en el sanatorio hasta su partida para Mérida porque no podía llevársela y le bastó verla el primer día en casa de sus cuñadas para decidir que no podía tener allí a su hija recién nacida. Tina y Teresa no se vieron. Adelaida, como es de suponerse, tenía mucho qué contar.

—Esa mujer es una boba, ¡qué barbaridad! Me recibe en una sala sucísima, una verdadera catedral de polilla y no sabe de qué hablar. Una hora después me entero de que se siente mal, no tiene médico y no sabe dónde va a parir. Pregunto por el hombre ése, su marido y no sabe dónde está, salió con su hermano. ¿Sabes dónde estaban? ¡En el billar! Apareció a las tres de la mañana en el hospital, llorando. Creí que estaba borracho, pero no, así es él. Teresa empezó a sonreír como si hubiera llegado el Apolo de Belvedere, llamé un coche de sitio y lo dejé cuidándola. Esa Teresa me tiene horror; yo también, pero de diferente clase. Luego vino el parto y el animal se paseaba, se tiraba de los pelos; en ese

hospital son muy estrictos y echan a los padres en un salón especial a prueba de ruido, avisan por altavoz si fue sapo o cangreja. ¡Ay, qué harta estoy! Y luego, al despedirme, el hombre me besó las manos, ¡para darme las gracias!

—¿Te las lavaste?

—Tenía guantes. La niña es espantosa, se parece a él y a sus hermanas. Esa Teresa, Isidro, ya se iba del sanatorio sin recoger la dieta de su hija y no tiene una gota de leche. ¿Qué pensaría darle de comer? Les compré los pasajes hasta Mérida.

—Para hacerles el favor completo.

—No. Para que no hablen mal de mí en casa de don Miguel. Y fijate —Adelaida bajó la voz—. Una cosa horrible: en el hospital creían que eran mi sirvienta y su marido. Mi sirvienta y su marido son personas inteligentes y tienen mejor aspecto, se los dije: “Éstos nada más son mis parientes.” Al fin puedo contártelo, entre la tienda, el hospital y tú con Tina, no he tenido tiempo de desahogarme. No quiero hablar delante de Tina, se quieren mucho. Bueno, eso sí debo decirlo: Teresa lloró cuando supo que Tina estaba mal.

—Y que tú, en cambio, estabas de lo mejor.

—Estás muy pálido y de mal talante. ¿También tú comes con tubo?

—A ver si todos no acabamos comiendo así.

—Yo no, ni Juana María, no nos gustan esas cochinas. Pero Tina va bien, ¿no te parece?

—Un poco bien. Mejor en todo caso.

Al final de la segunda semana pudo hacerse el análisis. Con resultado positivo. Isidro se lo entregó a Tina después de leerlo privadamente. Ella lo leyó de una ojeada y no cambio de expresión.

—Debía ser —dijo—. Debía ser. Tengo que hacer unas cosas. —No dijo cuáles, parecía pensar en algo concreto, dar-

le vueltas, preocuparse. Isidro, curiosamente, no podía dejar de pensar en Adelaida y sólo en ella. Cómo y cuándo decírselo. Explicárselo. Él ya se había acostumbrado a la idea y le parecía más soportable que la enfermedad de Tina, sus largos silencios, su no estar continuo; no hablaba con él, pero tampoco con los otros. Era una especie de enojo contenido, un reproche no formulado; a menudo se disculpaba diciendo que estaba muy triste.

Esa misma noche, después de la cena, se llevó a Adelaida a la sala.

—Querida Adelaida.

—Me vas a decir algo horrible, te lo veo en la cara. ¿Qué tiene Tina? ¿Está tísica o algo?

—Está embarazada, vas a ser abuela otra vez a mediados de julio —Adelaida lo miró con los ojos muy abiertos—. ¿Quieres un coñac?

—Si me haces el favor. —Empezó a morderse el pulgar—. ¿Así nada más? ¿En julio, dices?

—Sí. Toma y ahora uno para mí.

—Pues... no sé si tener prejuicios o no. Debiera tenerlos, pero no me nacen. Mejor dicho, me nacen, pero no puedo tomarlos en serio. —Se tomó el coñac.

—No tan aprisa.

—Debiera hacer un drama... no me iba a salir. ¿Qué se hace en estos casos?

—Pues ropita, creo.

Adelaida soltó una carcajada.

—Isidro, merecerías ser mi hijo. Sólo tú y yo podemos decir babosadas en ciertas circunstancias.

—No creas. Cuando lo supe dije mis... cosas. Pero como opina una compañera pintora cuando se le presenta una opción de vida: todo es peor.

—Yo debería llorar, pero... —se puso seria—. Me importa que Tina viva y no se vuelva loca, así de claro. Desde su

llegada he tenido miedo de las dos cosas, la muerte y la locura. De una vez te lo digo, si este embarazo es como el de Juana María, ¡la que se nos espera! Muchas mujeres no pueden convivir con el ser humano que llevan en la panza, es glandular o algo. Yo me llevaba muy bien con Tina, pero ellas... Por lo menos dura nueve meses y no nueve años.

A Isidro nueve meses se le figuraban como siglos.

—No me has preguntado si es mío ni si vamos a casarnos.

—No voy a preguntártelo.

—¿Lo sabes?

—No. Mira a Juana María: sé quién es su padre y que es hija legítima. ¿Quién sale ganando con eso? Ni ella ni nadie. Además no la hemos llevado al registro.

—Eres muy valiente, Adelaida. Entre los dos quizá... Tienes razón, interesa su vida y su cordura.

Esa noche, en su cama, Adelaida lloró amargamente. Sentía impotencia y la vida deshecha, fragmentada, como si cada uno de ellos se hubiera vuelto en sí mismo un mundo aparte.

Teresa le escribió a su padre desde Mérida.

Querido papá:

Ya estamos aquí y llegamos bien gracias a Dios. Por el momento con mi tía Rosario pero cuando sea posible buscaremos una casita. Leopoldo tomó un empleo de repartidor en la distribuidora de leche enlatada, le pagan por cantidad de latas y como trabaja desde la mañana hasta la tarde, no estaremos mal. La niña crece y engorda, no se parece a nosotros pero estoy encantada con ella.

Para tu conocimiento quiero decirte que Adelaida verdaderamente no pudo ser más generosa conmigo, si no ha sido por ella hasta pude perder a la niña. Me llevó a un

hospital de lujo donde me trataron muy bien, me compró camisones y a la niña todo lo habido y por haber. Adelaida no es maternal, ya lo sabes, pero bien educada y amable como no hay otra; ésas son cualidades mayores y yo no lo sabía. Pero no vi a Tina.

Según Adelaida regresó de Roma con una desnutrición terrible y está bajo un tratamiento de descanso absoluto. Hablé por teléfono con María, la nana de Tina, porque me preocupé. Ella dice que Tina no come bien, ni quiere hablar con nadie, ni hacer nada; hasta la bañan y la peinan. Me pareció más bien un problema emotivo o mental que físico; para serle franca hasta se me ocurrió que en Roma pudo haberle pasado algo desagradable pero no me atreví a insistir en verla, pues ni Adelaida ni María me lo sugirieron, al contrario, subrayaron que no podía ver a nadie. Quizá tú puedas ponerle unas líneas a Adelaida para informarte de la salud de Tina y para agradecerle cuanto hizo por nosotros, tan excesivo y de tan buen modo. Imagínate a mi tía Elena y al doctor Morales en esa misma situación. Mi tía Rosario está feliz con la niña y les manda saludos. Yo, todo mi cariño, como siempre. Tu hija que te quiere. Teresa.

Don Miguel rompió la carta. Desde su regreso Miguel se comportaba en forma diferente, no sólo a la de los meses anteriores sino a la de siempre. Trajo de Veracruz una alegría tranquila, un brillo imposible de ocultar, hasta sus ademanes eran más sueltos.

—Quién sabe qué le pasó a Miguelito en esa ciudad tan corrupta. Se ha puesto muy guapo, casi tanto como tú.

Doña Flora implicaba que la corrupción embellece y no sabía si alegrarse o no del resultado, pero estaba más ocupada con la boda de Elisa que con la persona de Miguel. Gozaba las bodas y ésta la había disfrutado cabalmente; Fabián era muy de su gusto y no le importaba ser su única partidaria, Miguel y ella fueron los padrinos, mientras don Miguel y el abuelo de Bardo se fueron a la cantina, donde,

con el mejor de los gustos, recordaron viejos tiempos y no comentaron los actuales.

Para Elisa la ausencia de su padre fue un alivio momentáneo, si iban a vivir ella y Fabián en la misma casa, tendrían abundantes oportunidades de verse. Llegó de México avergonzada de sí misma, todas las personas tienen límites y ella rebasó los suyos. Cuando se presentó Fabián ella se sentía tan culpable como para no tener ánimos de romper con él, como casi había decidido. A Fabián, por su parte, le ocurrió algo muy semejante, estaba aplanado por la indignidad del abandono de Bardo. Se casaron por humillación y no por alarde de estupidez, como hubiera podido pensarse. Las amigas de Elisa le fueron fieles, lo mismo la familia de Fabián, tuvieron muchos regalos y la boda se realizó en mejor ambiente que la de Teresa. Los otros Barret no se aparecieron ni por la iglesia pero enviaron regalos, tanto mejor.

Don Miguel estaba ahora bastante alarmado a propósito de la carta de Teresa y decidió darse un margen de tiempo, hasta fines de mes, para escribirle a Adelaida y tener así noticias de Tina, pero las tuvo antes de lo esperado, recibió un telegrama.

“Querido tío siempre amándolos resultado positivo dígalo a Miguel yo bien y contenta Ernestina.”

Don Miguel le dio el telegrama a su hijo. Los dos quedaron muy exaltados y sin deseos de comentarlo, se sentían unidos, fuertes, dentro de su debilidad.

Ernestina lo envió con Ezequiel bajo el más estricto secreto sabedora de su discreción y Ezequiel no se lo dijo ni a María porque ella, al regreso de Tina, cuando deshizo las maletas encontró arena en el traje de baño todavía húmedo y un sobre: Hotel Colonial, Veracruz, Veracruz. Se trataba entonces del joven Miguel. A Ezequiel le pareció más claro, más lógico al fin y al cabo. Isidro estaría a la altura de Tina, pero sin duda existen las leyes del corazón.

Querida cuñada:

Enterado por Teresa de tus grandes generosidades para con ella, te envío estas líneas como agradecimiento. Eres una gran señora y siempre lo he pensado; mi hermano, al casarse contigo, tuvo un gran acierto.

Me habla Teresa de la mala salud de Ernestina, deseamos su restablecimiento de todo corazón. Siempre a tus pies.  
Miguel Barret Brito.

Y la rúbrica aquella, tan floreada.

Tina y Adelaida hablaban del futuro niño con esfuerzo pero sin mala voluntad. Adelaida terminaba por meterse en la cama de su hija para tenerla en brazos y así comunicarle su tibieza, su disponibilidad y su adhesión. Tina lo agradecía: no soportaba las palabras, claro, tampoco había esperado un sermón y siempre contó con su madre. Adelaida no hacía preguntas y eso era bueno, pero ella no se sentía tranquila.

—Te he dado un disgusto.

—Pues sí. Pero no vamos a llorar por eso —decía Adelaida, con el tono ligero de siempre.

—¿No? Sí. Vamos a llorar y muchas veces.

En una de tantas le pidió a su madre que llamara al licenciado de la Peña para hablar con él de un asunto.

—¿Vas a hacer tu testamento?

—Ni por pienso. Es otra cosa.

El licenciado vino y hablaron muy poco rato. Tina quería solamente poner una de sus casas “de allá” a nombre de Bárbara Barret Luna y darle a su primo Miguel el usufructo de por vida. No se lo escribió a su tío por temor a sus escrúpulos; él no pondría jamás a nombre de su nieta una propiedad de su sobrina, actuando como apoderado. El licen-



ciado de la Peña le aseguró a Tina que podía arreglarse sin problemas, él tenía todos los títulos de propiedad de don Esteban. Días después le trajo unos papeles a firmar y fue como siempre había sido, más discreto que el confesor, el médico y Ezequiel juntos.

Al recibir Bárbara el título de propiedad estalló una verdadera bomba en casa de los Barret. Llegó a la hora de la comida como por encargo. Bárbara no se escribía con nadie y un sobre grande y registrado era un acontecimiento; firmó en la libreta del cartero y se lo puso en las manos a don Miguel. Magdalena vino de la cocina a toda prisa, con Gumersindo montado en la cadera.

—Ábrelo tú, papá. Quién sabe qué pueda ser.

Don Miguel lo abrió y leyó atentamente, todos miraban con atención, menos Fabián y Elisa; a menudo se hacían los indiferentes como para marcar su independencia.

—Bueno, Bárbara. Pues ya eres dueña de una casa: la que está enfrente a la iglesia de San Mateo. Te la regala Ernestina pero Miguel tiene el usufructo durante su vida, lo cual quiere decir que mientras él viva no puede venderse y si está alquilada, como es el caso, la renta le corresponde. Pero es tuya y cuándo él muera puedes venderla o vivirla o alquilarla, como cualquier otra propiedad.

Magdalena no entendió y no se atrevía a preguntar. Doña Flora se puso furiosa.

—¿No digo bien que Ernestina es una atrevida? Dime tú, Miguel, estando Elisa y Fabián recién casados y viviendo con nosotros, ¿quién necesita una casa?

—Bárbara, Magdalena, Miguel y Gumersindo, evidentemente.

—No es justo. Miguel se la va a ceder a su hermana.

—No puede, es de Bárbara.

—Pues que Bárbara la ceda.

—El usufructo es de Miguel, no puede tampoco.

—¿Ves? Así son en esa familia, dan como y cuando les da la gana.

—Claro, así hace todo el mundo con lo suyo.

—Es una grosería para Elisa. Teresa tampoco tiene nada y es la mayor. Podría vivir allí.

—No es tan tonta.

—¿Por qué a Bárbara y no a sus primos? Enrique no tiene casa propia tampoco.

—Miguel es su primo, ¿ya se te olvidó? Y el usufructo es suyo.

—Si Miguel tiene orgullo no puede aceptar, no puede. Después de todo eso tan terrible. Es como pagarle. Pagarle con una casa un daño tan grande.

—Bárbara y su madre son las beneficiadas a mi modo de ver.

—¡Qué sucia es Ernestina! ¿Cómo se atreve a regalar una casa que no puede venderse? Y pasando por encima de tantas personas.

—Me voy a la botica, ya me aburrí de oír inocencias. Y más te vale no hablar así de Ernestina porque nadie, ¿me oíste?, *nadie*, regala casas más que mi hermano y su hija. En tu familia no ha ocurrido nada igual hasta el día de hoy.

Salió don Miguel, y se oyó la voz de Elisa, baja y concentrada.

—Ernestina me las va a pagar.

—¿A ti? Ernestina no tiene nada que pagarte —dijo Fabián muy tranquilo—. No te debe nada. ¿Y tú qué opinas, Bárbara? No has abierto la boca.

—Sólo Miguel puede decir algo.

Llegó Miguel en ese momento.

—A ver, Miguel —Fabián pocas veces se dirigía a él directamente—. ¿Ya sabes la noticia?

Se lo dijo mientras el otro se lavaba las manos y se las secaba.

—¿Verdad que no vas a aceptar, hijito? —entonó doña Flora.

Miguel se sentó en el lugar de su padre.

—La casa es de Bárbara. Como está alquilada el alquiler también es de Bárbara; no puedo aceptarlo, en eso tienes razón. Pero no tengo intención de discutir el asunto —miró a Fabián—. Con nadie. Es una cuestión entre Bárbara y yo, y ya está resuelta.

Elisa se levantó corriendo de la mesa y Fabián detrás de ella, se la oyó sollozar de lejos. Miguel empezó a comer.

—Pero Miguelito, ¿para qué quiere Bárbara la renta?

—Para vestirse, pasear, darle dinero a su madre, lo que le dé la gana.

—Elisa y Fabián no tienen casa.

—Ésta. De aquí no saldrán nunca. ¿Ya no te gusta vivir con Fabián?

—Cállate por favor, no te vayan a oír.

—Creí que te gustaba, eso es todo —lo dijo en tono suave, burlón, pero sin crueldad. Doña Flora lo miraba como si no lo conociera.

—¿No le tienes rencor a Ernestina?

—Bárbara y yo estamos en deuda con Ernestina. Estamos agradecidos. ¿De dónde lo del rencor?

—Ella te destrozó la vida.

—¿Cuándo? ¿Hace ocho meses? No. Ella siempre me ha iluminado la vida.

Doña Flora dejó la mesa caminando despacio y fue hasta el bastidor, a tejer la hamaca en turno. Bárbara y Miguel estaban frente a frente.

—Gracias —dijo de pronto ella y se fue a la cocina. Miguel siguió comiendo.

Adelaida recibió muy complacida la carta de don Miguel y se la mostró a Isidro.

—¡Qué hombre más fascinante! ¡Es el único de su familia que comprende la cortesía!

—¿Por qué es fascinante?

—Es igual a mi marido, pero más suave. Te lo quedas mirando y no sabes lo que podría pasarte. ¿Me entiendes? Una sensación de hecatombe.

—Mire usted qué cosa. En cambio hay otros que te los quedas mirando y sabes que nada puede pasarte; ¿no?

—La gran mayoría. Como su hijo Miguelito, salieron a Flora esos muchachos.

—Ya no hablo mal de ese señor, estoy reformado, tiene sus cualidades.

—No seas grosero, Isidro.

—No tiene. Igual que yo.

—Mira, si estás esperando oír maravillas de tu persona... podría decir las, si no fuera por tu pudor innato y eso.

—Ese hombre estaría haciendo las mismas maravillas que yo, pero en vez de estar desesperado, estaría feliz. Fíjate qué superioridad.

—¿Estás desesperado?

—Sí, pero aguanto.

—¿Por qué no pones tu estudio aquí? Así trabajas mientras te desesperas.

—No. Ese espacio va a servirle a Tina, en cuanto mejore va a pintar. Ayer ya hizo un diseño. Y no es bueno dos pintores en un sólo estudio. Además, aunque no lo creas, debo cubrir unas apariencias.

—¿Con quién?

—Con mi madre. Ya cayó en la cuenta de que no estoy en mi casa, aunque le hable diario y precisamente por eso: antes hablaba ella y yo siempre contestaba furioso. El otro día dijo que si pensaba engañarla perdía el tiempo, ya había

encontrado la cartomanciana ideal y estaba enterada de la degradación de mi vida actual: me he convertido en juguete de los ricos, reniego de mi origen humilde y les sirvo para cubrir sus bajas acciones.

—Muy buena cartomanciana, ¿no me das la dirección? El sistema de preguntarle a la baraja lo que los hijos no dicen me parece magnífico.

—¿Lo harías, Adelaida?

—No. Los hijos no dicen lo que no nos gustaría oír. Tienen mejor criterio que las madres.

—Claro, la mía es masoquista.

Doña Rebeca sabía la dirección de Adelaida, su nombre, el de su hija y el de su tienda. Una amiga suya vio a Isidro en el parque con Juana María y los siguió, luego tocó el timbre con la mayor inocencia y preguntó si vivía allí una equis familia y no se mostró conforme hasta que Ezequiel le dio el nombre de la dueña de la casa. La fama de la *boutique* hizo el resto. Doña Rebeca estuvo a punto de presentarse pero recordó su experiencia con Carlota Montiel. No se atrevió. Isidro, dijo la cartomanciana, jamás se lo perdonaría y además era mayor de edad, libre y con dinero. Por otra parte no mostraba descuido ni indiferencia hacia ella, todo lo contrario.

—Están abusando de él —dijo doña Rebeca.

—No señora, no da dinero en esa casa, ni tampoco se trata de corrupción. Está allí por amor.

—Esa muchacha.

—Ella por el momento es una enferma. Yace con siete espadas en el corazón y a su lado está su hijo Isidro, el caballo de oros, protegiéndola. No hay más.

—Pero tiene hijos, allí sale.

—No son de su hijo y él lo sabe, no hay abuso. Tenga paciencia, sólo eso puede hacer, lo demás está contraindicado.

—Él lleva a la niña al parque.

—¿Y eso es malo? ¿Cuántos años tiene la niña?

—Apenas camina. Isidro no va a poder hacer su vida como el resto de los hombres.

—Ni él ni usted quieren eso, ¿de qué se queja?

La severidad de esta mujer mantenía en línea a doña Rebeca, si Isidro las hubiera oído habría comprendido que su madre había encontrado la horma de su zapato. La mujer era seria, de buenas costumbres y cobraba poquísimos, tenía además buena visión psicológica y las madres como doña Rebeca la frecuentaban a montones. Y por si fuera poco dedicaba la mitad de su lectura a señalar las glorias de Isidro sin regatearle a su madre los debidos méritos... de doble filo, claro. Si no fuera por ella, él sería ahora una persona completamente distinta, etcétera.

Isidro se limitaba a escuchar las quejas de su madre y a fuerza de callar había terminado por entender el asunto, más o menos. Su estudio quería conservarlo aunque no pintara; el trabajo intenso anterior a la exposición lo dejó agotado y necesitaba reponerse. Ya pintaría, cuando tuviera tiempo y ganas.

“Dios, he cumplido. Has sido dadivoso conmigo, el niño está en mi vientre y es hijo de Miguel. Ahora no me enloquezcas. ¿Por qué me siento encarcelada? ¿Por qué quiero llorar a gritos y odio a todos? No hay remedio, nada ganaría con traer a Miguel, estaríamos como hemos decidido no estar nunca. Pero no me enloquezcas. Dios, dame amor para todos. Dame fuerzas para asumir la vida diaria. ¿Por qué tengo tanto asco de la vida? Todas las mañanas vomito la vida; yo quiero estar en el Hotel Colonial envuelta en pétalos de rosa. Y no se puede. Agradezco, agradezco que me fuera concedido. Dios, dame capacidad de perdonar a Isidro, cada día

le reconozco más cualidades, méritos inigualables y sin embargo no puedo olvidar lo que me dijo, me trae asociaciones obscenas. Eso es desprecio, falta de perdón. Permíteme, Dios, amar mejor a mi madre, siento impaciencia porque no es profunda, porque no puedo hablar con ella como Contigo, no me ve en todos mis momentos, como Tú. Qué injusticia con ella. No ha dicho una palabra de reproche, no ha fallado en bondad, ¿soy yo mejor? ¿Qué diría de mí Juana María si fuera adulta? Mi madre nunca ha sido como yo, distante, sino fácil y presente pero queremos ver a Dios en los padres. Dios, y por si fuera poco tengo miedo, miedo a la gente como cuando mi divorcio. Isidro se burlaría de mí si le dijera que soy convencional y me gustaría presentarme a los ojos del mundo como perfecta, sabiendo que los demás no lo son. La fatuidad, por supuesto, pero no puedo evitarlo. Cuando murió mi padre no quise ver a la familia de mi madre por el divorcio y ahora con todo lo hecho tengo más y más miedo. Ya no puedo parecer perfecta ni aproximadamente aceptable, ¿no podrías hacerme indiferente? Tengo miedo de presentarme con el vientre abultado, Isidro del brazo y mi madre al lado, mi madre quien sin duda por obra tuya, de nada se avergüenza. No tiene de qué; vivió la vida con pureza y la mancho yo. Dios, Dios, Dios. ¿Cómo me exhibí con Miguel en su casa, ante sus gentes? ¿Por qué no tuve pudor? Él se lanzó a mis brazos porque le parecía hipócrita hacerlo a escondidas, me pregunto entonces ¿por qué no soy hipócrita? ¿Me avergüenzo de haber sido de Isidro? Intensamente, pero por él, no por mí. ¿Cómo después de haberlo aceptado en mi cuerpo fue capaz de hacer eso? Yo lo sabía, sin embargo, él me lo dijo. Pero no soy Elisa, no quiero serlo, no me falta imaginación, como a ella, ¿o quizá le sobra perversidad? Ciertamente, yo fui a Veracruz y estuve con Miguel, pero es la realización del *deber ser*, es ley suprema; llevo a su hijo en mi cuerpo y adoro mi cuerpo porque es

de ambos: no me atreveré a decirlo nunca. Y a pesar de mi doblez, de mi ocultación, paso a los ojos de Isidro por honesta. ¿Me perdonaría de saberlo? Jamás. No me perdonaría la realización del amor, como yo no le perdono la degradación del amor. Ésa es la diferencia, Dios, esa es la diferencia. Y sin embargo es cierto que me ama como nadie nunca. Porque Miguel y yo fuimos siempre una sola persona, así de sencillo, fatal; una sola sangre no puede dividirse si no es para amarse. Isidro no soy yo, es otro, me ama, lo cual implica sin duda grandes dificultades. No miento cuando digo que lo amo, pero debo perdonarlo, Dios, entonces diré la verdad completa. No soy ciega, Isidro y mi madre son valientes, no tienen pretensiones absurdas, reirán de la ola de chismes y comentarios sardónicos. Yo no podré reír y lo sé, me herirán hasta las miradas distraídas. Enséñame Dios a no ser perfecta y soportarlo.”

Así pasaba Tina muchas noches y muchos ratos del día, por eso estaba ausente; discutía con Dios en un interminable discurso, reanudado en cualquier momento a pesar de las interrupciones.

—Papá, ¿no deberíamos darle las gracias a Ernestina?

—Voy a escribirle.

—¿Podrías decirle que ese alquiler hace una gran diferencia para mi mamá y para mí?

—¿La hace, Bárbara?

—Pues sí. Desde que se fue Teresa no tenemos dinero, mi mamá Flora tampoco, apenas para el gasto.

—Es verdad, la diferencia existe.

—Y ahora, desde el casamiento de Elisa, alcanza menos.

—¡No es posible que yo esté manteniendo a Fabián! Nunca he podido mantener ni a los miembros de mi familia...



—Pues sí, papá. Él y Elisa están ahorrando para ir a México en la Semana Santa.

—Ah. Hiciste muy bien en decírmelo. Tu mamá Flora me había dado a entender..

—No es verdad. Ninguno de ellos da un centavo y no quieren que lo sepas.

—Me doy por informado. Voy a escribirle a Ernestina, también —se puso a hacerlo.

Querida sobrina:

¿Estás ya bien de salud? Recibí tus noticias y Bárbara, por su parte, el título de propiedad.

Eres muy espléndida y muy inteligente; demuestras un perfecto conocimiento de mi familia. Bárbara podrá disponer de las rentas y con eso aliviar las carencias de Magdalena y el niño. Te lo agradecemos mucho.

Además, sabes hacer las cosas. El día en que yo falte o quizá Flora, ellos tendrán que dividirse, lo veo con claridad; el arreglo presente es casi insostenible, para decir poco.

Si te dijera que estamos bien, exageraría. Pero hay siempre en cada casa y por fortuna, alguien que exulta aunque los demás sufran, hay quien se considera tan profundamente favorecido que a duras penas toma en cuenta la realidad circundante, aun la propia.

Gracias pues, mi querida Ernestina, gracias por todos los bienes que tú y tu madre han dejado caer sobre mis hijos. No conozco a la hija de Teresa; el año que entra ha de traerme otro nieto por lo menos, será una gran dicha.

Quien te quiere y desea fervientemente tu salud. Miguel Barret Brito.

La puso en un sobre y atravesó la calle para depositarla. Luego fue a su casa, quería hablar con Elisa; las relaciones con esta hija eran tan malas que casi nunca cruzaban palabra, ahora ni siquiera por compromiso: Elisa se sentía apo-

yada por Fabián y por doña Flora y tomaba airecillos de insolencia. Desde afuera escuchó el piano, era su oportunidad, entró directamente a la sala y Elisa dejó de tocar.

—Ven acá un momento, quiero hablar contigo. —La voz era normal, pero el tono temible. Elisa palideció y se sentó junto a su padre—. Quiero saber por qué razón tu marido y tú no le dan a tu madre el dinero correspondiente a su manutención —Elisa bajó los ojos—. Contesta, era una pregunta.

—Pues por... no sé por qué.

—Yo tampoco. El dinero no abunda en esta casa y es cosa bien sabida que se resiente el menor gasto.

—Estamos ahorrando.

—No pueden ahorrar a costa de las necesidades ajenas, ¿cuándo ha ahorrado alguno de nosotros?

—Si no lo hacemos nunca vamos a hacer nada ni a tener nada.

—Pues no. Nunca hacemos nada ni tenemos nada, somos pobres. Ustedes también son pobres. Más todavía que nosotros, ni casa tienen, por lo tanto tampoco tienen derecho a ahorrar.

Apareció Fabián distraídamente y estuvo a punto de volverse a ir pero Elisa lo vio.

—Fabián, ven. Papá está diciéndome que paguemos nuestra manutención y que no tenemos derecho a ahorrar —lo decía como una niña que acusa a un padre con otro más fuerte. El rostro de Fabián cambió de expresión y se ruborizó.

—Siempre te he dado dinero con instrucciones de usarlo en esa forma, si no lo has hecho, la culpa no es mía —la voz le desafinó peligrosamente—. Lo siento mucho, don Miguel, yo nunca pensé que...

—¡No es cierto! —la voz de Elisa sonó muy fuerte—. Tú me dijiste que guardáramos nuestro sueldo para...

—No es verdad, no dije eso.

—Sí, sí me lo dijiste.

Don Miguel se puso en pie, pocas veces le había repugnado alguien como su yerno.

—Bueno, háganme el favor de hacer cuentas con mi mujer. Quiero decir, para que no haya malos entendimientos, que calculen la cantidad que les corresponde del gasto de la casa, o sea una cuarta parte, y se la entreguen a ella.

—Pero papá, él me dijo...

—No me interesa. Con permiso.

Apenas acababa de salir cuando sonó una bofetada, después un silencio cortísimo y luego una sucesión de gritos frenéticos. Don Miguel ganó la calle y volvió a la botica.

—Tu hermana y su marido están dándose una felpa — Miguel creyó haber oído mal.

—¿Una qué?

—Felpa.

—En casa nunca se ha visto eso.

—Ya está viéndose, es lógico, ojalá no se haga costumbre.

A la hora de la cena no se presentaron Elisa y Fabián. Se refugiaron en el cuarto de Magdalena y doña Flora mostraba señales de haber llorado.

—Miguel, que tú armaste un escándalo.

—Yo no he armado un escándalo en mi vida. Le dije a Elisa que ella y su marido debían pagar sus gastos en esta casa, lo demás es cuenta de ellos.

—Por poco se sacan los ojos. Ay Miguel, se arañaron, se mordieron y rodaron por el suelo gritando. Hasta los vecinos se dieron cuenta.

—Yo no tengo nada que ver con eso.

—Fue por tu culpa.

—No, Flora, fue por tu culpa. Si quieres mantenerlo vas a tener que lavar ropa o vender dulces en las esquinas, a mí no me alcanza para gastar en maricones. Sí señora, eso dije.

Si Elisa se hubiera casado con un hombre, no se dieran mordiscos y arañazos: son dos señoras, una para la otra. Que se peguen, no corren peligro.

—Elisa está menos golpeada que él.

—Me lo imagino, cambia de tema, no me es grato.

—No quieren dejarse ver.

—Pueden comer cuando yo no esté.

—Pero Miguel...

—Come, Flora, y no me echés a perder la cena.

—Estás volviéndote de muy mal carácter.

—Sí, así es. Come.

Bárbara los miraba. Magdalena y ella se habían divertido mucho y con mucho disimulo. Pero sí, su papá había cambiado en los últimos tiempos y ella no alcanzaba a imaginar por qué. La edad y el cansancio.

La navidad fue difícil. Adelaida puso en la sala un árbol enorme colmado de esferas y de focos. Todos los años compraba una caja de adornos, el árbol era un testimonio de su vida desde el nacimiento de Tina en adelante. Esta vez lo arreglaron Isidro y ella, Tina los miró con un aire de abatimiento tal, que no insistieron en su proposición de bajar a ponerlo los tres juntos. Luego Isidro tuvo una discusión telefónica con su madre, quien no hacía cenas de Navidad, pero este año estaba resuelta, “para demostrar a esas mujeres el poder de una madre”, como le comunicó a sus amigas espiritistas. Isidro la invitó a comer a Prendes el día 25 y ella no aceptó, acabaron colgándose el teléfono.

—Deberías haber ido —dijo Adelaida quien no pudo menos que escuchar porque estaba allí mismo—. Tina no quiere comer pavo ni nada de eso, a mí... pues ya ves y le di permiso a María y a Ezequiel de pasarlo con su gente, pobres.

—De ninguna manera. Traigo carnes frías y eso, la pasamos juntos hasta que nos dé sueño. Le damos los regalos a Juana María.

Adelaida asintió.

—Bueno. A veces me parece que Tina no va a componerse nunca. Faltan los meses peores.

Tocaron el timbre, era un paquete pequeño y registrado para Ernestina, Isidro lo recibió y lo subió.

—Tina, tu tío Miguel —ella se quedó con el paquete en la mano como si no pensara en abrirlo. Isidro se sintió oficioso, estaba a punto de ofrecerse a destapararlo, salió del cuarto. Inmediatamente lo abrió Tina, adentro había papel de china y una caja mucho más pequeña de terciopelo azul, muy desteñida. Y una tarjeta de cartón blanco.

“Sobrina, estos aretes de mi madre, los únicos que tuvo, son para ti y luego para Juana María. Que sean el recuerdo de una mujer sencilla, trabajadora, maestra de costura, excelente madre y amiga inigualable de mi padre. No puedo decir más.” Y la firma de costumbre. Eran unos aretes de plata pura, filigrana antigua, largos, llenos de arabescos y de roleos. A Tina se le llenaron los ojos de lágrimas. Los aretes de la abuela de ambos, la otra instancia de la comunidad de carne y sangre que cerraba su hijo. Adivinó el rostro conmovido de don Miguel al pensar en su madre y recordó que don Esteban la mencionaba sólo de vez en cuando, porque a los sesenta años, tantos después de haberla perdido, todavía la extrañaba, sentía el dolor punzante de su muerte. Y ella... fue al espejo, se quitó los de perlas y se puso éstos, eran hermosísimos. Se peinó y bajó con el pelo recogido, como nunca lo había llevado. Isidro y Adelaida se quedaron suspensos, jamás la habían visto tan hermosa, tan honda y tan ajena.

—Vengo a ayudar —se sentó en el sofá junto a las cajas y empezó a destaparlas, extendiendo los brazos largos, blancos, con una esfera en cada mano.

—¿Y esos aretes? —preguntó Adelaida mientras agarraba las esferas.

—De la abuela Brito, me los manda el tío Miguel.

—Son divinos —Adelaida rió de pronto—. ¡Lo que son las cosas! Tu padre se los pidió a tu tío varias veces para que yo los usara y nunca quiso dárselos. A sus hijas tampoco. Nunca quiso ni siquiera enseñárselos. ¡Y te los manda!

Isidro no decía nada, estaba celoso como sólo puede uno confesárselo a sí mismo. Además, quería a Ernestina entre sus brazos, besarla, tenerla como aquellos meses, sin premeditación, como un arranque del alma. No era posible, ni decente, ni por la mente de ella pasaba tal cosa. Al contrario, tenía enarcada una ceja, la sonrisa sensual y los ojos lejanos; se percibía su respiración como si fuera entregarse a... otro hombre, ausente ahora. Isidro salió dando un portazo que resonó en la casa.

—¿Qué pasó? —quiso saber Adelaida.

—Nada. ¿Qué pasó?

—Isidro, se fue corriendo.

—Ah, se fue corriendo.

—¿Le dijiste algo?

—Nada, ni una palabra —pero había en la voz de Ernestina un algo malévolo que espantó a Adelaida, la sonrisa también—. Vamos a seguir —y así hizo, dándole los adornos a su madre de dos en dos.

En realidad estaba “allá”, vestida de blanco, con los aretes que entonces don Miguel no le había regalado, hacía tres años, bailando con Miguel, sintiendo el cuerpo de él con el de ella, todo entero y las mejillas juntas. De pronto empezó a pegar de gritos, ronca como una bestia, sin medida y sin límite.

—¡Mamá! ¡Qué horror!, ¡qué horror!, ¡qué horror! ¿Por qué me pasó todo? ¡Mamá! ¡Mamá!, ¿por qué me pasó todo?

Adelaida corrió a sostenerla, rodaron dos cajas de esferas. Calló de pronto Tina, con la boca y los ojos maltratados.

—No hagas estas cosas. Le hacen daño a los niños.

—Perdón.

—Estabas tan bonita. ¿Quieres subir?

—Quiero quedarme aquí.

Adelaida terminó de arreglar el árbol, Juana María y Victoria estaban en la cocina y Tina en silencio.

Isidro no volvió en toda la noche. Cada una fue a su cuarto y dejaron la entrega de los regalos para el día siguiente. Tina guardó los aretes en su caja de terciopelo azul y los escondió en su armario, como si alguien hubiera intentado robárselos. Se los pondría a solas, cuando estuviera mejor y pudiera encerrarse con llave sin despertar sospechas. Entonces se vería al espejo con ellos puestos.

—Esteban, he pasado sin ti dos Navidades, las más tristes de mi vida. Por fin vi los aretes de tu madre... resultaron conflictivos. Esteban, no me doy cuenta de las cosas, percibo muchos secretos alrededor de mí y no puedo desentrañarlos. Unas madres adivinan, como la de Isidro. Yo no me atrevo a preguntar y no adivino. Tengo un miedo terrible, no entiendo a Tina y a Isidro tampoco. Me aterrorizan. A veces quisiera irme, pero contigo. Esteban, llévame de esta casa.

El día 25 al mediodía llegó una carta de Isidro para Adelaida, la trajo un mensajero.

Muy querida Adelaida:

Estallé, pues. Pero voy a contártelo con orden. Salí de la calle de Tabasco hecho una furia... de celos. No pude soportar los aretes de la abuela Brito, ¿qué quieres?, así es el ser humano, como un vaso de agua, una gota de más y se derrama. Me fui caminando a casa de mi madre de donde por fortuna conservo la llave por hábito, siempre conmigo. Había

en todos los pisos ambiente de fiesta. Entré y ella estaba en su cama, leyendo *Los tres mosqueteros*, ese libro lo leí hace como diez o doce años y era mío; cuando me vio quiso esconderlo debajo de la almohada. Yo no estaba para esas cosas, seguí de largo para el comedor, no porque esperara encontrarme la cena puesta sino porque vi luz. En vez de cena estaba en el centro de la mesa una especie de florero verde, ancho como maceta con una mariposa y un pabito prendido, era una lámpara; alrededor de ella había un papel muy ceñido con una inscripción:

LIBRA A MI HIJO ISIDRO RAMOS VIDAL DEL INFLUJO NEFASTO DE ADELAIDA Y ERNESTINA BARRET. A TI ME ENCOMIENDO. Era una brujería, querida. Me dio tanta rabia que recobré la calma. Arranqué el papel y lo quemé, apagué la llama con un buen soplado, luego cargué con el florero transparente y lo vacié en el fregadero, estaba calientísimo. Allí pudo verse que en el fondo tenía un centavo de cobre, una moneda antigua de plata y ¡una de las arras de oro con que mi padre hace veintisiete años compró a mi madre simbólicamente! Soy muy metódico, Adelaida, no sé si te has dado cuenta. La moneda de oro la enterré en el frasco de azúcar, la de plata en el fondo del salero y el centavo lo eché bien hondo en el fregadero para que se tape. A todo esto, mi madre no movía un dedo. Como ya la conozco, busqué dentro del horno, allí tenía una cazuela de bacalao y una ensalada, ambas excelentes, cené como una bestia. Luego estrellé el florero en el suelo de la cocina; mi cólera es como la locura de Hamlet, con método. Sin pasar por el dormitorio de ella salí a la calle y vine a mi estudio en donde tengo unas botellas de vino. Me tomé una y me dormí unas pocas horas, desperté y me puse a escribirte.

Mira Adelaida, sé que estás muy sola y mi presencia te tranquiliza pero he llegado a una conclusión y no me parece estar equivocado: mi presencia empeora a Ernestina, la cohibe y la molesta. Vamos a hacer una prueba, ¿quieres?, o una apuesta, es mejor. Te apuesto tu retrato que no quise vender en Detroit y pensaba darte hoy, a que Ernestina va



a recuperarse tan pronto no me vea. ¿Cómo lo sé? Lo sé, sencillamente, pero óyeme bien, si tú ganas, regreso. Aceptarás, lo sé.

El otro problema es Juana María, a ningún niño le hace bien ver que los adultos aparezcan y desaparezcan como payasos de sorpresa y su madre, actualmente, no le sirve para nada. Y tú, querida, pasas el día fuera de casa, lo cual me parece correcto o ya te hubieras vuelto loca. Te propongo que Ezequiel me traiga a la niña todas las mañanas a las diez y regrese por ella a la una. Saldremos a pasear o algo y yo no haré compromisos por la mañana. Por la tarde está Victoria. No puedo ofrecerte más o lo haría. No ennegreceré el umbral de tus puertas (pésima traducción del término coloquial inglés) en algún tiempo. Tengo celos y siempre los he tenido; conozco a Ernestina, sus matices, sus expresiones, los he visto y... los he tenido y allí están, los veo de vez en cuando, pero no para mí. La otra cara de la medalla es que quiero acostarme con ella con una fuerza y un deseo... como de morir, ¿sabes? Y no puedo seguir siendo su enfermero porque iba a terminar violándola; como la lámpara de mi madre o algo así. Soy capaz. Y entonces iba a volverse loca en serio. Además soy consciente de la indecencia que significa querer acostarse con una mujer embarazada, como refecundarla o algo así. Seguramente he hecho inmoralidades, ésa no la haría aunque ella estuviera de acuerdo. Y no lo está, para honra suya. *Yo no creo que sea por decencia*, es por asco de mí y quizá o con seguridad por amor a otro. Le he dado suficientes razones para tenerme repugnancia, queda admitido. Tiene derecho a amar, a añorar, a festejar o a lamentar, ciertísimo; pero yo no puedo soportarlo porque predomina en mí la necesidad de tenerla. Soy posesivo. En fin, quiero decirte cuánto te reverencio. No podrías ser mi madre a menos de que don Esteban hubiera sido un sátiro: no lo era o no estarías tan bien lograda. Lo cual no me impide admitir que los únicos sentimientos filiales de mi vida los tengo hacia ti. Siempre podrás pedirme cuanto quieras, hasta mi regreso si es necesario.

Odio a don Miguel Barret Brito con entusiasmo difícil de describir. Le tengo un odio espléndido y sospecho, ¡ah mi alma pecadora!, que es un alcahuete. Aun así me impresiona su facilidad de expresión: “estoy a tus pies”. Y yo así estoy, de veras. Háblame cuando quieras, pero desde la tienda, *prego*. Isidro.

¡Ah, qué bien funcionó la brujería! Cuando la desbaraté ya estaría adelantada o funcionó cuando la deshacía. ¿Qué te parece, influjo nefasto? Me alivia que no mencionara a Juana María, ella seguirá ejerciendo sus influjos.

Adelaida leyó la carta en su cuarto, la esperaba así y no de otra manera. Sentía una nueva viudez, un abandono distinto; la juventud de Isidro le daba una longevidad a su amistad, a su presencia, que nunca tuvo don Esteban, durante años vivió con el temor de perderlo por ser tanto menor.

—Creí que iba a durarnos mucho —dijo en voz alta.

Y sí, Ernestina desde el día 25 de diciembre se sometió a una estricta disciplina. Se levantaba temprano, se arreglaba, se ponía a pintar hasta las dos de la tarde. Comía, jugaba con su hija y luego, en el cuarto de la niña, se sentaba a tejer o a confeccionar ropa. Compró una máquina de coser último modelo y una de tejer recién importada de Suiza. Comía con esfuerzo, tres veces al día sin fallar. No salía a la calle.

Adelaida vio todo eso con aprobación pero sin alegría. Resentía la implicación a la ausencia de Isidro, tan obvia. Al mismo tiempo era capaz de admitir que sólo esto podría ocurrir con alguna... moralidad. Isidro había tenido razón y así se lo dijo cuando el cambio de Tina le pareció estable.

—Me ganaste la apuesta, ¿sabes? Dentro de los límites de las apariencias, por lo menos. Trabaja como una perse-

guida, nunca he visto un ser humano rendir tanto y tan bien. Está haciendo ropa para el niño y otra para la tienda, bellísima; cada vestido se vende el primer día a cualquier precio.

—Pero está pintando.

—Ésa es la maravilla. Está pintando como nunca ha pintado nadie, son unas cosas... Bueno, yo sé de ropa.

—¿Tiene... serenidad?

—No. Tiene un gesto implacable, como de verdugo. Ella hace lo que debe y muchas cosas más. También se ocupa de la niña, le viste las muñecas. Te extraño, de todos modos, sus ocupaciones nada tienen que ver conmigo.

—¿Te habla?

—De su trabajo, como un disco. Sólo me ha dicho una cosa en serio, cuando quise llevarla al teatro: no iba porque mientras más tiempo pasara menos iba a poder salir y quería acostumbrarse a estar encerrada, de vergüenza, me dijo. Tiene una vergüenza horrible, según ella.

—Eso es absurdo.

—Te diré. El medio nuestro, las personas que nos conocen, son muy crueles. ¡Si vieras cómo y con qué expresión me preguntan por ella en la tienda! Mientras menos la ven más me preguntan, toda clase de actitudes e insinuaciones; lástima fingida, malicia, hasta risa.

—Me lo imagino, mándalas al demonio.

—No. Cuando nazca el niño Tina reaparecerá y ¿para qué necesitamos más malas voluntades?

—Es cierto. Además, en su primera exposición van a morirse de envidia.

Hablaban así, largamente, casi todos los días y Adelaida temía una sola pregunta de Isidro: si Tina hablaba de él. Porque no hablaba, como si no lo conociera, como si ignorara que su hija pasaba con él tres horas al día.

Era Isidro quien llamaba, Adelaida no quería interrumpirlo o molestarlo, estaba pintando mucho, gozando los

preparativos de una nueva exposición. Era frecuente ver su nombre en la sección de sociales, asistía a inauguraciones, a estrenos teatrales, a fiestas de gente bohemia y encumbra-da. Estaba volviéndose un hombre de moda. No visitaba a su madre. Le enviaba dinero en abundancia y ella, después de la Navidad, tomó alguna actitud que le impedía llamarlo por teléfono.

“Dios, gracias te doy por Tu buen trato. Te llevaste a Isidro, y te lo agradezco, estaba matándome; Tú me miras y me siento vigilada, pero Isidro no eres Tú. Interpretaba hasta mi último gesto, llegué a sentir cómo respiraba mi aire, su presencia como una nube espesa que me tenía inmóvil; no me atrevía a moverme, a expresar un deseo, iba a terminar odiándolo. En vez de olvidar aquella cosa que me dijo cuando nos encontramos de nuevo, el recuerdo se me agudizaba con su presencia tan... ubicua. La comida, la palabra, el sueño, todo era Isidro; le debo mucho por su abnegación pero no me resulta tolerable. Soy ingrata, Dios, y me avergüenzo pero no puedo negarlo. Ahora pinto, me utilizas para pintar los cuadros pertenecientes a algún diseño tuyo o para satisfacer una necesidad incomprensible para mí. ‘Yo soy el siervo inútil, he hecho lo que debía’, esas palabras del evangelio de San Juan, me dicen todo. Yo soy un siervo inútil, Dios, he hecho lo que debía. Así pienso todas y cada una de las noches, cuando me duelen los dedos de cansancio.

“No me he curado de la desesperación, sigo resintiendo mi estado y tengo miedo de cuando crezca mi vientre y no pueda, la otra vez tampoco, salir a la calle como un barco de vela, anunciando mi cuerpo el tesoro de la vida, con la pareja al lado. No hay pareja para Tina Barret, ella se infla como una salamandra y pare con dolor.

“No es queja, me hiciste como un pez sin aletas para que no me perdiera en el fondo del mar. Tina Barret no soportaría una pareja ni la vida diaria con otro ser humano, sólo con Adelaida, que es tan evanescente y es mi madre. No puedo hacer la vida de los otros; ésta fue en principio la verdad nuestra, de Miguel y mía. Cuando me encierro a pintar estoy ilustrando mi soledad, mi existencia independiente, impar. Lo reconozco a cada instante y lo olvido igualmente, no es humano ser así, es inhumano. Mi pintura es buena, Dios, Padre, Progenitor. A Ti te la debo, me diste una tarea y he empezado a cumplirla con reverencia, entregada hasta el fondo. Todos los días, cuando termino, me dejas divertirme y jugar. Juana María y yo jugamos ante Tus ojos. Cuando diseño, cuando tejo, cuando invento las fantasías de las manos, caigo en la cuenta de que son mis diversiones.

“De pronto grito, mi condición humana está aplastada y necesita la expresión del grito. No será rebeldía hoy ni nunca, no te grito Dios cuando siento el peso que me aplasta, llamo a mi madre, me dio carne y sangre, para hablar con mi carne y con mi sangre. Grito y hasta me he mesado los cabellos y me he golpeado el pecho, no el vientre, allí está el niño blanco de los cabellos negros tomando su vida, no puedo interrumpirlo. Grito y no me rebelo, me lamento y murmuro pero acepto. Es que resulto muy poquita cosa. Dios, ¿dónde está Miguel?, ¿dónde sus manos y sus ojos? Quiero el peso de su cuerpo para aplacar el mío, mi cuerpo fantasioso como mis manos. Mi cuerpo sólo sabe darse a sí mismo con su misma sustancia; no se sacude, absorbe, recibe sin un clímax. Gracias por el cuerpo de Miguel, por la seriedad profunda de sus labios, Miguel, Miguel, tus manos en mi cuerpo. Qué agobio. Qué nostalgia. Cuánta distancia. Qué sincera soy y que poco creíble. ¿Por qué no corro, lo llamo y deshago lo que tan trabajosamente hemos logrado? Porque no soy Elisa, ni Teresa sino Ernestina, la que se ar-

quea de náuseas ante la vida de ellas. Estoy lejos, Miguel, para proteger tu integridad de hombre, para darte derecho a la arrogancia. Es cierto eso, no te quiero disminuido, te quiero sólido, en tu contexto, en tu vida inaceptable. Quiero ser tu orgullo, no el monstruo final del laberinto.”

Querida tía Adelaida:

No sé cómo está Tina ni si mi carta le haga bien, te la dirigí a ti, entrégasela si lo juzgas prudente.

La niña se llama Florentina, como mi madre y Tina. Todo va bien y siempre pensamos en ti con gratitud. Teresa.

Adelaida corrió al cuarto de Juana María; allí estaban las dos, en el proceso de hacer un traje de baile para la muñeca.

—Aquí tienes una carta de Teresa, con una noticia. ¡Ya te casaron con doña Flora para toda la vida, la niña se llama Florentina!

—Está muy bien, quedó bonito el nombre. Florentina Martínez Barret suena muy eufónico. A ver la carta —Juana María puso cara de fastidio—. La leeré después, creo tener un compromiso urgente.

—Ya lo veo.

Más tarde la leyó, ya terminado el traje de baile.

Querida Tina:

Pues aquí estamos los tres, ahora ya más o menos en orden. Encontramos casa y mi tía Rosario se ofendió, pero nos cambiamos, no es posible que Florentina, ¿ya te dijo tu madre?, crezca en la idea de que sus padres son unos incapaces. Y para acabar de una vez te diré que vamos a tener otro hijo, tampoco queremos verla crecer sola, no es bueno. Debe servirme de algo haber leído tanta pedagogía. Durante mi estancia en México no pude verte, tu madre, bendita sea, me

dijo que estabas mala y me preocupé, por una carta de mi padre supe que estás mejor y decidí escribirte para ver si puedes contestarme y establecer una correspondencia.

Ahora una noticia mala: Elisa y Fabián van a México a pasar la Semana Santa, Elisa me escribió pidiendo dinero y no tuvimos. Según parece Fabián gana menos que Leopoldo, mucho menos, como la mitad; además no tiene ganas de trabajar y se pasa las tardes durmiendo. ¿Dónde dormirá? En mi casa nunca se ha podido dormir de día. A menos de que cuelgue su hamaca en la sala. Pero al grano. Ellos, con dinero o sin él, van para allá. Se alojarán con un hermano de Fabián, pero por favor, si no quieres verlos no lo hagas, Elisa está más difícil que nunca, llena de resentimientos y de agresiones, peor ahora, está embarazada y le dio por tener antojos e inventar exigencias, imagínate. Si antes no era un placer comunicarse con ella, ahora menos. Mi padre comprenderá, no lo hagas por temor a disgustarlo. Falta más de un mes pero quise avisarte.

Miguel vino con mi madre a consultar un médico bastante bueno, tengo la impresión de que su enfermedad es bastante seria, trastornos digestivos en general. Miguel, en cambio, me dejó una impresión muy grata, nunca ha estado tan bien. Además, si eso fuera posible después de los treinta años, diría que ha crecido y antes era un adolescente. Es una especie de madurez nada lóbrega ni deprimente, más bien suelta y segura. Por supuesto no se ha vuelto charlatán ni desenvuelto, no lo será nunca, pero existe una gran diferencia. Están con mi tía Rosario y quizá operen a mi madre, pero no hay problema económico por el momento, aquí eso es más barato que en México.

Me contó Miguel lo de la casa para Bárbara. Eso sólo podría habésete ocurrido a ti, mi querida Tina. Es lo mejor o lo único bueno que les ha sucedido en su vida a ella y a Magdalena, me conmovió mucho. Magdalena mandó decir unas misas por tu salud cuando les dieron la primera renta.

Quizá puedas escribirme. Si es así, hazlo con libertad, Leopoldo entendió ya que las cartas ajenas no se leen, no

entendió por qué, pero no lo hace. Estamos bien, los dos. Muchos besos. Teresa.

Tina tomó la pluma inmediatamente.

Mi Teresa tan buena y tan querida:

Voy a contarte cosas que deben quedar entre tú y yo, rompe mi carta si te parece mejor. Estuve muy enferma y no estoy sana, era del alma, ¿sabes? No sé por dónde empezar. Por orden, será. Fui a Roma y encontré a Dios, así de claro: ya quiso, mi Teresa, ocuparse de mí. Ahora piénsame en el júbilo del descubrimiento, en la euforia. Los Barret primos de mi madre son místicos, quizá lo llevo en mí. Además, es perdurable, es para siempre. Esto te dará gusto y nada más a ti, los otros siempre se aburren cuando alguien menciona a Dios, ¿lo has notado? Aunque se digan creyentes. Muchas veces me dijiste que hay necesidad, que me hacía falta. Era cierto.

Estoy pintando en serio. No es capricho, es la profesión de la vida. Va una cosa con otra, sin Dios no pintaría. Pinto el mundo que no sé ve para mostrarlo.

Y por fin la otra cosa, la difícil. Voy a tener un hijo en julio y no tengo marido, ni novio, ni amante. ¿Me creerás si te digo que fue por un convencimiento profundo de la necesidad de su existencia? No fue aventura ni nada de eso, fue un plan deliberado de traerlo a este mundo, así lo entendí entonces y lo sigo entendiendo.

Esto no se hace, me doy cuenta. Es posible ser violada o seducida, es más disculpable a los ojos de los otros. Hasta casarse sin amor es muy bien visto. Bueno, pues lo he hecho y nadie me creerá. ¿Es tan vergonzoso? ¿Estamos tan pervertidos socialmente como para que una acción de libertad escandalice? Me temo que sí, tengo miedo, mucho miedo de la opinión ajena. Mi hijo vivirá bien, crecerá con Juana María en igualdad de circunstancias, no tendrá malos ejemplos ni verá conductas sucias y sin embargo seré tomada por



inmoral. ¿Qué es la moral, Teresa? ¿La engendradora de la hipocresía? Si inventara una mentira vulgar, la gente se sentiría menos afectada, me doy cuenta, la gente necesita de la vulgaridad para aceptar un hecho tan cotidiano como es la maternidad. ¿Es porque una acción como la mía le da demasiada fuerza a la mujer? Cuando estaba en la universidad se debatía el asunto del aborto, que a mí me parece horrible, pues bien, es más aceptable abortar un hijo que tenerlo por gusto. ¿Y cómo habría de tenerlo sino por gusto? Jamás me casaré, ya hablamos de eso. ¿Por qué un hijo conlleva la idea de un matrimonio, malo en mi caso? ¿O pensarán que me escudo en mi posición económica para imponer una extravagancia despreciable? Si yo fuera pobre e ignorante y perteneciera a una familia de clase baja, no me hubiera atrevido. Me echarían de la casa o me maltratarían, o perdería mi vida en un compromiso ineludible. Mi enfermedad es en gran parte esto; me pregunto si vale la pena enfermarse de pánico y de ira contenida.

Mi madre no ha dicho nada ni de Dios, ni de la pintura, ni del hijo, nada en contra, quiero decir. Pero se ha disgustado, no por tener prejuicios y recetas para cada caso como suele suceder, sino por la forma en que yo misma me lo tomo. A cada rato la felicidad y la ausencia de la felicidad.

Hay algo más, no oso decirlo. Es bueno, muy bueno, no de preocuparse. Se me olvidaba: recibí una gran distinción de tu padre, no lo digas a nadie, ¡los aretes de la abuela Brito! Como si me hubieran condecorado. No lo resientes, lo sé de sobra. A ti te bastará con saber que los cuidaré con amor y conciencia de a quién pertenecieron.

Necesito una respuesta rápida; una palabra tuya me traerá tranquilidad, alivio, por lo menos un poco.

Espero que lo de tu madre no resulte realmente grave, tenme al tanto; y no te enojés conmigo: mando un cheque, podrá ser útil y si no, guarda el dinero, podrá ser útil después. Mil besos a ti y a mi media tocaya, Florentina. Saludos a Leopoldo. Tina.

La respuesta de Teresa llegó a vuelta de correo.

Mi Tina tan querida:

¡Qué emoción tu carta, me hizo llorar! Yo sabía, siempre lo supe, que Dios y tú no podían serse indiferentes, también que si tu vida había ido desarrollándose en forma insatisfactoria, tendrías una Gran Recompensa. Ha llegado pues. Desde tu niñez supe que eras artista, ¡eras tan diferente a los demás en tus apreciaciones! Todo se explica ahora.

De lo demás. Vaya sinceridad por sinceridad. Lo que dices de la gente es cierto, pero no indefinidamente, el mundo está cambiando muy aprisa después de la segunda guerra, basta con leer el periódico. Pero no es eso lo que quiero decirte, sino algo muy ... atrevido. Tengo casi la seguridad de que tu hijo es de mi hermano, relacioné la fecha de nacimiento con ese viaje a Veracruz tan curioso y comentado. También le mostré tu carta sin dársela a leer y le vi la cara. Es suyo, ¿verdad? Eso es lo que no osas decirme. Ahora ya lo sé. Y entonces, mi Tina, puedo decirte que amo a tu hijo ya a estas alturas tanto como a Florentina, como al que llevo dentro, porque ese hijo es fruto de los sentimientos más finos y lo que entre Miguel y tú haya habido será lo más alejado de la vulgaridad. No hallo cómo expresarme, así de grande es mi alegría. ¿Importa la gente? Tienes una posición social y todo eso... ¡Pues aprovecha las ventajas en vez de temer las poquísimas desventajas que presenta! Eres joven y hermosa, con talento y además dinero; la gente respeta todo eso, nadie, puedes creerme, se atreverá a molestarte. Toma valor. Quisiera estar a tu lado para contagiarte mi felicidad.

Han hecho lo mejor, Miguel y tú, al mantener el asunto en secreto, el tiempo irá marcando los pasos a seguir. Un matrimonio los hubiera separado en vez de unirlos. En cambio un hijo nacido de esos sentimientos entre ustedes, será la dicha de ambos aunque estén separados. La vida de Miguel no tenía sentido, ahora lo tiene. La tuya corría el peligro del hastío y ¿por qué no decirlo? En algún momento temí por

ti, ahora no harás nada en contra de ti misma. Ten paciencia, todo cambiará cuando estreches a tu hijo entre los brazos, cuando puedas besarlo, habla la experiencia.

No le mostré la carta a Miguel porque transpira inquietud y no tiene caso, es un estado pasajero. Fuerza, es cuestión de meses. ¡Cómo no estoy contigo!

A mi madre la operan dentro de tres días, parece ser un tumor en el hígado. Gracias por el dinero, si hiciera falta te pediría, te lo he dicho... por el momento no es necesario.

Miguel me dijo: Cuando le escribas dile que estoy muy... y luego no supo qué añadir; algo así como feliz, o contento o medio loco, quién sabe. ¡Qué felices habrán sido, Tina! De nuevo lagrimeo. Es tan extraordinaria esa felicidad, tan distinta de otras.

No temo equivocarme, rompe esta carta, no vayas a ser descuidada, yo rompí la tuya. Ahora me explico dos cosas: el regalo a Bárbara y los aretes de la abuela Brito. Nada de esto hubiera podido hacerse a espaldas de mi padre, ¿entiendes la dicha que le has dado? Nosotras no hemos sabido más que disgustarlo, era de justicia. Mil besos, Tina querida, también para Juana María y tu madre. Teresa.

Ernestina pensó en la rapidez de asociación de Teresa y que todos quizá podrían hacer lo mismo, con más tiempo para pensarlo. En general la carta tuvo sobre ella un efecto muy positivo no logrado por las suaves implicaciones de don Miguel. En Teresa encontraba la aprobación de la persona más cuerda de la casa y aun entre líneas, una especie de nostalgia, por la libertad o por el amor. Rompió la carta con tristeza, la hubiera necesitado en los momentos peores, cuando la asaltaban la angustia y la inseguridad.

Empezó a escribirse con su prima regularmente, sin mencionar el asunto por una especie de acuerdo mutuo, así se enteró de que doña Flora tenía un cáncer avanzado, aunque la operación no hubiera salido mal el médico no le daba más de un año de vida.

Llegó el mes de marzo y ella seguía su ritmo de vida, sin fallar a su programa ni un solo día por temor a no poder recobrar sus actividades, así de quebradizo le pareció siempre. Tenía accesos de desesperación, sobre todo de noche, no más espaciados pero por lo menos no más frecuentes. Ahora no quería ni siquiera ser vista por Ezequiel... poco imaginaba que él era, con María en menor grado, la persona más enterada de la verdad y que justamente por eso, en sus idas y venidas con Juana María a la casa de Isidro, se portaba con gran laconismo, rayando en la brusquedad.

Otro de sus tormentos era el deseo de que Juana María no viera tanto a Isidro, se lo dijo a su madre.

—¿Qué gana Juana María con ver a Isidro? Prolongar una relación que nadie sostiene con él en esta casa.

—Gana continuar una relación establecida con una persona que la quiere, ¿no te parece suficiente? Padre, no tiene; hace falta. Yo también trato con Isidro, me habla por teléfono a la tienda y sigue siendo para mí un amigo muy querido. Si para ti ya no es nada lo lamento. La amistad no se da sin razones serias y no se quita. Tú no tienes razón, salvo una.

—¿Cuál?

—Que te ama y tú al parecer, no. Pero es una razón bien peculiar.

—Me agobia.

—No te ha visto durante meses, te agobia su recuerdo. Él no tiene intenciones de verte, que yo sepa.

—Estás enojada.

—Ciertamente. No has entendido que los hijos tienen sus propias amistades. Juana María, como persona independiente, tiene derecho a ellas. Y yo también, por supuesto.

—No te he prohibido hablar con Isidro.

—Estabas a punto.

—A punto estamos de pelearnos.

—No, eso te lo aseguro. Debes entender, sin embargo. Tu rechazo es privado y personal, tu hija y tu madre quedan incluidas cuando lo justificas; mientras sea una parte de tu sensibilidad y de tu malestar no hay justificación válida para nosotras.

—Me excedí, me siento tan... iracunda.

—Suele ser así con el embarazo, después verás las cosas de otro modo.

—¿Sabe Isidro que le dedico las tardes a Juana María o imagina ser la única persona interesada en ella?

—Lo sabe, yo tampoco quiero dar esa impresión.

—Bueno, eso es todo. Estoy satisfecha.

Adelaida estaba enojada aunque lo negara y además había estado a punto de decirle a Tina dos o tres cosas bastante serias, como por ejemplo que quien se da a un hombre y luego regresa embarazada de otro no tiene derecho a ser tan posesiva en la ofensa. ¿Debía Isidro ser totalmente desposeído por algo no provocado por él? ¿Era consecuente barrerlo como a una basura?

¿O quizá ella, Adelaida, en su necesidad, estaba equivocada? ¿Se sentía tan sola como para pasar sobre los derechos de Tina? Estaba confusa y molesta consigo misma. A veces oía gritar a su hija ya tarde por las noches y no acudía, nada podía hacer salvo esperar.

Elisa llegó con la primavera, sin avisar como el verano anterior, pero Adelaida estaba en casa.

—Elisa, ¿cómo estás? —la besó—. ¿Dónde está Fabián?

—Tía Adelaida, no pudimos llegar a casa de su hermano, están de vacaciones con ellos los parientes de su mujer. Fabián llegó con Bardo y yo... vine contigo.

—¿Bardo?

—Sí. ¿No te acuerdas? Su amigo de siempre; hubo un distanciamiento, pero han estado escribiéndose. Vive en un estudio de un solo cuarto, no hay lugar para mí.

—Tina no está bien de salud y no podemos tener visitas. Te sugiero la casa de tu tía Elena y si no, te invito un hotel... allí estarías mejor probablemente.

—¿No puedo quedarme entonces? —Elisa miraba hacia arriba como si buscara el apoyo de Tina.

—No es posible.

—Estoy en los primeros meses del embarazo y no me siento bien.

—Razón de más, no podemos atenderte.

—Esta casa es grande, no daría lata, tía Adelaida. ¿Qué tiene Tina?

—Está nerviosa, no duerme, necesita cuidados especiales, una dieta. En fin.

Tina estaba pintando encerrada en el estudio de su padre en el piso bajo, oyó voces y tuvo curiosidad; creyó que estaban en la sala y no al pie de la escalera.

—¡Elisa!

La mirada de Elisa fue al vientre de Ernestina, quien se quedó quieta, sin acercarse

—Ya me iba a casa de mi tía Elena. Comprendo que no puedan tener huéspedes.

—Espérate, Elisa, no cargues la maleta. Tina, toca el timbre para llamar a Ezequiel.

Tina se metió al estudio y cerró la puerta; se presentó Ezequiel y se llevó a Elisa. Adelaida entró al estudio después de un momento. Tina estaba sentada en una silla, muy tiesa.

—Bueno hijita, lo siento mucho.

—Yo no. Vi la risa en sus ojos, estaba burlándose.

—Pues... sí. Yo también lo noté. Yo estaba burlándome por mi parte: imagínate, quería vivir aquí porque Fabián se aloja con Bardo, ¿quién tiene mayores motivos de risa?

—Ella, seguramente. Es cosa aceptada y hasta viven en casa de mi tío. En cambio yo voy a tener un hijo. Según su moral, es risible.

—Está embarazada.

—Ya me lo dijo Teresa. Según ella, debe de haber una diferencia entre el suyo y el mío.

—¿Y por qué tenemos que ver el mundo según ella?

—Hay más gente como ella que como nosotras.

—¡Ernestina, ten el valor de tus acciones y no seas tonta!

Lo dijo Adelaida con tanta violencia que le quedaron los labios vibrando, luego salió dando un portazo. Nunca en su vida había Tina visto así a su madre. No pudo seguir pintando.

Elisa llegó a casa de Elenita con la noticia a flor de labio, eso le garantizó una bienvenida entusiasta, su tía se encerró en la sala con ella para hablar a gusto.

—Cuéntamelo con orden para entenderlo bien.

—Bueno. Llegué como siempre porque Ernestina nos ha hecho sentir suficiente confianza y apareció la tía Adelaida para decirme que no podía recibirme porque su hija estaba muy enferma, yo estaba a punto de irme, esas cosas son muy delicadas. Me sentí muy sorprendida y de pronto se abrió una puerta y sale Ernestina ¡embarazada!, con una barriga tremenda y flaca como un fantasma. ¡Me dio un disgusto!

—Ella no se reconcilió con su marido ni volvió a casarse.

—No, claro. Su marido no quiso saber nada de ella y le dio el divorcio en seguida sin molestarle ni para reclamarle a la niña; no la conoce.

—Quién sabe si sea suya.

—En cuanto a casarse, tampoco. Pudo haberlo hecho con mi hermano Miguel y como sabes mi pobre mamá tuvo esa esperanza, pero en vez de eso...

—Se encerró a vivir con él y luego lo regresó a su casa como si nada. De eso soy testigo, yo los vi y tu madre también; los encontramos muy tranquilos, como casados, mientras Adelaida se paseaba.

—Miguel va a sufrir pero yo se lo voy a contar a mi familia. Además, prácticamente me echaron a la calle aunque dije lo de mi embarazo.

—¿No se habrá casado?

—Nos lo hubieran dicho. No hay tantos como mi hermano, además yo ya sospechaba alguna cosa porque Ernestina le regaló una casa a Bárbara para callarnos la boca, ahora me doy cuenta.

—¡A Bárbara! ¿Quién es Bárbara para tener casas?

—Como lo oyes. Para pagar con su dinero el desaire a Miguel y dejarnos contentos. Sobre todo a mi papá que está feliz.

—Tu papá, con perdón tuyo, siempre ha sido un tonto. No sé qué va a decir mi marido, ése no es un comportamiento normal. Cuando tu madre estuvo aquí yo siempre le prestaba mi ropa para que anduviera bien vestida, ¡pero regalar casas! Ah, y Adelaida tenía a Teresa como una reina en el hospital cuando nació la niña. ¡Cuándo se ha visto que por un parto pase una mujer tres semanas en un hospital! Por supuesto para taponarle la boca, tú lo has dicho.

—Teresa está equivocada. Ni siquiera pasó a vernos cuando se fue a Mérida, todo para no decírnos.

Elenita tuvo un destello de maldad en los ojos.

—Nada más falta que les compren una casa a ti y a Fabián, a ver si también te callas la boca.

—A nosotros no nos quieren, sabemos demasiado. Ya ves, acaban de echarme. Ernestina ni se me acercó.

—Bueno, te traje el chofer. Adelaida no quería que vieras... a lo mejor Tina vive con el hombre allí mismo y por eso...

—Ernestina salía con un tal Isidro el año pasado.

—Un pintor, ¿verdad? Los vimos en una crónica de sociales.

—Era pretendiente mío, pero yo ya era novia de Fabián.



—¿Y lo rechazaste por Fabián? —la tía Elena estaba volteando las baterías.

— Pues sí. El pintor era un desconocido.

—En tu lugar, hubiera tratado de conocerlo. ¿Es guapo?

—Es guapo, con mucho chiste más bien. Fui a la inauguración de la tienda con él. Me atendió mientras Ernestina y su madre recibían a los invitados.

—Lo hubieras pescado.

—No podía hacerle eso a Fabián.

—Por cierto, ¿dónde está?

—Se aloja con unos amigos de allá porque a su cuñada le llegaron parientes sin avisar. A mí se me hizo lo más natural irme con Ernestina.

—Pues no es natural. Viste cómo trataron a tu hermano y luego esa compostura tan extraña de darle a Bárbara una casa. A la hija de la cocinera, no es otra cosa y bien lo sabe, pobre criatura. Y lo de Teresa es excesivo.

—Si lo hubiera sabido no vengo a México.

—Vas a dar mucho qué decir.

—¿Yo, tía Elenita?

—Claro. En mi grupo de amigas, con las que juego baraja una vez a la semana, se murmura que tu marido es marica. Homosexual como dicen ahora, y que tiene el amante en México. Luego tú llegas a mi casa y él quién sabe adónde. No hubieras venido, claro... —Elisa empezó a llorar—. No lo digo por ofenderte, pero ya lo sabías, ¿no?

—No, tía Elenita, ¿cómo voy a estar enterada de esos chismes? No es verdad, de veras. Si a Fabián no le gustaran las mujeres no fuera yo a tener un hijo.

Elenita se rió a carcajadas.

—Lo bueno sería que no le gustaran los hombres —se rió más—. Y no me digas mentiras, tu mamá me contó todo en confianza, para eso somos hermanas, ella tampoco quería creerlo. Yo le dije: Flora, no seas idiota, si basta

verlo para darse cuenta. ¡Y luego lo traes a comer en el mes de julio con todo y amigo! ¿Ya se te olvidó? Mi marido estaba furioso, quería hablar contigo y te largaste sin despedirte.

—Tía Elenita —Elisa hizo un esfuerzo para hablar con dignidad—, si piensas eso es mejor que me vaya. La tía Adelaida me ofreció pagarme un hotel.

—¡Un hotel! Una mujer sola en un hotel. Deben de tener el hombre en la casa. Un hotel cuesta carísimo.

—No importa, lo paga ella. Puedo hablarle por teléfono a Fabián, puede venir al hotel conmigo y...

—Eso sería lo mejor. Tu tío no quiere saber de Fabián y tengo hijas a quienes darles buenos ejemplos. Déjame decirte una cosa, me está quemando la boca: ¿cómo te permitieron casarte con Fabián? Mi hermana no cuenta, pero tu padre y tu hermano ¿no se dan cuenta de la indecencia que esto significa? —Elisa la miraba con los ojos enrojecidos—. Por Dios Santo, Elisa, estás casada con un tipo que te embaraза pero fornicaba con hombres... Estás peor que tu prima. ¿No te llega la idea? Ella, cuando mucho, se habrá ido a la cama con tres hombres si es que Miguelito cuenta, será como si dijéramos un poco puta, pero tú... —Elenita se entusiasmó, el cerebro estaba funcionándole muy bien—. Lo de ella es inmoral, de acuerdo. Pero lo tuyo es perverso. Perverso dijo mi marido y él es médico. Y ya lo estás viendo, caramba. Llegas a México y te larga a la calle para que andes como mendiga de casa en casa.

—Él me llevó con mi tía.

—Sí y enseguida echó a correr. Y tu tía te mandó aquí con el chofer.

—No ando en la calle como mendiga.

—Muy bien. Háblale por teléfono, allí está.

Elisa se puso a buscar el número en su bolsa, se le caían las cosas, por fin lo encontró en un papelito arrugado. A ese

teléfono hablaba Fabián desde “allá” por lo menos una vez a la semana, marcó.

—¿Está Fabián? —se oyeron varias voces, ninguna era la de Bardo, por fortuna, no quería saludarlo delante de su tía—. Fabián, estoy en casa de mi tía Elenita... no se puede, Ernestina está enferma... estorbo, me mandaron a un hotel... ¿qué?... ¿yo sola? Pero yo no sabría qué hacer sola en un hotel en esta ciudad tan grande... ¿Que te vas a Acapulco?... ¿no van mujeres?... pero es que...

Se interrumpió la comunicación. Elenita la contemplaba con el aire satisfecho, casi sonriente. Elisa volvió los ojos a ella con lentitud, se sentía sin recursos. Fabián estaba a punto de salir para Acapulco con varios amigos y Bardo, no iban mujeres, Elenita ya lo habría comprendido. Hubo una pausa larga.

—¿Sabes qué debes hacer, Elisa? Volverte a tu casa y explicarle a tu familia todo esto. Porque óyeme bien, no tiene remedio y lo único decente es separarte de él. ¿Qué va a ser de tu hijo con ese padre? Regresa a tu casa y antes mándale una cartita diciéndole lo suyo, si quieres te la dicto yo. O mi marido.

—Iba yo a estar divorciada como Ernestina y también con un hijo.

—Y luego con un segundo hijo si sigues tan indecente como hasta ahora.

Elisa estaba horriblemente cansada y empezó a sentir la cabeza ligera y el estómago revuelto. Por primera vez en su vida se desmayó auténticamente. La tía Elenita brincó de su sillón.

—¡Elisa!, ¡niña! ¿Qué te pasa? —corrió a llamar a su sirvienta—. Háblale al señor y dile que venga inmediatamente, la señora Elisa se siente mal. Dios mío, ¿la habré matado? —Volvió a la sala. Elisa estaba bañada en sudor y no se le sentía el pulso—. Dios mío, mándame a mi marido —empe-

zó a darle aire a su sobrina con un periódico. Elisa abrió los ojos.

—No sé qué me pasó.

—Me asustaste. Ya viene tu tío —Elisa calló como una niña pequeña, le parecía haber caído en una trituradora—. ¿Te sientes mejor?

—Sí —pero el sudor le corría por la cara—.

Elenita se iluminó: —Espérate un minuto, en seguida vuelvo.

Elisa creyó que iba a darle alguna medicina, pero su tía fue a la extensión telefónica del pasillo, buscó en el directorio y marcó el número de las Barret.

—¿Está la señora Adelaida? Habla la señora Elena —vino al teléfono Adelaida, con la voz tranquila.

—Bueno, ¿Elenita?

—Sí. Me mandaste a Elisa en un estado desastroso. Acaba de volver de un desmayo y estoy esperando a mi marido.

—Cuando estuvo aquí no estaba en un estado desastroso.

—Pues ahora está. Quiero pedirte que te hagas cargo de ella, aquí no tenemos tiempo de cuidar enfermos, ni recursos tampoco. Ah, y no hay lugar, mis hijas ya duermen en cuartos separados.

—Ah, muy bien. Voy por ella.

Elenita se sorprendió, esperaba mayor resistencia. Además, conocía poco a Adelaida.

Adelaida fue a su cuarto, se cambió de ropa, se perfumó y se retocó el maquillaje. Luego bajó, le recomendó a María que preparara el cuarto de huéspedes y entró al estudio.

—¿Adónde vas tan elegante?

—A casa de Elenita. Voy a traer a Elisa, me la devuelven. Estoy tratando de recordar ese refrán del centavo falso que siempre regresa.

—No puedes hacer eso.

—Con razón no me acuerdo. No quiero hacer eso, pero voy a tener que. Quién sabe cómo está la cosa. Haré lo posible, pero no tengo esperanzas.

—¿Para eso te arreglaste tanto?

—¿Por qué voy a pasar un mal rato desarreglada? Adiós.

Llamó a Ezequiel y subió al De Soto con expresión soñadora.

Cuando llegó a casa de Elenita ya estaba allí el doctor Morales y le había puesto una inyección a Elisa, la cual normalmente no se dejaba inyectar ni en las situaciones más urgentes. Adelaida sintió lástima inmediatamente, tenía mal aspecto y una mirada de criatura acosada que a ella le despertó indignación contra los Morales. Por otra parte el doctor estaba revisándola de la cabeza a los pies con evidente admiración y una vulgaridad imposible de disfrazar.

—Señora Barret, encantado de tenerla en esta su casa. Tome usted asiento —Adelaida se sentó, prendió un cigarro y empezó a fumar. Elenita observaba a su marido.

—¿Qué te pasó, Elisa? —preguntó Adelaida suavemente.

—Me desmayé —bajó los ojos, no se atrevía a acusar a Elena.

—¿Desde cuándo empezaste a sentirte mal?

—Aquí. Estaba bien cuando Ezequiel me dejó en la puerta.

—¿A qué lo atribuyes?

—Pues... —Elisa vaciló largamente—. No sé.

—Recibió malas noticias. Fabián se va a Acapulco con unos amigos —intervino Elenita—. Yo me permití sugerirle que volviera a su casa en seguida, porque...

—Así, sin descansar y después de tantas horas de viaje, podría tener un aborto, ¿no le parece, doctor? —lo miró con sus ojos verdes, de tan largas pestañas.

—Eh... es un peligro. No es aconsejable, vaya.

A Elenita la sangre se le subió a la cabeza, hacía años que no veía a su marido ponerse así frente a una mujer y menos delante de ella.

—Según Elisa, Ernestina está embarazada.

Adelaida miró largamente a Elisa hasta que la vio ruborizarse.

—¿Decías algo, Elena?

—Ernestina está embarazada. —Ahora en voz más alta.

—Esas cosas a nosotros no nos interesan —afirmó el doctor. Adelaida aspiró hondamente, luego rió.

—No están de acuerdo ustedes dos —envolvió con un ademán a Elena y a su marido, muy serena, en tono de conversación.

—Mi marido y yo somos como una sola persona. Nadie me ha dicho nunca que no estemos de acuerdo.

—Salvo yo, ahora. ¿No es así, doctor?

—Así es, Elena. La gentileza y el respeto van primero.

—Le sonrió a Adelaida.

—Bueno, Elisa. Vámonos. Esa frase, doctor, es la más importante que he escuchado en años.

Caminó sin prisas hasta la puerta de entrada, la abrió y llamó a Ezequiel.

—Recoge la maleta, Ezequiel, si me haces el favor —se volvió a los Morales—. He tenido mucho gusto en saludarlos.

Elisa no se despidió de sus tíos y la siguió casi pisándole los talones. En cuanto estuvieron en el coche y Ezequiel arrancó, Adelaida apagó el cigarro.

—Vamos a mi casa y me harás el favor de no estar chingando a Tina con tus pendejadas. Las dos están embarazadas, ella no dice de quién y tú de un puto horrendo que de sobra se sabe quién es. Más les vale ser decentes una con la otra y portarse cortésmente. Ya es tiempo de conducirse como gente adulta e inteligente. ¿Entendido?

—Sí, tía Adelaida.

—Y entiéndeme bien: tu situación no es mejor que la de ella. ¿Queda claro?

—Sí, tía Adelaida.

—Y no seas hipócrita —Adelaida miraba por las cuatro ventanillas con verdadera distracción, como si buscara el número de una calle—. Es una actitud fea y además inútil, nadie la cree.

—Dijo mi tía Elena que tengo la obligación de separarme de Fabián.

—No veo el objeto. Las separaciones vienen a cuento cuando alguno o los dos saca ventaja. Pregúntate si sales ganando algo.

—Nada.

Adelaida pensó en el ambiente de “allá”, en la falta de hombres jóvenes, en la urdimbre apretada de chismes y tonterías en donde en cada casa había una Flora, una Elena y algunas como Elisa, en la falta de esperanza y de honradez vivida y nunca reconocida. La decisión de Teresa debía haber influido para que Elisa se casara con Fabián; para ella no era peor.

—Precisamente. ¿Se fue a Acapulco, entonces?

—¿Qué haré?

—Esperarlo en mi casa, tranquilamente y ya te dije cómo: sin molestar porque si molestas, y hablo muy en serio, te regreso a tu casa, te mando al hotel o te llevo a la casa de Elenita para que goces de su compañía.

—Ya entendí, tía Adelaida.

—Eso espero.

Elisa llegó a casa de las Barret hecha una seda. El doctor Morales le dijo que tenía la presión baja, hasta le dio una receta por si se repetía.

—Es hora de comer.

Tina se presentó y como si viera a Elisa por primera vez, la saludó con un beso. Adelaida dio un suspiro de alivio,

la comida se desarrolló más bien en silencio pero pacíficamente.

—Elisa, métete en la cama y duérmete. Debes de estar agotada y tienes que cuidarte —Elisa obedeció y Adelaida se paró de la mesa para acompañarla arriba, hasta su cuarto—. Victoria, abre la maleta de la señora Elisa y guarda sus cosas en el ropero, para que no se canse.

Bajó de nuevo, con su abrigo en el brazo.

—¿Qué le hiciste? ¿Le pegaste?

—No. La amenacé. No le hagas caso, si quiere estar contigo, déjala; si no que se encierre en su cuarto. Fabián la dejó botada y se fue de putos. ¿Así se dice, no?

—No, así no se dice —Tina empezó a reírse—. ¡Qué bárbaro!

—Adiós, preciosa.

—¿Estás harta, mamá?

—Claro. Adiós.

Adelaida salió con el paso de siempre.

Tina subió a su dormitorio. Guardaba las cartas de don Miguel, las usuales y las otras, su tarjeta también. Rompió estas últimas en trocitos muy pequeños, los guardó en los sobres respectivos, volvió a guardarlos.

La cantidad de cartas destinadas a romperse. Se va la vida en borrar testimonios, no es posible conservar las pruebas de la locura propia y de la ajena.

Luego agarró el saquito bordado donde guardaba aquella carta de Isidro, la primera, la que su prima daría cualquier cosa por leer. No iba a colgársela del cuello pero no podía romperla ni quemarla. Esa carta era distinta a todas y por eso comenzó a comérsela lentamente, un pedacito detrás de otro, rasgando uno por vez, hasta que se la comió toda. Ya podía Elisa registrar a gusto si tenía esas mañas. Luego fue al cuarto de Juana María, como todas las tardes, con una especial sensación en el estómago y el ánimo tranquilo.



—Adelaida.

—Isidro, ven por favor, hace tres meses que no te veo y hoy no estoy para aguantar más gente tonta de la ya aguantada.

—Ándale.

En media hora ya estaba allí Isidro con saco y corbata, rasurado y llevando el cuadro. Lo pusieron en su sitio.

—Es bellísimo, ni parezco yo.

—¡Qué alabanza tan rara!

Salieron a la calle.

—¿Qué has pintado, Isidro?

—Tres retratos de Tina, el último con los aretes de maras. Y un San Juan Bautista, de pie, con la cabeza en un plato y el plato en las manos.

—¡Qué horrible!

—No... es más bien agradable. También varios encargos de retratos. Vamos a la salita de té.

—¿Cuál?

—Una a donde he ido otras veces con señoras de mi incumbencia: Tina y mi madre.

—¿Ya te contentaste con ella?

—No puedo. Ya no estoy furioso, pero es peor, ahora me doy cuenta de lo bien que me hace no verla, como cuando tuve la beca. Soy otra persona.

—¿Mejor?

—Depende.

Llegaron a la salita, Isidro ordenó.

—Té para dos.

—Esa era una canción de... hace poco tiempo. Bueno, pues llegó Elisa —contó toda la historia.

—Así que... ¿la Elisa de siempre?

—No, ya cambió de género y de número. Ahora es patética y está embarazada.

—Dioses, ¡qué tormento ser hijo de Elisa y Fabián!

—¿Verdad? Y el efecto en Tina. Tina sigue su programa de trabajo con una fuerza de voluntad encomiable, pero no puede sentirse bien consigo misma. No pisa la calle, apenas he podido convencerla de que se asome al patio diez minutos.

—No quiere verme, ¿verdad?

—No puede soportar que la veas. No la entiendo, si buscó ese hijo debía haber tomado en cuenta los... agravantes. Se porta como una señorita de pueblo después de haber pecado con el cura.

—¡Qué imaginación tienes! Espero no sea cura. La historia de Elisa me perjudica, Adelaida, ahora querrá verme menos todavía.

—¿Por qué?

—¿De veras no lo sospechas? A Tina le horroriza caer conmigo en la misma historia de Elisa y Fabián... con atenuantes, por supuesto.

—Pero tú...

—Yo, mi querida amiga, he llevado a cabo actos de homosexualidad, pero no siento que sea mi... esencia. Por eso no te digo de plano que lo sea. Y cometí el error o el acierto de hacérselo saber a tu hija.

—¿Antes de todo?

—Antes y después y a todas horas. No se le ha salido de la cabeza y es culpa mía, pero justamente ésa es la diferencia. No me hubiera atrevido a ocultárselo.

—¿Has tenido amantes como Bardo?

—No. Ni será así jamás. Mira, la homosexualidad es una enfermedad de la mente más o menos grave. Yo creo ser un caso leve y nunca podría soportar la convivencia con uno de ellos, peor o mejor que Bardo. No puedo soportar la psicología, el bagaje emotivo e intelectual de esas personas. Ni los modales.

—Te entiendo. He conocido algunas mujeres mayores que con gusto tendrían una relación de esas si no implicara conocerse, tratarse, salir; esas cosas tan lindas del amor.

—Eso es. ¿No estás espantada, amiga?

—Sí. Mucho. Tengo miedo por ti.

—Pero en sí, la cosa misma, ¿te horroriza?

—No lo entiendo, Isidro. Pero te quiero igual y es lo importante. Nunca podré entenderlo.

—No te preocupes, seguramente tampoco entiendes la esquizofrenia.

—¿De dónde viene y cómo se forma?

—Madre chiflada y padre débil o ausente. Como es el caso. Parezco libro de texto, todas esas historias son iguales.

—¿Has leído muchos libros al respecto?

—Volúmenes, querida. Imagínate qué bella adolescencia.

—¿Tuviste mujeres antes de Tina?

—Ninguna. Pero después sí: en estos meses, ocasionalmente y por fortuna. Sin la emotividad y lo demás, eso no puedo, no las amo, pues. Me he vuelto galán y disputado. Les hago chistes, vienen al estudio, no se enojan si no las veo.

—Me da mucho gusto.

—A mí más, estaba estallando de puro sexo contenido.

—¿Estarás curado?

—No. Eso no se quita, se controla hasta que sucede algo horrible, capaz de romperte las resistencias o algo así.

—Como el De Soto.

—¡Bárbara! No exactamente. ¡Qué conversación tan chocante! Es tu día, pobre mujer.

—Nada más una curiosidad. ¿Cuántas mujeres has tenido últimamente?

—Tres. No una por mes, alternadas. Ahora sí, ya vamos a hablar de otra cosa. Estás deprimida.

—Peor. Faltan menos de cuatro meses.

—¿Cómo va a llamarse el niño? Digo, su apellido.

—Estaba hablando de eso con el licenciado de la Peña. Me sugiere que me presente al registro con los dos niños y los registre como hijos míos y de Esteban. No es tan raro, todavía podría tener hijos... No se lo dije a Tina. El licenciado hizo unas indagaciones: mi yerno está a punto de casarse con una muchacha riquísima de Sonora y en casa de ella no saben que Juana María existe aunque por supuesto saben de su divorcio. Según él estuvo unos días casado con una loca.

—¡Qué galante con las dos! Yo... quería ofrecer mi nombre si sirve de algo en este caso. Pero sinceramente pienso que Tina debe registrarlos como hijos de ella, sin padre. Barret Santander. Se llamarán los dos igual, en cambio, una mentira nunca es igual. Tina tiene que salir de un contexto del que ya salió intelectualmente, pero no factualmente. Debe enfrentarse al mundo con la verdad en la mano porque si no, nunca va a poder ir ni al Palacio de Hierro a comprar calzones de miedo a encontrar una persona conocida. Además, es mala educación para un hijo saber que su madre miente y lo peor: una mentira relacionada con su nombre, su personalidad, todo.

—Cierto. Voy a mandar al carajo a De la Peña.

—No tanto. Pero tengo razón ¡y es una tentación tan grande! Me hubiera casado con Tina sólo para ponerle mi nombre a los niños, pero eso también es estúpido porque me casaré con ella, si ella quiere, por ella misma. Hasta sin vivir juntos, yo con mi estudio y ella...

—Ella desvariando. Nunca iba a tenerte confianza si no te viera a su lado y si te viera, no podrías aguantarla. El mejor arreglo lo tuvieron al principio, antes del malhadado viaje.

—Adelaida, ¿por qué me dices la verdad y yo tan nervioso?

—Tú también y yo tan jodida.

Se rieron, eran buenos amigos, se habían dado buenos consejos mutuos. Isidro la llevó a la tienda de nuevo y se despidió.

—Adelaida, avísame si algo pasa. Siempre podré servir de algo. Si ella no quiere verme que no me vea y basta.

—No tengo a nadie en quien confiar así, no te preocupes.

Adelaida entró en la tienda con el alma maltrecha. Empezaba a entender la actitud de su hija, el hecho tan enigmático para ella de que Isidro no fuera el padre del niño. ¿Quién entonces? Un desconocido en Italia. Parecía novela y de las peores, la gente no es así y Tina ¡con un desconocido! No se la imaginaba. Isidro siempre había sentido la presencia del otro, sufrido celos, hecho escenas y Tina reflejaba en algunos momentos la existencia del otro. No quería, no deseaba enterarse, ésa era la verdad.

Elisa dormía mucho, en cambio Tina apenas podía conciliar el sueño, fue una ventaja para ambas; se veían de la hora de la comida en adelante, cuando Tina ya había pasado horas pintando. Iban entonces al cuarto de Juana María y se sentaban en el suelo, sobre la alfombra. Desde el primer día Tina se dispuso a enseñarle a Elisa cómo hacer camisetas de niño y Elisa, para su propia sorpresa, mostró interés y además habilidad; nadie la había enseñado a coser y ahora descubría que le resultaba muy agradable. Esa satisfacción resultó un amplio paliativo para sus desconfianzas y sus mutuos rencores.

Tina había sido entrenada contra la ociosidad, ahora resultaba claro para Elisa que su propia carencia era en gran parte culpable de su descontento continuo. Aprendió a tocar el piano por no tener facilidad para otra cosa y luego se convirtió en obligación porque sería y era su fuente de tra-

bajo. No amaba la música ni encontraba placer en ella, era una segunda naturaleza. “Allá” hacía demasiado calor para pensar en nada aparte de mecerse o soplarse en las horas de estar en casa.

Hablaban poco pero no en mal tono. ¡Había tantos temas prohibidos! Elisa no quería hablar de Fabián, su reciente experiencia estaba demasiado fresca, no debía hablar de Miguel, imposible mencionar la casa de Bárbara y no le hubiera gustado admitir el distanciamiento entre su hermana mayor y ella.

Al segundo día Tina le hizo una pregunta.

—¿Te aconsejó mi madre no mencionar cosas que pudieran afectarme?

—Discretamente.

Tina soltó la carcajada, era la primera en mucho tiempo, todo se le iba en gestos, ademanes desagradables, sonrisas hostiles.

—Dijo que me dejara de chingaderas y pendejadas. Nadie me había dicho eso.

Tina rió más.

—Así es ella, muy inesperada, pero si te resulta incómodo, no estaría mal decir lo que se te ocurra.

Elisa quedó suspensa un momento.

—Pues... ¡si vieras! No tengo ganas de saber nada. Me conformaría con dormir mucho tiempo.

—Así pasa. Hay que sobreponerse. Pásame las tijeras.

—Pienso. No puedo evitarlo.

Elisa no sabía la enfermedad de su madre; había quedado entre Teresa, Miguel y la tía Rosario. Y Tina, por supuesto. Doña Flora era el único apoyo definitivo con que Elisa contaba, Tina le tuvo lástima.

—Así es.

—Pienso en mi matrimonio. Teresa me dijo las cosas a tiempo y yo... me aferré, como si tuviera una necesidad, una

ceguera, me importaba más llevarle la contraria a Teresa, hasta ahora todavía me cuesta darle la razón. Claro, era cierto. Para mí es difícil, Ernestina, no puedo creer que un hombre se enamore de otro.

—Probablemente es por un impulso saludable de tu parte —Elisa no la comprendió—. No puedes tener celos por considerar la relación absurda. En cambio no le tolerarías una mujer.

—Claro que no. Si se hubiera ido con mujeres estaría enojadísima. Además no... le tengo respeto. Nos hemos peleado en unas formas... ¿te imaginas lo que es pegarse y arañarse con un marido?

—No. ¿Eso hacen?

—Van varias veces. Entonces no me siento normal, es como un juego de niños: estamos jugando, no somos grandes ni casados como las demás personas. Se trata de... otra cosa.

—Es otra cosa, pero tú no querías un marido como todos.

—¿Los de mis amigas? No. De ninguna manera. Fabián, haga lo que haga, no puede ofenderme verdaderamente.

Tina entendía pero no iba a explicarlo. Fabián no podía ofenderla porque no estaba comprometida con él en cuerpo y alma, era una especie de amistad caprichosa y absurda pero necesaria para ambos, con ventajas mutuas.

—Mira —siguió Elisa—, si nos separáramos, ninguno de los dos tendría nada. Bardo se burla de Fabián, vive con otros, no lo quiere. A mí no me soporta nadie más que mi madre, no sé cómo he perdido poco a poco mis cariños de niña. Es mi culpa, pero no sé por qué he ido acabando con todas mis buenas relaciones.

—Por descontento, Elisa. Te disgusta todo lo tuyo y estás enojada con los demás por cosas que son así, pero ellos no tienen la culpa.

Elisa reconoció la verdad; había ofendido a la misma Tina por ser y tener lo que tenía y en diferente grado a Te-

resa, ahora a Bárbara y a Magdalena. A Miguel también, por haberse enamorado de Ernestina, por no confiarse a nadie y no ocultarse. Tina estaba cortando un pedazo de muselina blanca, luego un trozo de encaje.

—Pero no es nada irreparable, Teresa siempre respondería bien a una iniciativa tuya y los demás también.

—Mi papá no.

—Tu papá sí. Tiene ideas inflexibles pero no las pone en práctica. ¿No te das cuenta? Si de verdad fuera como crees no estarías viviendo en su casa, o hubiera echado a la calle a Fabián desde el principio... mi padre lo hubiera hecho.

—Dice unas cosas.

—No las hace. Fíjate más en él.

A Elisa le resultaba imposible. Su padre era para ella el simple opositor de sus deseos aunque podía juzgarlo en forma objetiva, porque al fin y al cabo sus deseos eran absurdos y en consecuencia poco satisfactorios. Lo único real era la oposición.

—No sé si podré. Voy a tratar.

Para Tina el verdadero inconquistable era Miguel, el único incapaz de poner a discusión sus sentimientos o de expresarlos en actitudes hostiles, en su mundo cerrado las personas no cambiaban de sitio y Elisa estaba clasificada en un lugar poco respetable: Elisa significaba la pura tontería complicada con los más feos defectos de carácter y Fabián lo más despreciable de la tierra. Nunca los aceptaría, juntos o separados, pero podría tolerarlos con cierta ecuanimidad.

—Y luego el niño —siguió Elisa—. El niño será nuestro y pensamos quererlo mucho para que siquiera él no nos maltrate ni nos desprecie.

—Dejarán de pelearse, por lo menos. Para no alarmarlo.

—Eso sí.

Las dos miraron a Juana María quien tranquilamente sentada en una sillita trataba de coser con una aguja gruesa



y sin punta, dando grandes y lentas puntadas con cara de señora miope. Tan seria como ellas, con las piernas gordas cruzadas a la altura del tobillo, como si no le alcanzaran para más. No, ella no estaba alarmada

—¿No sales a la calle, Ernestina?

—¿Para qué? Aquí tengo todo —se acomodó varios cojines en la espalda para apoyarse en la pared.

—¿Por eso, por tener todo?

—No, no exactamente. La pintura y los diseños no requieren salir y no necesito ver a nadie, ni quiero.

—¿Te molesto mucho?

—No, Elisa —la miró, era la hermana de Miguel y ella en este momento llevaba en su cuerpo dos veces su sangre—. Naturalmente no me sentaría bien empezar a tener disgustos. Tu presencia misma no me ha molestado pero tu conducta me ha dado qué pensar.

—Y a mí la tuya.

—Bueno, allí tienes. Ése es el planteamiento de una discusión. No debe ocurrir, por la salud y nada más.

Elisa rió sin alegría.

—¿Quieres decir que cuando no estemos embarazadas ni ande por aquí una señorita sí ocurrirá?

—No es necesario. Debíamos evitarlo en general.

—Para mí todo empezó a ponerse mal entre nosotras cuando te vi besándote con Miguel en el comedor de mi casa, una noche.

—¿Creíste que... que no lo quería? —Tina agarró unos plumones de colores y trazó con mano segura un dibujo de flores sobre la camisita.

—Sí. Y otras cosas. A mí... a mí me haría bien saber la verdad sobre ustedes, para...

—¿Perdonarme? —pobre Elisa, Tina y Miguel no le concedían la capacidad de entenderlos ni el juicio para respetar sus decisiones.

—No —dijo sorprendentemente—. Perdonarme a mí misma, la forma en que te fuiste por mis palabras aquellas.

—Ah, la billetera —si era por eso, Tina le reconocía un vago derecho: es más doloroso lo que una misma hace, más temible a la larga, bien lo sabía ella. Elisa bajó la cabeza—. Nada me importa esa señora, Miguel puede hacer lo que quiera y su cuerpo tiene necesidades, no es mío —mentía, Miguel podía hacer de su capa un sayo, pero era suyo.

—¿Lo crees, entonces? —Elisa la miró con alarma—. ¿Lo crees capaz de eso?

—Sí.

—Yo nunca he estado segura, no podría soportarlo.

—Todos los seres humanos hacen cosas por debajo de sí mismos de vez en cuando. Un hombre tiene cuerpo, necesita desahogarlo más tarde o más temprano —recordaba en forma vívida la capacidad de pasión física de Miguel, su resistencia, su fuerza insospechada.

—Hice mal.

—No salió de allí nada malo. Entre Miguel y yo todo ha sido bueno.

—Él dijo, delante de Bárbara y de mi mamá, que tú eras la luz de su vida, me lo contaron, fue hace poco tiempo.

—Él es la luz de la mía, ¿te conformas con eso? —Ernestina tenía los ojos muy brillantes.

—¿No lo desprecias? Dime sólo eso.

—Jamás, jamás —las dos lágrimas rodaron por las mejillas de Tina—. ¡Creías que me burlaba de él!

—Siempre me pareció. Si me juras que no es cierto...

—No es cierto, te lo juro —Elisa respiró hondo. Juana María se acercó, tocó las lágrimas de su madre, le limpió las mejillas con su delantal, hizo el intento de sonarle las narices y volvió a sentarse, muy seria.

Las primas se miraron, era muy cómica y no querían reírse. Elisa se puso a bordar el dibujo trazado por Tina.

Estaba satisfecha. Irónico, porque Miguel ni siquiera sospechaba en su hermana un rasgo de lealtad y menos éste que otros.

Los días siguientes se entregaron de lleno a la costura. El Sábado de Gloria Elisa tenía dos vestidos de maternidad y seis camisitas, estaba orgullosísima. El Domingo de Pascua hizo su equipaje.

—No puede tardar, mañana por la noche debe estar en su trabajo. Tenemos boleto para las tres de la tarde.

Fabián llegó apenas a tiempo. Adelaida acompañó a Elisa hasta la puerta y ella se le prendió del cuello, estaba llorando.

—Me despedí de Tina arriba. Ya sabía que iba a llorar y no quise... Adiós, Tía Adelaida, gracias por todo.

—Eso es, muchas gracias. —Fabián venía quemado de sol, contento y hasta guapo... si no hablaba. Ya le había pasado eso: la palabra, la voz y el ademán rompían el atractivo, igual que a Bardo.

—Que les vaya bien —cerró la puerta—. Gracias Dios mío por habernos sacado con bien de tan horrible caso. Qué fachas, carajo, y el doctor Morales es un cerdo libidinoso.

—Mamá, ¿estás hablando sola?

—Cosas de la edad. Juanita y yo tenemos esas costumbres.

La visita de Elisa no pareció tener consecuencias en Tina, por lo menos pareció traerle una cierta animación. Elisa no pidió ver los cuadros de su prima, ni habló del niño ni volvió a tratar temas difíciles. Fue una semana de colaboración y en bastante tiempo la única oportunidad de compañía auténtica que las dos pudieron disfrutar, quizá no eran amigas, pero estaba demostrado, podían asociarse en un proyecto aunque fuera sencillo, no resultaba poco.

Los meses siguientes fueron de una sordera muda, como si la densidad del cuerpo de Ernestina se extendiera por toda la casa. A fines de mayo empezó a pintar siempre sentada, el peso de su vientre le inflamaba las piernas, la inclinaba hacia el suelo, le impedía caminar sin esfuerzo. Bajaba la escalera lentamente pero muchas veces; el doctor Márquez aconsejaba ejercicio y no se conformaba con que Tina no saliera a caminar. En junio la obligó a dar varias vueltas a la manzana y ella lo hizo... cuando todavía estaba oscuro. Adelaida iba con ella y a veces también María, las dos murmuraban a sus espaldas.

—¡Cuándo se ha visto esto, María, parecemos locas!

—Tina es muy necia, muy necia. Como si fuera la primera panza del mundo.

—Así ha de haber estado Eva cuando la echaron del paraíso. Vergüenza ancestral, de nada sirve la civilización y la cultura.

María se encogía de hombros y pensaba en el traje de baño mojado y en el sobre con el nombre del hotel. Si Tina le había permitido deshacer su equipaje era por tenerle absoluta confianza: no podía decirlo, pero estaba dispuesta a contar los días en el calendario cuando naciera el niño. El embarazo de Juana María había durado ocho meses y medio exactos.

En julio, Ernestina confesó que no podía más y no volvió a salir. El doctor Márquez anunció por su parte que el niño todavía no estaba bien colocado y esto tuvo la virtud de aterrorizar a Adelaida y por ende a Isidro quien no tenía información ginecológica y de cualquier modo imaginaba escenas espantosas.

El 15 de julio se sintió mal y el doctor quiso llevarla al hospital, se había roto la fuente. Pasó un día más y cuando iba a resolverse una cesárea empezaron las contracciones de buenas a primeras. Unos dolores largos que la arqueaban,

acompañados de calambres. Ernestina tenía los labios cerrados como si se los hubieran cosido pero estirados en un rictus tan extremo que parecían llegarle a las orejas; los ojos empequeñecidos como arañas, las manos prendidas de las sábanas, de la cama, de sí mismas.

Después de varias horas Adelaida no pudo soportarlo y se fue al estudio de Isidro. No había querido avisarle para librarlo de esto, ahora ya no le importaba. Dejó a María en su lugar.

—Isidro, soy yo. Tina está en el hospital —rompió a llorar.

—No me alarmes, ¿por qué lloras así?

—Ya duró mucho. En este país no se puede parir, estamos en 1951 y la mente del médico es de hace cuatro siglos. No puedo más. ¿Por qué no soy yo? Ojalá fuera yo.

—No tomaste las medidas preliminares.

—Bruto. Qué bruto eres.

—Vente, vámonos. No vamos a meternos debajo de mi sofá cama, no cabemos. Rápido, vámonos. Estás histérica.

Tomaron un taxi y Adelaida se mordía las manos. Cuando llegaron las cosas seguían igual, Isidro se quedó afuera y Adelaida también. Así más horas, hasta la noche.

—Vamos a llamar a otro médico, se van a morir.

El doctor Márquez no estaba tan alarmado. Fijó la hora de la cesárea para la una de la mañana.

—¿Por qué? —preguntó Isidro—. ¿Es usted sonámbulo?

—No, don Isidro, pero hay que darle oportunidad a la naturaleza.

—Que se chingue la naturaleza.

—No es posible chingar a esa señora.

A las doce de la noche la llevaron por fin a la sala de partos, tenía una dilatación aceptable, allí pudo aspirar cloroformo con ansiedad, en un afán más que de muerte. Nació el niño, hubo que cortar y coser, pero no una cesárea, lo

cual seguía pareciéndole un mérito al doctor. Cuando les avisó se abrazaron.

—Si Ernestina se hubiera muerto por este hijo, yo...

—Hubieras matado al doctor y estarías camino a la penitenciaría. Están locas las mujeres, todas. Pero este médico... nunca dejaré de odiarlo, nunca.

Más tarde la trajeron al cuarto, todavía dormida, con cara de mujer torturada. Isidro lloró.

—¿No quieres ver al niño? Se puede antes de que lo metan a un refrigerador que tienen en el segundo piso.

—No tengo buenas relaciones con él por el momento.

Adelaida las tenía y fue a verlo. Era un Barret diferente a los suyos.

—Este muchachito es un portugués de cuatro kilos, cabezón y con cara de contrabandista —estaba desnudo, ya limpio y hasta peinado; de pronto notó un lunar de carne pequeñito, casi detrás de la oreja. ¿Quién tenía uno así? Acababa de verlo, no hacía mucho tiempo. Se le vino el recuerdo: era Elisa y se comentó que doña Flora tenía uno igual. La verdad se le vino de golpe, ¡qué absurda era y había sido! Y lo peor, sintiéndose tan competente. Qué tonta, pretenciosa y ridícula. Fue a sentarse a la sala de espera y sacó un cigarro.

Isidro por su parte, de pie junto a Ernestina, le hablaba mentalmente, esperaba una señal de vida para irse. Meses, meses sin verla, pintándola, eso sí, pintándola como si la tuviera entre los dedos. Llegó María, muy entusiasta.

—Está precioso ese niño, así de guapo como don Esteban, así de guapo.

—Mi querida doña María, ¿de veras se ve algo?

—Yo sé ver a los niños, joven Isidro. Es como Tina, pero más parecido a don Esteban.

—Bueno, la dejo con sus ilusiones y querrá usted dormir. Yo me encargo de la señora.

—Está allí afuera, fumando.

Se reunió con ella.

—Adelaida, ¿qué te pareció tu nieto?

—Pues... —dijo varias fumadas—. Llevo dos noches sin dormir, no estoy para dar opiniones. Tiene manitas y patitas.

—Vamos a tu casa. ¿O tienes hambre?

—No, ni sueño, no tengo nada. Pero vamos. ¿Cómo decía tu amiga? Todo es peor, ya me acordé.

—Parece que estás enojada, ¿es así?

—No —Adelaida mentía—. Tengo una depresión *post partum* —estaba enojada consigo misma, se hubiera arañado la cara y tirado de los pelos.

En el taxi se quedó dormida y luego Isidro la llevó a su cuarto casi en peso, tropezando con todo. Tuvo que venir Victoria a desvestirla.

Isidro volvió a su estudio y como el día de Navidad, se tomó una botella de vino casi entera. Cayó dormido.

Al día siguiente como a las tres de la tarde lo despertó el teléfono.

—Bueno.

—Isidro.

—¿Quién? ¿Quién habla? —apenas podía creerlo—. ¿Quieres que vaya a verte?

—Mentiroso. Como si estuvieras esperando que te diera permiso. Ayer te vi. Como en sueños, pero te vi.

—Una visión fugitiva y encantadora no es nada. ¿Estás sola?

—La pobre María se fue desde la mañana y todavía me habló por teléfono para decirme que mi mamá duerme como una piedra y seguramente vendrá hasta la tarde, cuando tenga fuerzas. Ezequiel trajo a Juana María enojada porque tuvo que ver al niño detrás de un vidrio. Además quería quedarse a dormir aquí.

—Voy allá.

—Adiós.

—Adiós no. Hola.

—Hola, pues.

Isidro se presentó limpio pero sin comer. De nuevo esta emoción intensa, este miedo de abrir la puerta. Tocó apenas.

Tina estaba con la cabeza entre las almohadas, muy peinada y restregada, muy pálida. Isidro la besó largamente, no tenía palabras para hacerle saber la nostalgia, el año de enfrentamientos, de insania. Ella también tenía cosas guardadas para él.

—Ernestina, estaba volviéndome loco, ¿lo crees?

—Sí —le agarró la cara con las manos—. Tú eres mi amigo, yo también he estado loca. Pero cuando me bañaron y me sentí limpia, supe que era yo misma por primera vez desde hace tanto tiempo. Tuve ganas de salir a la calle, de caminar, de brincar.

—¿Después del día de ayer? Resistencia insospechada, como de goma. Siempre has de enseñarme lo referente al sexo femenino.

—No interrumpas, eso ya se me olvidó. Cuando algo te duele así... te reconoces. ¿O estaré feliz porque sólo los músculos me duelen y ya me pusieron una inyección? Quiero que veas mis cuadros, tengo seis nada más —lo abrazó—. Ya aparecí, Isidro. Estaba como perdida y no sabía... pero ésos son mis cuadros para toda la vida. Ésa soy yo. Estoy horriblemente viva... vendada desde las costillas para abajo como momia. ¡Qué viva estoy! Tengo tantas cosas que hacer. Debo salir, correr, vestirme. Hace noches que sueño con patinar y brincar la reata. Nunca he sido tan feliz.

—¿En todo eso hay sitio para mí?

—La mitad. De todo, la mitad. Todo contigo, pero la mitad es mía y la otra tuya. No intentes posesionarte porque te mato.

—Sí, por supuesto.



—Eres dominante, metiche, mandón, posesivo y exigente. Pues te conformas con lo que haya.

—Sí, sí, no amenaces.

—Isidro, ¡la calle! Me siento tan dichosa. Ni siquiera he cumplido veintidós años, ¿sabes? Y me he muerto mil veces antes de ayer, cuando de pronto me parece... mil veces me he muerto.

—¿Vas a ser una estrella social?

—Dije calle, no prójimos.

—Ya me lo parecía, es más claro. Yo en cambio lo seguiré siendo: me logra, soy ávido. Dinero, fama, licores y canto. Y tú ¿piensas aguantar que te ame? —el sentido era claro.

—Cuando venga al caso.

—Inventaremos el caso, no te preocupes.

—¿Eres feliz?

—Horrible, como si fuera a... no sé qué.

—¿Comiste?

—No, pero no es de hambre.

—¿Desde cuándo no comes?

—Desde ayer a la hora del desayuno.

—Habla al restaurante a ver si te mandan la comida aquí.

—Correcto pero innecesario. La gente como yo no necesita alimentos terrenos.

Habló y comió con apetito, luego dejó la charola a un lado y fue a poner la frente en la almohada de Tina.

—¿Qué estás haciendo?

—Penar, sentir un poco. El amor no es un estado cuerdo. Da una gran inmunidad contra el sentido del ridículo, por ejemplo. ¿Ya viste a tu hijo?

—No. Me siento extraña con él... como si nunca lo hubiera visto. Y lo he visto aparte de haberlo sentido... tantas veces. Tenemos que hacer las paces, después de la grosería de ayer y de mi experiencia con Juana María, tan fina, con su parto de cuatro horas.

—Yo en cambio voy a hacer amistad desde el principio. Ernestina, no vuelvas a hacerme esto nunca, por nadie.

—No, tú eres mi vida diaria. Una no le hace eso otra vez a la comida, al aire, a la paz, a la naturalidad, ¿verdad?

—Sí. Dame la mano —se la dio y entrecruzaron los dedos—. Aquí voy a ponerte un anillo de no matrimonio y de no compromiso que... bueno, no sabes.

En ese momento abrió la puerta Adelaida y la cerró en seguida. Tampoco había comido y fue al restaurante, ordenó.

“Esteban, tu nieto se llamará como tú. Es bellissimo, como el varón que no tuve porque no estuviste de acuerdo en hacerme parir de nuevo. ¡Si hubieras visto lo de ayer! Pero da igual, Esteban, lleva la misma medida de tu sangre hermosa. Esteban Barret Santander. Viste a Juana María, fijate bien para que veas a éste. Está glorioso, ya sé, no se dice. Estoy transida de amor por él, descubrí que era mitad tuyo, como Tina y me encantó. Pero nuestra hija está loca, tiene complejo de péndulo: ya se ha enamorado dos veces de Migue-lito y otras dos de este Isidro tan querido para mí y en menos de dos años. Dime tú si hay derecho, y pienso que así va a estar mucho tiempo, porque por mucho que hagan los tres, ella nunca se los va a poder quitar de encima. Quién sabe si se haya dado cuenta, pero a la mejor no va a ser libre nunca... a menos de que ya sea libre de por sí, así son los artistas. ¿Será artista alguno de los niños? Así con certidumbre, como es ella. Cuando vean sus cuadros... hasta Isidro va a ponerse celoso, tan creído como es. Juana María tiene cara de ama de casa, a estas alturas lleva muy marcado el carácter de María, su tocaya. A ver este niño tan delicioso. ¡Ay, nieto de don Miguel, será por eso! Pobre de don Miguel, lleno de nietos como espantajos, ¡y no ver a este!, ¡pobrecito! Pobrecito señor. ¿Cómo serán los de Enrique? A lo mejor no están tan mal.”

Pagó y se subió el cuello de chinchilla, hacía viento y estaba lloviendo, pero además era su mejor traje. Entró al cuarto después de tocar, un segundo después, por si acaso.

Abrazó y besó a Tina.

—¡Qué bien te ves! Eres otra. Anoche no sé qué parecías —luego a Isidro, sin poder resistirlo—. Isidro, tú también eres otro, anoche...

—Adelaida, vienes en pleno.

—Sí, hasta parece que va a casa del doctor Morales.

—Cállate Tina Barret, ese fue un episodio infamante que te conté ayer para darte conversación. No se lo cuentes a Isidro. ¿Ya viste al niño? Yo ya.

—Y... ¿cómo es? —los ojos de Tina estaban atentos, leyendo la mente de su madre.

—Es... guapísimo, precioso. Ni mi Juanita era así.

—Eso de Juanita es una vulgaridad, señora.

—Si fuera hija de gente vulgar, sí. Pero siendo nieta mía es señal de elegancia. Se va a llamar Esteban, ¿verdad? —lo preguntó como si temiera una negativa.

—Sí. Esteban.

Algo faltaba entre las dos, Isidro pudo percibirlo. Estaban siendo discretas, evitaban sacar parecidos por delicadeza, porque él estaba allí. ¿Iría a suceder así siempre? También sintió en sí mismo la cautela. ¿Debería vivir con esa cautela? Viviría si era necesario. La servidumbre, claro. Pero él había aceptado y no ahora. Las dos estaban mirándolo, se rió.

—¿Por qué me ven, señoras? ¿Se nota que no estoy en mi sano juicio?

—Te ves exactamente en tu sano juicio —fue a sentarse al sofá y decidió decir algo discreto—. ¿Ya se contentaron, queridos?

—Mamá.

—Tacto de abuela. Pues sí. Hasta voy a contentarme con mi madre porque no le salió la brujería.

Tina pidió explicaciones y se las dieron, se puso seria y luego acabó riéndose. Tocaron a la puerta y entró una enfermera con Esteban.

17 de julio de 1951.

A las dos de la tarde, cuando don Miguel salía para su casa, llegó el telegrama a la botica, dirigido a él: "Hoy antes de la una de la mañana, nació el niño. Estamos bien y sanos. Muchos besos. Ernestina". Tina, aprovechando la presencia de Ezequiel con Juana María, lo escribió a toda prisa.

Miguel tenía los ojos fijos en las manos de su padre quien le alargó el telegrama sin decir palabra, luego se abrazaron. Eran intensamente felices y de pronto, muy desgraciados, los dos sintieron al unísono una sensación de despojo. Ahora el mundo se abría ante Miguel como el mar en una de esas mañanas de marea baja, cuando no se distingue más que una extensión inmensa y amarilla, desolada y fangosa; y a lo lejos, bajo el cielo, una rayita azul. Todo el vacío del universo y una rayita azul. Su espera lo tenía suspendido, ahora lo dejaba caer. El niño.

Don Miguel se repuso en camino. Desde el regreso de Elisa y de Fabián estaba esperando el comentario estridente, burlón, en contra de Ernestina, los vituperios de doña Flora, el escándalo doméstico y mezquino, la incomodidad de Miguel. No pasó nada, Elisa no dijo palabra. Notó algo diferente entre ella y Fabián; hablaban menos, no peleaban. Una observación de Miguel.

—Fabián se porta como mujer, ¿te has dado cuenta? Está peor que antes. Ya lo afeminó Elisa, parecen amigas. Es chocantísimo —era cierto.

La comida se desarrolló normalmente y no se habló del asunto hasta la noche, cuando durante la cena se recibió en la casa otro telegrama, esta vez de Adelaida.

“Estimado cuñado. Tina dio a luz un niño hermosísimo, muy parecido a usted y a mi marido. Se llamará Esteban. Cuando ya pueda viajar lo llevaré para que lo conozcan. Adelaida.”

Don Miguel se lo pasó a Bárbara para que lo leyera en voz alta. Doña Flora, alicaída desde su operación, no había mostrado interés.

Hubo un silencio, luego Fabián.

—Este año está lleno de niños, por lo visto.

—¿Qué? —dijo Doña Flora, como si despertara—. ¿Se casó Ernestina?

—Nadie ha dicho eso —contestó su marido muy tranquilo.

—Entonces... ¡que descarada es Adelaida! Esa mujer no es normal, ¿piensa que la vamos a felicitar?

—Yo la voy a felicitar, si quieres que te excluya, dímelo.

—Y tú, Elisa —siguió doña Flora—. ¿Por qué no dijiste nada? Pasas con ellas una semana bordando trapos y no eres capaz de darnos la noticia. ¿Por qué? ¿Ya no soy tu madre?

—Para no disgustarte. No tenía caso.

Bárbara la miró. ¿Desde cuándo era Elisa tan discreta? ¿Sería realmente por la salud de doña Flora?

—No lo iba a saber nunca, ¿verdad?

—Mientras más tarde, mejor.

—Te callaron la boca con regalos, ellas todo lo compran con dinero.

—No, mamá.

—Deja de molestarla, Flora. Elisa hizo bien, es de mala educación pagar la hospitalidad de una casa contando chismes. Y una ingratitud.

Elisa miró a su padre. Hacía años que no aprobaba explícitamente una de sus acciones. Estaba complacida.

—Ni a mí me lo dijo —agregó Fabián.

—¿Tú no viste a Tina?

—No hubo ocasión, yo no llegué a su casa.

Nadie quería aclaraciones sobre ese asunto, pasaron por alto la interrupción.

—Un niño sin nombre y sin padre, Miguel. ¿Qué va a hacer Ernestina?

—Vivir como siempre. Está trabajando mucho. No hay un cambio —era Elisa, tranquila—. Y cuidar al niño como a Juana María, que está muy bien. ¿Qué pensabas?

—Todo se arregla por ser ella, si fuera una muchacha pobre...

Y Bárbara, inopinadamente.

—Mi mamá es pobre y que yo sepa, nadie la ha tratado ni peor ni mejor —salvo ella, dejó de estudiar para no enfrentar los chismes. Quizá... el mero hecho de que Tina tuviera un hijo ilegítimo era tranquilizador, ¿no habría reaccionado tontamente? No era el dinero, era que Tina vivía en México, fuera de esta maraña idiota de opiniones. Miró a su abuela con frialdad.

—Todos están de su parte, los ha ido comprando. Es muy inteligente para sus porquerías, no para vivir en forma normal con un marido; si fuera capaz sería más inteligente todavía.

—Si pudiera, sería más normal —dijo don Miguel—. No hay nada que agregar.

—Se lo voy a escribir a Elenita, ella siempre pensó de Ernestina lo que se merece.

—Mi tía Elena lo sabe, no es noticia —dijo Elisa.

—Pues no me lo ha escrito.

—Te prohíbo comentar ese asunto, ¿no tienes vergüenza, Flora? Adelaida y Tina se ocuparon de Teresa como nadie lo hubiera hecho, han recibido a los otros en su casa y han favorecido a Bárbara. ¿Piensas que es su obligación? Si nunca hubieras recibido nada de ella tampoco tendrías derecho, por supuesto.

—Pero mi hijo Miguelito...

—¿De dónde sacaste la idea de que Tina tenía el deber de casarse con Miguel? No veo que él esté molesto con Tina, ni ofendido. Ya son adultos, ¿por qué no los respetas?

Doña Flora estaba llevándose la mano al vientre, todos lo notaron menos ella.

—Mamá, estás disgustándote inútilmente —dijo Elisa.

—Si, mamá Flora, esas son cosas de viejas que a nadie le importan —era Bárbara.

—Pero el niño nació hoy —doña Flora estaba haciendo gestos de dolor y no de llanto, como solía.

—Mira, Flora, te vas a matar por meterte en lo que no te importa. Bárbara, tráele a mi mujer su calmante y vamos a hablar de otra cosa.

Cuando llegó Miguel su madre dormía y pudo cenar en calma, nadie hizo mención de lo sucedido. Luego se tendió en su hamaca vestido y empezó a mecerse suavemente, con una pierna afuera. Esteban, le dijo su padre. Esteban. Esteban. Lo traería Adelaida. Pronto quizá.

15 de agosto de 1951.

Tina, Adelaida e Isidro se presentaron al Registro Civil con Juana María y Esteban. Estaba lleno de gente sencilla, de ropa humilde, las madres con los niños envueltos en cobijas baratas, algunas con bolsas de fibra llenas de pañales y alimentos. En cuanto llegaron se les quedaron viendo y les hicieron lugar. Esperaron un rato y luego los llamaron a una de las mesas.

Tina se acercó con Esteban en brazos, muy tranquila. Dio los datos requeridos, cuando le preguntaron el nombre del padre dijo con voz clara y pareja.

—Padre desconocido.

La empleada miró a Isidro con sorpresa.

—¿Usted es testigo?

—Sí, señora.

La mujer puso cara de asco. Plantaron en el papel la huella del dedito de Esteban y Tina se ocupó en limpiarle la mano. Sacó su pasaporte y se lo entregó a la mujer. Era anterior a su matrimonio.

—Ernestina Barret Santander. Entonces este niño se llama Esteban Barret.

—Santander, si me hace favor —la mujer sonrió sin asentir. Isidro puso un billete de cien pesos sobre la mesa—. Bueno, Barret Santander —firmaron Isidro y Adelaida.

—Ahora la niña.

—¿Ella también?

—Sí, señora. Juana María Barret Santander.

La empleada se rió sin mirarlos y empezó a llenar el papel. Luego se volvió a Isidro.

—¿También Santander?

El sacó otro billete de cien pesos, la mujer se puso seria pero lo agarró, ahora estaba indignada. Juana María puso su huella con el entrecejo fruncido y antes de que Adelaida pudiera evitarlo se lo limpió en su vestido blanco. Otra vez las firmas, todo con lentitud. Isidro recogió una ficha para que le entregaran las actas una semana después.

—Hasta luego, señora —dijo Isidro. Adelaida y Tina sonrieron.

—Hasta luego —cuando estaban en la puerta agregó, para el público en general—. Lástima de ropa.

Adelaida y Tina impasibles. Isidro con ganas de decir algo pero recordó el Santander.

—Bueno, está hecho —dijo Adelaida mientras Ezequiel traía el De Soto. Luego soltó la risa—. ¡Si mi padre hubiera sabido que su apellido vale doscientos pesos!

Subieron al coche.



18 de agosto de 1951.

El Bautista de Isidro fue seleccionado para la Biental de Sao Paulo. Recibió invitación para exhibir en Filadelfia.

Se presentó en casa de las Barret. Juana María, en vez de salir con Isidro, iba a una escuela maternal para niños menores de cuatro años. Isidro y Ernestina pasaban la tarde en el cuarto de ella, con la niña. Tina diseñaba o tejía, conversaban. Esteban dormía en su cuna en la habitación siguiente, con la puerta abierta. Más tarde salían a la calle, acababa Ernestina de darse de alta, aparte de la salida al Registro Civil no había tenido fuerzas para caminar, ni autorización del médico.

—Este parto me dejó maltrecha.

—Pero no mal formada, consuélate. Cuando yo nací mi madre tardó dos meses en recuperarse y según ella nunca volvió a ser la misma.

Tina volvía a ser la misma de siempre, delgada y frágil.

Dos semanas antes había discutido con Isidro la cuestión de sus cuadros; él los encontraba espléndidos. Los dos encantados de no parecerse en sus manifestaciones estéticas: Isidro pintaba imágenes a partir de una frase, su talento para las artes plásticas se apoyaba en el placer de la palabra, sus cuadros eran siempre anecdóticos pero no oscuros o amenerados; los colores limpios, fuertes, sensuales. En los retratos las personas se convertían en temas sujetos a un desarrollo sistemático y rotundo. Para él la fealdad no existía en sí, todo era pictórico. En cambio Ernestina pintaba seres en ocupaciones inimaginables, su mundo era el de la mente y la imaginación surgía en el descubrimiento del secreto. Sus colores, los del sueño; sus formas, ideales. Ninguno de los dos era abstracto ni derivativo. A Isidro le hablaban las metáforas y a Ernestina los seres esenciales.

Isidro quería presentar los seis cuadros juntos en una exposición especial; por supuesto, tenían la tienda de Ade-

laida pero él no estaba convencido. Un pintor normal empieza por ofrecer sus cuadros aquí y allá, luego una exposición conjunta; después lo que de allí saliera. Pero Tina no era como otros, ni como él.

—Me gustaría verte empezar desde arriba. En primer lugar no es conveniente mostrar un cuadro aislado, juntos establecen un estilo y una temática para ser aceptada en su amplitud. En segundo no estás sujeta a evolución, me parece, sino a un desarrollo interior y a exploraciones interminables porque el mundo que has elegido no tiene límites. Pero lo has encontrado ya y no te vas a ir a otro. Quisiera establecerte bajo tus propios términos y de allí seguir adelante; no lenta y fragmentariamente. No es lo mismo prometer que estar ya en el cumplimiento. No me gusta la tienda, el ambiente de una casa de modas pesa mucho, la misma gente; son buenos compradores, ni duda cabe, pero no representan el sector artístico adecuado para aceptar y discutir. No debes pagarte una galería, uno puede ser lo más atrevido o lo más humilde, pero no a medias aguas, en tu caso ser medias aguas significa que tu dinero te represente y no tu trabajo. Tu trabajo debe representarte y con toda seriedad.

—Vamos a hacer una galería. Basta con alquilar un local en un lugar adecuado y sostenerlo. A todo lujo, abierto siempre.

—Ay, el alma de los conquistadores peninsulares —Isidro sonreía—. Si descendieras de otra raza no se te hubiera ocurrido ni lo hubieras dicho en esa forma. Cuando venga Adelaida nos hace en cinco minutos una lista de gastos, empleados, horas de trabajo y nos calcula todo, hasta las luces. El dinero y el éxito son hijos del dinero y del éxito, es lógico. Esa tienda de modas demuestra la máxima infabilidad, poco romántica, del éxito.

—Ya está para salir la línea de ropa para las tiendas grandes, mi mamá va a terminar por tener una fábrica, ya verás.

—Ya la tiene. Echar a trabajar a cien mujeres en un local es una fábrica de ropa.

—¿Te agobia?

—Me asombra un poco. Me acuerdo de mi madre. Piensa que no hacer nada es cuidarse las manos, nunca ha podido ganar un quinto; la buena educación de Guatemala.

—La buena educación de América Latina, cuando un hombre hace dinero es un explotador, si la mujer lo hace es inmoral, lo único refinado es gastarlo. Pero Adelaida no piensa en esas cosas.

—¿Para qué va a pensarlo? Es una comerciante auténtica, no le agrega nada a su personalidad.

—¿Tú cómo eres?

—Yo... pues... mezcla. ¿Te he contado de mi padre?

—No lo sacas a relucir.

—Ni él a mí. Es un mexicano que fue a pasearse a Guatemala y se equivocó de mujer. Entonces empezaba a hacer negocios y mi madre lo vio con futuro, no se equivocó. Produce zapatos en Guadalajara y empezó con una talabartería. Es un criollo más tosco que las suelas, vivió con mi madre cerca de dos años, en cuanto cayó en la cuenta de haberse casado con una fuente de gracias, delicadezas y monerías, se enamoró de una arrastrada, según mi madre. Y ya. Vi su retrato en un periódico, fue una revelación. La arrastrada lleva veinticinco años de vivir con él y no representa ni cuarenta, guapísima, con cuerpo de modelo y vestidos franceses. No tiene hijos y no está casada con mi padre porque a mi madre no le dio la gana de divorciarse, dice ella. Yo he llegado a la conclusión de que nadie le pidió el divorcio y lo peor, ella me lo contó durante una de mis escasas invitaciones a comer fuera y después de tomarse dos cervezas, mi padre no se peleó con ella, se fue de la casa sin decir palabra. Le manda dinero de vez en cuando.

—¿No te escribe?

—Lo manda por telégrafo y en vez de las cinco palabras permitidas pone dos: para Isidro. Dime tú. No me digas, bésame.

Tina lo besó y Juana María vino a dar un beso ella también, terminadas las efusiones volvió a su sillita y empezó a sacudir a su muñeco dándole golpecitos en la espalda, estilo María.

—La desventaja es haberse pasado la vida con y sin dinero.

—Estás muy famoso. Te va a buscar, verás.

—Mi madre no toca sus quintos, por eso fuimos a vivir allá en el centro, es barato y ella tiene su pensión. De hambre. No es mantenida de nadie, dice, sólo mía, si quiero.

—¿Quieres?

—Sí. Me da una pena... y un coraje. Dinero no ha de faltarle. Si mi padre me busca nos llevaremos un susto ambos.

—Isidro, ¿te contentaste con ella?

—Claro. Fue horrible. La he visto dos veces y me habla con desprecio, pero tranquila y haciéndose la discreta. Dioses, está más... poco cuerda. Vente, Juana María, vamos a darnos otro.

Tina vio el Bautista y no pudo ocultar su admiración. Pero pudo muy bien hacerse desentendida cuando notó que las manos y el rostro eran los de Isidro, el Isidro entrevisto solamente su segundo día de amor: un hombre entregado sin reservas, pero dolorosamente, consciente de su inmola-ción. Ella, quisiera o no, era un mundo de reservas. Ese Bautista podría viajar por el globo en medio de aclamaciones, pero ella nunca lo tendría en su casa. ¿Qué podía hacer una mujer frente a eso? Alarmarse, sentir la obligación de la ternura y la correspondencia con el sabor del deber. Grato sin embargo, satisfactorio y un poco solitario.

Cuando vio sus retratos la impresión se acentuó. Ésa era la Tina de Isidro, sufriente, llena de pensamientos y senci-

lla, imposible de comprender para ella misma. La Tina de Tina era otra cosa, la eterna viajera de sus cuadros, la productora de alucinaciones.

15 de septiembre de 1951.

Se desató en casa de los Barret una serie de acontecimientos que marcaron el año. De buenas a primeras habló Enrique desde Puerto Ángel para avisar que enviaba a sus hijos solos y por avión; algo había ocurrido, ya explicaría después, que fueran por ellos al aeropuerto. Los niños, de cuatro y cinco años, no supieron explicar lo sucedido y naturalmente nadie insistió. Los metieron a dormir en el cuarto de Miguel y ése fue su cuarto.

Días después llegó una carta de Enrique llena de borrones y enmendaduras para explicar que María Ramona se había encerrado a piedra y lodo en su dormitorio con todo y los niños, tiraron la puerta y ella se les echó encima, como una loca. Y estaba loca. La llevó al hospital y hasta la fecha estaba internada en la sección de perturbados mentales. Enrique pensaba mandarla a México con sus padres, en Puerto Ángel no daban tratamientos especializados. No había quién cuidara los niños.

Naturalmente quedaron a cargo de Bárbara, Magdalena y Miguel, quien terminó por cuidarlos toda la noche y parte del día. Elisa seguía trabajando y tenía un embarazo difícil, agravadas sus incomodidades por la onda de calor característica de ese año: cuarenta grados a la sombra. Finalmente se le presentó el parto antes de tiempo y perdió a su hija.

Luego, el primero de octubre, doña Flora murió durante la noche, de un paro cardíaco. La fisonomía de la casa cambió en menos de quince días. Cuando Tina recibió las noticias a través de su tío Miguel y Teresa, se soltó a llorar.

—¿Ves lo que hace el tiempo, mamá? Nunca, nunca, volverá a ser esa casa como yo la recuerdo.

—Así es la vida, así pasa siempre. Se fueron dos, pero llegaron otros dos, pobrecitos. Es necesario aceptar. Igual nosotras, se fue un Esteban y llegó otro, nuevecito.

—No en tan poco tiempo.

—No. Esto fue una verdadera ola de desgracias. Hay que escribirles. Yo a don Miguel y a Elisa, a los demás no. Ya ni me acuerdo de Enrique y escribirle a Miguel es ponerlo en un apuro, nunca tuvimos qué decirnos, ni cuando vivía aquí. A Teresa mándale mis condolencias porque me impacienta, además ya está fuera de ese círculo. ¿Cuándo pare?

—En diciembre, otra vez.

Tina le escribió a don Miguel, a Elisa y a Teresa, envió un retrato de Esteban a cada uno y en un sobre aparte, dirigido a Miguel, puso un mechoncito de cabellos negros atado con un hilo rojo, los resultados de un primer corte de pelo.

—Parece de seis meses —dijo don Miguel y le dio el retrato a su hijo.

Miguel lo metió en el mismo sobre de los cabellos y luego lo guardó entre las páginas del Quijote. Esteban era muy parecido a Felipe, el segundo hijo de su hermano; el mayor se llamaba Miguel y era la viva imagen de María Ramona. Los dos le gustaban, los miraba jugar en la trasbotica: lo único insustituible era Tina. Ahora hacía justamente un año de su viaje a Veracruz. Un año.

El cumpleaños de Don Miguel, en noviembre, fue melancólico. Había estado casado treinta y cinco años y pico, más de la mitad de su vida. Extrañaba a su mujer y Magdalena, previéndolo, cambió la disposición de los muebles en el cuarto de ellos, de manera que la hamaca colgara en medio, como si nunca hubiera habido ninguna otra.

1° de diciembre de 1951.

Isidro obtuvo un premio en la Bienal de Sao Paulo. Hubiera podido ir a recibirlo, pero no quiso dejar a Tina.

—¿Piensas renunciar a tus viajes, Isidro? —preguntó Adelaida en la sala de su casa, con un vaso de leche en la mano.

—Solo, sí. Por supuesto, es de miedo. Miedo de irme, no podría soportar ni siquiera una semana. Los viajes no me han sido benéficos.

—¿Y a Filadelfia?

—Ojalá Tina quiera venir. Con cuarto aparte y todo. ¿Tú crees que podría dejar a Esteban?

—Claro, ese pirata, a estas alturas come hasta piedras. Nada más abre el pico y traga. ¿Cuándo es eso?

—Dentro de tres semanas, empezando el año. Es la temporada después de las fiestas. No le he dicho nada a ella.

Adelaida no había ido a su estado natal desde hacía varios años y el viaje frustrado de don Esteban pesaba sobre su ánimo, pero necesitaba vacaciones, los últimos dos años había trabajado como nunca en su vida y las ganancias casi igualaban la fortuna heredada de don Esteban. La línea de ropa fue un éxito, no se hacían más de diez vestidos de cada modelo. Estaban numerados y la gente los compraba con entusiasmo y confianza. Además recordaba que Tina mencionó la desocupación de una de las casas de su padre situada a la orilla del mar y no en el centro. Eso la decidió.

—Díselo. Yo me voy a mi tierra un mes con mis nietos y todos los otros.

—Te van a caer como pirañas.

—No le hace. A ver a quién le va peor —hubiera querido decirle a Isidro que se sintiera más libre, pero ni ella le tenía confianza a su hija, jamás se hubiera sentido tranquila de saberla sola en México o en cualquier otra parte. Esas ma-

ñanas en el estudio, cuando pintaba, debían de ser cosa especial, salía cansada y sonriente, pero con algo ajeno, distinto, suficiente para el resto del día. Seguía sin asistir a reuniones y espectáculos, ¿tendría aún temor y vergüenza?

—¿Qué te parece la idea de la galería? ¿Estás tan entusiasmada como aparentas? No hemos hablado a solas de eso.

—La idea me gusta, pero ¿por qué la posponen? ¿Están esperando que Esteban entre a la secundaria? Tina podría atenderla de siete a nueve de la noche y buscar otra persona para el resto del día.

—Isidro en la mañana, de once a una. Estoy pintando muy temprano y de nuevo después de la comida. Voy a ponerme de acuerdo con Tina, se nos va el tiempo en...

—No quiero detalles.

—Ah, sí. Te los daré de cualquier modo. No se nos va en eso. No quiero caerle gordo.

—Qué difícil... Hay un local en Reforma, magnífico, ni chico ni grande. Era una tienda de alfombras.

—Lo sabía, pero si no has preguntado, de veras estás cansada.

—Horrible. Me dan mareos, tomo vitaminas y tengo pesadillas. Ya viene Tina. Arreglen las cosas del viaje, ¿no?

Adelaida subió a su cuarto a escribirle a don Miguel para advertirle que no rentara la casa sino la mandara pintar y arreglar, sobre todo la cocina y el baño. Y le consiguiera la fabulosa cantidad de seis hamacas y encargar otras cuatro. Si llegaba sería en pleno, como decía Isidro. No precisó más porque se le ocurrió que Tina podía poner objeciones por eso... y por lo otro. Exactamente.

Tina acogió la idea con entusiasmo, sin embargo. Escribió por su parte para ver si podían conseguirles dos roperos antiguos, dos tocadores, un comedor y un juego de sala austriaco. La gente siempre estaba vendiéndolos, le había dado una especie de fascinación por los muebles modernos y



corrientes. Ella no quería ver uno sólo de esos. Pedía perdón por las molestias, ellos debían estar ocupados y todavía repeniéndose de tantas penas.

24 de diciembre de 1951.

—Feliz efeméride —Isidro venía cargado de paquetes.

—No te perdonas ni a ti mismo. ¿Eres Santa Claus?

Isidro tenía regalos hasta en los bolsillos, Adelaida contó doce. Los puso al pie del árbol. Un árbol tan grande como el del año anterior pero más cargado que nunca.

—Soy un pintor recién pagado. Pusiste el árbol sola para olvidar el año pasado. A mí, en cambio, me encanta recordarlo: ya pasó. Qué dicha y *Happy Christmas*. Fui a ver a mi madre, le compré un kilo de polvos de arroz y diez estuches de maquillaje para que se embarre. Mañana salimos a comer. ¿Te imaginas cómo se va a ver la inocente?

—Te aparté un vestido para ella. Precioso. Y no me lo pagues. Es un regalo anónimo pero mío, mañana se lo llevas.

—Va a delirar de júbilo y lo guardará en su ropero, ya verás. No querrá estrenarlo si es cuestión de salir nada más con su hijo. Gracias. La verdad, le compré un sólo estuche de maquillaje, pero brutal, hasta con instrumentos para limarse las garritas y todo.

—Estás en excelentes relaciones con ella.

—Sí... Como estaba tan discreta le compré una botella de coñac, nos acabamos la tercera parte y yo tomé menos de dos dedos. Salió la verdad. Estaba tan alarmada por lo de hace un año que fue a ver a otro espiritista quien le dijo: si quiere a su hijo de regreso vamos a hacer una rectificación; toda la tontería otra vez pero para pedir lo contrario, o sea mi regreso a las tinieblas asquerosas, llamadas ahora influencias constructivas. Borracha y todo, tuvo buen cuidado en especificar: "No será tu felicidad, de cualquier manera. Esa mu-

jer no es tuya ni de nadie. Eso al fin y al cabo es un alivio, lo peor es andar con putas.”

—Gracias por la parte que me toca.

—No seas necia. El espiritista vio una mujer muy triste, con unos niños, dedicada a una ocupación indefinible y absorbente... que no soy yo, ¿tú crees?

—Estás advertido.

—¿Ya crees en eso, Adelaida?

—No, me sorprende agradablemente. ¿Y tú?

—Yo tampoco y sin agrado —colocaba los regalos de una manera y luego de otra—. Ya le compré a Esteban una sonajota musical para que juegue con las manotas y patee con las patotas.

—¿Qué bárbaro es! ¿Verdad? Parece un bebé bajo vidrio de aumento.

—¿Ya sabes quién es su papá?

—Superman, seguro. ¿Qué creíste? ¿Que me ibas a tomar por asalto y estaba distraída? Tina nunca ha dicho ni va a decir nada.

—Pero sabes.

—Con mañas no me vengas.

—Ni tú tampoco. Yo procedería con mayor naturalidad. Cuando Esteban aparece...

—Le besas las extremidades gigantescas, te he visto.

—Claro, me encanta, parece de mazapán. Pero hay una tensión, como si comentar sus rasgos físicos fuera siempre una prueba, una competencia para ver quién tiene más tacto o quién mete la pata primero.

—No es culpa mía.

—Acabas de cerrarte como la puerta de la Alhóndiga de Granaditas. Nada más dime una cosa, ¿tengo razón o no?

—Puede ser. Yo no veo más parecido que con su abuelo y eso puedo jurártelo sobre la Biblia. No te conviene fijarte en esas cosas, deja de ver en Esteban al hijo de un

hombre desconocido pero presente. ¿Así piensas de Juana María?

—Ella es una y única, ni siquiera la relaciono con Ernestina.

—Bueno, haz lo mismo.

Isidro se sentó en el suelo, con la espalda contra la pata de un sillón.

—¿Has observado la forma en que Ernestina me quiere?

—No estoy en posición de advertir sutilezas. Te quiere y ya.

—Me quiere y no ya. Adelaida, ¿crees que soportar la tolerancia es señal de amor o de vileza simplemente?

—Es Navidad, no te pongas peligroso. ¿Quieres una igual a la del año pasado?

—No. Pero dime.

—Ay, Isidro, yo soy una mujer sencilla; todo el mundo se tolera cosas, hasta mi marido y yo —Isidro la miraba atentamente—. ¿Para qué quieres echarle más mierda al jarro?

—Linda expresión, mañana se la trasmito a mi madre.

—No me importa, hay muchas al respecto, todas corrientes. ¿Quieres que Tina haga lo mismo? ¿Eso quieres? Estás igual, igual que siempre, no aprendes.

—Ya te aburrí.

—Sí.

Se oyeron pasos. Entró Tina, con un batón azul de seda, largo hasta los pies y sin adornos. Isidro soltó la risa.

—¿Qué pasa?

—No traes aretes, adoración. Pensaste: si me pongo los aretes de la abuela Brito, malo; si me pongo los de perlas se acuerda de los de la abuela, malo. Ningún arete.

—¿Y qué? Claro que lo pensé.

—Yo nomás decía —Isidro buscó en la bolsa de su saco, era un estuche—. Le presento a usted humildemente este

sagrado recuerdo de familia —Tina lo abrió, un anillo de platino con una esmeralda muy grande, bellísima—. Eso le regaló mi bisabuelo a mi abuela cuando se casó, allá en el siglo pasado, en la ilustre ciudad de Antigua, Guatemala.

Tina lo miraba y no se lo ponía, se lo mostró a Adelaida.

—Es precioso. No se lo robaste a tu madre, me imagino.

—Me lo dio con toda facilidad y una sonrisita como de adivinadora de película. Le pregunté si estaba embrujado y se ofendió. “¡Cómo no! ¡El anillo de mi madre!”. Póntelo, Tina.

Tina se lo probó, en todos los dedos le quedaba grande.

—Vas a tener que sostenerlo con otro anillo delgado y liso —opinó Adelaida—. Por el momento te presto el mío —se sacó el de matrimonio—. Y no lo pierdas, porque si eso sucede, voy a tener que bajar al Hades, como Alcestes, pero a buscar a tu padre para que se case conmigo otra vez.

Tina asintió en silencio, luego se volvió a Isidro.

—Muchas gracias.

Isidro la besó en los labios, sin abrazarla.

—Oigan, hay público.

—Ven tú también, como Juana María.

—¿Yo? Ni Dios lo quiera, ya pasé esa edad. Cochino.

—Adelaida estaba atenta a la mirada de su hija, fija en el anillo, la mano extendida. ¿Cómo haría Tina para proyectar tanta belleza inopinada? Parecía una estatua. Se horrorizó, las estatuas no viven, ¿vivía Tina? Sintió dolor en el pecho y en el cuello y le tuvo lástima, una piedad intensa y angustiada. Isidro seguía haciendo chistes y Tina no apartaba los ojos del anillo.

—Vamos al comedor, hay que traer el triciclo de Juanita y la carriola del elefante.

La Navidad transcurrió agradablemente. Adelaida, antes de dormir le dijo a su marido.

—Amor mío, vamos a arrancar esta fecha del calendario, ya no sirve, es muy triste. Trajimos al mundo una artista

pero nada más. ¡Y hay quién se enorgullezca de estos dones del Señor! Ojalá Juanita estudie veterinaria o diseñe cocinas modernas. Y el portugués... pues a ver. Me encanta.

3 de enero de 1952.

A las diez de la mañana salían para Filadelfia. Adelaida estaba en el cuarto de su hija con Esteban sobre la cama, viéndola empacar.

—Esa maleta es muy chica, caben muy pocas cosas.

—No necesito muchas, salvo por fuera, claro, pero ésas las llevo encima, ha de estar nevando. Con un vestido para la inauguración me sobra.

Adelaida tenía miedo de ese viaje, mucho más que del suyo, el cual ya estaba antojándosele muy divertido... menos en un punto, no sabía cómo tratar a Miguel. Decidió actuar de acuerdo con la actitud de él. Ahora la preocupaba Tina por una falta de entusiasmo muy visible cuando no estaba Isidro presente y apenas disfrazada cuando lo estaba. Tina, desde el parto, lucía una expresión impasible, de gran belleza física, como si su rostro en descanso alcanzara líneas sólidas, clásicas. No había irritabilidad ni impaciencia, era un pozo profundo de agua tan clara que apenas se percibe. Nada de ondas ni de reflejos ni de burbujas.

—No he visto que Isidro se quede ninguna noche —fue como un alfilerazo, el rostro se contorsionó.

—No se ha quedado —fue a sentarse junto a su madre—. No puedo. Puedo besarlo, nada más.

—¿Y él qué dice?

—Nada, lo da por sentado como si estuviéramos de acuerdo.

—¿Y así te vas de viaje?

—Así. Sería peor que él no fuera por no dejarme sola, teme que cuando regrese yo haya tomado una decisión. Una

exposición es un acontecimiento importante, no puede faltar sin perjudicarse.

—¿Entonces estás resuelta a todo?

—Vamos a tener cuartos separados.

—Los cuartos tienen puertas. No le vayas a hacer una escena o varias y cuando yo regrese me los encuentre hechos trizas. Yo en tu lugar...

—¿Qué? ¿No irías?

—Iba a decirte que estás a tiempo. Pero no, no estás a tiempo.

—Nunca estoy a tiempo con Isidro porque su sistema es adelantarse, cuando doy un paso él ya dio dos.

—Sin embargo, lleva las de perder.

—¿Crees eso? —la mirada de Tina era sombría.

—Sí. Todo el mundo tiene un límite.

—Te equivocas. Isidro no tiene ninguno y en un aspecto, tampoco escrúpulos.

—No te fíes.

—No tengo nada que perder.

—¿Ves? Él sí. Él sí tiene mucho que perder. No te deprimas, Ernestina, si te vieras la cara...

—No me deprimó —fue al baño a tomarse un calmante, era quizá una medicina inofensiva pero la tomaba diariamente, no para dormir sino para ver a Isidro. Por eso no era impaciente, podía sonreír, hacer bromas, besarlo. No pensaba en Miguel, si en vez de Isidro fuera Miguel estaría tomando la pastilla diaria en su honor, no se hacía ilusiones. Tampoco era grato ver a Adelaida tan preocupada. Ahora los cuadros eran todo. Pintar. Y cedía a las exigencias de sus hijos con una sumisión suave, tolerante y pareja.

—No me abandones, Dios. Tenme de Tu Mano. Yo soy el siervo...

5 de enero de 1952.

Adelaida tomó el avión con María, Victoria, Ezequiel y por supuesto sus nietos. Llegó cinco horas después sin una arruga en el vestido, el peinado y el maquillaje intactos. En pleno, ahora sí. Le suplicó a don Miguel que nadie fuera a buscarla pero la vio el empleado del periódico local quien tenía la misión de preguntar el nombre de los viajeros para informar a la comunidad de estos acontecimientos, siempre de interés: la población era de cuatro habitantes por kilómetro cuadrado.

Se dirigió a la casa de la playa reconociendo cada recodo del camino, nada había cambiado. Iban en dos taxis y las personas se detenían para ver pasar a los viajeros. En la casa estaba don Miguel Barret, solo; los oyó y fue a la puerta.

—Querida cuñada, viajas como una reina —le dijo al abrazarla ligeramente—. Estás tan guapa como siempre. —Saludó a los sirvientes y se acercó a ver a los niños con su parsimonia cortés. Adelaida hubiera podido decir que se detuvo un segundo más frente a Esteban, pero las alabanzas fueron parejas.

—Qué alegría me da conocer a los nietos de mi hermano. —Allí sí un poquito de gravedad inesperada, un pensamiento aparte.

Luego le mostró la casa y los muebles, pocos, bien elegidos, relumbrando de limpios. Juana María echó a correr por los dormitorios incapaz de resistir a la tentación del espacio desnudo, de los mosaicos relucientes.

Sobre el sofá de paja estaban dos retratos con su antiguo marco. Dos jóvenes de bigote naciente, hermosos ojos negros y cabellos rizados.

—Me tomé la libertad de traerte estos retratos: Esteban y yo. Los dos fueron tomados cuando cumplimos dieciocho años. El mío, francamente, no le importa a mi familia, de manera que... y si no es un abuso y si te gustan, preferiría verme junto a mi hermano.

—Don Miguel, si son preciosos —Adelaida se le colgó del brazo, estaba haciendo esfuerzos para no llorar—. Los dos se parecen mucho a esa edad, a Tina también —no se atrevía a decir que a Esteban, por lógico que fuera—. Es un honor tenerlos, hoy mismo los colgamos.

—Miguel, mi hijo, se esmeró en la compra de los muebles, espero sean de tu agrado. Aquí les ha dado por vender sus cosas buenas y llenar sus casas de porquerías, ellos se lo pierden. Pero queremos consultarles, no estamos seguros de si querrán una cama con techo de principios del siglo pasado; como se usan tan poco...

—Pues sí, ha de ser una maravilla —Adelaida recordó, las camas se usaban para los partos y las lunas de miel en las casas acomodadas. En las otras, las mujeres parían en la mesa del comedor apenas cubierta por un hule. En su familia, todas nacían en cama, en la misma, la cual rotaba de casa en casa, también eran engendrados en cama; tenían dinero.

—Muy bien. Ya le daré las gracias a Miguelito —no iba a atreverse, no quería agradecerle nada—. ¿Y qué tal la nueva niña de Teresa?

—Están bien las dos. Según Teresa está muy linda, quién sabe cómo será su hermana mayor. Tú la viste, por supuesto.

—Sí. Recién nacida, a esa edad no es posible hacer apreciaciones. —¡El lunar de Esteban! Eso estaba mirando don Miguel cuando perdió un segundo. Toda esta familia iba a comentarlo, si se hubiera acordado se lo manda a extirpar, era cosa de nada. Qué tonta, por Dios Santo.

—Adelaida, a este lugar nunca ha llegado alguien con tres sirvientes.

—Por los niños tan chicos y porque seguramente van a necesitarse algunas cosas. La próxima vez, vendré con dos.

Don Migue rió, Adelaida siempre le había caído en gracia y la veía como cuando se casó con su hermano: una



chiquilla. Y ahora caía en la cuenta, aún a esta edad era mucho más joven que Tina. Muy diferente a su propia mujer.

—Adelaida, que tienes una tienda de ropa.

—Sí, don Miguel, ya me volví como mis abuelos gachupines, negociante. Se heredan esas cosas, me va muy bien, no había esperado tanto.

—Te felicito cuñada, muy merecido; la gente que trabaja y sabe hacer las cosas, merece el éxito —parecía una reflexión sobre su propia vida—. A ver si te das una vuelta por la casa y por supuesto, si necesitas algo, pídelo en seguida. Hoy vino Magdalena a traerles comida, está en la cocina. Te dejo, están esperándome.

Cuando se fue, Adelaida agarró un cuaderno de notas e hizo una lista de cosas faltantes. Para su asombro la cocina estaba casi perfecta, con licuadora, tostadora y una batería de cocina igual a la suya de México. Dos vajillas, una antigua y casi completa y otra más bien cotidiana de excelente gusto y calidad, también dos juegos de cubiertos. Abrió un ropero. Las hamacas enrolladas, oliendo a hilaza nueva, con las sogas puestas y una docena de sábanas de lino dobladas cuidadosamente, con las iniciales BS bordadas a mano. Al fin le reconoció un mérito a Miguel: debía de haber puesto a trabajar por lo menos a la mitad de sus coterráneos. La sorprendió la minucia, el gusto comedido, las soluciones elaboradas a la manera de ellas, como la colocación de toallas y jabones en los cuartos de baño.

—Todo lo hace el amor... —se sorprendió diciendo—, y yo pensaba que ese asno no se fijaba en nada.

María y Ezequiel estaban encantados, como en la casa de la colonia Condesa, pero con más calor. También Victoria, los tres un poco preocupados por las hamacas.

Comieron normalmente, sin improvisaciones, Magdalena debería haberse lucido. Don Miguel no la invitó a comer, quizá por ver a tantos, eso llegaría de cualquier modo.

Fue detrás del ropero y se cambió de ropa. Qué emoción, cuánto tiempo. Colgó su hamaca y se volvió al ver a María junto a ella, esperando.

—Ah, vamos a colgarlas todas, para que aprendan, que vengan Ezequiel y Victoria. Mañana viene lo bueno, el arte de descolgarlas.

Al día siguiente Ezequiel salió a barrer la acera y encontró escrito con pintura blanca sobre el zaguán negro el siguiente letrero: “Esta vieja es puta”.

Correría a comprar pintura en cuanto abrieran las tiendas, furioso porque la gente tendría cuatro horas para enterarse. Luego recordó haber visto una botella de pegamento y unos periódicos. Los acomodó inmediatamente. Ezequiel era hombre de pensamientos lógicos. Eso lo había puesto uno de los empleados del aeropuerto, sólo ellos sabían de quién se trataba. O mejor dicho, no sabían. Ya se le hacía a él que todo era muy fácil, la vida no es así, por definición.

10 de enero de 1952.

Desde su llegada a Filadelfia, más bien en el avión, Tina le informó a Isidro su proyecto de pasar en el museo el mayor tiempo posible, mientras él se ocupaba de sus asuntos. Se darían una cita para comer y otra para cenar cuando Isidro no tuviera compromisos. Él aceptó con naturalidad.

Llegaron y había nieve, como era de esperarse; cenaron en el hotel a la americana, a las seis de la tarde, y luego fueron al teatro. Tina estaba contenta, disfrutó la obra, aplaudió mucho. Al llegar a la puerta de su cuarto, Isidro le dio las buenas noches formalmente, con un beso en la mano, sin el menor intento de seguir la conversación. Sus habitaciones no eran contiguas.

Ernestina comprendió. Como le dijo a su madre esa misma mañana, Isidro se había adelantado dos pasos, o

cinco quizá. Se bañó en una tina inmensa y se metió a la cama. ¡Qué doloroso era ser comprendida, al fin y al cabo! Era inútil buscar un camino de regreso, no había adónde regresar, ¿en qué punto de sus relaciones anteriores le hubiera gustado estar? En ninguno, era necesario seguir adelante, hacia ninguna parte.

Todo funcionó como ella había propuesto. Isidro tuvo ocupaciones en la galería, ver el acomodo y la iluminación de sus cuadros, hablar con personas, dar entrevistas, aceptar invitaciones.

Un día se vieron sólo en el desayuno: Tina fue de compras, comió en una tienda, consiguió en el museo un tapiz para bordar y empezó a trabajarlo. Así hasta el día de la inauguración, entonces se vistió de gala, con la esmeralda en el dedo y acompañó a Isidro, muy bien vestido. Se guardaron las más exquisitas consideraciones porque ambos fueron muy admirados, separadamente. Daban una impresión ambigua, no parecían amantes, más bien una pareja de casados, ya sin ilusiones pero demasiado jóvenes. Finalmente, frente a la mirada de una pareja mayor y un cuchicheo, descubrió Tina que daban idea de ser un matrimonio como el de Elisa, pero más fino. El homosexual casado con mujer bella quien hace el papel de acompañante, una combinación ya observada en México; un arreglo de ricos y no de artistas. Llegó hasta el fin con la mayor compostura y la boca amarga. Isidro parecía muy a sus anchas pero sin dar lugar a coqueterías ajenas, ni siquiera sutiles, con algo de metálico en la voz, en el lustre de sus cabellos y de sus mejillas bien rasuradas. Los cuadros fueron un éxito y recibió felicitaciones hasta el cansancio. Tina observaba su satisfacción: era ávido, como él decía y quedaba demostrado también que era fácil de satisfacer. Si Tina hubiera estado en su lugar, habría dudado de la seriedad y de la sinceridad de muchas opiniones; él, en cambio, se mostraba encantado, dejaba

correr su gracia personal, su desenvoltura y su sentido del humor.

De regreso al hotel, tomó una de las manos de Tina y la tuvo en las suyas.

—¿Contenta, Ernestina?

—Fue magnífico. Además, nadie reconoció mis retratos.

—Malvada. ¿Eso es bueno o malo?

—Bueno. Soy tímida.

—¿Has sido feliz en este viaje?

—Sí, esta ciudad me encanta. En primavera, cuando se puede caminar, debe de ser hermosa. Y en otoño.

—¿Sabes ahora hasta qué punto no puedo perderte?

Tina sintió congoja; un no poder hallar respuesta, no poder admitir, como un delincuente interrogado antes de confesarse culpable.

—No. Todavía no lo sé.

—Lo sabrás, te lo prometo.

—Parece amenaza.

—Así son nuestros intercambios humanos por lo general.

Una serie de amenazas veladas porque todos, Tina, todos, caminamos por el mundo armados hasta los dientes. Eso se acaba, me imagino, cuando no hay más cosas por defender. ¿Estás de acuerdo?

—Más o menos.

—¿Te atreverías a presentarte conmigo a tu casa de la playa?

—No.

—Me lo imaginaba. Vámonos a Nueva York.

Ella sonrió, había estado en esa ciudad con sus padres, poco antes de casarse, la conocía bien.

—Ándale. Le avisamos a mi madre, no vaya a pensar que ya nos secuestraron.

—Uh, qué esperanzas. ¿Cuándo salimos?

—Cuando veas las críticas, no soy tan grosera.

Isidro rió. Al llegar al hotel fue a su cuarto con paso muy rápido.

6 de enero de 1952.

Adelaida durmió espléndidamente. Su cuarto daba a una terraza, de día calcinada por el sol y con una escalerilla que bajaba hasta el mar. Los olores salinos, los recuerdos de infancia, la dicha del cuerpo, le impedían moverse. Volvería muchas veces, sola o con su familia. Desde su hamaca, por las persianas bajas, escuchó las voces de Juana María y de Victoria en la terraza, las oyó bajar; Esteban estaría en la cocina, con María. Quedarse así y no ver ningún Barret, suyo o de los otros. ¿Qué estarían haciendo en Filadelfia Isidro y Tina? Decidió olvidarlos. El día anterior no tuvo fuerzas para presentarse en casa de don Miguel y se sintió culpable, había allí por lo menos una persona esperando su visita con algún tipo de ansiedad. Pero justamente... iría a la botica más tarde, eran las ocho apenas, su cuarto estaba en penumbra. Se presentó María con el desayuno.

—Buenos días, señora.

—Buenos días. ¿Quién se cayó de la hamaca anoche?

María se echó a reír.

—Todos, menos los niños, porque usted les anudó las orillas.

—Se los dije. No se acuesten derechos sino de través.

—De veras. ¿Por dónde queda el mercado?

—Por la orilla del mar, derechito unas cuatro cuadras. Ezequiel tiene que ir bien temprano, aquí la gente va casi al amanecer, cuando traen el pescado.

—No conocíamos el mar.

Adelaida calló, no se le había ocurrido. Eran de rancho, de tierra adentro. Las hamacas no estaban hechas para tomar el desayuno.

—Déjalo en la mesa, ya me levanto —desayunó y volvió a acostarse, más tarde llamó a María.

—Viste a los niños. ¿Dónde está Juana María?

—Remojada en el agua.

—Voy a salir. Qué cosa. No puedo ponerme pantalones hasta que vea si ya los usan. Voy a ver a don Miguel y a su gente mientras haces la comida, me llevo a Victoria.

Juana María salió del agua gritando y pateando, muy contra su costumbre. Victoria casi igual, pero se vistieron.

Llegaron a la botica, Victoria con Esteban en brazos, Adelaida llevando a Juana María de la mano. De manos a boca con Miguel.

—¿Cómo estás? Qué gusto. —Lo besó apenas y le tocó los hombros; él no hizo ni dijo nada pero Bárbara salió del mostrador a saludar a Adelaida y a ver a los niños, se encantó con ellos. Don Miguel se sentó con Adelaida en una de las bancas, allí esperaban las personas sus recetas, no había nadie.

—Ah, don Miguel, qué hermosa es su botica, parece un grabado.

—Sí. Es un grabado, cada vez más.

Miguel, sin acercarse a los niños, se metió detrás del mostrador, Adelaida lo vio limpiarse la frente con el pañuelo. Llevaban doce años sin verse. Miguel se parecía ahora mucho a su padre; era guapo sin lugar a dudas, pero tenía algo soberbio y obstinado, una furia en los ojos que molestó a Adelaida inmediatamente.

Bárbara tenía a Esteban en los brazos y le besaba las manos.

—Es lo más lindo que he visto —Esteban mostraba satisfacción. Juana María se metió detrás del mostrador y Miguel la cargó.

“Vaya, menos mal”, pensó Adelaida.

De pronto Bárbara también tomó ese camino y todos desaparecieron en la trasbotica. Don Miguel hablaba de Enrique, de doña Flora, de la pérdida de Elisa y Adelaida le seguía la conversación, pero tenía la atención dividida.

“Ya está el pazguatón con sus dos hijos juntos por primera vez. Qué cosa más horrible. Y Juanita enfrente, la pobre contemplando el feo espectáculo. Qué enojada estoy con este hombre, ya lo sabía pero no hasta qué extremo”, pensaba. Hasta que se concentró en don Miguel con bastante esfuerzo. Victoria, sin saber dónde meterse, se sentó en la otra banca a una señal de Adelaida.

—Mira, si Flora estuviera conmigo, los hubiera llevado desde ayer a la casa, pero realmente, como es ahora, necesitas una advertencia. En primer lugar están estos niños, con el de Magdalena son tres más o menos de la misma edad y luego Fabián de quien nada puedo decirte, ya lo conoces. Yo, para serte franco, me siento fuera de lugar y si no le he dicho a Magdalena que me traiga la comida aquí es para no despertar comentarios. Te lo pinto en esos colores tan tenues, pero no es disfrutable. Mi hija Elisa... también la conoces, aunque es de justicia decir que está un poco mejorada. No se puede hablar de nada.

—Don Miguel, no me diga esas cosas. No se mortifique. Cuénteme de ustedes, quiero oírlo hablar de mi marido, de sus padres.

—Ernestina y tú son mis únicas oyentes. No estando aquí Teresa...

Don Miguel no preguntó la causa de la ausencia de Ernestina, la sabía evidentemente. Al poco rato se presentó Magdalena con los niños de Enrique, Adelaida la saludó con gran amabilidad y se volvió a los niños.

—El menor es idéntico a Esteban, parecen hermanos. Son muy guapos los dos, don Miguel.

—Van a crecer con nosotros. Pobrecitos, ya sabes, ¿verdad?

—Sí —los niños le gustaron, eran muy afines a su hija y a sus nietos. Entraron corriendo a la trasbotica y salieron con Juana María, ella en medio.

—Juana María trae cara de coqueta de pueblo. Mire usted nada más.

—Es la feminidad, Adelaida.

—Ya voy viendo.

Juana María estaba satisfechísima con los primos y al parecer, ellos también. Adelaida tuvo ganas de llevársela, pero ellos, como si lo sintieran, regresaron por donde habían venido.

—¿A qué hora llega Elisa?

—Pronto, hoy termina a la una.

—Mejor la veo de una vez.

Tenía una prisa horrible, ¿para qué habían puesto esa casa Tina y ella? Tina, quién sabe, ella por don Miguel, por este hombre tan ajeno a las satisfacciones, tan escaso de júbilos. Respiró con más calma. Vieron venir a Elisa desde lejos; no se había repuesto del parto o se cuidó mal, dos delitos mayores a los ojos de Adelaida. Parecía embarazada de cinco o seis meses; cuando vio a Adelaida apresuró el paso.

—¡Tía Adelaida! —la abrazó estrechamente, pensaba en su madre, Adelaida se dio cuenta y la besó. En su niña muerta también, sin duda alguna—. Ya ves cuántas cosas han pasado.

—Sí. Qué mal, verdaderamente.

—¿Cómo está Ernestina?

—Trabajando. Aprovechó este viaje para ir a ver pintura en Filadelfia, regresa antes que yo.

—¿Cuándo piensa venir?

—No lo ha dicho. Tendrán que conformarse conmigo, yo pienso venir con frecuencia.

—¿Y los niños?

—En la trasbotica, con Miguelito y Bárbara.



—Ah —en su rostro había desánimo—. Voy a verlos —entró.

—Es terrible, don Miguel, ver cómo los jóvenes van entristeciéndose. A mí no me pasó nunca, gracias a Esteban. Sin él... ya es otra cosa. Pero no es lo mismo.

—Yo lo he visto siempre en los míos, uno a uno. Ahora le tocó a Elisa, por lo menos no hay más.

—Yo veo a Tina.

—¿Cómo está Ernestina? —don Miguel no la había mencionado directamente.

—Así, entristecida. Supongo que debo alegrarme y dar gracias. Durante el embarazo tuvo muy malos momentos, peores que en el otro. Nada ha ido bien para ella. Ahora trabaja mucho. Pinta y me hace diseños: tiene el don del vestido y no le da importancia. Tina va a hacerse muy famosa con su pintura, creo yo... pero cuando la veo me asusta pensar que le falta mucho tiempo de juventud y de vida... le cuesta tanto esfuerzo. No sé cómo hará para... perseverar. Para mí la vida fue tan fácil y tan hermosa.

—No es como tú, ni como los míos. A mí me parece excepcional y sin duda lo es. Pero eso, justamente, es difícil de vivir.

Volvió Elisa con Esteban en los brazos.

—Tía Adelaida, éste es el más lindo de todos. Es como Felipe, pero va a ser más grande y fuerte. Es un encanto —le besaba la cabeza.

—Creo que nos vamos, ya va a ser hora de la comida. Así como lo ves de complaciente tiene un reloj en la panza; en cuanto se acerca la hora, empieza a pedir con mucha energía.

Miguel no salió a despedirse de Adelaida y ella no intentó hacerlo. Juana María quiso quedarse jugando con los primos, más animada por haber reconocido a Elisa y Adelaida no encontró pretexto para llevársela.

—Mando a Ezequiel por ella dentro de un rato.

—Hasta la tarde —rogó Bárbara—. Está encantada. —Adelaida la miró con atención. Esta muchacha tendría mil problemas, pero era más agradable que Elisa, sin duda alguna. Su nieto y ella tenían ojos idénticos, negros con algo azulado en la mirada. Pues sí, claro, eran hermanos. Se metió en el taxi con Victoria y se fueron.

Comió, durmió la siesta y despertó con la idea de que si anteriormente Miguel le parecía insignificante e inofensivo, no era lo mismo ahora. Pero lo odiaba, lo odiaba por haberse convertido en preponderante y ofensivo sin haber cambiado la mediocridad y la oscuridad de su vida. No tenía derecho a hacer esto; era once años mayor que Tina, once años, demonio, podía haber sido un poco más decente.

Además se reconocía odiada y sabía por qué. Según Miguel, su marido y ella le habían estropeado la carrera y ahora venía ella con su lujo, su buen gusto y... su hijo, a ponerle malas caras porque no era algo que ellos le vedaron ser.

Sin embargo, la decisión aquella fue enteramente de don Esteban, cuando vio su promedio del segundo año en México.

—Este muchacho de Miguel —dijo— es más débil que su padre. Mi hermano no tiene grandes aspiraciones y se casó demasiado joven pero no está ni ha estado como éste, con la voluntad rota desde niño —esto y otras cosas, ajenas a la experiencia de Adelaida, quien se limitó a callar.

Cierto, sin duda. Pero la venganza, el equilibrio o la justicia se habían consumado, si al caso vamos, mejor le hubiera resultado a su marido protegerlo hasta el fin. Así no se hubiera metido con Tina, ¿o lo hubiera hecho? No lo sabemos, fuera una persona distinta y quizá... estaba olvidándose de su hija, de la dificultad que presentaba en sí misma; ella hubiera sido igual. Borró de golpe sus pensamientos.

La conducta de Miguel y la de ella eran de una declarada enemistad. ¿Cómo se le había ocurrido ir al Santo Sepulcro? Sólo a ella, verdaderamente: siempre, siempre, sería juzgada como una mujer negligente y ociosa.

Debía visitar a sus parientes, no lo haría si no le daban ganas, obligada no estaba.

En la botica hubiera podido ver el periódico del día y no lo hizo. Allí se informaba que una distinguida viajera, doña Adelaida Santander de Barret había regresado a su tierra natal después de veintidós años de ausencia, con sus hijos, Juana María y Esteban Barret Santander, más tres sirvientes. Se alojaba en su casa de tal y tal dirección. Bienvenida.

Esa misma tarde recibió varios ramos de flores y dos charolas de dulces exquisitos, los Barret y los Santander. Leyó las tarjetas y le interesó una: Ana Carlota Barret y Orruitiner, prima de su madre; Ana Carlota debía tener muchos años, más de setenta desde luego. Se sentó a escribir unas notas de agradecimiento, las mandaría por mensajero... ¿había aquí mensajeros? No; iría con Ezequiel en persona pues si bien recordaba a sus conterráneos, quedaría sujeto a un interrogatorio y le preocupaba el equívoco del periódico, los niños eran sus nietos y no sus hijos y además... Se arregló, iría con Ezequiel hasta casa de Ana Carlota y mientras visitaba, él recogería a Juanita. Recordó las horas de visita, regidas por la frescura y la bajada del sol, era un poco temprano; no se acostumbraba avisar con anticipación. Recordaba la casa de Ana Carlota, los espacios menos libres por la abundancia del moblaje, los candelabros de cristal de roca, las repisas derramando juguetes de porcelana y los altares, uno en cada cuarto. Recordaba uno alto, como para officiar, se rezaba de pie y se recitaban los textos del día, según el inmenso misal. Más arriba el Niño Jesús sentado

en su trono, dentro de un nicho de vidrio. La imagen de bulto, recargada de alhajas, anillos, pulseritas, prendedores de diamantes... se asombró mucho. ¿Era ella tan diferente o los tiempos habían cambiado tanto?

Ahora estaba frente al zaguán inmenso, con una puercecita de media hoja sostenida por la aldaba; si la abrían completa podría pasar un camión de redilas; claro, en su momento pasaba un coche de caballos con todo y los animales, qué tonta. Levantó la manita de cobre, pesada y reluciente, la dejó caer. Esperó, en estas casas la gente debe recorrer hasta sesenta metros antes de llegar a la puerta; finalmente vino una vieja vestida con el traje regional: camisa blanca bordada de negro, falda de arandelas, aretes de oro muy largos, dos monedas en cada uno.

—Buenas tardes, quisiera ver a doña Ana Carlota.

—Pasa, niña. ¿No te acuerdas de mí? Soy Manuela.

—Manuela, la lavandera de mi madre —la abrazó y la besó—. Manuela, ¿cómo has estado?

—Con la mala salud. ¡Qué bonita estás, niña Adelaida! Por ti no pasa el tiempo. Ven a sentarte mientras se aparece Ana Carlota, desde la mañana está esperándote. ¿Te gustaron los dulces?

—Están buenísimos —no los había probado, perdió la costumbre de comerlos desde su matrimonio, su marido decía que el azúcar era la perdición de la buena figura, la digestión y los dientes. El tiempo le daba la razón, pero aquí...

—Yo los encargué. Ana Carlota no hace nada, pasa a la cocina para criticar. —Entraron a la sala, un mundo de esquineros, prismas, espejos con anchos marcos dorados, dos retratos ovalados de hombres con bigote y barba, anillos, leontina en el chaleco... todo en este calor. Se vestían así diariamente. Ahora los hombres llevaban camisa de manga corta, o guayabera. Menos don Miguel, todavía con filipina y el calzado oscuro.

Entró Ana Carlota, Adelaida se volvió a saludarla y Manuela se fue, repicando levemente las chanclas. Se abrazaron y se contemplaron intensamente. Ana Carlota era alta, delgada, acababa de ponerse un vestido oscuro de algodón muy fino pero no transparente, los zapatos negros de tacón mediano, negros los aretes y el collar de azabache. El rostro de Ana Carlota era blanquísimo, recién frotado con cascarilla de huevo, de allí tomaba esa calidad opaca y pareja. Ana Carlota jamás sería una anciana, era más bien una reliquia y no muy antigua. En cuanto habló desapareció esta impresión.

—Adelaida, ¡qué flaca y joven estás! ¿No hay comida en México?

Adelaida rió. Era este tono peculiar de los Barret, burlón y agresivo, tan opuesto a la cortesía medida de los otros Barret, los espurios.

—Y aquí, Ana Carlota, ¿hay comida? Tú no eres gorda.

Ana Carlota rió a su vez. Se sentaron una frente a la otra.

—Todavía no es hora de abrir las ventanas, esto se llena de calor y de moscas —en el patio cantaban los pájaros como desaforados—. Y qué tal, ¿se murió tu marido, no?

—Hace dos años.

—Y te hizo feliz al fin y al cabo, se te ve. Esos hermanos Barret Brito no son salvajes, como los nuestros. De cualquier modo, mejor que tu madre no viera tu matrimonio.

—¿Se hubiera opuesto?

—Más que tu padre y en forma más efectiva. Los Santander se enojan, dicen un montón de impertinencias y luego se les pasa.

—Esteban se acordaba mucho de esa característica.

—No lo dudo —Ana Carlota soltó una carcajada corta, hubiera podido tener cualquier edad entre los cincuenta y los setenta años; había sido rubia y tenía los ojos azules—.

Le dijeron las tonterías más grandes del mundo y luego se molestaron porque Esteban te llevó a México y ustedes no volvieron a acordarse de ellos. Los Barret, en cambio, contamos chistes y mentiras imaginativas hasta el cansancio y luego cambiamos de tema, siempre hay de qué hablar. Tienes una hija, la vi de lejos en el velorio de Esteban, pero no me acerqué. Bonita y desnutrida. ¿No aguantó al marido, verdad?

—Verdad pura.

—Ah, y los hijos son de ella y no tuyos, como dice ese periódico que publica todas las noticias torcidas.

—Así es.

—Pues no ha de faltar un Barret que te pregunte si ya te diste a la mala vida y si es verdad que andas con un hombre joven, padre de los niños.

—¿Cómo? ¿Qué hombre?

—No sé. La nieta de mi hermano te vio en México en un salón de té, aquí no se usan y les pareció muy exótico. Estabas conversando con mucha animación. Escribió su chisme, lengua y pluma de víbora.

—No tengo amantes, ni he tenido, ni voy a tener. Es un amigo de la casa.

—Pretende a Ernestina, seguramente. No se te vaya a casar a cada rato, para muestra basta un botón.

Adelaida asintió. Para muestra bastaban dos botones o tres en todo caso.

—Ni por pienso.

—¿Está perturbada mental? Aquí se dice; peor cuando se encerró con esos de la botica en vez de venir con nosotros. A mí me pareció natural, son de su familia y nosotros no hacemos más que criticarlos.

—Estaba muy deprimida entonces. Ahora está bien.

—Pero no loca.

—Francamente, no.

—En nuestra familia hay varios, pero se oculta. Mi hermana Baltazara se pasó la vida echándose cubetazos de agua del pozo y cantando canciones bobas. Por fin se murió de pulmonía a los cincuenta años.

—Yo no sabía eso.

—No; siempre hablamos de los demás, no de nosotros mismos. Estaba loquísima, hacía versos para los santos y se los dedicaba, a los pobres. Después de esos regalos nunca han sido los mismos —soltó la carcajada corta y alegre—. Y a ti, ¿no te importa llamar la atención?

—¿En qué forma?

—No te importa o no preguntarías. En una sola, salir retratada en el periódico muy sonriente, para darle a saber a todo el mundo que tienes una tienda.

—Mientras no sea en la página roja... En cambio es muy conveniente en la sección de sociales, para ganar clientes, ¿no crees?

—No sé. Los Barret, cuando hacen negocios no dan la cara, siempre trasmano. Hasta mazapanes hemos vendido en otras épocas y nadie se dejaba ver.

—Pues yo sí. Los diseños son de mi hija.

—¿Ella pinta la ropa y tú la haces?

—Las costureras, no yo. Y a veces ella.

—Tienes mucho dinero, Adelaida, basta verte. ¿Para qué quieres tener más? De puro fastidio, ¿no?

—Sí, francamente, de puro fastidio.

—Tienes razón. Y yo sin edad para pensar en no fastidiarme.

—¿Qué haces en todo el día?

—Mentecatez y media. Cuando vivía Baltazara había por lo menos un poco de movimiento. Cuando murió me cayó el fastidio de plano; me dedico a las plantas y a los pájaros como heroína de novela.

—¿Tuviste novio?

—¿Yo? ¿Después de haber visto crecer tres hermanos? El día en que se casó el último Baltazara y yo hicimos un juramento y hasta lo escribimos en la puerta de entrada: “Que aquí no vuelva a pisar un hombre”.

—¿De veras, Ana Carlota?

—Por supuesto. Y lo que contaban mis primas casadas. Tu papá, don Julio, tenía la hacienda llena de indias como harén: una lo bañaba, otra lo soplaba, la de más allá lo vestía. Y se las merendaba una por una —Adelaida no lo sabía.

—Con razón pasaba tanto tiempo en la hacienda.

—Suerte para tu madre. A otras no las favoreció Dios. A una la quiso ahorcar el marido, a la otra la amenazó con un cuchillo.

—¿Y ellas qué hacían?

—Ponían el machete detrás de la puerta.

Callaron, Adelaida estaba esperando una pregunta sobre Esteban, pero al parecer no tenían noticia.

—Oye, ¿no se dijo que tu hija estaba para casarse con ese pasmarote, hijo de don Miguel? El que convive con la criada en las narices de su familia.

—No sé si se haya dicho. Matrimonio, no hay.

—¿Y la otra cosa?

—No hay nada.

—Me alegro. Tanto insistir con los portugueses... con una vez basta y conste que no es crítica. Apuesto a que tu marido era muy bueno.

—Claro.

—Don Miguel también. Lo veo cuando paso frente a la botica, parece apóstol y no arcángel, no sirve para nada, igual a su hijo. Las mujeres que quieren un hombre útil, como tu padre, no lo buscan cortés, ni medido, ni de buenos modales ni palabras gentiles. A esos hay que mantenerlos o te matan de hambre, no costean.

Esto debería oírlo Tina, pensaba Adelaida.



—Cierto. Yo no me moría de hambre ni lo mantuve; pero no era bueno al modo de don Miguel. Tenía un carácter muy fuerte.

—Tu marido perdió la cabeza cuando te vio. Era solterón y se consagró de viejo verde a los cuarenta años, por casarse contigo tan chiquilla. Ésas son otras cosas, no es lo mismo un hombre de la misma edad. Pero llévame la contraria, si me dices que es cierto, no lo creo.

Rieron las dos. Manuela trajo unos vasos largos y finos llenos de horchata, servilletas, mantelito bordado.

Todavía se quedó Adelaida conversando una hora, más historias familiares, otras risas de Ana Carlota.

Volvió a su casa reconociéndose como una Barret, con esa capacidad entre cínica y agresiva pero finalmente honesta, de saber y decir la verdad sin ambages, brutal también. Recordó las verdades de don Miguel, sufridas diariamente, dichas en ese lenguaje correcto pero filtrado por una educación de cultura y no de raza. Ana Carlota sin duda regía su conducta por una cantidad de valores indiscutibles, pero ancestrales. Tina viviría de acuerdo con su propio desarrollo intelectual, como su padre y su tío en menor escala. ¿Y ella? Ella pertenecía a esta casta aunque la vida la hubiera liberado. Allí mismo decidió no hacer más visitas, los hombres de esta familia le daban miedo y desprecio, igual que a Ana Carlota y a Baltazara.

Entre tanto, don Miguel Barret y Ezequiel hablaban más o menos de la misma cosa.

Cuando fue por Juana María, Ezequiel aprovechó la oportunidad para confiarle a don Miguel el incidente de la puerta, tal como hubiera hecho si fuera don Esteban, con respeto pero con exactitud.

—Ah. Esos son los hijos de don Julio, el padre de la señora Adelaida. Desde que empezamos a arreglar la casa

no han dejado de molestar, hasta mierda pusieron en la terraza.

—¿Cuántos son?

—Varios. Como veinte.

Ezequiel no daba crédito a sus oídos.

—¿Cuántos dijo usted?

—Veinte, por lo menos. Los hijos de sus queridas. Por supuesto ninguno se apellida Santander. Hay una orquestita que toca en los bailes y otras festividades formada por todos ellos, como chiste, pero se las arreglan para vivir. Don Julio tenía talento musical. También hay dos o tres curas que han dejado la iglesia por propia decisión y se la pasan tocando en las cantinas y una maestra de piano en la escuela donde da clases mi hija. Ah, y unos cantantes y guitarristas que se alquilan para las serenatas. Hijos de don Julio, sí. Claro, habrá algunos que ni siquiera lo son, pero quieren tocar y cantar.

—No es posible hacer algo, entonces.

—No. Pintar, barrer y echar agua. Y bajar bien las persianas de noche, por si acaso tiran piedras.

—Muchas gracias, señor —Ezequiel se despidió y llamó un taxi, con Juana María de la mano.

—Ya escandalicé a este sirviente de Adelaida que parece un ministro —comentó don Miguel con su hijo y éste no contestó—. Trata de ser un poco amable —sugirió de pronto—. Ella no te ha hecho nada.

—Está bueno —Miguel estaba ceñudo desde la mañana.

—Trajo al niño, piensa venir con frecuencia. Si no, no hubiera puesto la casa.

—Me lo dio a oler, pero nada más.

—¿Lo sabe, Miguel?

—No le preguntamos, pero es toda la actitud. Es... es lo que piensa y ha pensado de mí. Si lo supiera empeoraría. Se fue de viaje cuando estuve en México para no verme en

su casa y porque pensaba que Tina pondría los ojos en cualquiera, menos en mí. Sin embargo, yo respeté su casa.

—Ella no lo sabe. O quizá lo sabe y ésa fue la razón para irse.

—No te hagas ilusiones. No fue por enojo, fue por desprecio.

—Exageras; es absurdo pensar que vino hasta acá con el niño sólo para molestarte, yo siento lo contrario. En cuanto a lo de México, ¿te hubiera gustado que suspendiera el viaje para quedarse a cuidar a Tina como si fueras un delincuente?

—Me hubiera gustado.

—Te hubiera molestado, no seas así.

Miguel no contestó pero asentó un frasco en el anaquel con tanta fuerza que sonó a vidrio roto. Don Miguel guardó silencio. No habían comentado la apariencia del niño, aunque despertaba pasiones, era evidente.

15 de enero de 1952.

Tina e Isidro llegaron a Nueva York. Nieve y más frío. Mayores diversiones y la desventaja de pasar el día juntos. Tina tomaba una pastilla por la mañana y otra en la tarde, después de comer.

Isidro estaba encantador. Las visitas al Metropolitan fueron notables; las compras de libros también; compraban y arreglaban el envío a México. El teatro, una fascinación. El Museo de Arte Moderno, casi un vicio. Una tarde, durante la cena, Isidro habló de la galería.

—Ernestina, no estás entusiasmada con ese proyecto.

—Es muy cuerdo. No, no estoy entusiasmada.

—¿No quieres exhibir tus cuadros?

—¿Mis cuadros? Sí, supongo que para eso se hacen. De otra manera los traicionaría.

- ¿Entonces?
- Nada. Está bien.
- Tienes miedo a exhibirte tú. O estoy equivocado.
- Hay algo de eso, me va a costar un esfuerzo. La otra noche en Filadelfia pensaba que si yo estuviera en tu lugar me costaría mucho trabajo poner buena cara. Me darían ganas de irme o de no llegar.
- Estás muy... desollada. Ya lo sabes, ¿no?
- Puede ser. En ese caso, no hay remedio, yo quisiera no estarlo.
- Ernestina, ¿por qué no confías más en mí?
- ¿Más? ¿Puedo confiarme más?
- Tienes miedo de herirme.
- Quedamos en otra cosa. Según tú, tenemos miedo de ser heridos.
- Sí, pasé por alto la otra situación. Es simultáneo. Por ejemplo, no he intentado acostarme contigo por no enfrentarme a tu mirada después de haberlo hecho. Y me enfrento de todos modos. Es la ironía del caso. Lo cual no me predispone a dejarte en paz, como habrás podido observar.
- Sí.
- Por mi parte es cuestión de equilibrio, ¿y por la tuya?
- Es eso exactamente... pero mi equilibrio es precario.
- ¿Estás sufriendo como una condenada?
- No todo el tiempo. A ratos. No es tu culpa; nunca he sufrido como entonces, cuando no te veía. ¡Fui tan feliz cuando eso se acabó!
- Pude verlo. Pero unos días después me di cuenta de la situación: soportas que te bese y eso de vez en cuando. ¿No quieres ver un médico? Existen los psicoanalistas, sirven para los que sufren sin motivo.
- Está bien.
- No te resignes, carajo. Como con la galería y todo lo demás.

—Si me ayuda, me ayudará con resignación o sin ella.

—Eso sí. Pobre hombre. O mujer.

—Me da igual. ¡Qué odioso suena! Me daría de bofetadas a mí misma. Pero es conveniente también por Adelaida y los niños, sobre todo ella, llegó a estar tan harta que de no irse quién sabe qué me hubiera dicho. Está tan enojada.

—Eso he podido notar. Pero no es contigo ni conmigo.

—Conmigo sí. Trata de ocultarlo porque... no ve el remedio.

—Está furiosa consigo misma. El haber organizado ese viaje, puesto casa y enfrentado toda clase de Barrets suena a penitencia más que a descanso.

—Se estará volviendo masoquista, la idea fue suya.

—Tú no piensas hacer uso de la casa, según parece.

—No.

—¿Tanto miedo le tienes al primo o a su opinión?

—No le tengo miedo a él ni a su opinión, nunca se lo he tenido. Te advierto que estás molestándome, por si no te has dado cuenta. ¿Qué buscas? ¿Que nos encontremos los tres, allí en la botica? ¿Para qué? ¿Para ver la cara que pone? ¿Quieres divertirme en esa forma? Conmigo no te basta entonces.

—Estás perdiendo la cabeza, Ernestina. No me divierte mirarte.

—Eso te absuelve.

—No me absuelve, satisfago una necesidad profunda —vio que a ella le temblaban las manos—. Perdóname.

—Vámonos. No estoy ofendida.

Salieron y tomaron un taxi, en Nueva York tampoco se podía caminar. En el taxi Isidro se puso a besarle la mano como si le fuera la vida en ello. Le iba la vida en ello.

Sin embargo, llegaron al cuarto de ella y la dejó en la puerta.

—Buenas noches.

—Ven.

—No es el caso, Tina Barret, no es el caso.

—Si no es, no será nunca.

—Que no sea, no me importa.

—¿Sabes lo que haces?

—Uf. De sobra. No llores, no puedo dejarte llorando. Voy a entrar, pero...

Cerraron la puerta y Tina rompió en sollozos. Era la amargura de todos estos días, la desesperación consigo misma, la ausencia de soluciones. Isidro la tomó en sus brazos; ahora se había olvidado de sí mismo y la besaba sin límites, sin pretensiones y sin esperanza. Se fueron a la cama como suicidas; en medio de todo eso Isidro se sabía amado de una manera atormentada y propia, la única a su disposición.

Finalmente no sabían si habían pasado muchas horas. Isidro no dejaba de besarla como si aprovechara el tiempo del futuro y ella hacía lo mismo. Cuando la vio dormida se vistió en silencio y fue a su cuarto. Por primera vez en su vida hubiera deseado no existir, sus angustias anteriores, frente a ésta, no querían decir nada. ¿Y ella? Sintió terror. Si él pensaba esto, ella...

—Ernestina, ábreme.

Le abrió con los ojos casi cerrados.

—¿Adónde fuiste?

—A hacer el imbécil. Quiero quedarme aquí.

Volvió ella a caer en la cama y él a su lado, sin quitarse la ropa, para vigilarla y borrar con el día de mañana la noche de hoy.

Los días que siguieron fueron particularmente hermosos para ambos. Caminaban abrazados o tomados de la mano, compraban tonterías, se besaban en todas partes; estaban alegres, juguetones, nunca antes habían sido así. Descubrie-

ron un mundo de repente como si existieran por primera vez, olvidaron los resabios, las sujeciones de la vida pasada. Un día dijo Tina de pronto, cuando Isidro acababa de comprarle un broche en el museo:

—No es noble desperdiciar la vida.

Adelaida, los hijos, la casa de la calle de Tabasco eran un mundo muy lejano adonde ninguno de los dos quería volver; los dos sabían pero estaban dispuestos. Ahora caía ella en la cuenta de lo mucho que le pesaba su familia, de la falta de libertad que se imponía frente a ellos. Isidro también lo notó.

—¿Te das cuenta de que el juego es todo tuyo? Adelaida y los niños no interfieren pero tú actúas como si estuvieras encadenada. Eres otra, Ernestina, insospechada hasta para mí.

—¿Te choco?

—Te adoro, no sabría decirte cuánto ni me imaginaba esta felicidad. Todos los días me pregunto cómo es posible que la gente no enloquezca de amor. Es más grande que uno, transforma a las personas y las cosas, es... como la luz.

Isidro abandonó los manierismos, existía de otro modo y no tenía tiempo para perderlo en palabras ociosas. Tina bajaba las defensas, se olvidaba del cuerpo y sus conflictos; aceptaba el de Isidro plenamente, sin borrarlo, amándolo con una ternura y una expansión que él ni en sus mejores momentos hubiera esperado.

Ahora sí eran jóvenes, tenían fuerza y la libertad era muy decisiva, en México no lo hubieran logrado. Los últimos días fueron ansiosos.

—No podemos dejarnos derrotar, Ernestina.

—No, no podemos.

Tina sabía como siempre su capacidad de comunicarse con Isidro, ver afinidades en gustos, en sentimientos, en comportamientos generales. La vida cotidiana, había dicho

antes; era cierto pero extraordinario. Agarró aliento, conciencia y una vez se lo dijo.

—Isidro, yo odiaba a mi padre, sentía que estaba pisoteándome, odiaba que mi madre se plegara tan fácilmente y fuera, aun así, muy feliz. La felicidad de la pobre Adelaida me pareció idiota siempre. Nadie puede ser tan necio de hallar la dicha en que te eduquen, te moldeen, te pongan a estudiar y todo para lucirte.

—Tú no, ella sí. Ya ves, murió él y sigue luciendo. Todos los hombres y las mujeres son distintos.

—No siento respeto.

—Son tus padres, yo también lo vería idiota si fuera su hijo, pero no lo es. Prepárate para lo que algún día dirán tus hijos de nosotros.

—Me lo imagino... y no me importa.

—Exacto, eso es lo que te duele. A ellos tu opinión no les hubiera importado, siempre tendrían razón a sus ojos y a los de muchos. Hay que dejarlos, no vivir sino haber vivido.

20 de enero de 1952.

Adelaida se hizo una rutina. Pasaba la mayor parte del tiempo en su cuarto leyendo o tejiendo. Se vestía a la hora de comer para recibir a don Miguel Barret, quien venía diario, aunque sus visitas eran cortas, por la botica. Los niños en cambio iban a la casa de los Barret o a la botica, por corto o largo rato según las ocupaciones de la familia. Según Victoria, Juana María era muy bien recibida y jugaba encantada con los otros niños; en cuanto a los adultos, la niña prefería a Bárbara y a Miguel, Elisa le producía desconfianza y Fabián no le gustaba en absoluto. En cuanto a Esteban, era bien tratado, admirado y mimado por todos en general. Sólo Miguel, dijo Victoria, nunca lo tomaba en brazos.



Adelaida entendió, no se exponía a quererlo y tenía razón, era demasiado riesgo. ¿Y a Tina? ¿Querría a Tina? Claro, ése era el problema sin duda alguna. Miguel debía amar a Tina y ella a él, ¿cómo era posible caer en las actuales complicaciones?

—Todos mis hijos sufren por una u otra causa —dijo don Miguel en una de tantas—. Pero quien tiene menores capacidades de alegría fue siempre Miguel, hasta Teresa se contenta con muy poco. Claro, Miguel tiene menos que ella y más en cierto sentido. —Luego cambió de tema.

Adelaida tuvo la tentación de sincerarse con don Miguel y luego la hizo a un lado, era una responsabilidad indeseable porque ella detestaba a Miguel y si no se acercaba a los Barret Brito no era por Fabián, ni por el ruido, ni por la sordidez, era por Miguel, por respeto también a su agresividad tan poco oculta.

Sus paisanos también daban muestras de sinceridad a ese respecto. Ezequiel compró una lata de pintura negra y otra blanca. Todas las mañanas sin falta amanecían letreros en las paredes y la puerta, tripas de pollo, ratones muertos y cualquier inmundicia en la terraza. Adelaida cayó en la cuenta a más de la mitad de su estancia.

—Ezequiel, ¿por qué estará siempre pegajosa la puerta de la calle?

—No se seca la pintura, señora.

—¿Desde hace un mes?

—Desde hoy a las seis de la mañana. De noche pintan letreros y me levanto temprano para borrarlos.

—¿Letreros? ¿Y qué dicen?

—“*Se vende casa*”.

Adelaida no lo creyó pero la técnica de Ezequiel le pareció envidiable: una verdad si no había remedio, una mentira si era posible. Una noche la despertó una pedrada que rompió la persiana.

—Ezequiel, ¿quién será?

—Le pregunté al señor don Miguel y me dijo que unos parientes de la señora, malvivientes y envidiosos.

—¿Parientes míos? ¿Pero quiénes?

—Unos hermanos, creo.

A Adelaida casi se le cayó el tejido de la mano, miró el rostro impenetrable de Ezequiel.

—De padre, en todo caso.

—Sí señora, de padre.

—Ah. Así son esas cosas.

¡Los niños engendrados en el harén! ¡Y ella tan preocupada por los extraños parentescos en casa de don Miguel y cómo la presencia de su nieto los complicaba todavía más! ¡Bárbara, por ejemplo, era cosa de nada comparada con esto!

—Sí, señora.

—¿Cuántos te dijo don Miguel que eran?

—Pues... unos diez.

—No es posible —luego vio los ojos de Ezequiel, fruncidos y fijos en el suelo, no era cierto—. ¿Cuántos, Ezequiel?

—Pues... más. No se sabe cuántos.

—¿Más? Imposible, ¿cómo cuántos más?

—Como... cinco más.

—No es verdad, serán otros diez.

—Sí, señora, más o menos —Ezequiel respiró profundamente—. Todos músicos, parece.

Adelaida soltó la carcajada. Con razón don Julio, antes de morir, resolvió dividir la hacienda entre los trabajadores como un acto de justicia. Dejaba veinte viudas, más o menos.

Luego no se escandalizó tanto cuando por haber caído de sorpresa en la botica encontró a Miguel con la billetera, ella detrás del mostrador, como en su casa. Miguel y ella cambiaron una mirada, imperiosa por ambas partes. Se salió sin saludar, como había entrado y alcanzó a oír la voz de Magnolia, alta como son allá las voces.

—Precioso, ¿no era ésa tu tía Adelaida?

No oyó la respuesta, pero sí una carcajada de la mujer. Tomó un taxi y se fue a casa de Ana Carlota Barret, quien ahora la recibía con menos ceremonia y hasta le había permitido registrar los viejos roperos, sacar vestidos, retratos, ramos de flores secas.

—Adelaida, ¿a qué se debe verme tan favorecida? Los demás parientes están ofendidos y ya me lo vinieron a decir.

—Mi madre me hablaba de ti. Vine y se me quitaron las ganas de ver a los demás.

—Te quedaste con lo primero que viste, no sabes comprar. Pero me da gusto. Dime la verdad, ¿qué de malo le pasa a Ernestina?

—Que los hombres no la sacan de apuros.

—Las mujeres tampoco, espero.

—Eso no. Te lo aseguro.

—Mira, no te asustes. Baltazara andaba detrás de las criadas y yo detrás de ella para que no las manoseara en la cocina.

—¿De veras?

—Claro. Y las hijas de mi hermana Agustina, dicen estar dedicadas a la religión y se enamoran de todo el mundo siempre que sea mujer. Eso de que a tu hija los hombres no le funcionen no tiene nada de especial. Yo nunca he oído que le gusten a ninguna Barret.

—A mí.

—Sí, ya sé. ¡Pero ese don Esteban debe de haberse dado unas mañas!

—No era necesario.

—Ya lo creo, te gustaba mucho. No vaya Ernestina a creerse la única. Todas mis hermanas estaban peleadas con sus maridos y ellos vivían en cualquier parte, menos en su casa. En cuanto a ellas, no todas eran serias como tu madre. Agustina se enamoró del doctor y siempre estaba enferma de todo

para que fuera a verla y para recibirlo se ponía camisones hasta los pies, pero bordados a máquina, con muchos calados.

—No pasarían de allí.

—Ah, qué tonta. Pasaban. Agustina se peleó conmigo porque llegué de improviso y los agarré. Me dejó de hablar desde ese día y a todos les contó que era yo mentirosa. Y yo ni había abierto la boca.

—No podrían salir juntos a la calle, por ejemplo.

—Su intención no era ir a la calle. En cambio se largaron a Cuba varias veces, cada quien en diferente barco, eso sí. Te voy a enseñar un retrato de ella, en Cuba.

Se lo mostró. Agustina toda vestida de encaje y con un parasol, frente a la catedral, en la Habana.

“1910. Agustina Barret de vacaciones”, decía en el reverso.

—Era muy bonita.

—Todas éramos bonitas. Mira a la infeliz Baltazara.

Una mujer rubia, alta, con una enormidad de cabellos sueltos parada en este mismo patio, envuelta en un pedazo de seda labrada y mostrando un hombro. El reverso decía en letra de Ana Carlota:

“Baltazara Barret. Loca. 1915.”

—¿Cómo se te ocurrió ponerle eso?

—Para que las generaciones futuras no crean que todas éramos así. Fíjate bien, está descalza. Si te interesa puedes quedarte con el retrato, es curioso.

—Muchas gracias.

Adelaida lo metió en su bolsa. Llegando a su casa lo rompió y fue hasta el mar a tirar los pedazos. La vio don Miguel, quien acababa de entrar.

—¿Qué hacías, cuñada?

—Tirar al mar el retrato de una tía loca, no nos vaya a traer mala suerte. Y lesbiana, la pobre.

Don Miguel se rió de pronto.

—Será Baltazara.

—¿Usted la conoció?

—Era muy famosa. ¿Te disgusta?

—No. Todos en el mundo terminamos siendo muy famosos por algo y nunca nos agrada. Yo... por pendeja.

Don Miguel se rió más. Su familia nunca lo veía tan alegre.

—Venga usted, don Miguel, vamos a comer. Nos estamos asoleando.

Durante los postres, don Miguel preguntó:

—¿Quieres que te diga algo para tranquilizarte?

—Sí, don Miguel, si me hace usted el favor.

—Tú eres la mujer menos pendeja que he conocido. Tina tampoco es.

—Muchas gracias —lo dijo con una pequeña inclinación de muchacha de internado—. Usted tampoco cojea de esa pata.

Se miraron de frente. Los dos sabían que Esteban era hijo de Miguel, ahora estaban seguros.

—Así es, Adelaida. Resulta una ventaja.

—Uh. Más o menos.

—Bueno, cuñada. Gracias por la invitación. Ya es hora —don Miguel se puso el sombrero y fue hasta la puerta.

—Cuidado con la pintura.

—Ya.

28 de enero de 1952.

Isidro y Ernestina, de pie en la calle, frente a Central Park. Un día de invierno, con una nieve suave, dejándose caer lentamente.

—Nunca me ha parecido Nueva York una ciudad más hermosa. Me despide con belleza, ¿ves?

Isidro tenía el brazo alrededor de sus hombros.

—Y a mí nunca me ha parecido la vida más hermosa. Nueva York y la vida.

Era el último día, el equipaje estaba hecho y depositado en el hotel, el avión salía a las cuatro de la tarde. Tina había querido venir al Metropolitan por última vez y visitó sus cuadros preferidos con lentitud, sonriendo. Isidro en cambio la miraba a ella.

Tomaron un taxi al hotel y luego al aeropuerto. Esperar un poco el avión. Tina se durmió en el hombro de Isidro, volar le hacía mal efecto. Casi no hablaron. Isidro durmió antes y después de la comida. Luego la aduana y finalmente el coche a la calle de Tabasco.

Adelaida llegaba al día siguiente y en la casa estaba uno de los veladores de la tienda. Saludaron al hombre, entraron, todo limpio. Se sentaron en la sala, muy juntos en el sofá.

—Tengo miedo de que algo cambie, Ernestina.

—No, no ahora, aunque cueste trabajo. No quiero que te preocupes, debes estar contento. Se ha logrado mucho: la claridad. ¿No la sientes?

Isidro no la sentía, el mero hecho de estar en la casa le producía angustia.

—Ya no me gusta México, quisiera no haber vuelto.

—Válgame. Qué excesivo —lo besó en la mejilla.

—¿Estás cansada?

—Algo, es tarde, creo.

—Y no voy a quedarme hoy. Ya empezamos. Porque este maldito velador va a contarle tus desmanes a todos los empleados de la tienda.

—Así es.

—Bueno, mañana vengo por ti para ir al aeropuerto. Háblame. Voy a salir sólo un rato para ver a mi madre y llevarle todo lo que le has comprado, yo no sé para qué. Le brillan los ojos y guarda todo en su ropero. El vestido de la

Navidad lo tiene empacado como si fuera de vidrio. Acompañame a la puerta.

Allí se besaron.

—Adiós mi Ernestina Barret Santander.

Tina sonrió sin contestar y cerró la puerta. Isidro tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para echar a andar, quería quedarse.

Adelaida por su parte hizo también sus despedidas y Ana Carlota le regaló una fotografía de su prima con Adelaida de cuatro años: las dos muy elegantes, con sombrero y bolsa, junto a un barco.

“Mariana y su hijita Adelaida cuando volvieron de Nueva Orleans, 1912.” Adelaida se encantó con la fotografía.

—Dame una tuya, Ana Carlota.

—Cuando vuelvas. Ésta es nada más para resarcirte de la de Baltazara.

Las dos se echaron a reír.

Con los Barret fue en la botica y Miguel no estuvo presente, de pronto, nadie sabía adónde había ido. Todos los demás se reunieron allí, hasta Fabián y Gumersindo, a quienes no había visto. Adelaida los besó a todos.

Don Miguel estaba nervioso y ella lo sintió.

—Muy pronto de verdad, don Miguel. Para que vaya usted a la casa y conversemos, hemos pasado muy buenos ratos.

—Soy yo quien debe decirlo. Buen viaje, cuñada —estaba muy limpio, con la filipina y el botón de oro, muy derecho. Besó a los niños con demasiada prisa.

Adelaida se metió en el coche rápidamente; ojalá que se acostumbraran a verla ir y venir y no todo con esta tensión. Cuando los vio desde adentro parecían un extraño retrato, disparejo, de personas reunidas al azar, como damnificados después de un terremoto.

Esa noche no pudo dormir bien. ¿Qué habrían hecho Isidro y Tina? ¿Por qué no le telegrafiaron su llegada? Ella

en cambio desde antes de irse compró sus boletos de regreso, así es que... Estaba muy inquieta.

“Dios, me puse ante Tus Ojos y aquí estoy. Te di poder sobre mi vida y mis asuntos, que así sea. Sin Tu Voluntad no se mueve la hierba ni crece la rama del árbol. Y yo, yo soy el siervo aquel, ¿recuerdas? aquél que se limitó a cumplir sus trabajos y por lo tanto... nada merece.”

29 de enero del 1952.

Isidro esperó la llamada de Tina y no quiso hablarle para no despertarla. Salió a ver a su madre ya como a las once y ella no lo había llamado.

Doña Rebeca estaba más inquisitiva que nunca. Quiso saber cómo estaba Tina porque Isidro no le ocultó que viajaba con ella.

—Pero ella pagaría sus gastos. Es muy rica.

—Insistió.

—Y tú los tuyos, que no te pague nada.

—No se nos ocurrió, otra vez será.

—¿Qué quieres decir? ¿Otra? ¿Cuántas veces?

—Pues miles, todas las que se pueda.

—Dormiría cada quien en su cuarto, claro.

—Así fue.

—Bueno, pero...

—¿Ves? ¿Qué querías? ¿Que durmiéramos en el mismo cuarto, nos hiciéramos visitas o en tres cuartos? El tercero para vernos que dijera: “cuarto para pecar, no interrumpa.”

—Pero ¿por qué te enojas?

—Porque nada de lo que yo dijera podría contentarte. A ver, ahora me toca a mí. ¿Qué dice la cartomanciana?

Doña Rebeca cerró los labios con firmeza, Isidro coligió que ya se habían peleado.



- Voy a hablarle por teléfono a Ernestina. Son las doce.  
—¿A esas horas se levanta?  
—Se levanta de madrugada —marcó y contestó el cuidador.  
—La señora Tina no ha bajado. Si gusta que le avise...  
—No déjela. Ha de estar cansada. —Colgó.  
—Esas mujeres duermen todo el día.  
—Ella se levanta a las cinco o seis de la mañana y su madre a las ocho o antes. Son muy trabajadoras, ya te lo dije.  
—¿Y para qué? No tienen necesidad.  
—No va una cosa con otra. Tú siempre has tenido necesidad y que yo sepa...  
—Me estás echando en cara el dinero que me das.  
—¿Yo? Ni por pienso. Es una simple relación entre el trabajo y la necesidad.  
—¿Y su madre?  
—Está de vacaciones con los niños.  
—Qué cómodo.

Así por el estilo hasta que Isidro se tomó dos cafés y se comió dos panes del día anterior, de pura exasperación. Doña Rebeca no había abierto la bolsa donde venían los regalos.

- ¿Son de ella o tuyos?  
—De los dos.  
—Ah. Los veo después, más a gusto.  
—Como quieras. Adiós mamá, que estés bien. ¿Sabes qué? Te apuesto a que no he bajado la escalera y ya te echaste encima de la bolsa porque has estado muriéndote de curiosidad. Adiós.

Isidro salió al centro y caminó un rato, ésta no era su mejor hora. Le gustaba la madrugada, cuando vivía con su madre y llegaba al amanecer, después de alguna fiesta. Entonces era... ancestral y hermoso, limpio y gentil. Llegó hasta la Alameda, caminó otro poco y volvió a llamar por teléfono, esta vez no contestó nadie; el hombre debería haber salido a comer o a comprar comida. Dejó sonar el

teléfono hasta que le cortaron la comunicación. Quería salir corriendo a la calle de Tabasco y dudaba; no habían quedado en verse a una hora exacta. Tina podía haberle hablado y no hallándolo haber salido a comer, quizá no había nada en la casa o no quiso prepararlo. Se metió en una galería de arte y encontró a unos amigos.

Se entretuvo conversando con ellos y luego fueron a comer juntos; querían saber de su exposición. Les dio detalles y luego hablaron de mil cosas. Cuando cayó en la cuenta, eran las cinco de la tarde y Adelaida llegaba a las seis. Ahora se despidió apresuradamente y tomó un taxi. Vino el hombre a abrir.

—¿Y la señora Tina?

—Ay, señor, está encerrada en su cuarto. Como no bajaba subí a avisarle que iba a llevar mis cosas a mi casa y toqué pero no me abrió. Me fui y regresé hace como media hora, subí a ver y sigue encerrada.

Isidro subió la escalera de dos en dos. La puerta blanca, de dos hojas, estaba en efecto cerrada por dentro. Recordó que las cerraduras de los dormitorios contiguos eran antiguas y todas iguales, siempre con la llave puesta, arrancó una y pudo abrir: la llave del otro lado cayó al suelo. Entró.

Tina estaba en su cama, tendida boca abajo con la cabeza hacia un lado, muerta. No necesitó tocarla para saberlo, por una comisura de su boca se veía un hilillo blanco, ahora ya seco, tenía los ojos entrecerrados, la expresión tranquila.

—Santo Dios. Santo Dios —repetía el hombre y se perignaba. Isidro se volvió a la mesa, allí estaba un papel con su nombre, lo tomó.

“Isidro, que Dios esté contigo. Le devuelvo a tu madre su esmeralda, dale las gracias por habérmela prestado. Ernestina.”

Luego otro para Adelaida, con otro estuche.

“Mamá. Mamá. Dejo los aretes de la abuela Brito para Juana María, Tina.”

Lo dobló y volvió a ponerlo en su lugar. Cerró la puerta y bajó a la sala, buscó el teléfono del doctor Márquez.

—Doctor, habla Isidro Ramos, de casa de las Barret... sí. Oiga usted doctor, a Tina parece haberle ocurrido una desgracia, acabo de entrar a su cuarto... Sí. Le ruego que venga. Está por llegar Adelaida con los niños y no sería bueno que viera esto... gracias.

Colgó y fue al esquinero donde Adelaida guardaba el coñac. Sirvió dos copas y le tendió una al velador. El hombre se la tomó de golpe y lo dejó solo, fue a pararse en la puerta. Media hora, el doctor.

—Suba usted, doctor, ya conoce su cuarto. Adelaida llega en menos de media hora.

El doctor Márquez estaba sin calma y sin habla. Regresó, palidísimo.

—Barbitúricos. Allí están el vaso y el frasco.

—¿Qué puede hacerse para evitar la autopsia?

—Eso todos lo sabemos. Un certificado falso. Además, pobres niños, no es posible otra cosa. ¿Ese hombre es de confianza?

—Voy a hablar con él para saber qué entendió. No le he dicho una palabra. ¿No podríamos sacarla de aquí?

—Sí. Inmediatamente.

A las seis de la tarde, cuando Adelaida y los niños todavía no llegaban, sacaron a Tina en una ambulancia. El doctor Márquez arregló el cuarto, dejó sólo el papel con el nombre de Adelaida y el estuche de terciopelo azul. Luego se tomó, él también, un coñac.

—Y usted. Tenga cuidado y calma, mucha calma. La gente se mata porque no puede vivir y no hay derecho a obligarlos. Esta muchacha hubiera podido tomar la decisión hace tres años... ya entonces... —calló. Sacó un cigarro—.

Supongo que quiere que me quede hasta la llegada de Adelaida.

—Claro.

Tres cuartos de hora después se oyó un coche. Isidro se levantó. Oyó la voz de Adelaida, hablando con el cuidador. No se lo había dicho porque siguió hablando con los otros quienes al parecer atravesaron hasta la casa de ellos, en el sótano, con los niños.

—¿Dónde está Tina? —los miró—. ¿Dónde está? —en otro tono, mucho más bajo, al doctor Márquez—. Dígamelo por favor.

—Tina murió anoche, Adelaida —dijo el doctor y la recibió en sus brazos, desmayada—. Traiga mi maletín, voy a llevarla a su cama.

Subió con ella la escalera como si fuera una muñeca y no pesara. Isidro lo seguía y no prestaba ayuda, no confiaba en sus fuerzas. La pusieron en su cama y el doctor la examinó con el estetoscopio.

—Voy a inyectarla. A ver si la dormimos, no tiene caso.

Se presentó María y se arrodilló junto a la cama un momento para besar a Adelaida en la mejilla. Luego se acomodó en una silla.

—Ahora don Isidro, le toca a usted. No piense que lo voy a dejar hasta que no se me duerma.

—Pero...

—No hay pero. Por fortuna en esta casa hay gente responsable —en la puerta estaba Ezequiel.

—En el cuarto de huéspedes, por favor venga —Isidro lo siguió, se quitó el saco y se arremangó la camisa. El doctor lo inyectó y pasó a la inconsciencia pronto, con fruición, sin oponerse.

Ezequiel mandó un telegrama para Miguel Barret, ordinario para que llegara al día siguiente por la mañana y lo dirigió a la botica.

“Joven Miguel, al llegar encontramos muerta a Tinita. Se suicidó con pastillas. Reciba mis humildes condolencias y avísele a su familia. Ezequiel.”

30 de enero de 1952.

Miguel recibió el telegrama temprano, antes de que llegara su padre. Se lo echó en el bolsillo y desempeñó sus tareas del día como siempre, quizá con mayor suavidad de trato, sobre todo con don Miguel. También con Bárbara.

—Esta noche toca guardia —le dijo a su padre.

—Yo creía que la semana entrante.

—Hice un cambio con la farmacia del centro porque van a una fiesta.

—Ah, está bien. Hasta mañana entonces.

Miguel fue a la caja de vidrio de la balanza delicada y grácil. Pesó unos polvos blancos, los echó en medio vaso de agua y fue a sentarse al sillón, con el Quijote sobre las piernas y en los puños unas mancuernillas de piedras azules, compradas en Roma.

4 de mayo de 1952.

Se inauguró la Galería Adelaida Santander para presentar los cuadros de Tina Barret. La dueña y el pintor Isidro Ramos hicieron los honores. Fue un éxito contundente: sólo diez cuadros y un universo entero. Mucha gente, mucho ruido; Carlota Montiel era la única que hablaba en el oído de sus amigas.

—Yo lo vi en la baraja desde hace más de un año, si quieren les enseñé la tarjeta. —todas asentían, resueltas a ver la tarjeta y a oír las demás revelaciones.

Allí en el centro, el último cuadro de Ernestina.

Una pareja de seres ideales, con sombreros de anchas alas y un traje de viaje imaginario muy ajustado al cuerpo

y abotonado hasta el cuello, en un vehículo con ruedas y techo, pero también con dos velas blancas que parecían hincharse con el viento, atravesaban en plena locomoción un espacio preñado de pájaros, peces voladores y tortugas flotantes por en medio de un bosque donde deambulaba una densidad de jirafas, avestruces, todos con patas largas como árboles, confundidos con árboles. A un lado, extendía la cola un pavorreal espléndido, señal de eternidad. Los viajeros avanzaban en éxtasis. Ella con las manos sobre un gran volante como el arabesco de una reja de hierro y él con un reloj de arena entre los dedos, contemplando el tiempo. Se llamaba *Viaje*.

Ninguno de los cuadros estuvo en venta nunca.

## ÍNDICE

I	9
II	77
III	185





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles

*Rector*

María Teresa Uriarte C.

*Coordinadora de Difusión Cultural*

Rosa Beltrán

*Directora de Literatura*

Víctor Cabrera

Martha Angélica Santos Ugarte

*Editores*



*El discurso nocturno*, de Luisa Josefina Hernández, Textos de Difusión Cultural, Serie Rayuela, editado por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 26 de septiembre de 2014. Composición tipográfica, formación e impresión Grupo Edición, S.A. de C.V., Xochicalco 619, Col. Letrán Valle, 03650 México, D.F. Se tiraron 1 000 ejemplares, en offset, en papel Cultural de 90 gramos. La tipografía se realizó en tipo Veljovic Book de 8, 9, 10 y 11 pts. Lectura de pruebas: Luis Téllez. La edición estuvo al cuidado de la autora y de Martha Angélica Santos Ugarte.

